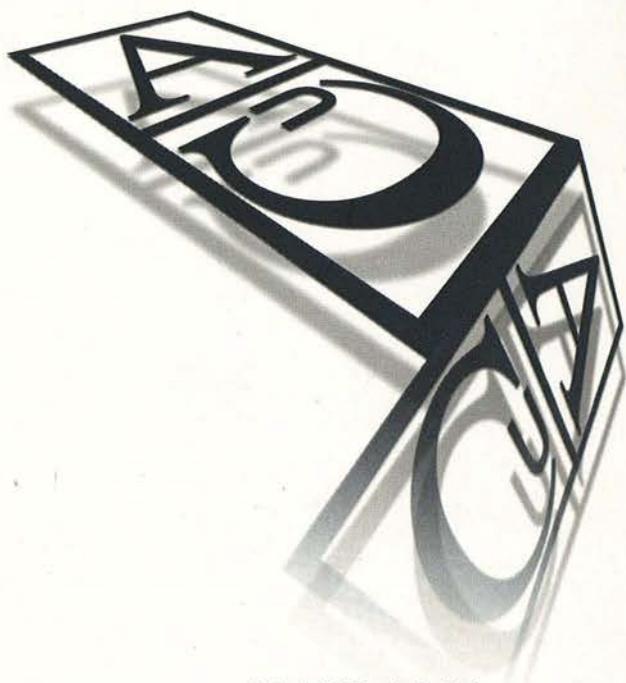


# L A OPCIÓN REFORMISTA: ENTRE EL DESPOTISMO Y LA REVOLUCIÓN

*Una explicación del capitalismo histórico  
a través de las luchas de clase*

Andrés PIQUERAS



ANTHROPOS



**XXI** grupo editorial  
**siglo veintiuno**

**siglo xxi editores, s. a. de c. v.**

CERRO DEL AGUA, 248 ROMERO DE TERREROS  
04310 MÉXICO DF  
[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

**salto de página, s. l.**

ALMAGRO 38  
28010, MADRID ESPAÑA  
[www.saltodepagina.com](http://www.saltodepagina.com)

**editorial anthropos / nariño, s. l.**

LEPANT 241-243  
08013 BARCELONA ESPAÑA  
[www.anthropos.editorial.com](http://www.anthropos.editorial.com)

**siglo xxi editores, s. a.**

GUATEMALA, 4824  
C 1425 BUJ BUENOS AIRES ARGENTINA  
[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

**biblioteca nueva, s. l.**

ALMAGRO 38  
28010 MADRID ESPAÑA  
[www.bibliotecanueva.es](http://www.bibliotecanueva.es)

LA OPCIÓN REFORMISTA: ENTRE  
EL DESPOTISMO Y LA REVOLUCIÓN  
UNA EXPLICACIÓN DEL CAPITALISMO HISTÓRICO  
A TRAVÉS DE LAS LUCHAS DE CLASE

ANDRÉS PIQUERAS



La opción reformista entre el despotismo y la revolución : Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase / Andrés Piqueras — Barcelona .  
Anthropos Editorial, 2014  
222 p ; 24 cm (Cuadernos A Temas de Innovación Social , 44)

Bibliografía p 209-219  
ISBN 978-84-15260-81-3

1. Sociología del Trabajo 2 Economía Política 3 Sistemas y estructuras económicas  
4 Historia Social 5 Relación Capital/Trabajo I Título II Colección

Primera edición: 2014

© Andrés Piqueras Infante, 2014  
© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2014  
Edita: Anthropos Editorial. Barcelona  
[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)  
ISBN: 978-84-15260-81-3  
Depósito legal: B. 9474-2014  
Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial  
(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: 93 697 22 96  
Impresión. Lavel Industria Gráfica, S.A., Madrid

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com), 917021970/932720447)

# Prefacio

El libro que aquí se presenta pertenece al ámbito de las ciencias sociales.

Está dirigido, no obstante, no sólo al espacio académico sino a un público amplio, interesado en la dramática encrucijada actual del capitalismo, tanto porque la está padeciendo en toda su crudeza como porque comienza a pensar que está lejos de ser transitoria. O simplemente porque quiere entender el presente para poder cambiar el futuro.

El libro pretende una síntesis explicativa del capitalismo histórico a través de sus crisis y a partir de las propuestas de carácter teórico que le fundamentan y atraviesan. Es decir, intenta mostrar como aquél se explica mejor mediante el entrelazamiento coherente de esas propuestas.

Prioriza para ello una óptica a menudo olvidada en los análisis (por más que transcurre implícita en los mismos o bien se alude a ella en abstracto): la de las *luchas de clase*.

Si bien la macro-teoría o teoría de largo alcance de la que se parte es el materialismo histórico-dialéctico, el libro intenta nutrirlo con propuestas teóricas de alcance medio. Esto quiere decir que combinará elementos teóricos clásicos de aquella macro-teoría con otros desarrollados o contruidos a partir de ella a lo largo del tiempo y algunos más concretos aportados por el propio autor. Se apreciará, por ejemplo, en el texto, una deuda conceptual y terminológica con la línea de investigación del marxismo sistémico, abierta por Immanuel Wallerstein y otros autores como Samir Amin o André Gunder Frank, aunque por lo general no se explicita bibliográficamente y por más que no se compartan necesariamente todas sus elaboraciones. Pero es esa línea de investigación la que proporciona el terreno para el arranque de trabajos como el actual por lo que toca al análisis «internacional» o «global».

Las claves de unas y otras fuentes teóricas, su interrelación y las resultantes de mi propia investigación, se presentan en las dos introducciones con las que cuenta la obra.

Por eso es importante tener en cuenta los planteamientos y premisas de esas dos introducciones a lo largo de todo el texto, pues proporcionan la explicación que subyace al mismo, y que el autor espera que proporcione también elementos para ulteriores análisis desde el *punto de entrada a la realidad*<sup>1</sup> elegido: el de las *luchas de clase*.

Para no hacer un engorroso detalle bibliográfico sobre los temas relatados en el texto y facilitar su lectura, éste se acompaña sólo de aquella bibliografía que sirve de base de lo dicho y que he seleccionado (dentro siempre de mi parcial conocimiento) por parecerme la más útil para complementar el texto. En ello he sopesado que pueda

---

1. Un punto de entrada permite a la teoría entrar en su propia formulación, en su particular construcción de las entidades y relaciones que comprende la totalidad social, como manera de abordar con alguna coherencia esa totalidad, infinitamente interconectada y por tanto de otra forma incomprensible e incoherente (Resnick y Wolf, 1989). La macroteoría marxista se acerca a la teorización de la sociedad a partir del concepto de entrada de *clase* (daré cuenta del mismo en la Introducción I). Explica el mundo social ontológicamente a través del materialismo histórico y epistemológicamente mediante el materialismo dialéctico.

contener a su vez las mejores referencias bibliográficas para ahondar en los diferentes puntos tratados, y a menudo también un más fácil acceso para los propios sujetos sociales a quienes también va destinado. Se ofrecerá siempre que sea posible la bibliografía en castellano.

Cabe añadir asimismo, en relación a lo dicho, que las remisiones bibliográficas al propio autor no obedecen a la inmodestia, ni pretenden indicar que sean la mejor referencia posible, sino que tienen la intención de suplir la carencia de espacio para un mayor desarrollo de las cuestiones tratadas o para mostrar la fundamentación que anteriormente he hecho sobre algún tema o desarrollo teórico; además de para poder encontrar más bibliografía en la que me he basado.

Las notas constituyen un texto complementario, pero a la vez paralelo al texto principal, al que *le abren* para desembocar a menudo en contenidos nuevos o para desarrollarle más ampliamente, con más detalles y bibliografía. Prestar atención a las notas es recomendable, por tanto, para tener en alguna medida *otras lecturas* del libro o al menos una lectura más profunda del mismo. Con frecuencia remiten unas a otras para reforzar la explicación. Igualmente, en el propio texto principal se encontrarán alusiones a diferentes notas para advertir unas u otras concatenaciones argumentales. Soy consciente, sin embargo, de que la profusión y extensión de éstas puede dificultar el texto. Por eso, para quienes prefieran realizar una lectura más ligera, cabe advertir que no son imprescindibles. Desde luego, para lectores y lectoras no tan familiarizados con la ciencia social, hay una lectura más fácil obviando las dos primeras introducciones y las notas.

La exposición del texto tiene como referencia principal las formaciones sociales centrales, dado que se entiende que el capitalismo avanzado característico de ellas marca la impronta del conjunto del sistema en cada momento histórico, esto es, las coordenadas del espacio capitalista mundial que a partir de aquellas formaciones se ha generado, determinando una suerte de subsecuenciación en el resto de formaciones socio-estatales. Lo cual no quiere decir, ni por asomo, que la dinámica de estas últimas carezca de importancia, ni mucho menos que sea baladí para las propias vías de apertura del capitalismo en la coyuntura actual, como se explicitará a lo largo de la obra.

Por último, advertir que a final del libro se presenta un Apéndice con un Anexo I que recoge el entrelazamiento de las diferentes secuenciaciones históricas presentes en el texto (revoluciones industriales, regimenes de acumulación, generaciones de derechos que han nutrido la ciudadanía, pensamiento filosófico y económico dominante en cada fase histórica del capitalismo, sujetos sociales caracterizadores de la relación Capital/Trabajo en cada una de esas fases y las diferentes dimensiones adquiridas por el sistema capitalista).

Hay un segundo Anexo destinado a calibrar la dramática situación actual de la formación social española.

En el apartado de reconocimientos, quiero empezar agradeciendo a Anthropos la confianza puesta en mí.

Agradezco a María Jesús Sales su paciencia y apoyo con los gráficos, cuadros y archivos.

A Teresa por el mismo motivo y por su invaluable ayuda en general. Por todo lo que la debo. Por estar siempre ahí.

A Miguel Morata, por ser mi librero, en el sentido más clásico.

A Miguel Riera, por su incommensurable contribución al espíritu crítico en la ciencia social, por la seguridad que da escribir teniendo a un editor como él detrás.

A Isabel, necesariamente, por su apoyo continuo a mi lado, por la división sexual del trabajo que asumió en ayuda del libro, pero en detrimento propio. Por leérselo todo. Por acompañarme en la vida.

A tantas compañeras y compañeros de luchas, de movimientos sociales, mi gente de Sodepau, Academia de Pensamiento Crítico, por su inspiración y ánimo para analizar y combatir el mundo que no queremos, para levantar otros mundos.

Mención destacada, en el plano teórico, he de hacer también a mis compañeros del Observatorio Internacional de la Crisis, y muy especialmente a Wim Dierckxens, que tanto me enriquece intelectualmente. Con ellos aprendí mucho, pero con todo es sólo una parte de su rico conocimiento. Y no hay mejor conocimiento que el que está puesto al servicio de las grandes mayorías.

Por eso mismo, no se pase por alto que este libro está pensado también como aportación para las fuerzas organizadas del mundo del Trabajo. Ojalá que haya cumplido en alguna medida tan inmodesto objetivo.

*Valencia-Castellón, abril de 2013*

# Abreviaturas más empleadas en el texto

CLC	Capitalismo Liberal Competitivo
CMP	Capitalismo Monopolista Privado
CMC	Capitalismo Monopolista Corporativo
CME	Capitalismo Monopolista de Estado
CMT	Capitalismo Monopolista Transnacional
COG	Capitalismo Oligopólico Global
MO	Movimiento obrero
NMS	Nuevos movimientos sociales
NNMS	Nuevos-nuevos movimientos sociales
MG	Movimientos globales
RSP	Relaciones sociales de producción
ESA	Estructuras Sociales de Acumulación
ELA	Estructura Liberal de Acumulación
ERA	Estructura Regulativa de Acumulación
ETN	Empresas Transnacionales
FMI	Fondo Monetario Internacional
BM	Banco Mundial

## Introducción teórica I

# Las razones de posibilidad de la *opción reformista* o *socialdemócrata* en el capitalismo histórico

Se trata de la creencia de que los nuevos economistas han leído, asimilado e integrado la totalidad de los conocimientos elaborados con anterioridad y que, por lo tanto, la evolución de dicha ciencia sigue un curso siempre ascendente: nunca es necesario volver atrás porque los conocimientos del pasado son simplemente la base de las teorías más perfeccionadas en el presente [...]. En biología, por ejemplo, una vez averiguado el método de reproducción de las plantas fanerógamas (por decir algo), este saber queda fijado, incorporado a la disciplina y es transmitido por instituciones y personas. En ciencia lo que se sabe no se olvida. Así que el conocimiento científico, una vez falsado, aceptado como válido, se incorpora a un acervo que no puede menguar, a no ser que haya una quebra traumática en la transmisión de saberes.

¿Qué pasa cuando la ciencia económica no sólo olvida cómo hacernos más ricos y felices, sino que es incapaz de seguir aplicando lo que antaño había funcionado?

¿Una ciencia que pierde sabiduría? ¿Una ciencia que es más inútil, menos eficaz, menos fiable cuanto más sabe?

ANTONIO BAÑOS, *Posteconomía*

En economía política, la *libre investigación científica* tiene que luchar con enemigos que otras ciencias no conocen. El carácter especial de la materia investigada levanta contra ella las pasiones más violentas, más mezquinas y más repugnantes que anidan en el pecho humano: las furias del interés privado.

KARL MARX, Prólogo a *El Capital*

Todo modo de producción responde a unas dinámicas sistémicas que tienen que ver con factores materiales, tanto de tipo infraestructural o físico, como estructural, donde se combina el desarrollo de las fuerzas productivas y unas determinadas relaciones sociales de producción (RSP). Relaciones de las que forman parte intrínseca los seres humanos, por lo que la supraestructura cultural-ideológico-política que ellos construyen es de alguna manera también una «fuerza productiva». Las RSP, por su parte, se «objetivizan» en formas económicas, políticas, sociales y culturales, que renuevan continuamente aquella *supraestructura* al tiempo que modifican también la infraestructura físico-ambiental.

Todas esas interacciones están atravesadas por las relaciones de clase.

Los diferentes modos de producción evolucionan en virtud de la diferente interrelación de esos factores.

El devenir del modo de producción capitalista en concreto, resulta marcado fundamentalmente por cuatro dinámicas:

- El antagonismo Capital/Trabajo.
- La competencia intercapitalista por la ganancia y su grado de coordinación en relación a la plusvalía.
- Las relaciones interestatales, que han sido llamadas también geopolíticas, geoestratégicas o geoeconómicas, y que devienen y son expresión de aquella competencia y coordinación.
- El mayor o menor nivel de congruencia, o bien de contradicción, entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción que acompañan a la reproducción del capital,<sup>1</sup> además de la interacción de unas y otras con los factores físicos infraestructurales en que se desenvuelven.

Las tres primeras son relaciones de clase (tanto interclase como intracase). La última dinámica, como en cualquier otro modo de producción, es el sustrato sobre el que actúan aquéllas, que adquieren la expresión de *luchas* en torno a la relación de clase, que se explica a continuación.<sup>2</sup> Por eso nos serviremos de tal sustrato objetivo y de su incesante interacción con la relación entre el Capital y el Trabajo, para estructurar los diferentes apartados de cada capítulo, que quedarán subdivididos en función de estas dinámicas: *Dinámica de reproducción del capital* y *Dinámica Capital/Trabajo*.

También se atenderá a la *Dinámica interestatal*, pero sólo por lo que respecta a los objetivos de este análisis que vienen trazados por la explicación de los puntos arriba indicados, es decir, sin entrar en las profundidades de la geopolítica. Como es obvio, estas dinámicas están en realidad intrincadamente entrelazadas entre sí. Se separan aquí sólo con el fin de facilitar la explicación, aun a costa de cierta arbitrariedad y artificialidad en la separación de unos u otros procesos.

Las relaciones de clase expresadas en los tres primeros puntos traducen las luchas de clase a escala mundial en torno al valor mundializado, a través de los siguientes principales agentes:

1. La burguesía imperialista que domina el Sistema Mundial. Principal beneficiaria del plustrabajo a escala planetaria.

---

1. Aquí hay que contar, como digo, con los condicionantes y resultantes supraestructurales de tal interacción: ideológicos, culturales, de mentalidad, etc.

2. Cada antagonismo de clase no forma una «clase». La *clase social* fue una construcción teórica que se realizó para designar la población que quedaba a un lado y otro de la relación Capital/Trabajo según la detentación o no de los medios de producción de una sociedad, y la cesión o apropiación de plustrabajo. La «lucha de clases» es una metáfora de las *luchas de clase* que seres humanos concretos realizan con más o menos conciencia explícita, para perpetuar, trascender o buscar una mejor posición dentro de esa relación. Por eso no hay que perder de vista que las clases no son *sujetos*, sino claves posibilitantes de esos sujetos en torno a la relación de explotación. A la postre las clases sólo existen en cuanto que *luchas de clase*.

Por su parte, la idea y el concepto de *lucha* trasluce el reconocimiento de que en un medio social caracterizado por la apropiación estructural de recursos y en general, oportunidades de vida, de los más por unos pocos, hay que combatir políticamente (esto es, estructuralmente, colectivamente) para posibilitarse esas oportunidades de vida. Es decir, que por ejemplo, la lucha por la vida o supervivencia pasa en un medio capitalista fundamentalmente por la lucha política colectiva de clase.

2. Burguesías periféricas, subordinadas, que se benefician en proporciones diferentes y cambiantes, de parte de ese plustrabajo mundial.

3. El Trabajo asalariado de las formaciones centrales. Se beneficia de la «renta imperialista» que traduce la apropiación del plustrabajo mundial por parte de sus burguesías, a través del «pacto socialdemócrata» u *opción reformista* (con un salario real relativamente paralelo a la productividad del trabajo y con su reproducción en gran medida a cargo del Estado).

4. El Trabajo exogenizado (generizado, inmigrante, juvenizado...) de las formaciones centrales, a cuya costa se realiza también la *opción reformista* en ellas (de la que se benefician, por ello mismo, en mucha menor medida).

5. El Trabajo asalariado de las formaciones periféricas. Sometido a sobreexplotación (que implica una alta desconexión entre el precio de la fuerza de trabajo y su productividad), gracias a la cual se extrae parte de la «renta imperialista» que posibilita la opción socialdemócrata en los centros.

6. El Trabajo exogenizado no asalariado de las periferias. Con similares características que en las formaciones centrales, pero mucho más acusadas. A menudo sometido a formas no-capitalistas de explotación y a veces a doble explotación, con formas precapitalistas y capitalistas [en diferentes grados de subsunción formal].

7. Las clases explotadoras de los modos no capitalistas organizadas en torno al plusvalor capitalista mundial, del que extraen su renta (minera, de tierras o cualesquiera otros recursos).

El conjunto de las luchas de unos u otros de estos agentes determinan, entre otros muchos factores, los precios de los intercambios centros-periferias (mediante los que se distribuye la plusvalía mundial) y la cambiante división internacional del trabajo; las rentas devenidas por los recursos naturales y energéticos; las tasas de plusvalía mundial en los centros y en las periferias; el trabajo extra extraído en los modos no capitalistas; los salarios reales en unos y otros lugares del Sistema Mundial. También las posibilidades de alianza de clases o segmentos de clase a escala planetaria (para un desarrollo concienzudo de estos puntos, Amin —2012—).

\* \* \*

Explicar las razones subyacentes a la dinámica histórica del modo de producción capitalista nunca fue tarea fácil. El que sea el modo de producción más complejo que ha tenido la humanidad, implica que sus entresijos básicos de dominación y explotación quedan mucho más ocultos.

En el capitalismo la objetivación de sus relaciones sociales adquiere una abstracción especial, aparentemente ajena a las relaciones de clase y a los poderes que éstas instituyen, dado que las relaciones entre seres humanos están mediadas por la forma *mercancía*. Esto quiere decir que la finalidad de la producción humana no es tanto la de procurar bienes o satisfacer necesidades (a lo que llamaré *riqueza material* en sentido amplio), sino la de obtener *valor*. Éste es la medida, al cambio con otras mercancías, de la plusvalía extraída en cada una de ellas (el tiempo de trabajo humano empleado para producirlas y que no ha sido pagado: el *plustrabajo* o trabajo de más). El *valor* es pues la forma determinante de la riqueza capitalista, que por un lado busca acrecentarse incesantemente más allá de necesidades sociales (a menudo en contradicción con ellas), y por otro, es a la vez una mediación social que somete a su lógica las vidas humanas, la vida social y el conjunto de la Vida. En otros modos de producción la riqueza es ante

todo riqueza material, y se distribuye por relaciones de fuerza y poder externas a la dinámica económica. En el capitalismo estas relaciones también actúan, pero dentro de los márgenes marcados por el propio proceso de reproducción del capital, esto es, del *valor* puesto a valorizarse a sí mismo. Todo ello tendrá unas profundas implicaciones socio-ideológicas.

El hecho de que unos seres humanos se apropian de parte o de la totalidad del hacer y de lo hecho por otros (quienes son expropiados de su hacer y de lo hecho, ya sea mediante la fuerza explícita y directa, la servidumbre aceptada o mediante un salario, por ejemplo), se define como *relación de clase*. Es decir, que ella se da cuando entre unos y otros seres humanos media un proceso de *explotación*.

La *relación de clase* es pues una relación de explotación en este sentido amplio. Implica un antagonismo básico: el bienestar de unos depende de cierto grado de expropiación de otros, de usurpar y por tanto menguar sus oportunidades de vida.<sup>3</sup> Esto es, de mantener la escasez (relativa o absoluta) de los demás. En el modo de producción capitalista la relación de clase se expresa fundamentalmente por medio de la plusvalía que los más (el Trabajo) generan para beneficio de unos pocos (el Capital). Esta es la vertiente vertical de aquella relación. La más importante.

La *relación de clase* conlleva también una dimensión horizontal, interna al propio Capital, en torno a cuotas de explotación y por tanto subordinación de unos explotadores respecto a otros. Da como resultado que unos capitales eliminen de la competencia a otros, los menos «competitivos» (cuya menor productividad les relega por debajo de la media de la tasa de ganancia que se consigue en una determinada sociedad). Se produce, en consecuencia, una tendencial dinámica de concentración y centralización del capital (es en esta pugna donde se incluyen las relaciones intraclase a gran escala, las geoestratégicas).

Las luchas verticales en torno a la relación de clase pueden presentar diferentes grados de intensidad o de explicitación. Pero ya sea de forma manifiesta o latente, atraviesan toda la dinámica del modo de producción capitalista, como de cualquier otro modo de producción basado en la explotación del ser humano por el ser humano.

Esas luchas pueden ser por una mayor o menor distribución de la plusvalía generada en la explotación (luchas de clase cuantitativas), o contra la propia explotación de unos seres humanos por otros, es decir, por la eliminación de la relación de clase (luchas de clase cualitativas). Las primeras pueden ser:

*a) Latentes.* Debidas a la fricción implícita que genera la sujeción y ejecución práctica del trabajo abstracto (el trabajo social que es apropiado) al convertirse en trabajo concreto (el que realiza cada ser humano). Pueden traducirse, desde el punto de vista del Capital, en «escamoteos», «negligencias», «desórdenes», «perezas», «absentismos», «mal trabajo», «libertinajes», «vagancia», «ingraticudes» o «infidelidades» obreras, etc.).

*b) Explícitas.* Precisan cuanto menos de un determinado grado de conciencia del antagonismo de clase, y por tanto pretenden la proyectividad colectiva de las accio-

---

3. Las *oportunidades de vida* hacen referencia al diferente acceso a los recursos, prestigio y poder que tienen los seres humanos dentro de una determinada sociedad. Condicionando, por tanto, la capacidad de acción y decisión de unas u otras personas y, en conjunto, sus posibilidades de autonomía.

Lo que quiere decir, entonces, que la *explotación* no es sólo extracción de plusvalía o de plustrabajo (según los diferentes sistemas socioeconómicos): es también siempre dominación, control de la vida ajena (del tiempo de vida de otros). Materialidad negada, en cuanto que negación de la realización humana

nes recién mencionadas o de otras directamente dirigidas hacia el objetivo del reparto de la plusvalía: actos de protesta en sus distintas expresiones, huelgas, negociación política, etc.

La *lucha de clase cualitativa*, por su parte, requiere necesariamente que se den parciales transformaciones del Trabajo como objeto de explotación (como mercancía), al Trabajo como *sujeto* de desalienación (para intentar recuperar la totalidad de su tiempo de vida para sí). Esto quiere decir que hay partes del Trabajo que han experimentado un mayor desarrollo del proceso de constituirse en *sujetos*. Esto es, que procuran establecer sus propias coordenadas de vida y adquieren cierta autonomía ideológica.<sup>4</sup>

Las clases no luchan como sujetos coordinados, aunque sí sectores más conscientes de las mismas pueden devenir sujetos colectivos susceptibles de otorgar niveles de agencialidad más consciente al conjunto de la clase social.

El proceso de clase puede presentar un carácter «*fundamental*» o bien uno «*subsuntivo*», sin que tales términos aludan a la prevalencia o mayor importancia de uno sobre otro. Con el primero se quiere hacer referencia a la producción-apropiación del plustrabajo o de sus productos, mientras que el segundo alude a la distribución-recepción de lo que ha sido producido y apropiado.

Las clases sociales (idea-fuerza marxiana) hacen referencia a las subdivisiones de la población de acuerdo a la posición ocupada en los diferentes procesos de clase (según la manera precisa en que se *personifica* el proceso de clase). Pero la desigualdad que estructurará este libro es la que hace referencia a la relación de clase fundamental, aquella que divide el campo en dos componentes antagónicos básicos: el Trabajo y el Capital en la generación de plustrabajo.

*Trabajo*, con mayúsculas (el «trabajador colectivo» de Marx), comprende a quienes no detentan capital ni medios de producción (al menos no suficientes como para depender de sí mismos para vivir) y por tanto tienen que enajenar su fuerza de trabajo de sí mismos y ponerla al servicio de otros, o bien autoexplotarse,<sup>5</sup> como único o principal medio de garantizar su subsistencia; abandonan, generalmente a cambio de una remuneración o de una ganancia subordinada, todo derecho sobre el producto de su trabajo; dependen para trabajar —esto es, para poderse procurar la vida— de las decisiones de quienes tienen los medios de producción en gran escala. Igualmente, incluimos aquí a quienes son objeto de multivariadas formas de explotación al margen del salario (las mujeres, por ejemplo, en cuanto que categoría sociológica; poblaciones colonizadas, marginadas, de reserva, etc.).<sup>6</sup>

---

4. El concepto de *sujeto* o *sujeto histórico* que se utiliza en el texto, no tiene relación con el sujeto hegeliano o el de Lukács, el sujeto-objeto (superador de la antinomia subjetividad-objetividad) que al realizarse realiza la totalidad social. Solamente quiere indicar mayor desligamiento de los constreñimientos estructurales mediante la *lucha*, a través de la propia conciencia de los mismos. En esa misma línea, *sujeto histórico* no sería sino el que tiene un *proyecto social total* propio. Este último es siempre un sujeto colectivo, de clase. Para más referencias de todos los elementos que se señalan en esta introducción, Piqueras (1997, 2002 y 2011a).

5. Debido a la imposición de un índice de ganancia diferenciado, resultante de un intercambio desigual (afecta entre otros a buena parte de la categoría de «autónomos», también pequeños comerciantes, cuentapropistas del mercado informal, agricultores...).

6. Hablamos así, de Trabajo asalariado, Trabajo generizado, Trabajo etnificado, colonial, generacional, etc. Para mayor detalle de estas definiciones, consultar Piqueras (2002). En el caso del Trabajo, se toman parte de las atribuciones que Boltanski y Chiapello (2002) hacen para el salariado en general. Hago uso de este concepto no para fijar a los seres humanos como «Trabajo», sino para

Quando hablamos en mayúsculas de *Capital* (como el «capitalista colectivo») hacemos referencia a quienes viven de explotar el trabajo ajeno sin tener que autoexplotarse a sí mismos, principales beneficiarios del sistema capitalista en cuanto que se apropian de la mayor parte de la riqueza social. Por tanto interesados en sustentarlo y reproducirlo. Propietarios privados de los medios de vida de la sociedad que se ven impelidos a una permanente competencia entre sí en torno a la tasa de ganancia, pero que se coaligan en diferente grado para la obtención de la plusvalía, es decir, contra el Trabajo.

## Opción reformista

El texto gira en torno a las posibilidades de regulación de la relación entre el Trabajo y el Capital en el capitalismo histórico a través de la que aquí llamaremos *opción reformista* o *socialdemócrata*. Ella tiene que ver con el hecho de que en el capitalismo histórico las relaciones Capital/Trabajo sean más o menos proclives a la negociación y al reformismo (a dar cabida y a ampliar formas más o menos «democráticas» de regulación social). Esta opción entraña una relativa:

- a) mayor distribución del poder social;
- b) mayor participación del conjunto de la sociedad en las decisiones que la afectan;
- c) mayor distribución o redistribución del conjunto de la riqueza social.

Es decir, la *opción reformista* tiene que ver con el grado de apertura democrática, equilibrio social y redistribución de recursos que se da en una determinada formación socio-estatal, o bien incluso a escala sistémica.

Todo ello no sólo permite una mayor cohesión social, sino que es un elemento coadyuvante, diríamos clave, de la buena salud de la tasa media de ganancia, al generar mucha más capacidad de consumo y favorecer la productividad, promoviendo al tiempo la *explotación cualitativa*, aquella que se realiza con la colaboración y entrega de la fuerza de trabajo.

En el momento en que la *opción reformista* se deteriora (desintegración social) aparecen o se refuerzan serios problemas para la obtención de la ganancia capitalista. Incluso el contexto de generación de la misma en la producción se ve fuertemente enrarecido o afectado.

Las condiciones de posibilidad de la *opción reformista*, dependen de la interacción de los siguientes tres factores:

1. La opción reformista es mayor en la medida que se mantiene el crecimiento de la tasa media de ganancia, y con ella de la masa de ganancia; capaz a su vez de posibilitar un aceptable consumo de masas. Este es el que llamo *factor subyacente*.

Mediante el desarrollo acelerado de las *fuerzas productivas* (esto es, con el aumento cualitativo de los medios de producción, y la elevación de la cualificación, oportunidades

---

destacar, precisamente, que el capitalismo nos ha convertido en eso, en «Trabajo». Pero se trata de dejar de ser «Trabajo» y recuperar la enorme variedad de facetas y de potencialidades que forman parte de cada ser humano. Para ello, sin embargo, es imprescindible partir del conocimiento de nuestra condición actual.

y demandas de vida de los seres humanos),<sup>7</sup> se contrarresta por un tiempo la caída tendencial de la tasa media de ganancia (ver nota 8 *infra*). Esto permite seguir manteniendo la plusvalía por encima de los costos de producción, y además, gracias al incremento general del poder adquisitivo y de los niveles de vida, vender más fácilmente y en más cantidad los productos para transformar continuamente aquella plusvalía en beneficio.

En esas circunstancias, el Capital es más proclive a aceptar la redistribución de la ganancia en forma de salarios directos, indirectos (prestaciones y servicios sociales) y diferidos (pensiones), por lo que las reivindicaciones del Trabajo encuentran un territorio menos hostil, que no fácil. Hecho que hace incrementar, por su parte, la conciencia reformista del Trabajo, o la creencia en la capacidad ilimitada del Sistema de reformarse progresivamente a sí mismo. Se confía por tanto en la negociación y, en general, en las vías institucionales para ir obteniendo mejoras continuas, de manera que la elevación de la calidad de vida compense, para muchos, los esfuerzos laborales (los cuales incluso pueden verse también rebajados debido al ascenso de la productividad). En esos momentos históricos el capitalismo parece un sistema beneficioso de suma 1 o positiva: pretendidamente todos ganan con él (aunque sea en desigual proporción).<sup>8</sup>

2. Para concretar la decantación del Capital por el reformismo, sin embargo, este *factor subyacente* suele precisar un *factor activante*, cual es que la capacidad de sustitución o *factor de reemplazo* de la fuerza de trabajo por el Capital se vea en alguna medida limitada.

El *factor de reemplazo* (o factor activante) es igual a la incorporación de mano de obra del nexo no capitalista al capitalista. Tal incorporación se da primero mediante el proceso de proletarianización o desposesión (absoluta o relativa) de los seres humanos; y segundo, pero no necesario, a través de su asalarización.

A ese paso de un nexo a otro lo llamamos *movilidad absoluta*,<sup>9</sup> esto es, la conversión de los seres humanos en mercancía fuerza de trabajo que se explota a través del proceso capitalista de extracción de plusvalía.

Si la condición asociada al desarrollo del capitalismo es la entrada de más y más población al trabajo asalariado, hay otra condición lógica subsecuente, que es la de rellenar constantemente la reserva de trabajo listo para ser salarizado.

Detrás de estos dos procesos se esconden dos necesidades contradictorias de la propia acumulación capitalista. Por un lado el capital experimenta la necesidad de aumentar el trabajo excedente (plustrabajo) a costa del trabajo necesario, para conseguir la

---

7. El capitalismo supuso hasta ahora un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y de la riqueza social, pero con una apropiación privada por parte de una reducidísima minoría en el primer caso y con una acusada desigualdad en la distribución de la segunda en el largo plazo, más allá de ciertos lapsus históricos en los que actúa una contratendencia activada precisamente con la *opción socialdemócrata*.

8. El fin del espejismo reformista sin límite ocurre, sin embargo, cuando no puede alargarse por más tiempo ese proceso de crecimiento y redistribución, a causa del propio éxito de la fase anterior: la creciente inversión aumenta la composición orgánica de capital (haciendo que el trabajo muerto —maquinaria o tecnología en general— sustituya al trabajo vivo —seres humanos, que son los encargados de valorizar la inversión, esto es, hacer que las máquinas produzcan valor y por tanto ganancia—). Esto provoca que la acumulación en capital obtenga decreciente rentabilidad en forma de ganancia. De ahí el resultado de una sobreacumulación (como veremos en la Introducción II, 4.D.) y el consiguiente cerramiento en la capacidad reformista del sistema.

9. Este concepto está tomado de De Gaudemar (1979), pero no es sino el equivalente de la *acumulación originaria*, de Marx (que no es, pues, «más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción» —1981: 655—).

plusvalía, al tiempo que requiere incorporar sin cesar, por otro, nuevo trabajo necesario (como «trabajo vivo» o fuerza de trabajo) para proporcionarse la condición de posibilidad ampliada de aquella plusvalía. Dicho de otra forma, si por una parte la materialización de la plusvalía (el plustrabajo) requiere la eliminación del trabajo necesario (y por ende, tendencialmente, de trabajadores), por otra, para garantizar la posibilidad de existencia de aquella materialización el capital necesita la incorporación continua de nuevos trabajadores (una vez desposeídos).<sup>10</sup>

El resultado de estas tendencias contradictorias entre la incorporación y la expulsión de fuerza de trabajo, es un permanentemente renovado ejército de reserva, población supernumeraria lista para ser explotada a discreción.

Tanto para la posibilidad de mantener o acrecentar esta última, como para conseguir la posibilidad de existencia de la plusvalía, el capital necesita de esa continua movilidad absoluta, la cual, además, es fuente de dominación, *dado que el poder relativo del Capital sobre el Trabajo está mediado por el factor de reemplazo de la mercancía fuerza de trabajo que aquél sea capaz de mantener.*

Marglin ha llegado a precisar que el diferencial entre la tasa media de crecimiento del capital ( $g$ ), y la tasa media de crecimiento de la fuerza de trabajo ( $n$ ) determina si la economía capitalista tiende o no a extender sus fronteras. Si  $(g-n)$  es superior a cero el poder relativo del Trabajo dentro de unas determinadas fronteras de la economía capitalista tiende a crecer. Ese poder relativo ejerce a su vez presión sobre el capital para que «se fugue» o expanda más allá de dichas fronteras (para que busque otras localizaciones para inversión),<sup>11</sup> dado que el Capital dispone de la alternativa de expansión de la frontera. Pero podemos añadir también otra consecuencia básica del aumento del poder social de negociación del Trabajo: la mayor propensión objetiva a que se establezcan procesos reformistas.

En otras palabras, cuando en una determinada formación social se va completando la *movilidad absoluta* (esto es, la mayor parte de la población activa queda directa o indirectamente bajo la forma-salario), sin que se contrarreste con la importación de fuerza de trabajo del exterior, se agota la capacidad de sustitución o *factor reemplazo* de la fuerza de trabajo. Con ello aumentan significativamente las posibilidades de la *opción reformista* del capital, a la que llamamos también *opción socialdemócrata*.<sup>12</sup>

---

10. Marx lo explica claramente en la última parte de los Grundrisse, y en concreto la contradicción aparece sintetizada en la siguiente frase (1972: 350-351): «Para poner plustrabajo, el capital, pues, debe poner continuamente trabajo necesario; tiene que acrecentar éste (o sea los días de trabajo *simultáneos*) para poder aumentar el excedente; pero asimismo debe eliminar aquel trabajo en cuanto necesario, para ponerlo como plustrabajo».

Recientemente Fischbach (2012) ha realizado un interesante estudio al respecto. Postone (1996), por su parte, había apuntado a otro ámbito de contradicción intrínsecamente conectado al anterior, al advertir que la adquisición generalizada de mayores niveles de productividad social revierten en niveles mayores de riqueza social, pero no necesariamente en mayores niveles de *valor* por unidad de tiempo (al tenderse a eliminar trabajo humano, que es del que se extrae *plusvalor*). Como quiera que la razón de ser de la producción capitalista no es la riqueza material sino el *valor*, los aumentos de productividad no disminuyen la necesidad del aumento del gasto de trabajo, esto es, de la explotación humana.

11. Citado por Gordon, Edwards y Reich (1994: 27).

12. La opción reformista o *socialdemócrata* del capitalismo va más allá de las opciones partidistas de la socialdemocracia, pero al tiempo condicionó profundamente tales opciones, tanto a través de su auge como en su decadencia. Al acabar la década de los ochenta del siglo XIX, Alemania adoptó un programa de seguro social para la vejez, diseñado por Otto Von Bismarck, a fin de garantizar la productividad de la economía alemana y cierta integración de las fuerzas del Trabajo organizadas; el cual se complementaría con el programa de indemnización a los trabajadores creado en 1884 y con el seguro

Sin embargo, para calibrar la auténtica dimensión del *factor reemplazo*, hemos de considerar que la *movilidad absoluta* se combina con las dinámicas de *movilidad circulante o relativa* de la fuerza de trabajo que acompañan a los diferentes tipos de *desplazamiento* del capital.<sup>13</sup> Entre los más significativos:

- desplazamiento espacial: hacia las periferias dentro de cada Estado y hacia las periferias del Sistema, allá donde existan más posibilidades de rentabilizar inversiones,

---

de enfermedad promulgado el año anterior. En el 81 se promulgaría la legislación sobre seguridad social. Todo en conjunto, proporcionó un sistema de seguridad de los ingresos basado en los principios de la *seguridad social* (esto va a generar el gran dilema de la socialdemocracia, como explica Galceran —1997— pues va a tener que lidiar con un sistema que integraba cada vez más social y económicamente, sin hacerlo en la esfera política). En 1935, Roosevelt aprobó en EE.UU. la Ley de la Seguridad Social, que acuñaba un nuevo término que combina «seguridad económica» con «seguro social». Después de la Primera Gran Guerra Interimperialista, los sistemas de seguros sociales se desarrollaron rápidamente en varias regiones, y la protección social se incluyó en los programas de las organizaciones internacionales recientemente creadas, como la OIT y la Conferencia Internacional de Uniones Nacionales de Mutualidades y Cajas de Seguro de Enfermedad que inició su andadura en Bruselas en octubre de 1927 y que posteriormente se convirtió en la Asociación Internacional de la Seguridad Social (AISS).

En 1942, el Gobierno del Reino Unido publicó el Plan Beveridge, que proporcionó las bases teóricas para la instauración del *Welfare State* por parte del gobierno laborista posterior a la Segunda Gran Guerra, que finalmente cobraría cuerpo con la ayuda de John Maynard Keynes. En 1944 saldría a la luz el «segundo informe Beveridge» (*Full Employment in a Free society*). Se desarrollaban, poco a poco, las Relaciones Laborales (ver capítulo 3). [En 1944 se daba la histórica Declaración de Filadelfia de la OIT para coordinar y administrar la «seguridad social» internacionalmente. Un año más tarde, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, cuyo artículo 22 reconoce que «Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social».] La cuestión social, que incluía pero que no se agotaba en la cuestión obrera, se incorporaba como elemento indispensable de la construcción nacional-estatal, en cuanto que implicaba apertura democrática y «seguridad» colectiva. De esta manera, la que había sido una expresión de la combatividad del Trabajo y de su sociedad alternativa, se asumía de forma inocua por el Capital como manera de posibilitar la propia continuidad del sistema capitalista, también como forma de integrar al Trabajo. Con ello la clase dominante termina de constituirse en clase dirigente del conjunto social. Esto es, deviene profunda y sólidamente hegemónica.

Así pues la *opción socialdemócrata* se liga estrechamente al crecimiento capitalista. Por eso la socialdemocracia entendería en adelante que todos los sectores de la sociedad dependen en un grado u otro de la inversión privada para el crecimiento económico, para el empleo y para la recaudación de impuestos para el gasto público. Para ella, si la tasa de ganancia de las empresas capitalistas locales descendiera (si la correlación salarios/ganancia fuera demasiado perjudicial para el Capital) habría una desinversión y por tanto los salarios y conquistas obreras perderían lo logrado hasta el momento. Finalmente, por tanto, era la propia socialdemocracia la que sería integrada en el sistema, como «izquierda del mismo».

Cuando el capitalismo pareció el inagotable motor de acumulación sin fin que había encontrado la Humanidad, durante los «Treinta Gloriosos» del siglo XX, la socialdemocracia partidista se empotró al sistema definitivamente, como la parte consciente y valedora de su *opción socialdemócrata*. Con la decadencia del keynesianismo, sin embargo, le tocaría el feo papel de tener que gestionar la crisis, fundiéndose en la nueva corriente (*mainstream*) neoliberal, para así perder, ¿definitivamente?, su sitio y su razón de existencia con la Gran Depresión de comienzos del siglo XXI.

En el texto se desmenuzará este derrotero.

13. Veamos cómo denomina y explica la complementariedad de uno y otro tipo de movilidad, De Gaudemar: «Es necesario distinguir [...] las formas circulantes de la movilidad del trabajo de sus formas productivas de fuerza de trabajo. Las primeras involucran fuerzas de trabajo ya existentes como tales, que ya han servido de valores de uso en la producción capitalista, y que aquí se desplazan de una esfera a otra; las segundas extraen del entorno del capital nuevas formas de trabajo y las arrojan al mercado de trabajo. Pero tanto unas como otras permiten que el capital escoja su localización óptima puesto que tienen la seguridad de ver acudir a él las fuerzas de trabajo que necesita» (1979: 224-225).

en un movimiento incesante hacia las localizaciones con mejores condiciones para la rentabilidad de la inversión (cercanía de materias primas, exacciones o ventajas fiscales, una fuerza de trabajo más «dócil» —con menor poder social de negociación— y más barata, etc.);

- desplazamiento técnico-organizativo (hacia nuevas líneas de producción, uso de nuevas tecnologías, etc.);
- desplazamiento entre ramas o incluso sectores de actividad;
- desplazamiento fuera de la producción: hacia la especulación, la usura o las finanzas (en este último caso se suele dar en realidad un tipo de desplazamiento espacio-temporal, que extrae ganancias presentes especulando sobre hipotéticos beneficios futuros).

El Capital sólo se decanta por un tipo u otro de los *desplazamientos* productivos (los tres primeros)<sup>14</sup> cuando con ello: *a*) abarata el costo total de la producción, principalmente a través de la reducción del costo de la mano de obra, o *b*) consigue rebajar el poder social de negociación de la fuerza de trabajo, esto es, logra un mayor sometimiento o disciplinamiento de la misma (se desembaraza, por ejemplo, de formas de organización de la producción en las que el Trabajo había logrado una gran fuerza o se hacía más imprescindible, introduce nuevas tecnologías y ramas de actividad que aíslan o desorganizan al Trabajo, etc.).

Por eso, la mayor capacidad de realizar un tipo u otro de estos desplazamientos por parte del capital es inversamente proporcional a la tendencia reformista del sistema: mayor acopio de *movilidad relativa* del capital, mayor será su poder sobre el Trabajo y menor, por tanto, su tendencia a afirmar aquélla, y viceversa. La *movilidad relativa* del Trabajo se expresa, entonces, al menos en 4 vertientes principales:

*a*) Como adaptación a los diferentes requerimientos de la organización de los procesos de trabajo (distintas jornadas de trabajo, permutas en los puestos de trabajo o necesidades de la creciente división social y técnica del trabajo en general, en orden a aumentar la productividad o bien la plusvalía). Esto es, en pos del desplazamiento tecnológico-organizativo del capital.

*b*) Como acoplamiento de la fuerza de trabajo a las demandas de unas u otras esferas o ramas de actividad, según expectativas de rentabilidad del capital.

*c*) Como desplazamiento dentro-fuera del trabajo asalariado (empleo-desempleo; economía formal-informal, etc.).<sup>15</sup>

*d*) Como subordinación de la fuerza de trabajo a la propia movilidad espacial del capital y, dentro de ello, a sus dinámicas de concentración y centralización.

Tomando como referencia una formación socio-estatal concreta, hay un tipo de movilidad espacial o relativa que puede cumplir el papel de la movilidad absoluta: las migraciones internacionales.

---

14. La vía especulativo-financiera resulta de la incapacidad capitalista de seguir acumulando normalmente en la esfera de la producción, tal y como se explicará en el texto. Pero con ella el Capital tiene siempre presente también el debilitamiento del poder social de negociación de la fuerza de trabajo que consigue.

15. Los dos primeros tipos de movilidad han significado, con frecuencia, despidos, rotación de turnos, cambios forzados de puestos de trabajo o de actividad y, en general, un elevado conjunto de penalidades relacionadas con la subsunción real del trabajo al capital. En cuanto al tercer tipo de movilidad, parece innecesario insistir en la miserabilización que provoca en los seres humanos.

Entiendo que estas migraciones pueden presentarse en dos formas principales:

a) como movilidad absoluta: los seres humanos pasan directamente del vínculo no capitalista al capitalista a través de la migración («ejército industrial de reserva» deslocalizado);

b) como movilidad relativa: población ya incorporada al vínculo capitalista, se desplaza a otra formación socio-estatal agrandando en ella el factor reemplazo.

Esta última forma es propia de aquellas formaciones socio-estatales que presentan en su seno un alto *factor de reemplazo* a través de la movilidad absoluta, razón por la cual hay menores opciones sociales y económicas para el conjunto de la fuerza de trabajo. Ésta puede ser exportada a otras formaciones sociales sin reducir la importancia de ese factor de reemplazo en las formaciones exportadoras. Si no fuera así, estaríamos en presencia de un proceso de fortalecimiento del *factor de reemplazo* en la formación que importa la fuerza de trabajo, a costa de reducirlo en la que la exporta, provocando en esta última mayores posibilidades para la opción reformista. Pero tanto en el caso *a* como en el *b*, la fuerza de trabajo migrante es incorporada a la formación socio-estatal importadora de la misma con el equivalente a la *movilidad absoluta*, gracias al proceso de exogeneización al que se la somete.<sup>16</sup>

En suma, el *factor de reemplazo* es proporcional a la movilidad absoluta (o disposición y tamaño de un «ejército industrial de reserva»), pero puede nutrirse también de la movilidad circulante o relativa de la fuerza de trabajo en los diferentes aspectos señalados.

La *movilidad relativa* es, en todo caso, subsidiaria de la *movilidad absoluta*, que es elemento de primera causalidad en los procesos descritos. Complementa, por tanto, el *factor de reemplazo*.

Y la conclusión es que mayor es éste menores serán las posibilidades de la opción reformista.

3. A pesar de todo, hay otro elemento concurrente para terminar de precipitar esta *opción socialdemócrata*, que es la capacidad agencial del Trabajo, estrechamente vinculada a su fortaleza organizativa. De manera que las fuerzas del Trabajo sean capaces de aprovechar en su propio beneficio una posible correlación de fuerzas objetivas favorables. Este es el *factor precipitante*.<sup>17</sup>

Como es lógico, este factor viene fuertemente condicionado por los otros dos (altos grados de fortaleza o debilidad del Trabajo han solido corresponderse históricamente con altos o bajos niveles de aquellos dos primeros factores, respectivamente).

La cuestión que no ha sido todavía hoy respondida, es si alcanzados altos o muy altos niveles de fortaleza agencial del Trabajo, éste sería capaz de sobreponerse prolongadamente a aquellos otros factores, como el *movimiento comunista* intentó en el siglo XX, una vez conseguida su mayor acumulación de fuerzas tras la Revolución Soviética.

El conocimiento de la combinación de los factores aludidos (desarrollo de fuerzas productivas, movilidad absoluta y relativa, capacidad agencial del Trabajo), resulta im-

---

16. Ver un repaso de la importancia de las *migraciones internacionales* en el capitalismo histórico, así como una mayor explicación a este punto en Piqueras (2011b).

17. He trabajado más este *factor precipitante* en Piqueras (2011a), por lo que aquí vamos a tratar más sobre la influencia de los otros (el subyacente y el activante).

prescindible para calibrar las posibilidades del afianzamiento y posterior mantenimiento de la *opción reformista* en el tiempo.<sup>18</sup>

Sobre su misma razón de existencia hemos de tener en cuenta que el capitalismo lleva emparejada una apertura hacia la democracia formal, en abstracto, al *liberar* de ataduras los factores básicos de su razón de ser: el capital y el trabajo, cuyas personificaciones quedan formalmente libres para establecer vínculos contractuales entre sí. De esa apertura formal podrían derivarse después distintos desarrollos de democracia efectiva en función del entrelazamiento histórico de los factores aludidos.

Pero para ello el Capital tuvo que forzar la constitución de la esfera económica como un ámbito separado de la política (que tan bien describiera Polanyi), porque es en aquella en la que teje su poder *real*, en cuanto que poder material. Por eso puede permitirse la irrupción del Trabajo en el ámbito político, donde sólo está el poder formal (esto favoreció a su vez la fatídica separación del Trabajo en una vertiente «política» y otra «económica» o sindical, con tan graves consecuencias para sus posibilidades transformadoras—ver nota 11 de Introducción teórica II y apartado 4.C. de la misma—).

Por eso también, la única democracia que ha podido y puede darse compatiblemente con el modo de producción capitalista es una *democracia esquizofrénica*. Pueden ganarse cuotas de apertura en la esfera de la circulación o de realización de la plusvalía (donde se lleva a cabo la venta de la mercancía y la reproducción de productores y del propio orden social), en la que los seres humanos son susceptibles de llegar a ser *consumidores-ciudadanos* y *electores* (pretendidamente soberanos). Pero el Sistema no puede realizar ninguna concesión en la base de su poder material: la despótica expropiación de los medios de vida y la consiguiente explotación de unos seres humanos (los más) por otros (los muy pocos). Esto es, no puede ofrecer ninguna democracia en la esfera de la producción o de generación de la plusvalía (dada la apropiación elitista de los medios de producción), donde los mismos seres humanos son *mercancía fuerza de trabajo*, privados de decisión y voto (como trabajadores dependientes de terceros) sobre el proceso de producción-distribución-consumo. De ahí la «esquizofrenia social».

Llegados a este punto, además, no hay que pasar por alto que el capitalismo histórico ha combinado en alternancia histórica la opción socialdemócrata con la *opción liberal*, por la que tiende a decantarse bien cuando no tiene todavía un desarrollo eficiente y ampliado de la acumulación, bien cuando los propios atascos de la acumulación y el deterioro de la masa de ganancia, dificultan la vía reformista.

Paradójicamente, la *opción liberal* sustenta una acumulación basada en la intervención estatal, si bien casi en exclusividad del lado del Capital. Tiene sus principales componentes en la desregulación de la competencia intercapitalista y el consecuente incremento de la tendencia monopólica, la desregulación de la relaciones Capital/Trabajo—con todos las implicaciones negativas para el Trabajo en una relación tan asimétrica—, el deterioro de las Relaciones Laborales, una fiscalidad marcadamente regresiva, la concentración de la riqueza social, la acentuación de la mercantilización de la fuerza de trabajo y el repunte de la conflictividad social.

---

18. La movilidad del nexo no capitalista al capitalista (que aquí llamo *movilidad absoluta*), constituye parte sustancial de los análisis del Observatorio Internacional de la Crisis, especialmente desarrollados por su coordinador, Wim Dierckxsens. Los restantes elementos y su combinación forman parte de mi aportación al equipo.

Esa combinación histórica de los factores mencionados proporciona las posibilidades de constitución del Trabajo como sujeto en un determinado momento histórico. Las mismas se van acumulando para formar el sustrato del que se nutren las correlaciones futuras de fuerzas entre el Trabajo y el Capital

En lógica con esos elementos se desatan una serie de consecuencias no queridas, procíclicas, tendentes a reducir la inversión productiva:

1. Insuficiente crecimiento de la demanda agregada.
2. Inestabilidad macroeconómica.
3. Competencia intercapitalista sin restricciones que desanima la inversión a medio y largo plazo.
4. Sector financiero independiente que tiende a desviar más y más fondos hacia la inversión no productiva.

En el capitalismo, más allá de consideraciones éticas, el equilibrio favorece el consumo. Una desigualdad muy grande impide que buena parte de la población pueda consumir, socavándose así las bases de reproducción del sistema. Lo que quiere decir que la *opción reformista* o *socialdemócrata* ha facilitado históricamente la acumulación y la buena marcha del propio capitalismo.

La «apertura democrática» que entraña esa opción se compadece con la multiplicidad de elecciones en el ámbito del consumo que necesita la competencia entre capitales. Un mayor desarrollo de los procesos monopolistas en la dinámica intercapitalista indica en principio, por contra, una menor necesidad de esa apertura.

Cuando la *opción reformista* va desarrollándose, se generan mecanismos reguladores basados principalmente en la integración del Trabajo. Por eso se acompañan de diferentes medidas de protección y participación del mismo en el ámbito social y político. Se desarrolla entonces la *cuestión social* y la ciudadanía.

Estas medidas tienden a «fidelizar» la fuerza de trabajo respecto a un determinado orden social. Pero no son mecanismos unilaterales dispuestos por el Capital, que nunca los emprendería por sí mismo. Son sobre todo éxitos de las luchas del Trabajo, conquistas en forma de elevación de la medida de la dignidad de los seres humanos y del nivel de exigencias sociales en relación a aquella (atribuciones intrínsecas de la ciudadanía en cada fase histórica del capitalismo —ver Anexo I del Apéndice—).

El Trabajo integrado a través de estos procesos es *Trabajo endógeno* o endogeneizado. El Trabajo que es incorporado al nexo capitalista, pero sin todos esos vínculos de integración, es *Trabajo exógeno*<sup>19</sup> (ha incumbido históricamente a las mujeres en todas las formaciones sociales capitalistas —en donde están hoy sólo parcialmente endogeneizadas—; así como a aquella población que está en condiciones objetivas de convertirse en *mercancía fuerza de trabajo* a través de su desposesión, pero que todavía basa su reproducción fundamentalmente en vínculos no capitalistas). También es *Trabajo exógeno* aquel que se importa del exterior sin que le atañan las condiciones del Trabajo endogeneizado (se establece, entonces, la desigualdad que acompaña a la distinción entre Trabajo autóctono y Trabajo heteróctono o «extranjero» en cuanto que fuerza de trabajo inmigrante).

Esto explica la permanente necesidad que muestra el capitalismo de establecer contextos de colonización internos y externos a escala estatal.

Hoy, dentro de un Sistema Mundial capitalista, lo interno y lo externo se solapan. Por eso cambian también las formas coloniales.

---

19. Los conceptos de trabajo endógeno y exógeno están tomados de Moulier-Boutang (2006). Es recomendable seguir a este autor para el desarrollo de sus consecuencias (aunque mantengo una profunda discrepancia con las conclusiones «autonomistas» de la obra).

La colonización interna de las propias poblaciones o decantación del Capital por la sobre-explotación del Trabajo (como ocurre en el presente), requiere de procesos de inversión de la endogenización hacia la exogeneización. *Trabajo exogeneizado* es, pues, aquel que habiendo sido endógeno, es después desenganchado de los vínculos reformistas.

## Acumulación y colonización

Por la propia dinámica excluyente de la acumulación capitalista y de sus procesos de concentración, los compromisos reformistas alcanzados en un determinado ámbito socio-estatal en cualquier momento histórico tienen que estar forzosamente sustentados en una mayor violencia sobre otras poblaciones de la economía-mundo capitalista y en la enajenación de las mismas.

Es decir, que la *opción socialdemócrata* en los centros de acumulación capitalista está indefectiblemente unida a la «renta imperialista» que aquéllos extraen de las periferias (gracias a la jerarquización mundializada de los precios de la fuerza de trabajo y al acceso desigual a los recursos naturales del planeta). O lo que es lo mismo, debido a la transformación del valor en valor mundializado (Amin, 2012).

Esta mundialización del valor está basada, por tanto, en el primer caso, en la plusvalía extra o extra-explotación de la fuerza de trabajo de las periferias.

Es en este sentido, que es el que aquí nos interesará ante todo, que la clave, a lo largo de la historia, ha sido disponer de, e incorporar permanentemente a la producción capitalista, fuerza de trabajo exterior a la misma, esto es, no producida ni reproducida bajo condiciones capitalistas, como la forma más barata de incluir trabajo vivo al modo de producción capitalista.

Esto ha implicado:

a) la destrucción de economías precapitalistas, con la consiguiente «liberación» de ingentes cantidades de población listas para ser «movilizadas»;

b) la preservación artificial de formas no capitalistas de producción en el conjunto de las periferias (y durante mucho tiempo la utilización de éstas como gigantescos «bantustanes»), como lugares de producción y reproducción de fuerza de trabajo bajo condiciones no capitalistas, listos para absorberla de nuevo cuando no se la requiera para la explotación capitalista (lo cual, en contrapartida, nunca estuvo libre de generar focos de resistencia étnico-popular, a menudo de forma endémica).

De ahí que el encauzamiento de la movilidad de la fuerza de trabajo y su forma de incorporación sean al menos tan importantes como la producción y realización de la plusvalía en las dinámicas de acumulación y desarrollo desigual capitalistas, ya que son condición imprescindible de las mismas.

En esa acumulación tan determinante es incorporar la mano de obra directamente a través de su movilidad espacial o sectorial, como integrarla ocupacionalmente en la división social e internacional del trabajo, utilizada a menudo como «materia prima» in situ, para ser aprovechada o importada después como «trabajo objetivado» (esto es, importando lo que aquélla produjo en su lugar de origen).

En su larga fase de «acumulación primitiva» en las formaciones europeas y mientras el capital no estuvo en condiciones de generar un mercado de trabajo mundial,

una de las principales obsesiones de la clase capitalista fue impedir la libre movilidad de su fuerza de trabajo, que «sus» trabajadores no se le fueran.<sup>20</sup> Así ocurriría igualmente en las colonias, sólo que allí hubo que aplicar medios aún más «artificiales» de sujeción, al ser más reciente e incompleta (y por tanto tardar más en *naturalizarse*) la relación salarial.<sup>21</sup>

Para entender mejor esos procesos es imprescindible tener en cuenta que el capital ha venido realizando históricamente su acumulación al interior de concretas barreras o fronteras socio-estatales. Llamo, por tanto, *formaciones socio-estatales* o de manera más sencilla, *formaciones sociales*, a los espacios de acumulación capitalista regidos por un determinado Estado, pero que pueden albergar distintas *formas de producción* (propias de anteriores modos de producción que se descompusieron al quedar subordinados) bajo un modo de producción dominante (el capitalista). Se imponen en ellas, por tanto, regulaciones jurídico-políticas y socio-culturales tendentes a alcanzar un alto nivel de uniformización para el conjunto de la población comprendida en tales fronteras,<sup>22</sup> si bien con patentes divisiones internas en cuanto al mercado de trabajo. La consecución de un Trabajo autóctono, afectado por el conjunto de dispositivos y regulaciones socio-

---

20. Véase lo que escribe el que fuera presidente de la Cámara de Comercio de Manchester, en una carta al *Times*, en 1863, que fue bautizada como *El Manifiesto de los fabricantes*: «Concedamos que los obreros no son propiedad de nadie [...] pero sí son [...] la fuerza espiritual y disciplinada imposible de ser sustituida en una generación; en cambio la otra maquinaria con que trabajan podría sustituirse y mejorarse, en gran parte con ventaja, en un plazo de doce meses. ¡Fomentad o tolerad la emigración de la fuerza de trabajo y veréis qué suerte corre el capitalista! ... Retirad los cuadros obreros y el capital resultará considerablemente depreciado y el capital circulante no se aventurará a luchar con la oferta reducida de una categoría ínfima de trabajo... Se nos dice que los propios obreros *desean emigrar*. Es muy natural que sea así. [...] Dígasenos ¿habría algún plan más sucida para todas las clases del país que éste, consistente en debilitar la nación, *exportando* sus mejores obreros fabriles y depreciando una parte de su capital productivo y de su riqueza? [...] ¿Puede haber nada peor para los *teratenientes* o los *patronos* que renunciar a sus mejores obreros, *desmoranzando* y *amargando* a los restantes por una extensa emigración despobladora y por el empobrecimiento de los valores y del capital en toda una provincia? (Marx, 1980: 521-522).

21. Durante décadas, la fuerza de trabajo exportada a las colonias desde las metrópolis contaba allí con la posibilidad de «desertar» de esa condición, al darse «tierra libre» o tierra en abundancia todavía no privatizada, con la que poder establecerse por su cuenta (buena parte de la migración europea, hasta principio del siglo XX, buscó liberarse de la condición proletaria). Esto fue un quebradero de cabeza para los capitalistas, que intentaron impedir ese proceso de liberación por todos los medios. Veamos cómo lo describe Marx: «En las colonias la cosa cambia. Aquí el régimen capitalista tropieza por todas partes con el obstáculo del productor que, hallándose en posesión de sus condiciones de trabajo, prefiere enriquecerse él mismo con su trabajo que enriquecer al capitalista [...]. Cuando el capitalista se siente respaldado por la metrópoli procura quitar de en medio por la fuerza *el régimen de producción y apropiación basado en el propio trabajo*» (Marx, 1980: 701).

De ahí la obsesión de las metrópolis por *fabricar obreros asalariados* en las colonias.

Sin embargo, era tal la fuerza de la «tierra libre» que el Capital terminó por hacer concesiones salariales, laborales y sociales especiales. Rosenberg (1981, capítulo II) detalla cómo puede extenderse así la democracia constitucional en EE.UU., Canadá y Australia, entre otros ejemplos.

22. Ese conjunto de uniformizaciones son las que sentaron las condiciones objetivas para construir la *identidad nacional* por encima de la desigualdad de clase. Siendo, sin embargo, un proceso a menudo tensionado e incompleto, pues ha dejado a numerosos sectores sociales en el limes, exogeneizados o no incluidos de facto en la ciudadanía (amén de las posibles disensiones internas en torno a la uniformización cultural, entre otras contradicciones que suscita). He dedicado diferentes trabajos al respecto de estos puntos, pero para tener una referencia que combine la clave identitario-nacional con la distinción autóctono/heteróctono o «extranjerización» de la fuerza de trabajo migrante, puede consultarse Piqueiras (2007). Allí se encuentran numerosas referencias bibliográficas sobre estos temas.

laborales, nunca ha sido universal para el total de aquella población, dada la crónica necesidad para el Capital de establecer sectores de la fuerza de trabajo exógenos o exogeneizados a escala interna (mujeres, jóvenes-viejos, campesinos, colectivos etnificados o racificados, segmentos de población marginales...).

La auténtica razón de ser de la *biopolítica* estatal ha sido desde sus inicios en el mercantilismo, asegurar una cantidad de fuerza de trabajo disponible. Máxime según crecía la importancia de mantenerla en número tanto como en buen estado para trabajar (cuando empezó a ser más dificultoso sustituirla, es decir, según disminuía el *factor reemplazo*). A partir de la revolución industrial capitalista se trató de garantizar una proporción adecuada de fuerza de trabajo sobrante, teniendo al mismo tiempo la *eugenesia* como horizonte, ante la indocilidad o «malfunción» de aquella. Dicho de otra forma, tratábase de producir riqueza a través del empleo cotidiano de la población (a diferencia de la política de dominación tradicional, basada en la sujeción y apropiación de lo sujetos y de sus propiedades, en adelante se necesita extraer riqueza de los sujetos ya sin propiedades —en cuanto que medios de producción—).

Hay que tener en cuenta, para calibrar mejor estas circunstancias, la debilidad estructural de la que parte el Capital frente al Trabajo, y es que necesita indefectiblemente de él para ser Capital. En cambio el Trabajo se emancipa dejando de ser mercancía fuerza de trabajo, es decir, trascendiendo al capital.

Es por eso que la encarnación agencial del capital pone todo su ahínco en intentar contrarrestar su *debilidad intrínseca* a través del gran poder social que acumula y de su capacidad rectora de un sistema que no en vano recibe su nombre.

Esto se traduce en su constante pugna por convertir la Vida en plusvalía, el permanente ejercicio de violencia para ampliar, disciplinar y reproducir el proletariado (esto es, para acabar con las formas colectivas de producción y tenencia, y para impedir cualquier posibilidad de reproducción social autónoma, cooperativa).

Por eso, desde el punto de vista antropológico la historia del capitalismo no puede ser sino una historia contra-natura, en pertinaz desafío a una parte importante de la naturaleza de la especie humana, vital para su supervivencia: los comportamientos comunitarios o cooperativos. La insistencia del capital en primar y potenciar los competitivos, así como las conductas y respuestas individuales frente a las colectivas, pueden hoy estar poniendo en peligro a la propia especie (¿o alguien piensa de verdad que los graves problemas que plantea la infraestructura ecológica y económica de la Humanidad se resuelven con salidas individuales y competitivas?).

## Consideración final

De todo lo argumentado hasta el momento no debe inferirse más que lo que está dicho. Esto es, que el desarrollo de la masa de ganancia y la reducción de la capacidad de sustitución de la fuerza de trabajo son proclives a la opción reformista *dentro* de capitalismo, y que son factores coadyuvantes del poder social de negociación del Trabajo y por tanto de su fortaleza organizativa.

Pero, a diferencia de lo que han venido formulando algunas interpretaciones clásicas del materialismo histórico, el desarrollo de la productividad o, en general, de las fuerzas productivas, no constituye por sí mismo ningún paso hacia la autonomía y control social por parte del Trabajo. Ya que en un sistema capitalista esos desarrollos están vinculados al subdesarrollo del componente socio-ecológico de los seres huma-

nos.<sup>23</sup> Además, al final, el propio desarrollo de las fuerzas productivas interfiere con la acumulación capitalista, como veremos en la Introducción II y a lo largo de los capítulos.

Por eso mismo, y por otro lado, la explotación y el disciplinamiento del Trabajo en el sistema capitalista no serán logrados nunca a través del simple funcionamiento de las relaciones económicas, pues éste necesita permanentemente de unas u otras formas de violencia,<sup>24</sup> como también expondré en la siguiente Introducción.

Sí es cierto, en cambio, que dentro el capitalismo, sin la primigenia acumulación y posterior desarrollo de la masa de ganancia, no hay apenas opciones para el reformismo. Ningún proceso inicial de desarrollo masivo de las fuerzas productivas, ningún proceso de arranque de la industrialización-modernización, se ha dado de forma *democrática*, valga decir, con un elevado nivel de *opción reformista*.

Así, los albores industriales europeos que costaron la vida y unas condiciones infra-humanas a la población de la Europa Atlántica. Así, los procesos de industrialización intermedia y tardía de Europa y Japón, que se vieron acompañados de una prolongación del autoritarismo o cerrazón de la gobernanza, desembocando a medio plazo incluso en fascismos. Son especialmente llamativos los casos de Alemania e Italia (además de Japón), y más tarde aún los de España, Portugal y Grecia, con sus dictaduras militares.

Así también ocurrió en EE.UU., con un tiempo de industrialización intermedio, llevado a cabo a través de un drástico disciplinamiento de la fuerza de trabajo y enormes reservas de población exogeneizada (tanto interna como externa), a menudo servil e incluso proveniente de la esclavitud.

Así igualmente ha sucedido en las formaciones sociales periféricas, en sus procesos de acumulación o de industrialización entre el siglo XIX y el XX, y sus respectivas y variadas formas autoritarias o directamente despóticas.

Tampoco las formaciones sociales que pretendieron desligarse del capitalismo y emprender su propio desarrollo industrial en el siglo XX: URSS y la Europa oriental, China, etc., pudieron eludir la tendencia. En estos casos se emprendieron procesos con reducidos índices de apertura en la democratización del ámbito político o distribución del poder social. Si bien, al menos consiguieron o intentaron alcanzar relativamente altos niveles en el plano redistributivo<sup>25</sup> y a menudo también en el partici-

---

23. Hace referencia ese componente a lo comunitario, lo autónomo, lo colectivo en cuanto que elementos básicos de la dimensión social de un ser humano, sin los cuales no hay posibilidad de emancipación conjunta. Tampoco puede alcanzarse el «vivir bien» sin su integración «pacífica» (utilización con reposición) en el conjunto del hábitat y sin la buena salud de éste, que constituyen el componente ecológico de lo humano.

24. Es sabido que muchos análisis han tratado la violencia capitalista como una expresión de su inmadurez, propia en exclusiva de las primeras fases de la expansión del capitalismo, para dejar paso después exclusivamente también a una «coacción sorda» de las RSP. Con ser cierta esta última, como metáfora del dominio abstracto de la *mercancía* y base del estreñimiento estructural capitalista, necesita en todo momento ser «ayudada» por la personificación del capital y su poder de clase.

25. El carácter «relativo» de la redistribución estuvo marcado por el menor nivel proporcional de logro de bienes de consumo en relación al de medios de producción. Ello está en función de que las primeras etapas de industrialización siempre han tenido como prioridad el desarrollo del Departamento I (producción de bienes de equipo). En general, la vía de transición al socialismo que prevaleció en el siglo XX conllevó la garantía de la reproducción de la fuerza de trabajo, dentro de la cual se incluía el empleo. Un empleo con menores niveles de explotación a cambio de bajos salarios directos, en buena medida compensados por los indirectos y diferidos (la fricción social se enervó, sin embargo, cuando por un parte la compensación estatal declinó, y por otra cuando como consecuencia del hiato tecnológico con las formaciones centrales capitalistas, el Estado aumentó la explotación de la fuerza de trabajo, reduciendo relativamente aún más los salarios).

pativo (logrando por momentos gran implicación popular en los procesos de transformación en curso).

Cuando la continuidad del crecimiento de la masa de ganancia ha comenzado a sufrir profundos y estructurales contratiempos en las formaciones centrales que habían conseguido aparentemente dejar atrás la versión despótica del capitalismo, ésta vuelve a hacer aparición con toda su crudeza, como hoy mismo comprueban las perplejas poblaciones del «primer mundo», que se creían a salvo ya de ese pasado.

## Introducción teórica II

# Algunos apuntes sobre ondas largas, modos de regulación, estructuras sociales de acumulación y *luchas de clase*

Buena parte de los planteamientos teóricos de la Introducción I tienen puntos en común con algunas de las principales escuelas que han analizado el devenir capitalista desde la perspectiva histórica amplia (y en los capítulos siguientes se verá su interconexión). Sin embargo, también hay elementos no coincidentes entre aquellos primeros y estas últimas. El objeto de esta introducción teórica es reflexionar sobre aquellos análisis, para afinar un poco más la propia teoría y así tener mayor claridad sobre los presupuestos que atraviesan el libro.

### 1. Las ondas largas

Las ondas largas se han postulado como periodos de ascendencia de la acumulación capitalista, de unos 25 años (fase A Kondratiev), tras los cuales se ralentiza e incluso comienza a descender esa acumulación (fase B Kondratiev), hasta que un determinado modelo de crecimiento entra en crisis y es sustituido por otro que ya presentaba rasgos latentes en el anterior; sin que ello quiera decir que las formas del modelo en crisis tengan que desaparecer del todo en el nuevo modelo, sino que están presentes en él aunque no de manera hegemónica.

Por lo que respecta a la influencia que las ondas largas pueden ejercer sobre las relaciones entre Capital y Trabajo, las hipótesis de partida suelen proponer que en una fase u onda larga ascendente el Capital cuenta con suficientes recursos como para estar más abierto a, o incluso promover el reformismo social y, en general, la integración del Trabajo, merced a la secuencia virtuosa que es proclive a instaurar: incremento de la tasa de ganancia → aumento de los salarios reales (cuanto menos los indirectos y diferidos) → acentuación del consumo → complicidad de la población.

En estas fases se acentúa paulatinamente, junto con su relativamente menor posibilidad de reemplazo, la inclinación hacia una parcial desmercantilización de la fuerza de trabajo (una parte de su reproducción es asumida a través de prestaciones y servicios por el «capitalista colectivo» institucionalizado, el Estado). Se favorece la organización y fortaleza del Trabajo (crece su *poder social de negociación*<sup>1</sup> y por tanto el mayor reparto

---

1. Este es igual a la capacidad, debido a su posición de fuerza, de hacer valer sus intereses frente al Capital. Como se apuntó en la introducción anterior, esa posición de fuerza se puede adquirir mediante la menor posibilidad para el Capital de reemplazar la fuerza de trabajo o de debilitarla, y también a

de la plusvalía total generada), pero también su integración y, por tanto, su interiorización o asunción de la *opción reformista*.

En las fases de *crisis* o de ralentización del crecimiento de la ganancia, disminuye la posición objetiva del Trabajo para influir protagonísticamente en el decurso del sistema capitalista, acentuándose por el contrario la dinámica de pugna intra-Capital (o inter-capitalista) como motor de los cambios y, en definitiva, como agencia conductora del sistema (ver al respecto, por ejemplo, las obras de Robert Brenner, en especial Brenner, 2003, 2009). Pero por contra y aun así, las expresiones más desarrolladas o concienciadas del Trabajo (*vanguardias*) se hacen más rupturistas, preparando la posterior agudización de las *luchas de clase*, que encuentran más nutrientes según se deterioran las condiciones del conjunto del Trabajo, y con ellas, las de legitimidad general del sistema, pues en la búsqueda de salidas a sus crisis, el Capital persigue crecientemente el aumento de la tasa de plusvalía a partir la acentuación de la tasa de explotación y el consiguiente deterioro de las condiciones laborales y de distribución de la riqueza social, como ocurre en la actualidad.

## 2. Teoría regulacionista

La escuela o escuelas regulacionistas (gestadas principalmente en Francia)<sup>2</sup> tratan de desarrollar un conjunto de conceptos históricamente fundados como enlaces intermedios entre la alta teoría y la historia económica, incidiendo en particular en que la evolución institucional del capitalismo es la clave de su evolución histórica. A partir de ahí intentan explicar la paradoja de por qué el capitalismo tiene tendencias hacia la crisis, el cambio y la inestabilidad, que son contrarrestadas por su habilidad adaptativa a las mismas, a través de un dúctil entramado institucional-normativo-ideológico-subjetivo. Su teoría está basada en dos conceptos clave: los *régimenes de acumulación* o formas de organizar la producción y el consumo (fordismo, post-fordismo, etc.) y los *modos de regulación*, que se refieren a las instancias sociopolíticas, jurídicas e ideológicas que se retroalimentan con ese régimen de acumulación. Proponen que la combinación de un régimen de acumulación y un modo de regulación da como resultado un *modelo de desarrollo*, que aquí llamaré *modelo de crecimiento* para evitar las connotaciones ambiguas del concepto «desarrollo».

Así, unas determinadas formas institucionales, entre las que predomina la naturaleza del Estado en cada momento, el tipo de relación salarial y las formas de competencia, se combinan en un régimen internacional, con unas determinadas dinámicas de clases sociales y una específica naturaleza de los ajustes económicos, intensidad del crecimiento y formas que adquieren las propias crisis, para propiciar esos modelos de crecimiento.

De acuerdo con las teorías de la regulación, todo régimen de acumulación alcanzará un punto de crisis en el cual el modo de regulación no podrá sostenerse, y las élites estarán forzadas a encontrar nuevas reglas y normas, perfeccionando un nuevo régimen de acumulación, que estará vigente hasta que desarrolle su propia crisis, y así sucesivamente.

---

través de la organización y las luchas colectivas. Los altos niveles de empleo y el macrocorporatismo en el que estaba incluido gran parte del Trabajo en la fase keynesiana aumentaron significativamente ese poder social de negociación.

2. Ver entre sus más importantes aportaciones, Aglietta (1979), Boyer (1992), Lipietz (1986), Boyer y Saillard (2002).

### 3. Las teorías de los estadios capitalistas y las Estructuras Sociales de Acumulación (ESA)

La teoría de las ESA, desarrolladas sobre todo en EE.UU., comparten con la teoría de la regulación el principio de que la acumulación capitalista lejos de explicarse sólo a través de factores económicos,<sup>3</sup> necesita perentoriamente de factores extra-económicos para el logro y estabilidad de esa acumulación. Factores institucionales y culturales algunos de ellos profundamente arraigados.

Tienen su antecedente en las obras de Hilferding y Bujarin, que posteriormente Lenin desarrolló en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, a objeto de intentar salir del atolladero en el que se encontraba el marxismo mecanicista de la II Internacional, el cual daba palos de ciego para propugnar que la recuperación capitalista de la crisis finisecular del XIX, que se realizó contra todo pronóstico, era prueba evidente de que merced a los trusts y cárteles el capitalismo había logrado bien la superación de sus tendencia a las crisis, a sus desproporcionalidades y a su poco racional organización del mercado (Berstein), bien la eliminación de la pugna interimperialista suicida (Kautsky). Lenin teorizó que, lejos de eso, el capitalismo había mutado en una nueva forma, que al tiempo suponía otro estadio. La nueva forma era la monopolista y el estadio, el imperialista.

Del esfuerzo de Lenin brotarían en los años de 1960 en EE.UU. las obras de Sweezy, «*La teoría del desarrollo capitalista*» y «*El Capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*», esta última escrita con Baran. Se intenta recrear en ellas las formulaciones teóricas de Hilferding y Lenin para (una vez incorporado también Kallecki) llevar a cabo el análisis del capitalismo de su tiempo. Siguiendo la estela de su trabajo saldrían aportaciones como la de Magdoff (economía y política exterior de EE.UU.) y la de Braverman y Burawoy (capitalismo monopolista y control en los centros de trabajo, tecnología y cambios en la composición y estructura de la clase obrera), que en conjunto asentarían en EE.UU. la escuela del capitalismo monopolista,<sup>4</sup> especialmente cuando al final de los años de 1970, David Gordon publicó dos artículos vinculando la teoría de los ciclos largos con la de los estadios del capitalismo, pergeñando el término de *Estructuras Sociales de Acumulación* («Up and Down the Long Roller Coaster» —1978—, y sobre todo «Stages of Accumulation and Long Economic Cycles» —1980—).

Todos estos autores hacen hincapié en que también tras la Segunda Gran Guerra tuvo lugar una profunda reorganización social de las condiciones institucionales de la rentabilidad capitalista. El capitalismo mutó porque cambiaron las condiciones de acumulación, y esto motivó y fue reforzado al tiempo por una nueva configuración institucional que envolvía diferentes elementos políticos, sociales e ideológicos acompañando a los económicos.

Cobraba cuerpo así una teoría general de los estadios o fases del capitalismo, que venía a representar realidades históricas, segmentos de la historia capitalista global con rasgos definitorios característicos pero no estancos sino solapados, dentro del capitalismo histórico.

---

3. La doctrina liberal se empeñó en hacer ver al capitalismo como un sistema capaz de funcionar automáticamente, sin necesidad de dispositivos extraeconómicos, por la fuerza de su propia dinámica.

4. Un buen estudio de estos pasos y de los fundamentos de la teoría de las ESA puede encontrarse en McDonough (1995, 1999 y 2008). También Kotz, McDonough y Reich (1994), McDonough (2003) y McDonough, Reich y Kotz (2010) para la aportación de la ESA al examen del actual impasse en la globalización. Referencias a los otros autores se proporcionan también en la bibliografía final.

La teoría de las ESA defendía que las características económicas de cada estadio no pueden ser estudiadas sin atender a las instituciones concretas como el sistema financiero, el comercio exterior, el sector público, que directamente envuelven los procesos políticos, judiciales y sociológicos. Es decir, que la economía está empotrada en instituciones políticas, ideológicas y culturales, y cada periodo, por tanto, no puede entenderse sin la construcción de nuevas estructuras sociales de acumulación.

La política, la ideología y la cultura entraban así de lleno en la acumulación capitalista.

Sobre los ciclos de acumulación floreciente y sus crisis, la teoría de las ESA proponen que los primeros son proclives a desarrollar *Estructuras Regulativas de Acumulación* (ERA), que fortalecen al Trabajo, pero lo integran en el orden social.

Mientras que en los periodos de decadencia, se potencian *Estructuras Liberales de Acumulación* (ELA), que dividen y debilitan a la fuerza de trabajo, motivo por el cual cuando provocan condiciones objetivas de disrupción social, no hay sujeto del cambio.

En contrapartida, el excesivo debilitamiento del Trabajo y de las protecciones sociales del mismo, merma considerablemente las posibilidades de realización de la ganancia, dado el descenso masivo de consumo. Por eso mismo la teoría de las ESA sostiene que aunque una ELA fortalece la generación y apropiación de plusvalor, sólo una Institución de Regulación ha garantizado acumulación y crecimiento a medio plazo (McDonough, 2008: 168; también Kotz —2007 y 2009—, ponen a prueba la ESA en relación al marxismo, las crisis y la acumulación a largo plazo).

¿Pero puede hablarse de una ESA global, definida y susceptible de aplicarse al conjunto del Sistema Mundial? Hasta ahora se había hecho la crítica al centramiento socio-estatal de la ESA. Sin embargo algunos teóricos de esta escuela, como Kotz y McDonough, han hecho girar sus últimos esfuerzos hacia el espacio global.<sup>5</sup>

---

5. Así expresan Kotz y McDonough (2007) el contraste entre la ERA de la postguerra y la ELA implementada con la globalización neoliberal como ESAs (SSA en inglés). Por lo que toca a la ERA: «In the decades following World War II, the old liberal ideology, theory, and policy approach came to be viewed as outmoded, relegated to an early, «immature» period of capitalist development. Even the term “capitalism” was replaced by terms such as the “mixed economy” [...]», p. 1.

«In the postwar SSA all of the capitalist countries, despite some differences in their particular domestic institutional configuration, had institutions that embodied in some form the state-regulated character of that SSA as a whole. In much of Western Europe the domestic SSA had a socialdemocratic character, while in Japan the SSA was more corporatist. The USA had still a different type of state-regulated SSA, based on what has been called «military Keynesianism [...] In the developing countries, import-substitution industrialization regimes were common. Despite the differences, all involved strongly statist domestic institutions, and all fit in well with the international-level institutions of that SSA», pp. 20-21.

En cambio estas serían las características de la ESA neoliberal (ELA): «Neoliberalism is based more at the global dimension than at the nation-state dimension, in that the dominant institutions within major nation-states show greater variation in this era than in the previous SSA. Hence, in our view the term “global neoliberalism” best captures what we will argue is the contemporary social structure of accumulation [...]».

»The uneven spread of neoliberal domestic institutions, which is explained by differing particular histories in each country, is an important feature of the global neoliberal SSA. This variation even has certain benefits for profit-making and capital accumulation under this SSA. The global organization of production, which characterizes global neoliberalism, benefits from local differences so that different phases of capital accumulation and different stages of production can be apportioned to the most profitable locations. [...]», p. 22.

«It appears that the relation between the global and national aspects is different in the contemporary SSA compared to the previous SSA. The postwar state-regulated SSA can be thought of as a series of national state-regulated SSAs which were linked internationally by an appropriate set of

Esfuerzos teóricos que si bien tienen cierta plausibilidad, están lejos de definir específicamente esas pretendidas estructuras globales de acumulación. Más bien parecen, en cambio, explicaciones *ex post*, sobre cómo se ha producido una desigual articulación de formaciones socio-estatales en el mundo y sobre la permanente ruptura de barreras espaciales para su acumulación que realiza el capital. Pero dejemos que el tiempo haga madurar esta nueva propuesta de la escuela de las ESA.

En Europa, fuera de esta escuela teórica, sería Ernest Mandel quien desarrollaría la teoría de los estadios capitalistas, ofreciendo además una concreción de los mismos (capitalismo de libre competencia, capitalismo monopolista, tardocapitalismo); mientras que en Japón se abría paso la escuela teórica del marxista Uno, que estableció en los años cuarenta-cincuenta del siglo XX tres grandes etapas del capital: mercantilismo, liberalismo e imperialismo.

Mandel pensaba que las depresiones eran endógenas a la dinámica de acumulación capitalista, mientras que para iniciar un nuevo ciclo ascendente se requería de un «choque» exógeno, propiciado por los agentes del capital y sus instituciones (hay una buena síntesis recientemente traducida en Mandel, 2008). Sitúa así a las luchas de clase como algo en cierta manera «exógeno» a la dinámica de acumulación capitalista (elemento que en este texto está concebido, por contra, como intrínseco e inseparable de esa dinámica). Este autor apunta un paquete de factores económicos (exportación masiva de capitales, intercambio desigual, nuevas tecnologías) y no económicos (mayor o menor importancia del Estado, introducción de medidas sociales de redistribución, colonialismo, militarismo, competencia imperialista, apertura o cierre del sistema: repliegue sobre el Estado-nación o expansión...) como condicionantes de la acumulación capitalista. Atenderemos a algunos de ellos en el texto. Mas ahora nos ocuparemos de ver una breve revisión crítica de todos estos planteamientos.

#### 4. Posicionamientos teóricos que sustentan los capítulos del texto

##### 4.A. Sobre las ondas largas

En este texto no se comparte la existencia de ciclos fijos, periódicos, del capitalismo histórico (dentro de los cuales los más famosos son los de larga duración o fases Kondratiev). Entiendo que no hay ninguna evidencia empírica sobre los mismos tanto a escala intra-estatal como, aún mucho menos, que se produzcan al nivel mundial y de forma sincronizada. Pero sí se defiende la tendencia recurrente a la crisis, sin periodicidad que pueda ser definida de antemano, y que además se atempera o agudiza en función de la dinámica Capital/Trabajo o lo que es lo mismo, de las luchas y alianzas en torno a la relación fundamental de clase que según se da la acumulación de conciencia tienden a ser «lucha de clases» (al sumarse conscientemente más sectores del Trabajo a esa dinámica). Son estas luchas las que constituyen el principal elemento «regulador». De hecho fue la intervención combativa del Trabajo la que permitió al capitalismo sobrevivirse a sí mismo, al verse forzado a generar en su seno la *opción reformista*.

---

international institutions, such as the Bretton Woods system and a particular form of US hegemony. By contrast, the global neoliberal SSA exists in its most pure form at the transnational level, where neoliberal principles became fully dominant in such institutions as the WTO, IMF, and World Bank. Global neoliberalism is a transnational structure with local structures nested within it, with variation in the extent to which local structures conform to the neoliberal model», p. 23.

Y de hecho también la lucha de clase ha sido pieza clave de las estrategias del Capital para promover ciclos de austeridad, crisis inducidas tendentes a provocar un «desempleo controlado». Esto es lo que Kalecki llamó «ciclo político de la economía» (Bellamy Foster, 2013), que quiere decir que buena parte de los altibajos en la acumulación capitalista responden a claves estratégicas de clase. Las propias respuestas a las crisis mediante la *opción liberal*, evidencian que el Capital está dispuesto a sacrificar parte de la recuperación de la tasa de ganancia a cambio de un objetivo prioritario como clase: reeditar permanentemente la subordinación del Trabajo.

Este es para mí, por tanto, el componente que «subdetermina» a las otras dinámicas.

Sólo así puede entenderse la salida de la crisis del keynesianismo que se dio en las formaciones sociales centrales y que implicó también a las restantes formaciones para preparar una nueva *forma* capitalista a escala planetaria.<sup>6</sup> La feroz lucha de clase desencadenada entonces por el Capital libraría una serie de acontecimientos concatenados: freno o derrota del sindicalismo, profundización del viraje reformista de la mayor parte de la izquierda política organizada (que se termina de «acoplar» al capitalismo keynesiano justo cuando éste se desvanece y el capital da un salto a otro modelo); introducción del reformismo en las semiperiferias (estabilización de la situación política en España, Portugal, Grecia...). Al tiempo que se procuran salidas a la crisis de acumulación que tienen por objetivo el aumento de la explotación y, en general, la subordinación del Trabajo.

También adquiere mayor claridad bajo esa luz la eliminación física o represión de los movimientos revolucionarios de las periferias, que tiene su arranque de mayores dimensiones en los genocidios políticos del Cono Sur. Además, se produce un cambio en aquellas formaciones socio-estatales que se declaraban «socialistas», con su punto de inflexión en el giro del gobierno de Vietnam hacia los organismos financieros internacionales a partir de 1976, o la acelerada involución del proceso socialista en China, que comienza a partir de 1978 su camino hacia la integración en el mercado mundial. Tal proceso recibirá su aldabonazo con la caída del Bloque Soviético en 1989-1991, para profundizar en el retroceso y desconcierto del Trabajo a escala planetaria.

Se mundializó de esta forma la relación capitalista y el establecimiento de las condiciones socio-políticas propicias para inaugurar un nuevo modelo capitalista (que algunos han llegado a apuntar como una nueva era): el neoliberal. Él se manifestó parcial y sólo fugazmente capaz de recuperar las tasas medias de ganancia en los centros motores del capitalismo globalizado, pero mortalmente eficaz en el debilitamiento del poder social de negociación del Trabajo. Y es que ha habido en ese proceso un claro componente de *venganza de clase* (que nunca más la lucha de clases protagonizada por el Trabajo arranque concesiones como el «Estado Social» o el «capitalismo amable»), por encima de aquella recuperación de la tasa de ganancia o sacrificando en parte sus posibilidades. En el texto proporcionaremos algunas referencias de cómo se hizo, así como más detalles de la ofensiva de clase descrita.

Baste de momento citar aquí este ejemplo de las *luchas de clase* como condicionante de las tendencias intrínsecas del capital. Es este mismo factor, la feroz ofensiva capitalista contra el Trabajo a lo largo de los últimos 40 años, el que posibilita que en la Gran

---

6. El propio nacimiento del keynesianismo degradado, el mal llamado «pacto Capital/Trabajo», fue el resultado en realidad de la victoria del empresariado y la derrota del Trabajo organizado sindicalmente, en un amplio, intenso y doloroso proceso de *lucha de clase*, que llevó del aumento de la represión con la crisis finisecular del XIX, a las Grandes Guerras y a las expresiones más despóticas del Capital (pistolerismos, fascismos, nazismo, nacionalismos imperialistas...) como elementos de castigo del Trabajo (ver capítulo 3).

Depresión del siglo XXI, a pesar de la manifiesta decadencia del modelo neoliberal, el Capital continúe instalado en el mismo, o incluso haya comenzado a modificarlo hacia expresiones aún más autoritarias, al no tener antagonista de consideración delante.

#### 4.B. Sobre la teoría regulacionista

Ha sido de gran importancia para ciertos aspectos de comprensión del capitalismo del siglo XX la línea de investigación abierta por esta escuela, en su intento de operacionalizar las claves de la dialéctica entre los factores económicos y los sociales o socio-institucionales. Si bien, con el tiempo fue dejando de lado el componente marxista de sus planteamientos y haciendo que en éstos cundiera la impresión de hallarnos frente a un capitalismo capaz de autorregularse indefinidamente.

Algunos de los trabajos regulacionistas presentan, así, una recurrente alusión a causas estructurales como ‘mecánicas’, no agenciales, en las subidas y bajadas de los ciclos; en donde las *luchas de clase* tienen poca cabida teórica. Aunque atrayentes, adolecen de la misma tendencia hacia el mecanicismo tesis suyas como la del subconsumo, que se centran en el desajuste entre el Departamento I y II del sector industrial, para generar un similar hiato entre el poder de compra y lo producido por una siempre creciente inversión en capital.<sup>7</sup>

A mi entender, por citar otro ejemplo de concatenaciones más o menos mecánicas en su teorización, ni la acumulación intensiva requiere *sine qua non* de una regulación monopolista ni la competencia generalizada entre capitalistas implica una menor participación de los salarios en la riqueza, necesariamente.

Por eso en este texto se da importancia crucial a las RSP capitalistas (con el desarrollo de la forma *valor* y sus congruentes formas de propiedad y dominación en cada momento), que constituyen el entramado estructural básico de las sucesivas instituciones y formas de acumulación.

#### 4.C. Sobre las ESA y el entramado social capitalista

Las propuestas de la teoría de las ESA tratan de proporcionar sustento analítico a algunas de las claves dialécticas que formulara Marx (la interpenetración existente entre el conjunto de políticas, intervenciones públicas, formas institucionales y de pensamiento, normas, dispositivos de socialización y medios de construcción de la realidad y de legitimación, hábitos de comportamiento y el conjunto de subjetividades que acompañan a los distintos periodos de acumulación capitalista). Su mérito, como el de los regulacionistas, es intentar concretar en cada momento histórico ese conjunto de concatenaciones sociales, jurídicas y político-ideológicas con las económicas.

Entre sus deficiencias, creo que la teoría de las ESA falla en no ver que una de las falencias actuales de la dinámica de acumulación capitalista es no haber sido capaz de parangonar el paso de la internacionalización a la mundialización del capital con es-

---

7. Para los regulacionistas el subconsumo comienza a surgir tan pronto como un régimen intensivo de acumulación se ha establecido. ¿Es por eso por lo que se necesitan crear instituciones especiales para asegurar el consumo de la fuerza de trabajo? Ver una buena crítica del regulacionismo en Brenner y Glick (1991), quienes advierten que los vaivenes de ganancia no son explicables ni mucho menos sólo en términos de red institucional. Ver 4.D., para otra explicación.

estructuras institucionales rectoras acordes, ligado como está todavía en gran medida a claves de crecimiento y competencia estatales.

Es de destacar también el centramiento de las ESA en EE.UU. y el hecho de que la delimitación de estructuras de acumulación más parece a menudo un ejercicio de encaje de datos a posteriori que una auténtica teoría con capacidad de adelantarse a los acontecimientos (como propiamente advierten dos de sus principales teóricos —Kotz y McDonough, 2007—, de lo que se trata es de intentar demostrar que una ESA está en marcha, esto es, construida, *antes* de que se inicie un nuevo ciclo de expansión acumulativa). Es por eso que en ocasiones el planteamiento resulta un tanto cogido por los pelos o convenido, pues las estructuras no son fruto de la planificación *ex ante* (o al menos no exclusivamente), sino que se van conformando y articulando en función de las claves que requiere y desata la acumulación, la cual, a la manera del agua que busca los huecos por donde filtrarse y al hacerlo orada la roca, va sedimentando formas, comportamientos y resultados actitudinales e institucionales *necesarios* a esa acumulación, que a la vez son susceptibles de potenciarla durante un tiempo.

Además, en realidad esas estructuras no tienen una compartimentación clara, sino que más bien van modificándose sin saltos bruscos, en pro del mantenimiento o potenciación de un entramado socio-institucional capaz de favorecer la acumulación. Forman parte, así, de un *continuum* que constituye la matriz lógico-existencial de la vida.

Pensemos, yéndonos al origen del capitalismo, en lo que significa el asentamiento de las condiciones de (re)producción del capital, esto es, de conversión de una sociedad no capitalista en capitalista. Esto pasa por la generación de todo un complejo tejido social e institucional tendente, a partir de entonces, a favorecer la dinámica de reproducción capitalista. Véase la facilitación de condiciones para el proceso de producción inmediato, como la apropiación privada de los medios de producción por una reducida minoría y la consecuente desposesión de la mayoría de seres humanos para su conversión en mercancía «fuerza de trabajo»; o los aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo que suponen, por ejemplo, la transformación de las relaciones familiares, de las relaciones de género e intergeneracionales, la producción y la gestión del espacio-tiempo doméstico, las prácticas educativas, las instituciones civiles. Además de ello, el movimiento del capital como valor en proceso requiere ciertas condiciones imprescindibles, como una red de transportes y de comunicaciones, las concentraciones urbanas y una determinada disposición del territorio. La movilidad del capital social y del trabajo social para desplazarse lo más rápidamente posible de una rama de producción a la otra precisa de nuevas y específicas condiciones jurídicas (el derecho comercial como rama del derecho civil) y de instituciones encargadas de supervisar su aplicación y respeto; pero también la unificación político administrativa del territorio y la creciente homogeneización de los modos de vida, de normas sociales y culturales en el interior de una formación social. El proceso inmediato de reproducción del capital exige, amén de todo ello, de un cierto tipo de individualidad, tanto del «trabajador libre» como del capitalista, que conllevan una concienzuda socialización, así como formas de consumo y jurídicas acordes, entre otros muchos factores (ver Cuadro Sinóptico a continuación).<sup>8</sup>

---

8. Bihl (2006) lleva a cabo un buen detalle de estos procesos, también de los pasos concretos a través de los cuales el capitalismo se fue abriendo paso en la Europa tardofeudal. De todo ello se desprende que invertir la flecha del macroproceso resultante, para construir un modo de producción no capitalista, no es tarea ni sencilla ni breve, sino de décadas o siglos. Katz (2004) es de los autores actuales que a mi entender mejor ha trabajado sobre ello.

## CUADRO SINÓPTICO EL METABOLISMO CAPITALISTA

Gramsci (1980) sintetizó el núcleo básico del entramado social capitalista a través del concepto de *hegemonía*, mediante la cual la clase dominante es al mismo tiempo clase dirigente, pues dirige intelectual y moralmente (culturalmente) la sociedad, impregnando todo el sistema social con su propia ideología. Según él, cuando las relaciones sociales de producción capitalistas han alcanzado un grado de madurez en cualquier formación social, la alternativa a ellas no pasa por la política pequeña, sino por la política grande (lo que en el siguiente párrafo llamo política o poder con minúsculas y Política o Poder con mayúsculas). La Política en grande requiere de una *guerra de posiciones*, esto es, de una reforma cultural profunda (un «acto pedagógico») que transforme los cimientos cultural-ideológicos de la sociedad, para iniciar un periodo de «doble poder» que vaya más allá del cambio de poder formal (a diferencia de aquellas formaciones sociales en las que hay una difusión incompleta de las relaciones capitalistas, donde puede artárselas a través de la toma del poder institucional, mediante una *guerra de maniobras*). De ahí la clarividencia de este autor cuando concibiera a principios del siglo XX la *sociedad civil* como un componente esencial de la hegemonía: espacio donde se producen y difunden las representaciones ideológicas, donde se fabrica el consenso. En concordancia con sus planteamientos, *entenderemos aquí la Política en grande como dinámica de construcción del consenso o de la legitimidad, pero también como forma de dirimir el conflicto o establecer el antagonismo entre las clases y sectores sociales, en la pugna por la hegemonía, es decir, por uno u otro tipo de orden social.*

A finales del siglo XX, Mészáros (2003) haría una versión más «organicista» para, recuperando la primigenia concepción de Marx (del intercambio social con la naturaleza), hablar de *metabolismo social*. Pero a diferencia de muchos análisis post-estructuralistas sobre los *micropoderes*, más o menos deudores de Foucault y su estrategia de investigación genealógica, Mészáros no deja de señalar que todo ese metabolismo está regulado por la ley del valor y expresado en un difuso dominio de clase, que precisamente por tener esa organicidad, va mucho más allá de las instituciones rectoras visibles. Desarrolla con ello la advertencia de Poulantzas (1987), sobre la capacidad del capital para sintetizar todos esos poderes en el Poder de clase, que regula el conjunto social y que en cada modo de producción deviene de unos basamentos substanciales distintos. En el capitalismo, las luchas y el Poder de clase, esto es, la cambiante correlación de fuerza entre las clases, quedan plasmadas en las diferentes expresiones que adquiere el Estado, que es la entidad político-territorial gestionadora de la acumulación capitalista, en la que ésta se ha expresado históricamente. El Estado incorpora a su dinámica los otros poderes presentes en la sociedad, o para decirlo en palabras de Poulantzas, el Poder compendia relaciones entre clase sociales y sectores de la sociedad, y se concentra por excelencia en el Estado, aunque éste no agota las expresiones del poder de clase. Por eso mismo, las luchas populares desgarran continuamente al Estado, lo *modifican* como entidad: hacen también que el capitalismo asuma diferentes formas o etapas de acumulación (es aprovechable aquí el primer Holloway —1994—).

La forma económica específica en la cual se obtiene la plusvalía de los productores directos determina las relaciones de dominación. El gran «éxito» del capital para convertirse en *modo de producción* es que ha supeditado todas las demás líneas de fractura de los seres humanos a su dinámica de explotación (de extracción de valor), que por eso se ha constituido en hegemónica, sustentadora de todo un sistema social hoy planetario. Eso transcurre paralelamente a su logro para difuminar la relación de clase vertical Capital/Trabajo, visibilizando y multiplicando en cambio, las diferencias horizontales Trabajo/Trabajo (de estatus, género, identitarias, etc.). Porque a diferencia de otros modos de producción, la naturaleza de la explotación capitalista (el plusvalor) queda oculta bajo formas superficiales (que aparecen en la superficie del metabolismo social) como *dinero, precio, beneficio, renta...* Estos son los elementos de la economía política a los que Marx realizó una crítica tan demoledora como desveladora.

En ese entramado, no obstante, la «complicidad» o no entre micropoderes y Macropoder no está dada de antemano, y está sujeta también a permanentes contradicciones, tantas como contestaciones experimentan los propios poderes, a través de la perpetua *lucha* por la emancipación que protagonizan unos y otros seres humanos en los distintos ámbitos de la vida.

Es este un modo de producción cuya forma de relación social fundamental está mediatizada por la forma *mercancía*, un tipo estructurado de práctica social que al mismo tiempo estructura las acciones y la conciencia sociales. La forma mercancía está constituida por el trabajo humano abstracto (tiempo socialmente necesario de producción) y por su materialización concreta (el trabajo particular asalariado que está implicado en la apropiación del tiempo de vida de los más por unos pocos). Está directamente vinculada al *valor* en vez de a la riqueza material, es decir, como forma de riqueza que se media a sí misma. Por eso lo importante en el capitalismo no es la generación de riqueza en cuanto que productos o bienes satisfactorios de necesidades, sino la obtención incesante y ampliada de *valor* (de plusvalía —a costa del trabajo ajeno— realizada en forma de ganancia —a través de la venta—).

La producción en el capitalismo deja de ser un medio para un fin sustantivo, para convertirse en un medio para un fin (*valor*) que resulta, en sí mismo, un medio, en una cadena infinita [Postone —2007: 183— a partir de los Grundrisse, de Marx].

Esto implica por una parte que este modo de producción lleve en su entraña el propio problema: el crecimiento constante del *valor* a costa de la riqueza real o *material* (esto es, social y natural).<sup>9</sup> Por otra, que la forma de dominación pueda presentarse

---

9. Paradoja del mismo es que cuando crece vigorosamente es cuando más destruye. Por eso no son sus crisis lo realmente dañino para la Humanidad, sino sus estados de plena vitalidad expansiva (por más que éstos puedan beneficiar pasajeramente a ciertas minorías mundiales).

Recordemos aquí que el capitalismo fue el que creó el concepto de «escasez» como cualidad crónica, permanente, de la vida. Al ser un sistema basado no en la satisfacción de necesidades para las grandes mayorías, sino en la creación de más y más necesidades para las siempre relativamente reducidas minorías que pueden consumir a discreción [recordemos también que para Marx uno de los peores males de los obreros a ojos de la clase burguesa es que «no sentían necesidades»], generó con ello en éstas la permanente sensación de insatisfacción ligada al consumo (omnipresente por más que se consuma), identificada además con el supuesto imponderable de la escasez de recursos (los recursos siempre serán escasos para un consumo sin límites, propio de la civilización industrial-capitalista).

Tal supuesto de *escasez* no acompañó a la Humanidad en la mayor parte de su historia, como la Antropología Social no se ha cansado de mostrar, sino que el consumo suficiente con reposición de recursos para poder seguir consumiendo a un semejante nivel en el futuro fue un común denominador de muchos pueblos y culturas. Ese consumo suficiente estaba acompañado, lógicamente, de menor tiempo de trabajo, por lo que el tiempo de vida sin trabajar (dedicado entre otras muchas cosas al solaz) era mucho mayor (la línea de investigación de la Ecología cultural, dentro de la Antropología Social, es la que más ha dado pruebas sobre todo ello).

De igual forma, una civilización basada en la menor producción de cosas pero en la mayor duración de estas cosas, requeriría mucho menos tiempo de trabajo (especialmente también, porque ya no habría que realizar un *trabajo excedente*, para la ganancia de otros), y por tanto la posibilidad de que el tiempo de vida estuviera cada vez más desligado de la esfera de la producción (en contra de lo que ocurre en el capitalismo, donde hay que trabajar cada vez más para tener más pobreza relativa cada vez —en relación a lo que se apropia el Capital—, y en su fases de depresión, también más pobreza absoluta). En general, la realización de ganancias económicas servirían poco a poco para menos, dado que el acceso a los recursos y a la riqueza estarían en función del trabajo realmente aportado, al tratarse de una *economía ecologizada*, ligada a los recursos y a la riqueza real.

Un tiempo de vida enriquecido a través de cada vez más incentivos no materiales necesita cada vez menos del consumo (y se ve libre del consumo compulsivo) para la satisfacción. Tengamos en cuenta que la supuesta contradicción entre el crecimiento sin fin capitalista y una «austeridad» propia de una economía ecologizada, no es tal cuando se considera que es el *valor* lo que tendría que desaparecer, sin que ello implicara una reducción de la *riqueza material* (como riqueza de bienes uso, colectivos, de satisfactores sociales, relacionales y anímicos o «espirituales»). La larga transición a esa sociedad

como abstracta e impersonal: imperativos y constricciones a los que todo el mundo está sujeto aparentemente más allá de la intervención voluntaria de nadie.<sup>10</sup>

Alterar todo esto es un proceso de larga o muy larga duración, que está muy lejos de ser cuestión sólo de la toma del poder con minúsculas (el político-institucional, de gobierno —que remite a la política en pequeño—); menos aún de la mera actividad parlamentaria. Más bien pasa por considerar y alterar la Política en grande, la que se refiere a todo el entramado de circunstancias descrito, la que regula y atañe al conjunto de la praxis social. Es decir, la Política en este sentido afecta a los pilares de la sociedad y se dirime en torno a la *hegemonía*, que va mucho más allá del poder institucional. Lo cual no quiere decir, para complicar aún más las cosas, que se pueda descuidar aquel poder, pues él condensa socialmente la dominación Capital/Trabajo y en él se deposita o precipita todo el entramado de poderes que sustentan el orden social: el Poder *material* del Capital sobre el Trabajo.<sup>11</sup>

Una vez que el *metabolismo* socio-institucional y económico se ha impuesto, determina la racionalidad de los agentes individuales, así como ciertas formas necesarias de comportamiento económico. Entonces el capital está en condiciones de lograr la *gran mistificación*: hacer ver que representa el poder productivo vital y necesario de la sociedad, que es él el que realiza el poder productivo social del trabajo (el que hace producir

---

podría venir acortada objetivamente por el fin del fosilismo energético (o de una base energética de «stock») y de las posibilidades de seguir aumentando el déficit ecológico en el planeta.

La línea de investigación sobre el capitalismo cognitivo se ha encargado hoy de mostrar cómo en el capitalismo actual el *valor* se separa cada vez más de la *riqueza*, pues aquél necesita cada vez poner más cortapisas y patentes (apropiación privada) a la única «mercancía» que con el consumo no se desgasta sino que se enriquece para el conjunto social: el conocimiento (ver por ejemplo, Fumagalli, 2010; Vercellone, 2010 y 2011; Fumagalli, Lucarelli, Marazzi, Negri y Vercellone, 2009).

10. El idealismo hegeliano del *sujeto* como espíritu universal, fue sustituido en Marx por la materialidad de las RSP, determinantes tanto de la subjetividad social como de la objetividad. Aquí está la auténtica base de subordinación humana en el modo de producción capitalista [ésta es la que hizo hablar de «coacción sorda de las RSP» al propio Marx, y luego de dominación de la sociedad por la economía (Polanyi) o por la «racionalidad instrumental» (Escuela de Frankfurt)].

Así traduce las palabras de Marx sobre este punto Postone (2007: 38): «En una sociedad [capitalista] en la cual la mercancía es la principal categoría estructurante del conjunto, el trabajo y sus productos no están distribuidos socialmente por medio de vínculos, normas o relaciones explícitas de poder y dominación de tipo tradicional [...] como ocurría en otras sociedades. Por el contrario, el trabajo en sí mismo reemplaza dichas relaciones actuando como un medio casi-objetivo [...] que engloba, transforma y, hasta cierto punto, socava y suplanta, los vínculos sociales y las relaciones de poder tradicionales».

Ha incidido este autor particularmente sobre las claves de dominación de *tiempo, trabajo y mercancía* en el capitalismo [ver por ejemplo, Postone (1996), a partir, entre otros puntos, de la revisión crítica de la obra de Lukács (ver nota 12 *infra*)]. Lástima que, a diferencia de Marx, en su análisis subestime el *poder de clase* necesario para la reproducción del capital. El *valor* puede llegar a funcionar *automáticamente* en el modo de producción capitalista, pero no puede *imponerse indefinidamente* sin el poder de clase (eso es sólo *aparentemente* así). La visión ajena a ello desconsidera la permanente resistencia del Trabajo a su propia explotación, «la negación de la vida a ser negada». Por eso Postone está en este punto en las antípodas del que se autodenominó «marxismo abierto» (que explica la dinámica capitalista en función de esa resistencia del Trabajo).

11. De esta forma lo expresa un autor que ha hecho objeto de sus obras los puntos descritos en estos párrafos: «La gran dificultad para el trabajo en tanto antagonista del capital reside en que mientras que el único objetivo viable de su lucha por la transformación debe ser el poder que ejerce el capital sobre el metabolismo social [...], este objetivo fundamental no se puede alcanzar sin conquistar el control de la esfera política. Y esa dificultad se ve agravada por la tentación de creer que una vez que las instituciones políticas del sistema capitalista heredado se ven neutralizadas, el poder mismo del capital está firmemente controlado», Mézáros (2011: 148).

al trabajo y no al revés).<sup>12</sup> Es decir, logra imponer la mística de que incorpora en sí mismo el interés general.

Ese es el suelo para la selección o, por mejor decir, para la emergencia y reproducción de las históricamente específicas instituciones económicas y de acumulación.

La racionalidad del Trabajo, tanto como la de sus expresiones organizadas, está inmersa en ese metabolismo. Prisionera siempre de una gran contradicción: en términos inmediatos para vivir necesita mantenerlo, y las mejoras parciales de su situación dentro de ese metabolismo llevan inserta la prolongación de la vida del mismo, que al tiempo vive a costa de su explotación.

En esas circunstancias, la *opción reformista* tiende a interiorizarse como la única opción posible, y además como si fuera una opción secretada por el propio sistema.<sup>13</sup> Todos los proyectos y tácticas están recubiertos, de una u otra forma, por esta membrana. Desembarazarse, aunque sea parcialmente, de ella, no ha sido tarea fácil a lo largo de la historia, más bien el privilegio de unas minorías (que a menudo se llamaron a sí mismas «vanguardias»).

Tengamos en cuenta que su superación pasa por acabar con las relaciones de mediación capitalista entre seres humanos, la forma mercancía y la forma *valor*. Las formas de vida, las relaciones sociales, serían hartamente diferentes en un modo de producción en que la riqueza material haya reemplazado al *valor* como forma dominante de riqueza.

#### 4.D. Sobre las crisis

Asumimos en estas páginas que la tendencia a la crisis económica se debe a la caída de la masa de ganancia aun manteniéndose la productividad, debido a un proceso de sobreacumulación de capital.

La tesis clásica del materialismo histórico explica este proceso de la siguiente manera. Por un lado, la automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, que se supone inherente a la acumulación capitalista, tiende a la mayor utilización de (e innovación en) tecnologías intensivas en capital. Estas últimas entra-

---

12. Esto es, el capital realiza la personificación de las cosas y la cosificación de las personas. Una mistificación inherente a la Modernidad que es enormemente difícil de desvelar (desmereciendo el engrandecimiento basado en la *racionalidad*, propio de aquella). Para un análisis crítico de estos puntos, asociándolo al de la Modernidad, no puede dejar de citarse a Lukács (1985). También Lukács (1958) para una aplastante crítica de la filosofía que hegemonizó «el espíritu de la Modernidad».

De la cosificación aludida deviene la que ha sido llamada la «fórmula trinitaria del fetichismo»: el *beneficio* (que se supone generado por el propio capital), la *renta* (como proveniente de la tierra), y el *salario* (como pago del trabajo y no, en realidad, del valor de la fuerza de trabajo). Es muy recomendable seguir la teoría substantivista sobre *el valor* que ha cobrado vida en Alemania hace unas décadas, a través de autores como Heinrich (2008) [Es *sustantivista* en cuanto que según aquella la teoría del valor de Marx no pretende demostrar que el *valor* dependa de la cantidad de trabajo implicado en una mercancía, sino el carácter específicamente social (abstracto) del trabajo que produce mercancías].

13. De cierto, como he dicho, la *opción reformista* no es inherente a la dinámica capitalista, sino que se debe a la acción del Trabajo (luchas de clase). Mediante su intervención antagónica éste introduce cierta *razonabilidad* en el sistema [esto es, le hace entrar en reflexividad consigo mismo, al menos mediante la consideración de sus consecuencias sociales —y a la postre, tendencialmente también ambientales. Esto es, fuerza a dialogar a los fines con los medios]. La cual, al tiempo, como se ha dicho, le ha permitido sobrevivir a sus grandes crisis de acumulación (sobrevivirse a sí mismo). He ahí la contradicción aludida.

ñan una significativa menor utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido, lo que además de provocar una tendencia hacia la eliminación de empleos implica una consecuencia realmente grave para el funcionamiento capitalista, que es la sobrea-cumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar (digamos que al reducirse la masa de valor representada por la fuerza de trabajo, se restringen cada vez más los impactos de los aumentos de la productividad en la elevación de la tasa de plusvalía, y se limita también la conversión de plusvalía extraordinaria en ganancia extraordinaria, que es el objetivo básico de la inversión capitalista). Este proceso transcurre empotrado a otro de igual calibre, y es que la tecnificación de los procesos productivos va dejando cada vez menos tiempo de trabajo excedente del que apropiarse para la obtención de plusvalía, ya que el trabajo necesario de los seres humanos va quedando más y más reducido con el desarrollo tecnológico. Esto implica que con cada aumento de composición orgánica de capital el aumento proporcional de la plusvalía tienda a ser menor.

Por otra parte, se desata una feroz batalla en torno al I+D, que deviene cada vez más onerosa, dado que la rápida caducidad tecnológica no permite la satisfactoria amortización del capital invertido.

Estos procesos están en la base de la *crisis de valorización* del capital, que es la causa de carácter endógeno de las sucesivas reestructuraciones capitalistas.

Sin embargo, esa tendencia, que está siempre ahí larvada, no tiene porqué manifestarse necesariamente en forma de cataclismos capitalistas. De hecho, históricamente ha sido contrarrestada a través de numerosos factores y procesos, tantos que a menudo aquélla pareciera no tener ninguna manifestación real concreta, y ha llevado a buena parte de científicos sociales, incluso críticos, a negarla. La monopolización, la guerra, la expansión de la frontera y la posible formación de nuevos centros de acumulación preferencial, fueron los procesos contratendenciales de tipo «macro». Igualmente lo fue el endeudamiento masivo de los Estados, y también la desposesión de las grandes mayorías o apropiación privada de la riqueza social, entre bastantes otros que veremos a lo largo de los capítulos.

En el texto se defenderá que buena parte de esas contratendencias integran la *opción reformista o socialdemócrata* del sistema, que ha sido el más poderoso y eficaz factor a gran escala y largo plazo para esquivar esta larvada tendencia a la crisis económica. También otro tipo de crisis menos atendidas.

Efectivamente, hay otro tipo de crisis estructural que subyace al modo de producción capitalista. Tiene que ver con las inadecuaciones entre la forma dominante de mediación social que adquiere históricamente la explotación capitalista (con sus correspondientes estructuras y procesos de trabajo en cada momento) y otras posibilidades socio-institucionales y maneras de expresar el Poder de la relación de clase que permiten el *valor* y la forma mercancía. Estas inadecuaciones son las que provocan grandes conmociones internas al capitalismo, las que le hacen *mutar* y, al fin, pueden poner en peligro su propia continuidad.

Cuando estas crisis de mediación o regulación coinciden con las crisis de valorización es cuando se producen las Grandes Crisis. Éstas dejan indefectiblemente atrás una generalizada desvalorización de capitales (los menos «competitivos») y de la fuerza de trabajo, promueven el acrecentamiento del «ejército industrial de reserva» y una gran destrucción de fuerzas productivas, así como la rápida elevación de la tasa de ganancia de los capitales supervivientes (que tienen la posibilidad, por eliminación de competencia, de aprovechar mejor los últimos avances tecnológicos).

Igualmente, las Largas Depresiones trastocan la geografía de la acumulación, modificando la primacía en la dinámica de acumulación hacia otras localizaciones. Lo que quiere decir que otras formaciones socio-estatales son susceptibles de convertirse en nuevos centros sistémicos.

Además de todo eso una cosa ha dejado clara la historia de esas Depresiones, y es que una vez superadas nunca se vuelve atrás, a la *forma* de capitalismo existente hasta ese momento. Nuevas *formas* de capitalismo desencadenan una «nueva fase» del capital, nuevas formas de gestionar la mediación social del *valor*, de conseguir la reproducción de la fuerza de trabajo y, en general, nuevas relaciones Capital/Trabajo. Esto es, después de cada Gran Crisis ha surgido un capitalismo nuevo.

Por eso no se debe confundir cambios de ciclo, debidos a parciales reestructuraciones de la dinámica de acumulación capitalista, con cambios de modelos de acumulación-regulación (o si se quiere, de ESAs), que se co-implican con graves estancamientos y caídas de, primero, la tasa media de ganancia y finalmente, la propia masa de ganancia (que por un tiempo sigue creciendo aun cuando aquélla haya comenzado a descender mientras no se retraiga la propia cantidad de capital puesta en juego para su valorización).<sup>14</sup>

En cualquier caso, los diferentes pasos y estadios en la acumulación de capital no son comprensibles sin atender a la membrana que los recubre y que no es otra que las relaciones sociales de producción (las mediaciones institucionales, sociales e históricas de la acumulación capitalista, la expresión dominante concreta en cada momento de la relación de clase y del conjunto de poderes que se establecen a través de ella). Son esas RSP las que decantan la franja de estrategias económicas que los sujetos de clase emprenden, así como las opciones que los actores económicos individuales encuentran sensato seguir. Constituyen el campo de selección natural para la adopción de instituciones y condicionan fuertemente el efecto de las instituciones dadas, una vez adoptadas, en la acumulación de capital. Los pasos de esa acumulación variarán fundamentalmente según estén enmarcados por relaciones plenamente capitalistas en exclusividad, según el grado de desarrollo de las mismas, o bien si ellas se combinan y complementan con relaciones pre-capitalistas o no-capitalistas. En atención a ello la forma y ritmos de la acumulación pueden variar substancialmente entre formaciones socio-estatales, incluso cuando en unas u otras de ellas se han generado instituciones capitalistas altamente similares.

Ni las ESA ni los modos de acumulación y regulación pueden analizarse desligados de la economía-mundo, que recubre los procesos locales de acumulación, ni de la evolución de las condiciones ecosistémicas y geoestratégicas. Por eso el proyecto de conceptualizar y secuenciar la historia del capitalismo como una progresión de modelos de desarrollo institucionalmente determinados y estatalmente situados, se evidencia como muy problemática. La interestatal o bien global distribución de la riqueza productiva

---

14. Dice Mézaros (2011: 61-62) que la novedad histórica de la crisis actual se manifiesta en que es universal (no se restringe a una esfera específica); de alcance global (léase planetario); con una escala temporal extendida o continua (y no limitada o cíclica, como las anteriores crisis capitalistas); y su modo de despliegue es sigiloso (sin todavía las grandes erupciones o derrumbes del pasado, aunque no puede descartarse que sobrevengan convulsiones sumamente intensas y violentas).

Ese «sigilo» es el que ha permitido que los mecanismos de desplazamiento utilizados hasta ahora (que pasan sobre todo por crecer ficticiamente a costa del futuro) se hayan podido mistificar para hacerlos percibir como un remedio estructural, lo cual está muy lejos de ser cierto, según veremos en el último capítulo (apartados 6.1. y 6.2.).

tiene un papel central en la determinación de las instituciones que son siquiera viables al interior de cada economía estatal en una determinada coyuntura histórica, así como cuáles serán sus posibles efectos en la acumulación de capital, pues responderán fundamentalmente a su eficacia en la competencia interestatal.

Por eso aquí me decanto por distinciones espaciales en función de ciertas particularidades no absolutas, dentro del capitalismo histórico (las mismas que han dado pie a que se hable de «fases»), en las que enmarcaré las propuestas desarrolladas en la Introducción teórica I. Esas distinciones pueden implicarse mutuamente o retroalimentarse con determinados elementos regulativos y de acumulación. Ocasionalmente pueden coincidir con una onda larga de acumulación-crisis capitalista. Intentaremos congeniar estos últimos elementos teóricos, a partir de cierta reelaboración de los mismos para tomar lo que creo más válido de ellos para mi análisis, en virtud de aquellas distinciones históricas o «fases» que servirán de referencia, teniendo en cuenta que éstas no son compartimentos estanco, con un principio y fin nítidamente definidos.

Lo que se presenta a continuación pretende ser un tratado no exhaustivo sobre el capitalismo histórico a través de sus crisis, las mutaciones que ha experimentado o las diferentes *formas* que ha adquirido a lo largo del tiempo. Una razón para dar un paseo diacrónico por las *luchas de clase* que en este texto se proponen como el elemento subyacente, *endógeno*, a toda la dinámica de acumulación y regulación del que ha sido el modo de producción que ha regido la vida de la humanidad al menos durante los dos últimos siglos. Su más potente factor explicativo.



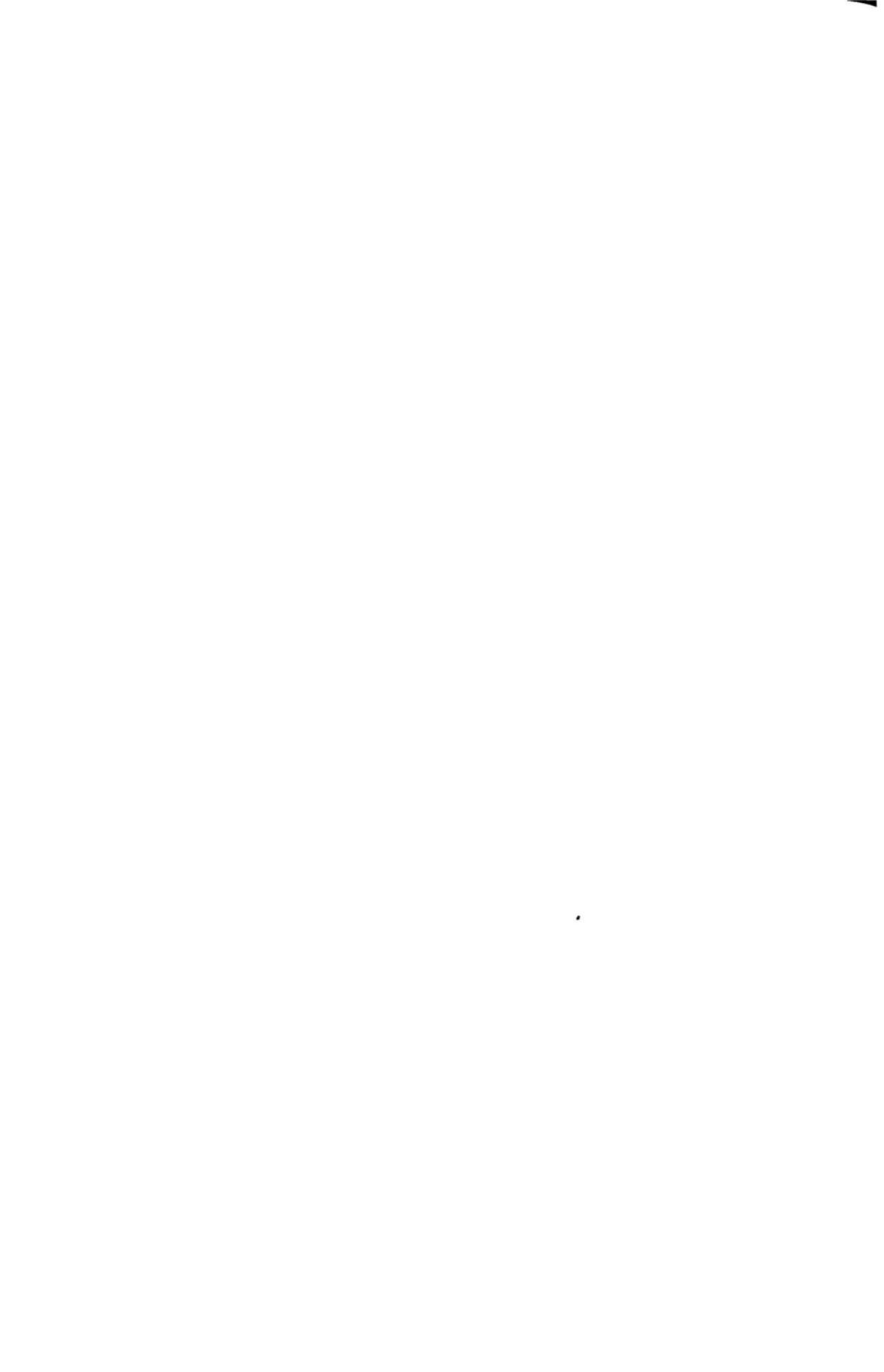
Sólo cuando los mercaderes consiguieron hacerse con el control de alguna forma de poder central proto-estatal, o estatal, para obtener el monopolio comercial a fuerza de la violencia militar, acabando en buena medida con el libre mercado, pudieron sentar las bases del despegue capitalista. El capital mercantil y su derivado, el mercantilismo, realizaron así la *acumulación primitiva* durante más de cinco siglos. Su tarea a largo plazo no era otra que transformar la Vida en materialización del trabajo (en «trabajo vivo») y dejarla subordinada al «trabajo muerto» (el capital), para la acumulación constante y la reproducción ampliada de éste. Esto supuso la realización metódica, a través del tiempo, de la Gran Expropiación o privación de medios de vida propios (proletarización) de la gran mayoría de seres humanos. Un permanente ejercicio de violencia para ampliar, disciplinar y reproducir el proletariado. Esto es, para acabar con las formas colectivas de producción y tenencia, así como para impedir cualquier posibilidad de reproducción social autónoma.

Lo que implicaba, a su vez, una intrínseca contradicción para el capital entre la necesidad de acumulación y su permanente destrucción de la fuerza de trabajo. Es la contradicción presente a lo largo de toda su existencia, la pulsión desgarradora entre su necesidad de aumentar el trabajo excedente a costa del trabajo necesario (es decir, cada vez más *trabajo muerto* —máquinas— en lugar de *trabajo vivo* —seres humanos—), al tiempo que requiere incorporar sin cesar nuevo trabajo necesario (como trabajo vivo o fuerza de trabajo, esto es, seres humanos) para garantizarse la plusvalía.

El capitalismo no fue sólo el resultado no intencional de la expansión mercantil combinada con la colonización masiva y la consiguiente aceleración de la acumulación que permitió el tremendo despegue industrial. Fue también una salida contrarrevolucionaria, entretrejida por muchos intentos y ensayos-error, por parte de las clases dominantes del Antiguo Orden coaligadas con las diferentes personificaciones del capital mercantil, en su obsesión por combatir y abortar las formas autónomas de producción y de vida de las poblaciones (lo que supuso una guerra muy especial contra las mujeres, para conseguir una construcción social de la femineidad funcional al nuevo orden capitalista que se estaba perfilando), por atajar sus denuedos para emanciparse de los dominios tanto feudales como del monopolio mercantil proto-capitalista.

El capitalismo es la historia de la continua castración del trabajo autónomo y de la conversión de las personas en *fuerza de trabajo*.

Pero si los largos siglos en que se forjó el capital en las formaciones sociales europeas supusieron un cruento y devastador periodo para los seres humanos, significaron también la renovación constante de sus luchas como Trabajo desposeído, hasta madurar en un sujeto nuevo. El *sujeto obrero*.



## Capítulo 1

# Capitalismo de libre competencia (CLC). Primer modelo de acumulación-regulación

[...] el sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre de todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política.

Preámbulo a los Estatutos de  
la Primera Internacional, 1864

[...] el régimen capitalista de producción y acumulación, y por tanto, la propiedad privada capitalista, exigen la destrucción de la propiedad privada nacida del propio trabajo, es decir, la expropiación del trabajador.

MARX, *El Capital*. Última frase del Tomo 1

El primer modelo de acumulación-regulación capitalista que otorga impronta a «la revolución industrial», se extiende desde finales del siglo XVIII hasta los años cincuenta del siglo XIX. Se sustenta en la competencia generalizada entre capitales («capitalismo de libre competencia») y es de carácter netamente extensivo, llevando a cabo la conversión de la producción manufacturera en producción fabril mecanizada, e introduciendo la maquinaria en las ramas textil y metalúrgica. Logra también la independización energética respecto del agua, mediante la máquina de vapor y la utilización del carbón. Se da en un contexto netamente autoritario, en un Estado de tipo policial, encargado únicamente de proveer los «bienes públicos puros» (defensa y relaciones exteriores, orden público, justicia y ciertas obras infraestructurales de gran envergadura). Es dentro de ese orden institucional que la proletarianización de los seres humanos comienza a ser regulada social, política y jurídicamente de forma vertical, y en el que el creciente proletariado que entra en la relación salarial pugna por formar parte de la ciudadanía burguesa, que a la sazón cuenta con una primera generación de derechos: los derechos civiles

Se construye el entramado socio-institucional capitalista. Es el momento de mayor *movilidad absoluta* en las formaciones sociales centrales.

### 1.1. La dinámica de reproducción del capital

Se consolidan las relaciones sociales de producción capitalistas, con todo su entramado socio-institucional, político-jurídico e ideológico-cultural, a cuenta del fosilismo energético (que se inaugura con el ciclo de explotación del carbón mineral en sustitución del combus-

tible básico hasta el momento: la madera).<sup>1</sup> Esto quiere decir que las relaciones entre seres humanos y entre éstos y la naturaleza se verán modificadas de raíz. También las relaciones familiares. Al ser primero proletarizados (desposeídos) para convertirse en una mercancía especial llamada *fuerza de trabajo*, los seres humanos absorben una escisión nueva que delimitará decisivamente su tiempo de vida del tiempo de producción. A la vez, se genera una separación entre el *tiempo de producción* y el *tiempo de reproducción*, hasta entonces fundidos. En adelante, el tiempo de trabajo pasa a ser un tiempo ajeno (alienado), vendido a cambio de un salario. Tiempo desgajado del tiempo de vida, del que ya no se puede disponer. Con ello se marcaba a fuego una división fundamental entre hombres (esfera de la producción —asalariada—) y mujeres (esfera de la reproducción —o del trabajo no remunerado—): la división sexual del trabajo.<sup>2</sup> La *nueva familia* jerarquizada a partir de la figura del *pater*, tendría su réplica en las relaciones laborales también profundamente autoritarias, en las que el (pater)-patrón aplica la ley de familia a la producción.

Este modelo trae consigo asimismo la exacerbación de la división capitalista entre trabajo manual y trabajo intelectual, amparada en lo que se ha llamado:

sustracción de la destreza o del conocimiento obrero<sup>3</sup>

Una acentuación de la división compleja del trabajo, que se traduce en una creciente pérdida por parte de los trabajadores de sus habilidades técnicas, convirtiéndose cada vez más en apéndices humanos de la gran maquinaria industrial.

Es, en suma, la *subsunción real del Trabajo al Capital*. Lo que significa que las posibilidades de vida de la población concebida como *fuerza de trabajo*, esto es, como una mercancía que se compra y vende, quedan supeditadas a la reproducción del propio capital y a las condiciones capitalistas de producción (debido no sólo a la pérdida de los medios de producción sino a su inserción en los procesos productivos bajo la organización capitalista). Como quiera que los seres humanos se constituyen en parte vital del metabolismo del capital, dependiendo para su vida de cómo éste pueda reproducirse ampliamente, sus formas de conciencia y de visión del mundo quedarán también supeditadas a esa reproducción.

En esta fase se da la plena alienación del Trabajo (o pérdida de su capacidad de autonomía y autogestión), a través de su enajenación respecto del conjunto del proceso productivo.

1. Según parece, el capitalismo ha necesitado de apenas dos siglos para agotar en gran medida la fuente de energía depositada durante el Carbonífero (de 350 a 280 millones de años antes), es decir, durante alrededor de 70 millones de años.

2. Investigaciones feministas han mostrado cómo para llegar a este punto previamente el capitalismo naciente procuró la dominación y sometimiento de las mujeres, la disposición sobre su cuerpo, combatiendo especialmente a aquéllas más indóciles («caza de brujas»). Perseguida así: a) someter el trabajo femenino y la tradicional función reproductiva de las mujeres a la producción y preservación de fuerza de trabajo (reproducción generacional de trabajadores y regeneración cotidiana de la capacidad de trabajo de aquéllos); b) construir un nuevo orden patriarcal basado en la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado, de manera que su posterior relación con el mismo se haga en condiciones de exogeneización (Introducción I). Ver por ejemplo, Federici (2011), con una excelente bibliografía al respecto; complementa con su trabajo obras clásicas de autoras como Mies (1986).

3. Buena parte de la secuencia de «sustracciones» que se relacionará en el texto tiene como referencia García-Durán (2006).

La inclusión del mundo artesanal en el proletariado y la generación de una jerarquía científico-técnica se compaginan con la formación de una burocracia política.

Con el constante desarrollo de los medios de producción como motor de la economía se agudiza la competencia generalizada entre capitales productivos individuales.

Gracias a la tecnología del vapor apoyada en utilización masiva del carbón como combustible, el capital logra su primer gran desplazamiento técnico y espacial. En adelante superará su dependencia geográfica, dejando de estar sujeto a la producción rural próxima a los lugares donde se encuentra el agua. Con ello se puede ya realizar la movilidad espacial de la población en pos de ese desplazamiento de capital. Pero con eso, al tiempo, y a falta de mecanismos socioeconómicos de fidelización, el Capital tiene que establecer dispositivos coercitivos de fijación («embridamiento») laboral de la población, de una fuerza de trabajo que se suponía «libre».

Efectivamente, la recién constituida *fuerza de trabajo* desposeída quedaba lista para convertirse en un ingente *ejército de reserva industrial* (mano de obra *exogenizada*) que permitiría generalizar las condiciones más duras de la explotación *moderna* (la de la fuerza de trabajo dependiente asalariada, sin acceso a la ciudadanía). Faltaba, sin embargo, para conseguir aquella conversión, una panoplia de dispositivos jurídico-políticos tendentes a restringir la movilidad real de esa creciente población que se iba haciendo «libre», esto es, formalmente móvil a discreción. Se trataba de que su movilidad real quedara *embridada*.<sup>4</sup> Uno de los mecanismos más eficaces de «embridamiento» lo constituyó desde el principio el *salario insuficiente*, deliberadamente achicado por la clase capitalista para mantener al límite las posibilidades de reproducción de la fuerza de trabajo y asegurarse así su vuelta cada nueva jornada.<sup>5</sup>

Porque para el Capital, antes de poder hacer valer el ejército de reserva, era vital ser capaz de llevar a cabo el proceso de la *movilidad absoluta*, de forma masiva e *irreversible*. Ello implicaba los inconvenientes de reclutar, controlar y «adiestrar» fuerza de trabajo, a veces incluso con la necesidad añadida de que resultara técnicamente preparada.<sup>6</sup>

---

4. *Embridado*: cada vez que obstáculos de hecho y/o de derecho se oponen a la movilidad de la mano de obra, ya sea geográfica, sectorial, profesional, social o política. El economista Moulrier-Boutang (2006) ha desarrollado tan implacable como minuciosamente el proceso de *embridamiento* de esa fuerza de trabajo, o la forma en que el trabajo formalmente «libre» propio de la era capitalista (y ensalzado como tal por el ideario liberal), ha estado en realidad permanentemente sujeto a constricciones legales o extralegales, de manera que su «libertad» es más la excepción que la norma. Es muy recomendable seguirle para un exhaustivo desarrollo histórico de los puntos que se tocan en estos párrafos, que el autor lleva hasta el nacimiento del capital mercantil.

5. Fue justificado a través de la célebre tesis de la *utilidad de la pobreza* para motivar a trabajar (el «Libro azul» de 1863 es un buen ejemplo de ello: redactado por orden de la Cámara de los Lores inglesa, trata de explicar cómo es posible mantener con vida al obrero con la menor cantidad de alimentos posibles, para lo que delegaron a ciertos facultativos en los distritos manufactureros para examinar cuáles eran las cantidades de carbono y nitrógeno mínimas que debían ser administradas a la población trabajadora, «nada más que para prevenir la muerte por inanición» —en Díaz, 1977: 7—).

La insuficiencia salarial fue complementada con la elevación del precio de los inmuebles y de los impuestos, a fin de imposibilitar la independencia o establecimiento por cuenta propia de la mano de obra (así lo describe también Marx, 1981, con su habitual contundencia, para el caso de la elevación artificial del precio de la tierra en las colonias).

6. Hemos de tener en cuenta que la *fuerza de trabajo* es la única mercancía cuya compra no garantiza su posesión efectiva, sino que implica un ejercicio constante de vigilancia y dominación para que realice la plusvalía requerida en el tiempo contratado. Esa *fuerza de trabajo*, si bien fustigada durante siglos para amoldarse a la evolución del capital, todavía mantenía ritmos de producción más incardinados en la propia vida, alejados de la creciente (y nueva) racionalidad capitalista que se imponía.

De esta manera, el Capital de la Primera Revolución Industrial tuvo dos grandes obstáculos que vencer frente al Trabajo: su escasez y su indisciplina. Frente a ellos, la expropiación, las leyes contra la movilidad obrera y la permanente imposición de la disciplina laboral y la economía del tiempo. Una *ética del trabajo* para la que recurrió a todos los recursos físicos y morales disciplinarios a su mano (ver la extensa obra de Michael Foucault al respecto y especialmente Foucault, 1978; en lo concreto de la ética, Bauman, 2000).

No hay que olvidar que el trabajo forzado estuvo también al orden del día, hasta un tercio de la mano de obra en algunas fábricas británicas (Salort i Vives, 2012: 63). Entre sus formas más comunes encontramos el *indenture* o el *engagement*, la servidumbre, el peonaje, el trabajo de aprendizaje y las migraciones bajo contrato o religación al patrón (ver nota 4 *supra*). Estas formas de impedimento irían perdiendo importancia relativa a favor del trabajo dependiente asalariado (pero sin que aquéllas desaparecieran y siempre complementando a éste cuándo y dónde ha hecho falta); mientras que las referidas «formas de movilidad primitivas» (movilidad absoluta) exteriores a la reproducción del capital (Introducción I), irían dejando paso a otras formas de movilidad internas (o «movilidad relativa») al proceso de acumulación capitalista, que crecerían en importancia (sobre esto, Piqueras [2011b]).

El «adiestramiento», la uniformización de la nueva clase obrera, se produjo tanto dentro de las fábricas como fuera de ellas.

El ataque a la moral de la clase obrera se operaba en las iglesias, capillas y escuelas dominicales, sufragadas por los empresarios industriales [...]. La finalidad era fomentar la moral burguesa e inculcar obediencia y disciplina en los trabajadores [Salort i Vives, 2012: 65].

En términos generales y desde el principio, la construcción ideológica del *pobre* frente al proletario, iría destinada no sólo a extirpar la conciencia de clase, sino también a conformar una masa de población maleable y fácilmente *intervenible* desde los poderes.

Del *Settlement Act* a las *Poor Laws*, pasando por los *workhouses* rurales, asilos, hospitales, hospicios, en el que fuera país delantero en el proceso de industrialización, todo un conjunto de medidas policiales, censos, implantaciones de documentos de identidad, etc., se intensificaron en los albores de la revolución industrial. Medidas que serían acompañadas de dispositivos como «cartillas obreras» (que reglamentaban en Francia la movilidad interna) o las *Combinations Laws* (prohibiendo en Inglaterra la asociación para conseguir aumentos salariales).

La combinación de proletarización y restricción de movimientos conseguía así mantener la *externalidad* de una vasta población en los mercados de trabajo de la incipiente industrialización capitalista.

De esta forma, consecuentemente, se pone en marcha la acumulación primitiva de capital a gran escala, mediante la masiva obtención de plusvalía absoluta. Lo que quiere decir que la ganancia en la competencia entre capitales individuales se obtiene sobre todo a través del:

---

Entre otros muchos aspectos, estaba acostumbrada a alternar el trabajo intenso con periodos de ocio dilatado, mantenía a menudo pequeñas fuentes de subsistencia agrícola cuya atención le hacía abandonar la fábrica, utilizaba el salario como ingreso suficiente hasta que lo agotaba, por lo que mientras tanto no se presentaba a trabajar; no estaba habituada a una intensidad y una regularidad laboral constantes y, sobre todo, manifestaba un espontáneo y visceral rechazo al sistema fabril, que imponía una nueva cultura, nuevas costumbres y nuevas relaciones sociales.

— incremento de la jornada de trabajo (el conjunto de la población trabaja más horas que nunca antes);

— incorporación creciente de masas de población (hombres, mujeres, niñas y niños) al proceso productivo (posible por la acelerada proletarización de más y más seres humanos);<sup>7</sup>

— descenso de los salarios al mínimo posible (el incremento de la productividad generaba un descenso del valor de los precios de los productos básicos, lo que permitía la bajada también de los salarios —por debajo incluso del valor de reproducción de la fuerza de trabajo, lo que quiere decir que ésta se reproduce en conjunto, como masa proletarizada, pero no individual ni familiarmente, dadas las condiciones paupérrimas de vida).<sup>8</sup>

El Estado-policía o Estado-guardián, acorde con la ideología liberal que se había hecho dominante, sólo debía responder y suministrar recursos para la provisión de los «bienes públicos puros», evitando en lo posible recurrir a la deuda.

Esto significa que la proletarización condujo entonces en general a la pauperización obrera absoluta que se retroalimentaba con la constante y creciente creación de un enorme ejército de reserva industrial. El «trabajador pobre» no tenía acceso al consumo de los bienes que el naciente capitalismo comenzaba a prodigar. Por eso podría designarse también como *trabajador puro*; sólo tenía una función: producir.

Sin embargo, al generalizarse aquellas condiciones de explotación en Inglaterra a finales del siglo XVIII, se eliminaron las ventajas competitivas (o lo que es lo mismo, descendió la tasa de ganancia en las empresas líderes), lo que acarreó la necesidad de otra fuente de ganancia más intensiva. Ésta vendría a través de la mecanización. Con ella la tecnología se convertiría en el principal factor de competencia. Y esa tecnología estaría vinculada al vapor.

Pronto la construcción y el transporte ferroviarios, y con ellos la siderurgia, iniciarán un ciclo de expansión que desde Inglaterra se extenderá a otras economías europeas que van entrando en la industrialización.<sup>9</sup>

---

7. El trabajo infantil (con jornadas de trabajo exhaustivas y extenuantes), utilizado a discreción junto con el femenino para específicas tareas y, en general, para abaratar el precio de la fuerza de trabajo, supuso una contribución decisiva a la economía familiar al menos hasta el último tercio del siglo XIX. En Gran Bretaña, para el periodo 1817-1839 los ingresos infantiles sumaban el 24 % del ingreso familiar (Arenas, 2003: 31).

8. En la primera mitad del siglo XIX la esperanza de vida de los trabajadores industriales europeos no sobrepasaba los 28 años (Hobsbawm, 2001). Un inobjetivo e ilustrativo ejemplo de las condiciones laborales y de vida de la población durante la Primera Revolución Industrial es la obra clásica de Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. También, por supuesto, *Los manuscritos de economía y filosofía*, de 1844 (Marx, 1989), que constituyen un auténtico tratado del sufrimiento humano bajo las formas capitalistas del trabajo.

9. Mandel (1979: 181-182) nos dice que poco a poco el capital productivo se dedicará cada vez más a la producción de medios de producción (Departamento I) en vez de la producción de medios de consumo (Departamento II), si bien esta última sigue siendo predominante pues paradójicamente durante la mayor parte del siglo XIX la composición orgánica del capital fue mayor en este sector II de la industria que en el sector de bienes de equipo. La excepción estuvo en la producción de medios de transporte, pero no cobraría real importancia hasta la segunda mitad del siglo, a través de la máquina de vapor que se colocará sobre ruedas para arrastrar (motor de vapor) los trenes de vagones entonces utilizados sobre rieles de madera en las minas de carbón y la fabricación industrial de hierro que permitirá producir rieles resistentes.

## 1.2. La dinámica interestatal

La combinación de las dinámicas de expansión territorial —gracias al aprovechamiento de la extensión colonial de los antiguos imperios ibéricos—, y de predominio financiero —en la lenta pero constante suplantación de las redes creadas por el capital holandés—, posibilitaron que para el último cuarto del siglo XVIII el Estado británico se hubiera convertido en el centro mundial de intercambio e intermediación comercial. Su dominio consistió en el monopolio de la producción de productos manufacturados y bienes de equipo (para lo que tuvo primero que garantizarse su supremacía dentro del ámbito europeo y dismantelar después las industrias periféricas, como la egipcia y sobre todo la India —lo que causó la muerte de millones de personas en este país—).<sup>10</sup> Una vez conseguido esto, el «libre comercio» y el patrón-oro se erigieron en los mecanismos adecuados para fortalecer ese imperio, rompiendo una a una las cortapisas del mercantilismo clásico (que entre otras disposiciones aseguraba a cada metrópoli el comercio exclusivo con sus colonias). Inglaterra necesitaba también materias primas abundantes para su industria y su fuerza de trabajo. En el segundo caso, consolidaba el modo industrial de reproducción de la fuerza de trabajo a través de un nuevo régimen de alimentación basado en la procuración barata de productos básicos (con las consecuencias que veremos en el capítulo siguiente).<sup>11</sup>

Se conseguía así la formación de un mercado mundial en el que Gran Bretaña dependía del exterior para su abastecimiento alimentario, y el exterior dependía de sus productos manufacturados.

Si el grano de todo el mundo podía fluir libremente a Gran Bretaña, ésta podía vender a todo el mundo a los precios más bajos [Arrighi, 1999: 309].

Con ello Gran Bretaña fue capaz de generar un círculo virtuoso: una gran masa de capital excedente que obtenía del exterior en forma de intereses, beneficios, tributos o remesas, de los que se beneficiaba para preservar el patrón metálico fijo de la libra esterlina. A su vez, cuanto más estable era éste más fácil resultaba para Gran Bretaña y sus empresas obtener crédito y liquidez en los mercados financieros mundiales, para expandir sus redes de acumulación.

---

10. Esto marcó un hito en la historia económica del mundo, pues «Occidente» siempre había importado de «Oriente» mucho más de lo que vendía allí: ahora, después de la destrucción de su tejido industrial, los países de «Oriente» debían comprar los productos de las fábricas británicas.

La inversión del poderío histórico a favor de «Occidente» se completó en las medianías del siglo XIX, cuando las principales sociedades centrales aúnan sus esfuerzos para atacar a China, en las tristemente célebres «guerras del opio», acabando así (al parecer pasajeramente) con el milenarismo imperio-mundo asiático oriental.

11. Las agriculturas periféricas fueron obligadas mediante la colonización a extravertir su lógica productiva, como proveedoras de productos necesarios para la industrialización de las formaciones centrales, eliminando cada vez más superficie agrícola destinada a la alimentación de sus propias poblaciones. Esto se generalizó a partir de la imposición de lo que ha sido llamado Primer Régimen Internacional de Alimentación, basado en el modelo colonial de asentamientos impuesto por el imperio británico (que diversificó y abarató la dieta de la fuerza de trabajo europea). Se basó en tres pilares: *a*) una alta emigración europea; *b*) el asentamiento colonizador en tierras que pasaron de dedicarse al consumo nativo, a destinarse a producción mercantil de alimentos; *c*) la exportación a gran distancia de trigo y carne a bajos costos (ver al respecto, Friedmann, 2005). Esa especialización productiva primaria de las colonias fue complementada con la de productos «exóticos» a ojos europeos (café, azúcar, cacao, té...), destinados a sus élites económicas.

La producción de bienes de capital o de medios de producción, a través de la siderurgia y auxiliares, se disparó con las guerras napoleónicas,<sup>12</sup> sentando las bases del enorme despegue industrial inglés, que no era sino el colofón de su orientación hacia la industrialización desde el tramo final del siglo XVI. Desde entonces también la reproducción de la acumulación británica pasaba por la expansión o proyección mundial de sus industrias algodonera y de bienes de capital. Sin embargo, una vez cerrado tras su independencia el mercado estadounidense (que se hace proteccionista), la solución para Inglaterra consistió en una nueva expansión colonizadora a territorios carentes de protección económico-militar.

Se inauguraba así una nueva era colonizadora, ya eminentemente capitalista. La expansión colonial de unas y otras potencias europeas configurará un sistema paneuropeo internacional.<sup>13</sup>

### 1.3. La dinámica Capital/Trabajo

El Trabajo da origen al movimiento obrero (MO) en la fase en que las relaciones sociales de producción capitalistas se van haciendo hegemónicas en unas y otras sociedades europeas a través del acelerado desarrollo del capital productivo-industrial. Esta fase ha solido ser acotada entre dos fechas simbólicas: 1789 (Revolución Francesa) y 1848 (primeros levantamientos generalizados del Trabajo como clase en Europa, en cuanto que *sujeto* diferenciado de la burguesía).<sup>14</sup>

---

12. Francia intentó mediante la fuerza militar compensar su atraso o pérdida de competencia frente a Inglaterra en el terreno económico (como antes había ocurrido con España frente a Holanda e Inglaterra, y después ocurriría con Alemania y Japón ante su incapacidad de ponerse al frente de la acumulación capitalista, teniendo que enfrentarse con las armas a la que sería al final la nueva potencia económica: EE.UU. ¿Le ocurrirá lo mismo a EE.UU. frente a China o, más ampliamente, frente al *Heartland* de Euroasia? —ver nota 15 del cap. 4 y capítulo 6 y nota 37 del mismo—).

Las guerras napoleónicas serían las primeras *guerras totales*, en las que a través del empotramiento de la ciencia en ellas se buscó la destrucción completa del enemigo. Esas grandes destrucciones y las grandes exigencias armamentísticas y logísticas no sólo alimentaron el desarrollo industrial, sino que también abrieron la vía de las finanzas modernas, aupando a la cima a la que sería emblema de las mismas: la casa Rothschild (ver en Comín —2011: 433-436—, una buena explicación de esto último).

El fracaso francés descolgó a esta formación socio-estatal de Inglaterra en el plano económico, pero en cambio extendió la «Modernidad» —o una de sus variantes—, *manu militari* eso sí, por el continente europeo. Hasta tal punto que «ser moderno» se convirtió en ser «afrancesado», o lo que es lo mismo, traidor a la patria. La ofensiva francesa fue el primer golpe de muerte al andamiaje de los Estados-imperio europeos, que terminarían de colapsar con la Primera Gran Guerra. Cabe recordar también que como reacción a la tesisura nombrada, brotaría de ciertas élites el romanticismo y el nacionalismo etnicista. También el populismo-narodnismo, que tuvo su centro de irradiación en Rusia.

13. El término está presente en diferentes trabajos de Arrighi, sobre todo en el que se acaba de citar.

Con esa expansión la superficie terrestre controlada colonialmente por Europa aumentaría entre 1800 y 1914, del 37 al 84 % del planeta (Comín, 2011: 421).

14. Hasta la segunda fecha los levantamientos implicados en las *luchas de clase* manifiestas habían aglutinado tan pasajera como superficialmente a la burguesía con el nuevo proletariado, pero sobre todo con otros sectores del Trabajo tradicionales, contra la nobleza. Siempre los segundos bajo la hegemonía de aquélla.

A partir de las insurrecciones de 1848 el *movimiento obrero* irá adquiriendo creciente importancia dentro del Trabajo. Encarnaría su principal expresión como *sujeto político* con la segunda revolución industrial. Su importancia y peso dentro del Trabajo, sin embargo, sufrirán altibajos en los distintos momentos históricos.

Paralelamente, el Trabajo va reaccionando mediante su constitución como *sujeto*, que adquiere diferentes expresiones según las distintas vías y formas de proletarización. El prototipo fabril y minero de la primera revolución industrial está lejos de ser el único exponente de asalarización, dándose ésta también en la agricultura comercial, la industria doméstica, los oficios urbanos, la economía de servicios de la infraestructura urbana o los propios oficios eventualizados, entre otros. La fuerza de trabajo femenina también fue empleada en todos los sectores profesionales, si bien preferentemente su dedicación laboral estuvo concentrada en el sector primario.<sup>15</sup>

La manufactura centralizada, el taller artesanal y la industria doméstica estaban ampliamente extendidos. Esta última en sus modalidades de trabajo a domicilio y trabajo intensivo sumergido o de reventadero. Esas distintas expresiones eran muestra palpable no sólo del pluralismo industrial existente, sino de la cohabitación de diferentes mercados laborales y de las variadas formas de organización y explotación del trabajo que han acompañado al capitalismo en todo su decurso histórico. Unos y otras generaban diferentes formas de conciencia y de organización del Trabajo, pero al mismo tiempo no pudieron impedir que de las expresiones más agudas de brutalización laboral y social los seres humanos fueran encontrando la manera de erigir su dignidad como elemento de lucha, en un proceso poco predecible a priori.

Este hecho no puede entenderse sin la formación de una conciencia de distintividad, una conciencia que se autonomiza a partir del compartimiento de circunstancias comunes y de la materialización ideológica proveniente de una determinada toma de postura sobre ellas. Las formas de oposición van tomando cuerpo en un pensamiento y conciencia diferenciados, como «clase obrera». La conciencia, entonces, cada vez más como conciencia *de clase*, adquiere una dimensión material como forjadora de sujetos colectivos, que a través de su misma unión o colectividad, son ahora más capaces de transformar sus propias circunstancias.

Algunas de las plasmaciones políticas que habían ido generando las primeras expresiones de esa conciencia alternativa, el «socialismo utópico», el prohudsonismo, el primer anarquismo, el reformismo (cartismo en Inglaterra, o socorros mutuos en Francia), coincidían más o menos en ciertos puntos: la asociación, el mutualismo y la cooperación; la crítica racionalista y humanista a la sociedad burguesa; la reordenación de la sociedad sobre otras bases a través del ejemplo; la huída de la política y, a menudo, el refugio en pequeños enclaves; la emancipación del trabajo (Eley, 2003). A veces también compartían una política radical de género, porque la «ley civil» que sujeta a unos (trabajadores) al albedrío de otros (patronos) no podría ser trastocada sin romper con la «ley de familia» (supeditación de todos los miembros al *pater* de familia, al patrón), desafiando de esa manera la trasplatación de la ley de familia a la ley civil, y de ésta a la «ley política» que se imponía: de constituciones otorgadas, Parlamentos designados y gobiernos reservados a las —nuevas— élites (Domènech, 2004).

Las declaraciones preparatorias de los owenistas<sup>16</sup> van dando paso a la madura teoría del sindicalismo:

---

15. A mitad de siglo la agricultura europea concentraba en 50 % del total del empleo femenino En Gran Bretaña hacia 1850 el 40 % del total de mujeres había entrado en la relación salarial; en el Imperio Austro-Húngaro sería el 33 % en 1870 (Arenas, 2003: 33). Su requerimiento como obreras industriales estuvo sujeto a los vaivenes del precio de la fuerza de trabajo y de la fortaleza organizativa de la misma, a objeto de rebajar una y otra

16. Sus principios fundamentales: Primero. Que el trabajo es la fuente de toda riqueza, en consecuencia las clases trabajadoras han creado toda la riqueza.

Los *trade unions* no sólo harán huelga por menos trabajo y más salarios, sino que abolirán por último los *salarios*, se convertirán en sus propios patronos y trabajarán los unos para los otros; el capital y el trabajo no estarán separados por más tiempo, sino indisolublemente unidos en las manos de los obreros y las obreras [Thompson, 1989: 448].<sup>17</sup>

Reflejo de una clase obrera que haría exclamar con orgullo a quienes comenzaban a compartirla «somos huérfanos y bastardos de la sociedad».

La intervención de Marx y Engels daría al Trabajo un último impulso para su conversión en sujeto con proyecto histórico o civilizacional propio, mediante algunas precisiones concluyentes:

- La clase obrera tenía que estar organizada políticamente.
- Coordinada por un Partido como fuerza colectiva capaz de desafiar a la clase capitalista organizada (la premisa es que cada *parte* —cada clase— de la sociedad requiere de un *partido* propio).
- Para sustituir al Estado (dado que éste se concibe como elemento de dictadura de la clase capitalista y, en general, de una clase contra otra) se necesita una autoridad estatal de transición, que asegure una «dictadura del proletariado» [sinónimo de gobierno general democrático de la clase obrera, esto es, de la absoluta mayoría de la sociedad, mediante la transferencia de todos los cargos estatales a la población (elección directa)],<sup>18</sup> la

---

Segundo. Que las clases trabajadoras, aunque son las productoras de la riqueza, en lugar de ser las más ricas, son las más pobres de la comunidad; por lo tanto no están recibiendo una justa recompensa por su trabajo» (en Thompson, 1989: 408).

17. Los elementos en los que y a través de los que se fue concretando la conciencia de clase están claramente trazados también por Thompson:

- El colectivismo obrero, que había brotado del discurso tradicional de solidaridad en el oficio y en la comunidad se universalizó a fin de incluir a todos los obreros.
- Las herencias radical y republicana se hicieron compatibles con las demandas colectivistas. Una cierta noción del control colectivo venía a desafiar y a reemplazar el carácter central del concepto de propiedad privada en la tradición radical.
- Las reivindicaciones fueron concretándose: se invocó el derecho de los individuos a asociarse libremente en busca de unos objetivos comunes. Lo que fue asentando los límites de la organización colectiva (que en Francia adquiere el carácter de «asociación» y en Inglaterra el de «cooperación») a los efectos destructivos del individualismo competitivo. A la par que se produce la lucha porque los derechos políticos no se centren en la propiedad sino en el trabajo mismo (la propiedad comienza a ser considerada como un privilegio abusivo).

«Este entrelazado lógico de transformaciones estructurales creó un discurso obrero que establecía la solidaridad entre los trabajadores de todos los oficios, les autorizaba a hacer demandas colectivas sobre el carácter y los productos de las actividades de producción, e imprimía a los propietarios ricos el estigma del monopolista privilegiado y codicioso» (Sewell, 1994: 97).

18. Estas formulaciones traslucen por primera vez el reconocimiento explícito de la «lucha de clases». Esto es, que el proletariado, y el Trabajo en general, no podrán esperar la concesión de justicia social, económica o política por parte de las clases dominantes, por ilustradas que fueren —como habían llegado a soñar los socialistas utópicos—, y que las minorías que detentan el poder no lo cederán amablemente (vale decir, «democráticamente»), sino que por el contrario utilizarán todo su poder de clase para aplastar cualquier intento de socavar el entramado estructural en el que se basa el sistema capitalista. Esta convicción desafiaría también la prístina e inocente mirada de la Revolución Francesa al nuevo orden social como permitidor de la *fraternidad* de las clases hasta entonces subordinadas (trabajadores y burgueses).

El Trabajo, y cada vez más el proletariado como parte significativa del mismo, se alzaba ahora contra la burguesía, concebida ya como nueva clase dominante (que se erige en la personificación del capital). Ésta tendrá desde el principio muy clara la división de la sociedad en «dos naciones» (la nación de los

abolición de la separación de poderes (y con ella el fin de los profesionales de la política),<sup>19</sup> amén de la difusión general de las funciones de liderazgo. Este primer paso suponía la transformación del Estado de órgano supraordinado de la sociedad en elemento fiduciario de la misma.

Su legado a una clase obrera que adquiriría cada vez más conciencia de sí misma fue la importancia del factor económico en la historia; la decisiva influencia de las fuerzas materiales en los logros humanos; la vinculación de las oportunidades políticas a los procesos económicos. Pero también, en interacción dialéctica (y paradójica), dejarían asentada la convicción en la capacidad humana de reinvertir las tendencias, de alterar las condiciones materiales, esto es, de transformar sus circunstancias históricas.

Se sentaron así las premisas para el nacimiento del socialismo político (Eley, 2003: 24):

- Análisis económico del capitalismo.
- Programa político para la reorganización general de la sociedad.
- La meta de la propiedad colectiva de los medios de vida, así como la producción cooperativa.

---

poseedores y la del proletariado, identificado como «masa» de «parias», «chusma», «escoria», canalla, es decir, gente desposeída que para sobrevivir tiene que trabajar para otros —sin conseguirlo siempre—).

Por eso para esa «nación de segunda» era vitalmente imprescindible constituirse como un contrapoder frente a la burguesía. En adelante la *solidaridad* entre el Trabajo sustituiría a la pretendida *fraternidad* entre desiguales, si bien la ilusión de los socialistas fue siempre conseguir una sociedad en la que esa fraternidad fuera *realmente* posible al ser una sociedad de iguales. Una sociedad también en la que la realidad de la libertad dejara de confundirse con la idealización que de ella hacía el liberalismo al proclamarla como referente abstracto, cuando de facto se daba su contrario: la dependencia.

Meridianamente claro lo había expresado desde el principio la burguesía termidoriana: «...La igualdad civil, he aquí todo lo que el hombre razonable puede exigir...La igualdad absoluta es una quimera; para que pudiera existir sería necesario que existiese una igualdad total en espíritu, virtud, fuerza física, educación y fortuna de todos los hombres» (discurso preliminar de d'Anglas en torno al proyecto de Constitución, 5 de mesidor, año III —23 de junio de 1795—).

«La igualdad para el hombre social no es sino la de los derechos. No es tanto la de las fortunas como la de los impuestos, las fuerzas, el espíritu, la actividad de la industria y el trabajo» (Vergniaud, en 1793). (Ambas citas en Soboul, 1994: 339.)

19. Si las diferentes expresiones institucionales del poder se han democratizado, radicando su control verdaderamente en la sociedad, ya no tienen porqué estar «separados». De hecho la separación de poderes, y muy especialmente del poder judicial, fue fijada por la burguesía para prevenir los intentos populares de ir más allá del orden dado de las cosas. Así por ejemplo, se establecieron permanentes intervenciones judiciales contra cualquier proyecto que desafiara la jerarquía social o tuviese pretensión de transformación de las relaciones constitutivas del capitalismo, en el periodo posterior a la Revolución Francesa. Gracias todo ello a un aparato judicial en parte heredado de la administración absolutista y en parte reclutado entre las élites, que en adelante ejercería de obstructor de las iniciativas sociales durante los auges de insurgencia del Trabajo (Kuhnl, 1978, explica bien el origen de la separación de poderes en el pacto entre la nueva y la vieja clase dominante, burguesía y aristocracia, y cómo la primera los hizo valer después contra el proletariado, dejando al ejecutivo —a menudo todavía en manos reales o imperiales— y al judicial, fuera de la influencia de la voluntad popular). Por su parte el poder legislativo era sujeto a la bicameralidad, una asentada división que hacía del senado (claramente elitista, cuando no aristocrático) el pertinaz vigilante de cualquier posible «veleidad» dentro del poder legislativo (ver al respecto, Domènech, 2004).

- Lo social como contrapuesto a la antisociedad capitalista. Esto es, pasar del «individuo soberano» proclamado por la doctrina liberal-capitalista, a la *soberanía popular*.
- Extender los preceptos democráticos al conjunto de la sociedad.
- Reorganización de la economía en virtud de nuevos criterios:
  - Cooperación.
  - Propiedad pública.
  - Socialización de la producción, o lo que es lo mismo, democracia industrial-productiva.
  - Dirección planificada de la economía.

Las implicaciones de todo ello son sobrecogedoras: por primera vez en su transcurso por el planeta los seres humanos osan acometer la tarea de dotarse consciente, planificadamente, de un sistema socioeconómico (ninguno de los que han existido hasta ahora han sido resultado de teleología alguna). Un sistema, además, en el que no tendría cabida la explotación del ser humano por el ser humano.

La presión del Trabajo en su larga pugna por desprenderse de la ciudadanía degradada, irá consiguiendo una paulatina apertura del sistema hacia la revisión de las condiciones más duras de explotación (en las primeras décadas del siglo XIX las leyes de policía fabril y las leyes de fábricas, intentaban tan tímida como incumplidamente regular la jornada laboral, así como el trabajo infantil y el femenino). Al hacerse las luchas *manifiestas* y en creciente medida también *cualitativas* (contra la explotación de clase en sí, Introducción I), al tener los explotados un poderoso aglutinante de su conciencia, esas luchas comienzan a aproximarse por primera vez en la historia a una *lucha de clases explícita* (en cuanto que confronta dos sujetos antagónicos conscientes de sí mismos y de su *antagonismo*). Esto quiere decir que en adelante, una creciente parte de los *explotados* no podrán a la vez ser *dominados*.

Al contrario, serán estas minorías concienciadas y organizadas dentro de las mayorías, las que vayan consiguiendo hacer traducir sus objetivos de lucha en referentes supraestructurales: *democracia, libertad, igualdad, justicia, soberanía popular...*<sup>20</sup> Pro-

20. Más tarde extenderán los principios de *solidaridad social* que condujeron a los derechos sociales y económicos y al Estado Social.

Los derechos civiles de la recién adquirida ciudadanía («derechos naturales») eran aceptados por la burguesía como «derechos pasivos» («naturales») propios de una también *ciudadanía pasiva*. Los derechos políticos o «derechos activos» se los reservaba a sí misma la nueva clase dominante, pues el ciudadano pasivo está sometido a la necesidad del trabajo y por tanto a la *servitus*, está excluido por definición de la categoría de «hombres libres». Así lo expresa Constant: «[El trabajador asalariado] carece de la renta necesaria para vivir independientemente de toda voluntad ajena [...] y los propietarios son dueños de su existencia porque pueden negarles el trabajo» (en Losurdo, 2007: 189).

El mismo Kant lo había dejado ya meridianamente claro: «[Para ejercitar los derechos políticos] se requiere una sola cualidad, a parte de la natural (que no sea niño o mujer), que sea su propio señor y, por consiguiente, que posea alguna propiedad [...] que le sustente» (en Kuhl, 1982: 56). Toda una joya declarativa.

De igual manera, el miembro de la Llanura, Sieyès, compara a los no-propietarios con esclavos o niños, en cuanto que formaban parte de la gran familia del amo. Quizá por eso los *levellers* de la revolución inglesa se negaron a admitir en sus filas a los trabajadores dependientes, para terceros, porque carecían de libertad personal.

«Durante siglos en los círculos artesanales, el trabajo asalariado fue aceptado sólo como pago de una transacción mercantil —la venta de un servicio—, y rechazado desde el momento en que pudiera confundirse como obligación, por ser ésta despreciable, castigo de indeseables o último recurso de hambrientos» (Arenas, 2003: 23).

porcionando el «escaparate ideológico» del propio capitalismo, al ser esos referentes asumidos poco a poco por las grandes mayorías.

Contra todo ello reaccionará la burguesía tan visceral como despreciativamente. Su obsesión sería desde el principio hacer de una parte significativa del proletariado una masa de pobres tan desvalidos como individualizados (cap.1.1.), así como confinar las relaciones de trabajo en la esfera privada, desproveyéndolas de su carácter político, para que se desarrollaran como relaciones domésticas (entre el *pater-patrón* y sus empleados), sin intromisiones externas (y sobre todo sin la intervención de los sindicatos).<sup>21</sup>

Sin embargo, la formación de una conciencia distintiva advenida paulatinamente en identidad de clase,<sup>22</sup> la organización y combatividad de cada vez más sectores del Trabajo, y sus primeros balbuceos en torno a una construcción de sociedad alternativa, se verían reforzadas por ciertos *factores objetivos*. Poco a poco, y a pesar de las diferencias en el proceso de proletarización o asalarización, en el núcleo duro de las sociedades centrales la población asalariada se va haciendo mayor que la población activa que continua con nexos no capitalistas. En 1848 el 80 % de la población activa inglesa estaba ya asalariada. En Francia y en Holanda llegaba al 55 %. Eso quiere decir que se iba limitando la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo. Con ello, el capitalista descubre la necesidad de cuidar, para preservarla, a su mano de obra. Se incrementa, así, la vida media activa del trabajador como asalariado y también la estabilidad laboral: se dan las primeras regulaciones del trabajo (Dierckx-sens, 2003).

Sin embargo, la doble crisis de la segunda mitad de los años cuarenta (agraria e industrial) llevaría a situaciones límites a la población trabajadora europea. Por un lado, los años treinta del siglo XIX ven cómo las empresas más grandes van haciéndose con la nueva tecnología (el vapor), lo que provoca que dejen fuera de la competencia real a los pequeños capitales, los no mecanizados. Al mismo tiempo, tal generalización del vapor a otras empresas hace perder las ventajas competitivas a las empresas que primero le habían introducido, con lo que se da un descenso generalizado de la tasa de ganancia entre 1835 y 1848, que tiene su corolario en la crisis de los valores bursátiles del ferrocarril. Momento álgido de la primera gran recesión capitalista, que combina, por última

---

Transformar ese estado de cosas, conseguir la igualdad real de oportunidades sólo podría ocurrir, por consiguiente, cuando ningún ser humano estuviera desposeído y por tanto a merced de otros para vivir (a expensas de ser contratado o no).

21. Por eso ha sido tan importante para la burguesía acusar de «política» cualquier acción del Trabajo dentro del ámbito productivo (huelgas, paros, protestas, etc.), porque su pugna ha sido siempre por imponer esas relaciones como no-políticas.

Los sindicatos, para la recién estrenada clase dominante, «sofocan cualquier tipo de autonomía» (Spencer), son «culpables de promover el ocio y, en última instancia, el vicio» (Lieber), y se erigen en medios por los que «los obreros ineficientes [...] intentan bloquear el trabajo a destajo, y así oprimen duramente a los obreros más hábiles y laboriosos, los cuales tratan de ganar más» (Stuart Mill). Todas las citas en Losurdo (2007: 214-215).

Obsérvese el parecido con los comentarios al respecto que tanto se difunden en la actualidad.

22. Esta identidad de clase será el referente, en adelante, para más amplios sectores del Trabajo, que como *sujeto activo* de lucha no estaba integrado todavía precisamente por obreros de la gran industria en su mayoría, sino artesanos y trabajadores con oficio, e incluso pequeños comerciantes y propietarios. También campesinos, no sólo jornaleros sino aparceros y pequeños propietarios (ver sobre ello, por ejemplo, Rudé, 1971). Este sujeto incluía a menudo también a las mujeres trabajadoras de los diferentes sectores laborales.

vez juntas, crisis de sobreacumulación o sobreproducción (crisis capitalista), y crisis agraria de escasez (crisis precapitalista).<sup>23</sup>

La oleada insurgente del Trabajo no se haría esperar, y tiene su eclosión en 1848 (afectando a Francia, Italia, casi toda la Europa Central y los territorios eslavos hasta la frontera rusa). Ola de agitaciones en la que se suman viejas aspiraciones de la burguesía liberal con reivindicaciones nacionalistas y otras propias del incipiente proletariado organizado (la principal expresión del Trabajo organizado para entonces es como *proletario*). En ellas participan sectores más amplios de población que en ciclos anteriores (como el de 1820 o 1830, en los que el proletariado todavía no organizado como tal había hecho las veces de fuerza de choque para unos u otros sectores de la burguesía en pugna).

Las derrotas insurreccionales (con la parcial excepción de Francia, donde se consigue el sufragio universal masculino y el principio de la soberanía nacional), y la amplia y drástica represión desatada contra el Trabajo en los años siguientes, asentó el terreno para una reestructuración del poder de clase y una recuperación del proceso de acumulación capitalista, a través de un nuevo modelo.

---

23. La crisis agrícola de 1846-1847, típica crisis de subproducción agravada por la pérdida de la cosecha de patatas con las implicaciones de hambrunas (rematada por epidemia de tifus) y subidas de precios que sembraron las bases del descontento; vino provocada por el desacompasamiento entre el aumento de la población y la estructura agraria, y socavó las bases de la casi autarquía agraria en que vivían las distintas regiones europeas. También puso fin a los restos de la servidumbre feudal que quedaban en la Europa oriental (con la última excepción de Rusia hasta 1861) en donde un sistema de indemnizaciones permitió a los campesinos comprar su propia libertad.

En cuanto a las crisis de sobreacumulación, el capitalismo es probablemente el único modo de producción histórico en el que la creación de riqueza constituye un problema estructural crítico.



## Capítulo 2

# Capitalismo de libre competencia. Segundo modelo de acumulación-regulación

Dejémosles que saquen adelante sus proyectos de ley contra la subversión, que los hagan todavía más severos, que conviertan en goma todo el Código penal: con ello no conseguirán nada más que aportar una nueva prueba de su impotencia [...] La subversión socialdemócrata, que por el momento vive de respetar las leyes, sólo podrán contenerla mediante la subversión de los partidos del orden, que no pueden prosperar sin violar las leyes.

[...] Pero no olviden ustedes que [...] si una de las partes rompe el contrato, todo el contrato se viene a tierra y la otra parte queda también desligada de su compromiso [...] la socialdemocracia queda en libertad y puede hacer y dejar de hacer con respecto a ustedes lo que quiera. Y lo que entonces querrá no es fácil que se le ocurra contárselo a ustedes hoy.

FRIEDRICH ENGELS, Introducción a la edición de  
1895 de *La lucha de clases en Francia*, de Marx

Este segundo modelo de crecimiento capitalista se extiende entre los años cincuenta y noventa del siglo XIX, por lo que se nutrió de lleno de los elementos constitutivos de la Segunda Revolución Industrial: empleo de nuevas fuentes de energía, desarrollo de nuevos sectores de la producción, cambios en la organización de la producción y el trabajo, nuevas formas de capital empresarial.

Su base fue un fuerte avance tecnológico que repercutió en las ramas industriales ya consolidadas, pero también en la química, la maquinaria, la generación de electricidad, industrias ligeras, desarrollo de las comunicaciones y los transportes, etc.

El hierro y el acero continuaron siendo los principales metales, pero en adelante contarían también el aluminio y el cobre.

El petróleo y el gas comienzan a utilizarse como recursos energéticos, al tiempo que aparecen nuevas máquinas e invenciones, como el motor de combustión interna, el automóvil y el aeroplano, la refrigeración mecánica, el teléfono y la radio.

Todo ello estaría en la base de la formación de un mercado de extensión mundial.

En las formaciones centrales, a raíz del paulatino agotamiento de la *movilidad absoluta*, adquiere carta de existencia el conservadurismo moderno, como intento de interlocución con, e integración parcial del Trabajo, a través de ciertas protecciones y reconocimiento de derechos. Con ello va cobrando cuerpo el ámbito de *lo social*, como espacio de interlocución y negociación de intereses contrapuestos, que tiene su proyección en una tímida apertura hacia la parlamentización del conflicto. El proceso presentará, sin embargo, contrapuntos de fuerte represión del MO.

Poco a poco se imponen tanto la plusvalía relativa como la *movilidad relativa* de la fuerza de trabajo. Surge un embrión estrato medio encarnado en los managers asalariados y los empleados técnicos, tanto en la industria como en el comercio.

En su seno se irán abriendo paso los procesos de monopolización del capital.

## 2.1. FASE 1. Del Capitalismo Liberal Competitivo al Capitalismo Monopolista Privado (CMP). De los años cincuenta a los años setenta del siglo XIX

### 2.1.1. *La dinámica de reproducción del capital y la dinámica interestatal*

El inicio de esta nueva expansión vendría de la mano del ensanchamiento cuantitativo y cualitativo del mercado capitalista. El primero gracias a su apertura hacia la Europa central y oriental, a Asia occidental y al océano Pacífico (según Mandel, 1986, la mayor expansión geográfica que haya conocido el capitalismo en su historia). Esto motivó una industrialización extensiva y una nueva revolución tecnológica: el paso de la máquina de vapor al motor de vapor, de la manufactura a la producción industrial de capital fijo; lo cual a su vez va a generar un fuerte incremento de la productividad del trabajo (o lo que es lo mismo, del plusvalor relativo o tasa de plusvalor).

El lado cualitativo del aumento del mercado capitalista se realiza a través de las revoluciones del transporte, las telecomunicaciones (ferrocarriles, barco de vapor, telégrafo)<sup>1</sup> el crédito y el comercio (aparición de las sociedades anónimas, los grandes almacenes...), que contribuyen sobremedida a elevar la tasa de circulación del capital (Mandel, 1986: 19). Esta expansión cualitativa se complementó con el descubrimiento de los ricos yacimientos de oro de California («la fiebre del oro» en el Oeste norteamericano) y en menor medida, de Australia.

Al mismo tiempo, con la importación de granos de las colonias a precios significativamente más baratos que los producidos en las formaciones europeas industrializadas, el valor de la fuerza de trabajo en estas últimas disminuye, haciendo caer los salarios reales (de paso, la masiva importación arruina también al campesinado y al rentismo rural improductivo).

---

1. Con el barco de vapor se acelera la integración de los mercados entre los centros y las periferias capitalistas. El ferrocarril por su parte incrementaría la integración de los mercados centrales (se cierra la brecha tecnológica entre las principales economías europeas). La carrera puntera de las grandes empresas pasará en lo sucesivo por la producción privada de ferrocarriles financiada con fondos públicos. Este era un proceso que venía necesitado y que a la vez permitió el posterior desarrollo de las semiperiferias europeas, algo que ya no ocurriría con las colonias o formaciones sociales periféricas, como se irá señalando más adelante. Y esto es así, explica Mandel (1979), porque los capitales de los primeros países en industrializarse fueron afluyendo a los que estaban comenzando la industrialización, pero dada su relativamente modesta proporción eran incapaces de controlar en ellos los procesos de acumulación. Debido esto, por un lado, a que la acumulación en los primeros países de capitalismo industrial no era suficiente como para establecer bases industriales propias en el extranjero; por otro, a que los medios de comunicación y transporte estaban a la sazón muy poco desarrollados como para permitir la exportación rentable de capital a gran escala.

Para intentar paliar este desajuste entre el desarrollo desigual de la industria manufacturera y la industria del transporte, las inversiones de capital extranjero de las principales potencias capitalistas de la primera mitad del XIX (Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Holanda) se concentraron en la construcción de ferrocarriles en el exterior. Y fue esa misma concentración del capital en el transporte ferroviario, sostenida entre fin de los años cuarenta y la década de los sesenta la que permitió que las economías semiperiféricas europeas que comenzaban a experimentar una naciente industrialización pudieran realizar una acumulación de capital nativo o nacional. Ha de tenerse en cuenta, además, que aquellas inversiones no lograron abaratar los costos de transporte a largas distancias de las mercancías percederas, por lo que los capitales locales continuaron disponiendo de un mercado cautivo para las industrias de la alimentación, bebidas y ramas parecidas (así lo muestran los casos de Italia, Rusia, y España, p.e., pero también Japón fuera de Europa).

En el otro extremo, con la penetración capitalista en las colonias se afianza la división internacional del trabajo (DIT), que tiene a la sazón su expresión en la producción capitalista de materias primas baratas (ver nota 11 del cap. 1).<sup>2</sup>

La hegemonía inglesa bajo la que se da esa DIT, no es, sin embargo, una hegemonía tranquila. Las potencias imperialistas compiten duramente entre sí por cotas de poder internacional y por territorios y recursos. Para Inglaterra el principal reto pasa por frenar la expansión de cualquier potencia susceptible de controlar sus rutas y fuentes de aprovisionamiento en Asia. La única capaz a la sazón era Rusia. Pero también la crecerían otros rivales en el propio continente europeo: Prusia y el Imperio Austro-Húngaro. El sistema paneuropeo internacional que se había ido creando desde el siglo XVI era permanentemente convulso. De ahí el intento de repartirse el mundo en la Conferencia de Berlín (1884-1885), que marca la intersección entre dos expresiones de la dominación imperial: la clásica o colonial y la imperialista por excelencia.

La consolidación del poder político de la burguesía en los Estados europeos fue, por lo tanto, una condición necesaria para una reorientación de la política territorial hacia las exigencias de la lógica capitalista [Harvey, 2007a: 50].

Concomitantemente, en las formaciones centrales se generaliza la fábrica, en la que Marx llama la «fase orgiástica del capital» (la acumulación se realiza combinando plusvalía absoluta y relativa). La acumulación en maquinaria sustituye mano de obra, al tiempo que el sector primario continúa proporcionando mano de obra barata descualificada, afianzando un desarrollo desigual entre sectores.

Sin embargo, pronto se manifestaría con toda su virulencia un nuevo estallido de la enfermedad crónica del capitalismo, la de sobrecumulación de capital. Hubo un exceso de capital obtenido mediante la plusvalía que podía ser valorizado, por lo que las inversiones financieras se vieron sin respaldo de las ganancias (el mundo empresarial se vio con un exceso de producción de bienes de equipo para el todavía reducido tamaño de los mercados). Además las nuevas tecnologías se habían generalizado acabando con las ventajas comparativas de las empresas punteras. Los resultados fueron una persistente deflación, la caída de los beneficios del capital y de las rentas de la tierra. Se inauguraba la que fue llamada «Depresión Larga» (*Long Depression*), que perduraría hasta mitad de la década de los años noventa.

Otros factores 'objetivos' coincidentes en el desatamiento de la misma fueron el agotamiento de la explotación agrícola (ya capitalizada) y de las innovaciones técnicas existentes (dado que, como se ha dicho, al generalizarse hacen descender la tasa media de ganancia, esta vez en una dimensión considerablemente mayor dada la internacionalización de la economía). La exacerbada competencia de las empresas comerciales a escala de la naciente economía-mundo terminaría de hacer el resto para provocar la caída de la tasa media de ganancia. En la nueva depresión descenden los precios y los tipos de interés (Arrighi, 1999: 197), cae el crecimiento económico y baja el comercio internacional. Tiene lugar una enorme destrucción de capitales no competitivos, mientras que las empresas grandes se expandirán a costa de las otras (gracias a sus ventajas competitivas en las economías de escala).

---

2. Esto, junto a la creciente monetarización de la economía, hace que la esclavitud vaya resultando obsoleta por poco rentable. En adelante, cada vez más se requerirían trabajadores-consumidores.

Todo ello trae como consecuencia también la primera «huída» colectiva del Capital fuera de la producción hacia las finanzas. El «capital excedente» (no reinvertible dada su escasa rentabilidad) se acumula al margen de los canales habituales de inversión en mercancías, sentando las bases de una expansión financiera hacia el exterior, que se combinó con la creciente atracción de capitales externos que ejercían los centros financieros europeos y muy especialmente la City londinense (Arrighi, 1999: 196-197). Es la primera fase de financiarización universal.

Fue acompañada de una generalización de la lucha obrera y de su organización.

### 2.1.2. *La dinámica Capital/Trabajo*

Efectivamente, el ciclo encuentra su decadencia, además, con la creciente resistencia obrera a la sobreexplotación, gracias al aumento en calidad organizativa del Trabajo y a la reducción de su sustituibilidad al quedar menos ejército de reserva que asalarizar.

En las formaciones en las que se ha desarrollado más rápidamente el capitalismo buena parte de la población campesina se ha convertido ya en proletaria, agotándose poco a poco las posibilidades de seguir valiéndose de la *movilidad absoluta* de los seres humanos (del vínculo no capitalista al capitalista). Como se dijo, este es un importante factor objetivo para coadyuvar a que se tomen las primeras medidas generales de salud pública, los primeros seguros frente a accidentes laborales. Lo que quiere decir que desciende lenta pero constantemente la mortalidad, va aumentando la esperanza de vida de la población trabajadora (esto es, empieza la transición demográfica). Irrumpe, entonces, la versión clásica de la *biopolítica*, como gobierno de los procesos vitales de alcance colectivo que tiene por fin último garantizar una fuerza de trabajo suficiente y adecuada a los nuevos procesos productivos (y mejor aún si consigue un excedente de esa población —una aprovechable población de reserva—). Se propugna que Mercado, Población y Sociedad Civil puedan comenzar a emprender una suerte de regulación mutua, además de su autorregulación (sobre esto último, Vázquez, 2009).

Sin embargo, ese nuevo tipo de regulación social estuvo atravesado desde el inicio por formas de dominación que el liberalismo, con un desprecio cercano a la repugnancia por las «clases plebeyas», no tenía ningún reparo en poner en práctica. Entre ellas la eugenesia.<sup>3</sup>

---

3. La *biopolítica* hundía sus raíces en el protocapitalismo mercantilista (como promoción de las fuerzas de la vida), pues radicaba la riqueza en la cantidad de fuerza de trabajo disponible, por lo que fue siendo de creciente importancia mantenerla en número tanto como en buen estado para trabajar (sobre todo cuando empezó a ser más y más dificultoso sustituirla —ver Introducción I—).

Por su parte, los planes de la *eugenesia* tuvieron como objetivo la propia población europea trabajadora, para lograr trabajadores «regenerados» (esto es, autodisciplinados —apartado 1.1. y nota 6 del cap. 1—). En las colonias, como quiera que a menudo el Trabajo estaba marcado étnicamente, cuando no racificado, esos planteamientos se antojaron más permisibles y se pusieron en práctica (la construcción de la *raza* e identidades anejas, tenía por objeto ajustar la desigualdad simbólica a la desigualdad social, haciendo tolerable a ojos europeos la sobre-explotación, denigración e incluso exterminio de las «razas inferiores»). Las declaraciones de los grandes liberales europeos y norteamericanos, y las de los Padres de la Patria de EE.UU., son suficientemente elocuentes:

«[En todas partes donde se expande Occidente, sobreviven las poblaciones que] pueden ser explotadas con ganancia por parte de los colonizadores blancos superiores» (Hobson).

«No hay lugar para las razas intelectualmente incapaces de participar en la «civilización y cultura caucásica» superior. Es parte del plan inescrutable del Omnipotente la desaparición de las civilizaciones

El Trabajo constituido como *clase obrera* (y dentro de ella su *sujeto* es el *movimiento obrero* —MO—) incrementó notablemente la acción reivindicativa. A partir de la segunda mitad del siglo XIX el carácter antagonista de la relación Capital/Trabajo se expresará a través de la acentuación de la tasa de explotación, y acarreará una ofensiva sin precedentes del Trabajo en forma de huelgas y la creación de organizaciones. El MO va conquistando los derechos políticos, el derecho a la huelga, a constituir sindicatos, abriendo poco a poco el espacio de *lo social* (entendido como espacio de interacción, negociación y administración, como campo en el que llevar a cabo la acción e intervención de los diferentes agentes sociales). La resolución mínimamente satisfactoria de lo social se hacía imprescindible para llevar a buen puerto la construcción nacional.

Se consolida con ello la nueva realidad de la *ciudadanía* (siempre vinculada a la distinta correlación histórica de fuerzas en las *luchas de clase*),<sup>4</sup> que comienza a ser

---

inferiores y de las razas decadentes frente a la avanzada de las civilizaciones superiores formadas por tipos más nobles y más viriles de hombres» (Beveridge).

Para Disraeli y Eggleston, «por fortuna» la naturaleza ya se encargaba de diezmar a esas poblaciones con toda clase de enfermedades, que confirmaban su «inferioridad natural» (tuberculosis, pulmonía, venéreas, etc.).

Y por si acaso la naturaleza no cumplía bien su cometido, siempre cabía la ayuda *manu militari*, acompañada de su justificación política.

«Debemos responder con una violenta agresividad a los Sioux, aunque debamos llegar al exterminio de hombres, mujeres y niños. No hay otra solución para resolver el problema» (General Sherman).

[Mírese la similitud con la declaración del oficial franquista que sirve de inicio al capítulo 3, en una exaltación de la eugenesia política, esto es, del genocidio ideológico que fue el franquismo.] [Todas las citas en Losurdo, 2011: 328-331, recomendable para un excelente desarrollo de estos puntos. Véase también el extraordinario primer capítulo de Domènech (2004) sobre la *demofobia* y la política e ideología de las «dos naciones» en las clases dominantes.]

Se repetirían con las poblaciones africanas importadas los mismos procedimientos que se emplearon con las poblaciones originarias: a) deportaciones; b) campos de concentración de trabajo (¿qué otra cosa eran las plantaciones?); c) los esfuerzos por preservar la pureza de la raza; d) esterilizaciones forzosas; e) el exterminio directo.

Cuando en Europa los que no eran concebidos sino como nuevos «instrumentos de trabajo» de la industria (el proletariado o «nación de segunda»), empiezan a rebelarse de forma organizada y consciente, es cuando alcanzan la categoría de máxima degradación («son nuestros negros», dirá alguno de los ilustres demofóbicos de la ascendente burguesía), en una asentada racificación de la desigualdad social.

Pero es realmente después de la Revolución Soviética, cuando el Trabajo lograría recomponer fuerzas en las formaciones centrales, que esas operaciones se harán contra la propia población europea. Y sólo entonces, cuando el nazismo las llevó a cabo contra la fuerza de trabajo europea, comenzarían a escandalizarse las conciencias liberales (lo cual no fue óbice para que las potencias centrales «democráticas» continuaran aplicando parecidos procedimientos en sus colonias tras la Segunda Gran Guerra con las poblaciones —«inferiorizadas»— que intentaban sacudirse su dominio colonial).

4. La *ciudadanía* había adquirido carta de constitución con los derechos civiles propios de las revoluciones burguesas (primera generación de derechos). Estos procesos transforman la propia concepción de *sociedad civil*, ahora vista a la vez como sujeto interviniente y como lugar de confluencia de las *luchas*, pactos o interacciones sociales en general. En adelante al menos dos concepciones de la *sociedad civil* se confrontarán: la burguesa (verticalizada y heterónoma) y la popular (no dada, sino como fruto cambiante de la autoorganización, autónoma) (notas 11 del cap. 3 y 32 del cap. 5).

El siguiente paso sería la procura de derechos socioeconómicos. Esto quiere decir que *lo social* se fue concretando también en la regulación de las relaciones Capital/Trabajo en el mundo laboral (una buena relación histórica de esta última, con acertada bibliografía, puede encontrarse en Aizpuru y Rivera, 1994). De hecho, para las organizaciones del Trabajo cualquier traducción fáctica de democracia pasaba en adelante por la *cuestión social*, que incluía definitivamente la laboral. De ahí la *social-democracia* (ver especialmente Galcerán, 1997, para el caso alemán). En lo sucesivo también la *cuestión nacional* tendría que incorporar necesariamente la *cuestión social* (ver nota 12 de Introducción teórica I).

nutrida ahora, tras duras luchas sociales, con una segunda generación de derechos que hasta entonces se había reservado la burguesía para sí misma (mediante sus «democracias censitarias»): los derechos políticos, extensibles poco a poco al conjunto de la población masculina que iba siendo *endogeneizada*. Habría aún que esperar al siglo XX para que las luchas primero sufragistas y después ya específicamente feministas, extendieran esos derechos a las mujeres.

Nace la I Internacional (1864). Se consigue cierto grado de parlamentarización en la relación Capital/Trabajo. Por primera vez surgen partidos obreros con una organización a escala estatal y centrados en la pugna parlamentaria, fruto de las liberalizaciones políticas conseguidas entre 1867-1871, llevando a cabo la agitación legal a una dimensión espacial superior, donde se ve la influencia también de la I Internacional. Sin embargo, esta tímida integración parlamentaria es contrarrestada por la todavía amplia violencia directa del Capital, que aún no ha sido capaz de construir mecanismos suficientemente desarrollados de *fidelización* del Trabajo o de cierta distribución de la riqueza.<sup>5</sup>

De hecho, la irreductibilidad de este último, pareja a su limitada o débil inclusión en la *ciudadanía*, tiene su corolario en la Comuna de París (1871).<sup>6</sup> La reacción contra ella hará que una vez más el Capital muestre su lado más sanguinario.

Y es que la enorme violencia estructural que significó la Primera Revolución Industrial, con el brutal desarraigo de seres humanos y los millones de muertes prematuras por sobre-explotación y condiciones límites de subsistencia, tuvo siempre el acompañamiento infaltable de una violencia política, judicial, policial y, cuando fue necesario, militar, por parte de la nueva clase dominante.

Pero aun así, a partir de 1875 la mayor parte de la población activa está ya asalariada en las economías de capitalismo más desarrollado. Lo que quiere decir que se pierde aún más la capacidad de activar la *movilidad absoluta*, o lo que es lo mismo, la posibilidad de sustituir a la fuerza de trabajo, facilitándose con ello el incremento de los salarios reales.<sup>7</sup>

---

5. Al no ser todavía un capitalismo de consumo, las formas represivas se combinan con una supraestructura de la *ética del trabajo* deudora del puritanismo, y por ende basada en el ensalzamiento del esfuerzo, la vida morigerada y la aversión al despido (apartado 1.1. del cap. 1).

6. Su insurgencia y posterior derrota, denotan un punto de inflexión en la dinámica de las luchas de clase en el capitalismo histórico, entre la época de las revoluciones populares —sin una clara dirección de las mismas y la prevalencia de la descentralización organizativa— y la que vendría marcada por la importancia del proletariado, con el desarrollo de la industrialización. En adelante, se iría imponiendo la lucha reivindicativa comandada por organizaciones explícitas de clase, más centralizadas y operativas, de las que destacaría el partido. A partir de entonces, también, la democracia republicana social hará su distingo respecto de la democracia liberal burguesa, que poco a poco había ido reuniendo junto a su bandera también a la burguesía conservadora, en orden a ir afianzando la opción reformista pero para impedir al mismo tiempo que ésta pudiera desembocar en transformaciones de corte socialista. La versión revolucionaria socialista, comenzará por ello mismo a pensarse más allá de la democracia y de la izquierda, entendidas dentro del juego electoral burgués.

7. Además, las grandes emigraciones internacionales de la fuerza de trabajo (el excedente de trabajadores de la revolución industrial) de las sociedades centrales europeas, contribuyeron en gran manera a la disminución del ejército de reserva de éstas. Frente a la ingente proletarianización de las poblaciones europeas sin a menudo contrapartida asalariada y el consecuente peligro de disrupción social, debido también a la propia competencia capitalista por el salario y a las deudas contraídas con los trabajadores, van siendo abolidas las leyes que dificultaban la movilidad de la fuerza de trabajo (Anti-Peonage Act de 1867 en EE.UU., sustitución de las *Poor Laws* en Gran Bretaña, etc.), así como las que prohibían la emigración (1825 y 1827 en Gran Bretaña, 1848 en Alemania y poco después en Escandinavia). La contrapunteada «liberalización» de la movilidad obrera permitió, asimismo, por tanto, la acumulación al otro lado del Atlántico: sobre todo, al principio, en EE.UU.

Esto fortalece el poder social de negociación del Trabajo y por ende, le proporciona mayores posibilidades de hacer valer sus reivindicaciones político-laborales. Lo que también explica su paulatina integración (a la que contribuye de forma sustantiva la *renta imperialista*, pues la mano de obra europea comenzaba a beneficiarse tímidamente de los dividendos de la colonización llevada a cabo por las potencias centrales).<sup>8</sup>

Comienzan a abrirse paso las posibilidades del *reformismo*. Poco a poco, los avances en protección social y en democratización política irán constituyéndose en mecanismos de integración o fidelización del Trabajo autóctono masculino. El higienismo y, en general, la biopolítica interventora, tienen ahora un terreno fértil en que expandirse.<sup>9</sup> Al Estadopolicía no le queda más remedio que transgredir los principios liberales para realizar los desembolsos consecuentes con ello, en pos también de unos bienes públicos preferentes (sanidad, educación, vivienda, servicios higiénicos...) que eran acompañados de cierta mayor redistribución de la renta. Interviene igualmente en los mercados así como en la formación de los precios o vigilancia de la competencia capitalista, asume gastos fiscales y

---

Como advirtiera Mandel (1986: 23), aquellos flujos migratorios (finales del XIX y principios del XX) fueron de mayores dimensiones en relación con la población mundial que los que se producirían al final del siglo XX. Así lo muestra hoy Comín (2011: 443) en su gráfico 6.9, en el que compara integración financiera y migraciones internacionales entre la globalización experimentada a caballo del siglos XIX y XX y la actual; dando resultados mayores para ambos factores en la primera.

8. Sólo cuando el Capital tiene firmemente asentada ya su hegemonía material de reproducción del conjunto de la vida social (Introducción II, 4.C.) y cuando entonces el Trabajo va dejando de ser «peligroso» porque se va integrando o fidelizando a través de la relativa mejora de su calidad de vida, y pudiendo éste acceder al voto, dado que cada vez es más proclive a interiorizar las reglas del juego dado y, en consecuencia, a no emitir un voto antisistémico, caso de que fuera posible hacerlo (de todas maneras, no hay que perder de vista que según se va consiguiendo la incorporación obrera a las instituciones representativas de la nueva sociedad, se va despojando a éstas de poder substancial—ver nota 19 del cap. 1—, incrementándose al tiempo la concentración de poder en el ejecutivo). Las pugnas entre la permisibilidad o la represión de los partidos socialdemócratas de la última parte del siglo XIX, se explican porque durante ese tiempo éstos caminaron por el límite entre la ruptura y la integración, en buena medida debido a las propias posibilidades objetivas del sistema para integrarlos o no.

Precisamente donde la *opción reformista* no acompaña suficientemente a la creciente disminución de la *movilidad absoluta* (o capacidad de sustitución de la fuerza de trabajo), o bien ésta se mantiene en el límite medio durante largo tiempo, bloqueando a aquella opción, se dan situaciones socio-políticas explosivas. Ese fue el caso de Francia desde finales del siglo XVIII hasta el último tercio del XIX. El marco para el desarrollo de la manufactura francesa fue un sistema de relaciones sociales de propiedad en las cuales la agricultura basada en la pequeña propiedad y la subsistencia o la semi-proletarización ocupó un papel importante. Limitó el crecimiento de la productividad agrícola y con ello la capacidad de acrecentar el mercado local y los excedentes para nutrir el proceso industrial (el sector manufacturero fue solamente penetrado en un modesto grado por las factorías mecanizadas—Brenner y Glick, 1991—). Además, la supervivencia de una agricultura de pequeñas parcelas frenó por un lado la emigración masiva durante la primera industrialización, dejando, por otro, una masa de población (en torno al 45 %) fuera del vínculo salarial pero lista para la *movilidad absoluta*, propiciando la continuidad del *factor de sustitución* (como «ejército de reserva») del primer salariado. Esto hace que durante un siglo se den fuertes tensiones entre despotismo y reformismo, con escaso desarrollo de este último en relación a los niveles de asalarización alcanzados. Así por ejemplo, si el salario real con base 100 en 1900, sube de 66 a 79 entre los años cincuenta a setenta del siglo XIX en Alemania, y de 57 a 74 en Inglaterra en ese mismo periodo, el índice del salario real que en Francia era de 55 en 1790, sólo sube verdaderamente en el último tercio del siglo XIX, cuando la relación salarial se generaliza (Lesourd y Gérard, 1966: 78).

Aquella tensión se dirimió a través del desgarro revolucionario. Es por eso que en ese tiempo la formación socio-estatal francesa fue un reguero de grandes convulsiones (1789, 1830, 1848, 1871).

9. Un detallado recuento del primero puede encontrarse en Salort i Vives (2012), y de la segunda en Vázquez (2009).



concede subsidios para impulsar o fortalecer unas u otras ramas productivas; mientras que de cara al exterior recurre cada vez más al proteccionismo. Poco a poco el Estado va realizando su conversión hacia un Estado-providencia, interventor, asistencialista. Se trataba de lograr y mantener una población supernumeraria adecuada.

Esto abrirá por fin una vía de estabilización del orden económico y de cierta consistencia del espacio social, que hace que entre otras muchas consecuencias, se eleve la posibilidad de que el Trabajo contribuya con su laboriosidad al aumento de la productividad (como *trabajo animado*).<sup>10</sup>

Según se va encauzando la *cuestión social*, el nacionalismo que la burguesía necesitaba para sostener su proyecto estatal, se hace factible. Las condiciones de mejora hacen que el Trabajo endogeneizado («nacional» y masculino), pueda empezar a reconocerse como parte integrante de ese Estado, que paulatinamente se quiere a sí mismo y a la población que incorpora, como una *nación*.<sup>11</sup>

Hay que decir, no obstante, que la integración del Trabajo —a diferencia de la que se obtendría en el Capitalismo Monopolista Transnacional a finales del siglo XX— no se dio de manara individual sino en buena parte a través de sus organizaciones de masas. Por lo que al mismo tiempo, el poder que adquirirían los sujetos de clase como *movimiento* frente al Capital supondrá el *factor precipitante* (ver Introducción I) para ir modificando sustancialmente a éste (diremos que le hace entrar en un proceso de negociación). Se gesta el «conservadurismo moderno», que propugna concesiones socioeconómicas y políticas al Trabajo, a cambio de que éste se convierta en un interlocutor *racional* (que acepte el orden dado de las cosas y actúe dentro de su lógica).

Las negociaciones pasan así a ocupar más espacio en detrimento de las acciones de choque. Nace la II Internacional (1889), que heredará la política de la negociación como impronta propia. Con ella comienza todo un nuevo proceso de organización del Trabajo, cada vez pivotando más en torno al proletariado. Sin embargo, la vertiente anarquista del MO se ha hecho a un lado: predica a la sazón la transformación por el ejemplo (efectismo de los golpes) y la pugna por el control en el lugar de trabajo y por la apropiación colectivizada de los medios de producción. Pero deja una seria duda sobre si su desprecio por la política con minúsculas (como campo de pugnas parlamentarias y gubernamentales) no incluye también, de alguna manera, el de la Política con mayúsculas (como campo donde se deciden las oportunidades de vida y transcurre la lucha sobre el propio devenir social), que a menudo parece ser sustituida en su ideario por el puro «contagio» a través de la acción directa.

Concomitantemente, los obstáculos a la plusvalía absoluta favorecen que para no perder competitividad internacional los capitales centrales comiencen a depender cre-

---

10. Esta expresión alude a que presenta una interiorizada tendencia a la laboriosidad y, a través de ella, su aspiración a incorporarse al consumo de comodidad y de emulación (acoplamiento del *deseo* propiciado por el ciclo de producción-consumo capitalista) [ver Díez (2001), para una buena explicación de este concepto].

Es conocida la reacción de los sectores del Trabajo más concienciados políticamente frente a esta condición, que difícilmente pueden encontrar mejor epítome que la obra de Lafargue, *El derecho a la pereza*.

11. En esta fase el órgano rector de la acumulación capitalista es ya el Estado. Será por tanto el encargado de crear la *nación*. El reto, entonces, sería cómo imbuir de sentimiento y espíritu «nacional» —ahora desde las claves de la Modernidad—, a una población que en su mayor parte carecía de ese referente ideológico-identitario (y que, recordemos, estaba fuertemente dividida en «dos naciones», esto es, en dos grandes clases —notas 18 del cap. 1 y 3 del cap. 2—).

cientemente de la plusvalía relativa. El consiguiente desarrollo de las fuerzas productivas provoca la necesidad de incrementar la formación de la fuerza de trabajo. Aumenta la diferenciación cualitativa entre ella (y en consecuencia, el distanciamiento subjetivo en su interior, la disparidad de conciencia política e identitaria). Como quiera que también aumenta el costo invertido en la fuerza de trabajo (según disminuye substancialmente su sustituibilidad), se eleva igualmente su aseguramiento (seguros de enfermedad, incapacidad, vejez, muerte..., en principio sólo para su sector cualificado —Dierckx-sens, 2003, 2011—).

El Trabajo ha entrado en su versión socialdemócrata clásica. Donde más avanzada está su institucionalización genera todo un entramado social paralelo (hasta el punto de llegar a postular la separación entre «dos mundos»: el del Capital y el del Trabajo, quedando este último pretendidamente al margen del primero, fuera de su hegemonía —Domènech, 2004—), que deposita su confianza en la caída del capitalismo por el peso de sus propias contradicciones.<sup>12</sup>

Se constituyó en Europa una «contrasociedad», un «mundo socialista», con caracteres sumamente diferenciados —en sus concepciones ideológicas, en sus estructuras organizativas o en su liderazgo, de la sociedad circundante [Pérez Ledesma, 1987: 11].

El vector más antisistémico del Trabajo se desplaza a los países periféricos de Europa (sur y este del continente) y a aquellos con mayor grado de industrialización de América (especialmente en su extremo meridional). En el Cono Sur al acabar el siglo XIX la fuerza de trabajo asalariada rondaba ya el 50 % del total; en los años veinte del siglo XX representaría dos tercios del total de la población activa.

En las *semiperiferias* europeas se produce una mucho más lenta implantación de las relaciones sociales de producción (RSP) capitalistas, acompañada de una más tardía también constitución del Trabajo como sujeto antagónico consciente (todavía es la expresión campesina del Trabajo la que protagoniza las *luchas de clase*, sin una formada conciencia de clase). Los sujetos del Capital representados por los sectores burgueses liberales, tienen que coaligarse por más tiempo con las expresiones reivindicativas del Trabajo, contra el Viejo Orden precapitalista.

En la América llamada «Latina» la expresión colonial de las RSP capitalistas ha acelerado el proceso de transformación de la base económica, pero se enraíza por el contrario, debido a su propio carácter dependiente, en relaciones políticas del Antiguo Régimen. Estas contradicciones tendrán su eclosión en forma de lucha interburguesa. Esto es, entre la burguesía periférica (liberal, autodenominada «patriota» o nacionalista, propugnadora de la forma social de organización estatal también para las tradiciona-

---

12. Para no quedarse aún más extraña a las masas obreras que le habían dado la espalda con la pujanza del «socialismo ateo», la Iglesia Católica intenta contrarrestar su pérdida de influencia en ellas a través de ciertas innovaciones (encíclica *Rerum Novarum*) y los sindicatos y partidos cristianos. Abogaba por un entendimiento entre patronos y obreros amparado en la «justicia» y la «fraternidad» humana, pero eso sí, preservando como intocable el «derecho natural a la propiedad privada», «derecho» que corría necesariamente paralelo a la prédica de la «resignación» para las grandes mayorías que se veían privadas del mismo, desposeídas de todo medio de vida propio (Domènech, 2004). Todo lo cual no fue óbice para que con el tiempo desarrollara también una vertiente política del cristianismo de izquierda (que más tarde tendría su réplica en otras religiones, aunque palmariamente contrarrestada por el papel mayoritariamente conservador que asumiría en el conjunto de las periferias las formas subordinadas de conciencia religiosa —ver p.e. nota 39 del cap. 5—).

les formaciones coloniales y la apertura de espacios de «liberalidad» capitalista), y la burguesía semiperiférica (ibérica), mayoritariamente anclada en formas de dominación precapitalistas, propias de la expansión del capital mercantil; defensora todavía, por tanto, de formas coloniales de acumulación.

La burguesía criolla contará para su proyecto liberal-capitalista con el prolongado apoyo de expresiones campesinas y de nacieses organizaciones del Trabajo asalariado. Mientras que el Trabajo en su expresión étnico-cultural (extra-explotado y oprimido en su condición de «indígena»), ha dado por el momento sus últimas luchas en pos de constituirse en un sujeto «emancipado», no capitalista; pero en cambio manifestará recurrentemente luchas concretas contra la sobreexplotación y el abuso de trato o el sometimiento vergonzante, así como por la posesión de la tierra. Se expresarán aquéllas a veces a través de milenarismos no sólo indígenas sino también campesinos (Piquerías, 2005).

El resto del mundo, con muy contadas excepciones, va siendo incorporado, a través de la colonización, al sistema estatal paneuropeo (que cuenta ya con su extrapolación norteamericana independiente: EE.UU.).

## **2.2. FASE 2. Se abre paso el Capitalismo Monopolista Privado (Segunda Revolución Industrial). Final de los años setenta hasta mediados de la última década del siglo XIX**

### *2.2.1. La dinámica de reproducción del capital*

La Segunda Revolución Industrial está basada en nuevas tecnologías (la máquina de combustión interna o motor de explosión, la radio, el telégrafo, la telefonía...), y nuevas fuentes energéticas (el petróleo y su más importante derivado, la gasolina; la electricidad, la química), de donde nacen la electromecánica y el automóvil. También implicó cambios en la organización de la producción, posibilitando la producción en masa y los productos estandarizados, así como la industria de flujo continuo (destilación, siderurgia y refinado del petróleo), basadas en las economías de escala y la velocidad de producción. La Segunda Revolución Industrial fue también el paso de la fábrica relativamente pequeña y sencilla al gigantismo industrial, que venía requerido por las nuevas energías y que se vio forzado por el paso del núcleo duro de la producción del Departamento II de la industria (de bienes de consumo) —que requiere relativamente poco capital— al Departamento I (de bienes de producción) —donde la concentración de capital requerida es mayor— (Mandel 1979: 181).

Las grandes inversiones necesarias exigieron la entrada del Estado como agente económico (más allá de la retórica liberal) y modificaron el mundo empresarial hacia las sociedades anónimas, al necesitarse la captación de capitales de muchas fuentes. Esto condujo por primera vez a una separación entre la propiedad y el control de la gran empresa, en manos de una naciente élite: los managers. Se fueron imponiendo también las empresas de múltiples unidades capaces de integrar en ellas mismas distintas fases y facetas de la producción y la distribución.

Las amplias necesidades de financiación de las nuevas industrias y la nueva organización empresarial, exigieron igualmente el crecimiento y complejización de las bolsas de valores (para negociar las acciones y obligaciones de las sociedades anónimas), así como el rápido auge de una Banca no sólo comercial sino de inversión.

Las décadas sesenta y setenta del siglo XIX habían constituido el punto culminante de la «libre competencia» (los monopolios estaban en fase germinal, embrionaria). Tras la crisis de 1873 hay un largo periodo de desarrollo de los *cárteles*, pero aún no constituyen la parte substancial de la economía. No es sino a partir de los últimos años del siglo XIX y de la crisis inicio-secular de 1900-1903, que los monopolios se convierten en la base más importante de toda la vida económica. Convienen entre sí las condiciones de venta, los plazos de pago, el reparto de mercados, fijan la cantidad de productos a fabricar, acuerdan los precios, se distribuyen ganancias, etc.

Esta fase está caracterizada por el crecimiento de la forma de propiedad corporativa,<sup>13</sup> el incremento de la concentración y centralización en la industria para poder asumir los costos de instalación y producción de la Segunda Revolución Industrial, y la emergencia de esferas previamente separadas de la actividad del capital convertidas ahora en capital financiero bajo el control de los bancos (McDonough, 1995: 349). La concentración de las industrias tendía, además, a mitigar los efectos negativos de la competencia (más cuanto mayor su tamaño); la diversificación de negocios por parte de bancos e industrias diluía también el riesgo; la concentración bancaria procuraba una posición en la cual confinar más fácilmente los movimientos especulativos. La habilidad de los *cárteles* para mantener precios les va a procurar una gran ventaja en la competencia con las industrias no cartelizadas.

---

13. Esta periodización y su explicación pormenorizada ya estuvo elaborada por Volgelstein y recogida por Lenin (1980).

Por las condiciones históricas que había tejido el domino económico-militar de Inglaterra, unidas al periodo de crisis en el que emerge su poderío económico, las dos nuevas potencias que surgirían bajo el declive inglés no podían basarse, sin embargo, en el libre cambio (dada la ventaja estructural de Gran Bretaña en este campo), sino en formas corporativistas-proteccionistas, esto es, en un capitalismo corporativista de Estado, que buscaba su propia expansión territorial bajo una planificación capitalista centralizada. En el caso de Alemania, pequeñas y medianas empresas subordinadas a una economía autoritaria controlada por un grupo estrechamente relacionado de financieros e industriales, que actuaban engarzados en el Estado mediante burocracias de gestores cada vez más amplias y complejas (Arrighi, 1999). Combinaciones horizontales para restringir la competencia, con la dominación creciente de un pequeño grupo de instituciones financieras privadas, que habían crecido gracias a la inversión en las compañías ferroviarias y en las empresas industriales relacionadas con las mismas.

Por su parte, Estados Unidos había comenzado compaginando integración horizontal corporativa con integración vertical monopólica. Al final, sin embargo, la principal fuerza que animó la centralización de capital fue la integración vertical. Se abandonaron las combinaciones horizontales ineficaces, carentes de popularidad y finalmente ilegales (leyes anti-trust), y en una rama tras otra de la economía doméstica estadounidense las empresas más competitivas optaron por integrar dentro de sus dominios organizativos los subproductos subsecuentes de producción e intercambio. Todos los flujos de *inputs/outputs* se hallaban internalizados en una única empresa y sometidos a una sola acción administrativa y a la planificación corporativa a largo plazo (Arrighi, 1999: 344).

Ambos tipos de capitalismo corporativo se desarrollaron como reacción a la competencia excesiva y a las perturbaciones que resultaban del proceso de formación del mercado mundial centrado alrededor del Reino Unido. La variante alemana 'suspendió' el proceso, mientras que la estadounidense lo 'sustituyó' por un nuevo sistema que había reemplazado al mercado en gran medida por una regulación corporativa de las transacciones mundiales. Enseguida Japón emprendería su propio y original modelo de acumulación corporativista (una excelente descripción del mismo en Brenner, 2009).

En unos y otros casos la interpenetración del Estado, la Banca y los *cárteles* fueron fundamentales para el surgimiento de los grandes emporios industriales con base en las industrias claves de la Segunda Revolución Industrial: la química orgánica, la electricidad y el acero. En Alemania eso significó la consolidación de la Bayer, Basch y Hoechst para el primer caso, la Siemens y AEG, para el segundo, y la Krupp y Thyssen, en el tercero. Todas esas macro-empresas contribuirían más tarde a instaurar el nazismo para hacer frente al ascenso de las fuerzas del Trabajo.

Un factor que contribuye también decisivamente a ese proceso de monopolización es el hecho de que con el agotamiento de la fase expansiva de 1850-1873, el *modo de regulación competitivo* ya no era conveniente ni eficaz para enfrentar un Trabajo cada vez más organizado y cohesionado en sus reivindicaciones, que entre otras cosas impedía la drástica reducción en el índice del salario real para favorecer el restablecimiento de la tasa de explotación, la cual no contrarrestaba ya la caída de precios. O dicho de otra forma, la tasa de salario se había vuelto muy poco flexible a la baja, impidiendo la regulación de la tasa de ganancia a través suyo.<sup>14</sup>

De manera que en las formaciones sociales centrales el Capital responderá al fortalecimiento del Trabajo agilizando su capacidad para organizarse como clase, coordinándose a través de sus propias organizaciones, con las que en adelante desafiará y combatiría al Trabajo organizado con todo tipo de medidas. Responderá además, igualmente, con su proceso de monopolización, movimiento orientado a restringir la competencia a través de la obtención de reglas que permiten establecer protecciones y privilegios mediante acuerdos entre capitalistas sobre precios o volúmenes de producción, y mediante la concentración industrial en sentido estricto.<sup>15</sup> Eso quiere decir que las *luchas de clase* dándose cada vez más como *lucha de clases*, tienen mucho que ver con el agotamiento del capitalismo competitivo y la formación del capitalismo monopolista, y no sólo los factores «objetivos» aludidos y las economías de escala (Dockes y Rosier, 1983). A ello contribuyó que la crisis dejara fuera de la competencia a las empresas menos preparadas para el salto. Mientras que los nuevos monopolios van a acaparar la mayor parte de la renta extraída de la masa de plusvalía.

---

14. Mientras que el índice general de precios caía drásticamente (hasta 82 puntos en EE.UU. entre 1860 y 1890), los salarios reales aumentaron para un periodo similar en torno al 20 %. Lo cual no debe hacer olvidar que si bien con la aceleración de la productividad los salarios reales subieron en las tres últimas décadas del siglo, no lo hicieron tanto como para equilibrar la enorme desigualdad en la distribución de la riqueza que había ido dándose en favor de los propietarios de tierra y capital. Así, si para 1823 el 10 % más rico de la población británica tenía el 47,5 % de la renta nacional, en 1871 esa acaparación había ascendido al 62,3 % (datos en Arenas, 2003: 71 y 77).

15. Las formas de concentración del capital fueron muy variadas. Siguiendo a Salort i Vives (2012: 136-140) las podemos dividir fundamentalmente en dos grandes tipos: la competencia por el precio y la competencia por el producto.

La competencia por el precio puede subdividirse, a su vez, en dos grandes modalidades: de tipo defensivo y de tipo ofensivo. Las concentraciones de tipo defensivo fueron la *combinación horizontal* (alianza de empresas de un mismo sector para limitar la producción, mantener o incluso fijar precios y dificultar la entrada de nuevos competidores); el *cartel* (acuerdo entre grandes empresas para fijar precios); el *consorcio* (tipo de cartel corporativo que repartía beneficios); la *integración vertical* (agrupación en una misma gran empresa o grupo de empresas de actividades relacionadas verticalmente); y la *integración horizontal* (fusión entre empresas o absorción de unas por otras), que tuvo en el «holding», que implicaba centralización administrativa, una de sus expresiones más destacadas (a menudo se empleó el término de «trust» como derivado suyo). Las concentraciones de carácter ofensivo radicaban la estrategia empresarial en la expansión hacia nuevos países y en la diversificación hacia nuevos productos y procesos productivos. Procesos que terminarían mostrándose más exitosos que otras formas de concentración.

Por su parte, la competencia por el producto consistió en la eliminación en lo posible de los intermediarios, la utilización a gran escala de las nuevas técnicas de mercadotecnia e investigación de mercados, así como por primera vez de la publicidad masiva, lo que hizo que los medios de publicidad se convirtieran a su vez en grandes empresas (hasta ese momento hacer publicidad de un producto era prácticamente una deshonra, pues en un mercado que se decía perfectamente competitivo, toda la información sobre una determinada mercancía se suponía incluida en el precio). Igualmente, se comenzó a conceder crédito a los consumidores. Todo ello obligó, lógicamente, a acentuar la concentración empresarial.

Toda esa concentración de la gran empresa capitalista se dio a la par que la creciente integración del mercado internacional. La empresa transnacional sería la máxima expresión de la unión del capital concentrado y el capital internacionalizado. El *súmmum* del gigantismo empresarial, en busca ya no sólo de la concentración sino también de la centralización del capital.<sup>16</sup>

Se estaba llegando al agotamiento del «capitalismo puro», y con él al declive de la hegemonía de la doctrina liberal clásica (paulatinamente sustituida, en economía, por la neoclásica). Era el fin de la quimera de los «mercados libres» (la misma que se había empeñado en ignorar, precisamente, que la eliminación de éstos fue la carta de nacimiento del capitalismo). Su impronta ideológica, en cambio, sobreviviría.

La reacción empresarial frente al ascenso de salarios, en forma de despidos y reformas estructurales, ocasionó la fuerte contestación social de las dos últimas décadas del siglo. El Estado tuvo como misión la represión de esa contestación, pero finalmente se vio forzado a refundarse sobre nuevas bases. En adelante el «nuevo liberalismo», neomercantilista, estaría obligado a reconocer aunque a regañadientes y siempre con la versión más autoritaria y represiva lista para ser ejercida, los intereses del Trabajo. También a procurar ciertos dispositivos para su inclusión y participación.

Por otra parte, a partir de los años setenta el desarrollo de las fuerzas productivas, el freno interno a la progresión de la tasa media de ganancia y la propia concentración empresarial, hicieron que el capital se encontrara constreñido dentro de las barreras estatales, por lo que las desbordó en busca del mercado internacional en una oleada masiva de inversiones en infraestructuras, comercio e inversión especulativa, en soluciones espaciales que obligaron a recomponer las viejas formas coloniales en una lógica específicamente capitalista, constituyendo la primera expansión globalizadora del capitalismo. Más de la mitad de las exportaciones de capital fueron destinadas a la explotación de los recursos naturales. El segundo lugar lo ocupaban las inversiones en infraestructura y el tercero las industrias fabriles (Salort i Vives, 2012: 140).

Sin embargo, todo ello trajo consecuencias paradójicas:

Al introducirse en la economía mundial los enormes recursos agrícolas de las regiones de reciente colonización europea, la mayor parte de Europa Occidental se negó a aceptar los nuevos cambios de estructura económica que exigía la bajada de los precios mundiales de los alimentos. Los intereses industriales también reaccionaron a la reducción de los precios exigiendo protección arancelaria y formando cárteles para limitar la producción con el fin de mantener los precios. La subida de los aranceles provocó represalias, y las guerras arancelarias consiguientes redujeron temporalmente el comercio [Foremán-Peck, 1995: 147].

Así pues el proceso globalizador capitalista fue acompañado, paradójicamente, de una oleada de proteccionismo que inauguraba una época neomercantilista.

---

16. Como es sabido, la competencia capitalista dejada a su libre evolución, termina matando a la competencia (como ya precursoramente había formulado el activista francés Louis Blanc), por la tendencia creciente a la concentración y centralización del capital. Los Estados en donde el desarrollo capitalista había experimentado ese acelerón de la concentración, empezando por EE.UU., tuvieron que promulgar enseguida leyes anti-trust (por más débiles y poco eficaces que fueran), que luego se repetirían en distintos momentos del capitalismo histórico.

### 2.2.2. La dinámica Capital/Trabajo

Los macroprocesos descritos se irían entrelazando en el tiempo con el desarrollo de una notable iniciativa empresarial destinada a terminar de debilitar el conocimiento y el control obreros sobre los procesos y tiempos de producción. Se conoció como la *organización científica del trabajo*. Ligada desde el principio a la figura del ingeniero Frederick W. Taylor.

El taylorismo supuso la

sustracción del control y el tiempo obreros

Con lo que también los tiempos de producción pasan, por fin, a manos del Capital.

Doblegar al obrero de oficio, «liberar» al proceso de trabajo del poder que éste ejerce sobre él para instaurar en su lugar la ley y la norma patronales, tal será la contribución histórica del taylorismo [Coriat, 1989: 24].

Nació así el autoproclamado «capitalismo científico», que proporcionaba el eslabón objetivo para sustituir el despotismo por la racionalidad burocrática en todos los órdenes (o, visto de otra manera, para establecer la racionalidad burocrática como nuevo despotismo).

A través del estudio de los tiempos y los movimientos, se descompone el saber obrero, «desmenuzándolo» en gestos elementales. En conjunto, las condiciones de una acumulación del capital a gran escala tuvieron su arranque en la lucha contra el oficio del obrero. Por ello se extrema la división social del trabajo consistente en la separación de los trabajos de concepción o planificación y los de ejecución.

Esto significa la posibilidad de que entren masivamente en la producción trabajadores descalificados, mientras que se expulsa de la fábrica no sólo al obrero de oficio sino también al sindicado u organizado. Es la primera gran derrota sindical, y especialmente de la que se había convertido en una suerte de «aristocracia obrera». Supuso, en definitiva, una enorme transferencia de poder al Capital.

Pero con el aumento del tiempo real de trabajo y de la productividad, también pudo darse una elevación del salario real. Cerrándose así el círculo para golpear la combatividad del Trabajo, a la par que se conseguía la apertura de vías para su integración.<sup>17</sup>

17. Las oscilaciones del salario siempre estuvieron en función de la mayor o menor reserva de fuerza de trabajo. El salario de fidelización y atracción de esa fuerza de trabajo fue una tardía y muy parcial contrapartida al *salario insuficiente* (ver nota 5 del cap. 1). El Capital intentó soslayar en parte el salario con la introducción de la máquina, o incluso de volverlo contra sí mismo a través del trabajo a destajo (y de paso utilizar al obrero de oficio en la vigilancia de los demás). Hasta que por fin, con el «capitalismo científico» es empleado de forma mucho más sutil, para la fidelización (con condiciones) del Trabajo (ver nota 4 del cap. 3).

Sin embargo, con la irrupción de este último creció también la obsesión por saber exactamente cuánto del tiempo de trabajo comprado al trabajador era realmente trabajo, y por tanto ajustar los salarios en función de criterios de medición del tiempo comprado cada vez más estrictos. Asimismo, se pretendió calcular al máximo, a partir del mayor conocimiento del precio de las subsistencias, así como de los hábitos de consumo obreros, los salarios. Se establecieron también jerarquías laborales y salariales al interior de la empresa (formación, rendimiento, obediencia, antigüedad...), por encima de las jerarquías tradicionales marcadas por los oficios cualificados. No obstante, a la postre en las grandes empresas terminó prevaleciendo la tendencia hacia los «salarios de eficiencia», que vinculan el salario de cada trabajador a su productividad (ver para estos temas, Arenas, 2003).

Con las nuevas tecnologías ahorradoras de mano de obra y tendentes a orientar hacia otro tipo de formaciones de capital a la fuerza de trabajo, también una buena parte de las mujeres fueron quedando apartadas del mercado laboral. La división sexual del trabajo y las relaciones patriarcales cobraban así nuevo impulso. Efectivamente, con el decline de la participación femenina en la fuerza de trabajo asalariada, el papel del varón adulto como único sostén de la familia (en la que en adelante se llamaría *male breadwinner family*) se consagraba.<sup>18</sup>

Al mismo tiempo, las grandes concentraciones empresariales y las empresas transnacionales iniciaron un proceso de segmentación de mercados, tanto de consumo —para distintos tipos de consumidores— como de producción.<sup>19</sup>

Amén de esto, el Capital buscaría nuevas líneas de producción (desplazamiento productivo) en las que obtener mejores ganancias a través de una nueva tecnología y plusvalía relativa, así como la consiguiente desorganización del Trabajo, redundando, por tanto, en su debilitamiento. De la industria caracterizadora del siglo XIX, la textil, se desplazaría a la automovilística, que sería la prototípica del siglo XX (Silver, 2005).<sup>20</sup>

Por otra parte, según las posibilidades de forzar la *movilidad absoluta* de la población se iban agotando, se incrementaba por contra la tendencia del capital a efectuar distintos tipos de desplazamientos, esto es, a valerse de la *movilidad circulante* o *relativa* del Trabajo.

Así pues, el nuevo ciclo de expansión que se inicia a través de las industrias química y eléctrica, y que se extiende hacia las formaciones sociales periféricas, se hará monopolísticamente y activando cada vez más formas de *movilidad relativa*.

---

18. Así, si en Gran Bretaña la cuota del varón adulto en la economía familiar era del 55 % en 1840, pasaría al 81 % en 1865 (Arenas, 2003: 34). Comenzaba a afianzarse la supraestructura ideológica del «hogar feliz burgués», en el que las mujeres quedarían recluidas bajo la función de «amas de casa», con todas las tareas anejas a tal condición.

19. «La organización monopolista del capitalismo, el nacimiento de los trust y cártels, llevó empujada la segmentación de los mercados laborales» (Reich, Gordon y Edwards, 1973).

Se trata de un segmento primario, con contratos sometidos a regulación social, relativa seguridad en el empleo, condiciones salariales acordadas y ciertos (según el momento) derechos laborales asociados. Frente a este sector privilegiado del Trabajo, el Capital siempre cuenta con una fuerza de trabajo exógena o exogeneizada, que integra en buena parte el segmento secundario, con condiciones de alta inseguridad e inestabilidad laboral y precariedad en las condiciones salariales y laborales (mujeres, jóvenes, migrantes internos —nueva población proletarizada—, y también cuando se requerían migrantes, externos o alóctonos).

20. Tomo como referencia para intentar complementarla, la tesis de esta autora, cual es que una línea de producción tiene su fase de innovación o lanzamiento, la cual reporta auge de ganancias y desestructuración obrera, hasta que primero la fuerza de trabajo se recompone y/o reorganiza frente a esta nueva línea (que a menudo estuvo acompañada de nuevos procesos tecnológico-organizativos), haciendo disminuir la tasa de plusvalía en su fase de madurez; hasta que posteriormente la propia competencia capitalista hace descender la tasa media de ganancia, al estandarizarse esta nueva línea entre las empresas.

La resistencia del Trabajo y la competencia intercapitalista motivan que a partir de la fase de madurez y sobre todo en la de estandarización, se busque el desplazamiento espacial, hacia otros lugares donde no se haya desarrollado esta línea de producción y donde el Trabajo no tenga tan alto poder social de negociación, favoreciendo las posibilidades de que allí se rentabilice mejor la inversión. Proceso que al irse también agotando dará paso a la opción de sustitución de esta línea de producción por una nueva, que vuelva a reactivar la plusvalía relativa y a potenciar mediante la *movilidad circulante* la desorganización del Trabajo. O, precisamente, a aprovecharse de este tipo de movilidad antes de que el Trabajo se organice.



## Capítulo 3

# Capitalismo Monopolista Corporativo (CMC): confluencia de los capitales monopólicos privados y el Estado. Tercer modelo de acumulación-regulación

El marxismo ha de ser extirpado de cuajo. La juventud y el pueblo todo han de ser convencidos de que sólo la lucha los puede salvar y de que, frente a esa idea, todo ha de pasar a segundo plano... Adiestramiento de la juventud y reforzamiento de la voluntad de lucha con todos los medios. [...] Dirección severísima y autoritaria del Estado. Extirpación del cáncer de la democracia... Posible obtención de nuevas posibilidades de exportación y, aún mejor, conquista de nuevos espacios vitales en Oriente y germanización sin consideraciones...

Programa político de Hitler expuesto a los jefes del ejército, el 3 de febrero de 1933, pocos días después de ser nombrado canciller del Reich. En Kuhn, 1982: 206.

Tenemos que matar, matar y matar, ¿sabe usted? Son como animales, ¿sabe?, y no cabe esperar que se libren del virus del bolchevismo. Al fin y al cabo ratas y piojos portadores de la peste. Ahora espero que comprenda usted qué es lo que entendemos por regeneración de España [...] nuestro programa consiste [...] en exterminar un tercio de la población masculina de España. Con eso se limpiaría el país y nos desharíamos del proletariado.

GONZALO DE AGUILERA, oficial franquista encargado de las relaciones con la prensa extranjera. Declaraciones al periodista norteamericano John Whitaker sobre los propósitos del régimen franquista en caso de ganar la guerra. En Domènech, 2004: 450.

El tercer modelo de crecimiento capitalista se extiende desde mediados de la última década del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, y combina los modos extensivo e intensivo de acumulación, pero sin consumo de masas. Se generalizan los motores de combustión interna y eléctricos, igual que lo hace la utilización del petróleo.

También se generaliza la «racionalidad» del trabajo de cara a un mayor rendimiento de la mano de obra (taylorismo) a la par que se desarrolla la producción en cadena (fordismo). Igualmente se expande la revolución en la gestión de la empresa capitalista, consumándose la separación entre la propiedad y la administración de la misma.

El capitalismo histórico entra en su fase monopolista, cada vez más incardinado en el Estado, en el que aún prevalece su expresión autoritaria, si bien va a comenzar tímidas aperturas hacia un Estado más intervencionista, al que más tarde se denominaría Estado-providencia (que irá sustituyendo al «Estado puro liberal») o Estado encargado sólo de la policía de la sociedad). Este Estado renovado se hace el principal agente económico del capital, incluso fuera de sus fronteras. Se completa el dominio imperialista del mundo y con él el sistema paneuropeo internacional deviene en Sistema Mundial capitalista. La monopolización del capital coincide con su fase financiera. Los pequeños negocios e industrias son subordinados al gran capital, compartiendo con él, sin embargo, su oposición al Trabajo. El capital concentrado y el Estado fuerte que le acompaña, serán la mejor ofensiva de clase.

De puertas adentro la incipiente y modesta *opción reformista* favorece los parlamentos democráticos frente a los designados. La pequeña extensión de las protecciones y del consumo a los «nacionales» y la trama de identidad que ello suscita, se muestran como parciales pero relativamente efectivos mecanismos de integración del Trabajo.

No obstante, a mitad del ciclo la crisis capitalista genera una nueva ola insurgente del Trabajo, que desemboca en el más importante intento de ruptura con la ley de valor del capital dado hasta hoy: la Revolución Soviética. El Capital le responderá con todas sus fuerzas. En adelante, la agudización de la represión y la militarización serán su principal expresión regulativa.

Así, el capitalismo monopolista corporativo, de Estado, asumirá sus expresiones más violentas y terroristas contra el Trabajo. Pero las hará servir también como arma de la competencia que mantiene entre sí: el pistoleroismo, el fascismo y la guerra.

### 3.1. La dinámica de reproducción del capital y la dinámica interestatal

La explotación y expansión coloniales se incrementan mediante la exportación de capitales, una vez que, gracias a la previa inversión en los transportes, ya sí se estaba en condiciones de implantar la base industrial de bienes de equipo (la producción de máquinas) en los países periféricos. Implantación del capital de las metrópolis que absorbería los recursos locales potencialmente disponibles para la acumulación de capital propia, dando como resultado la apropiación del plusproducto social local por parte del capital extranjero, circunstancia que abortaría el desarrollo de las colonias, estableciendo para ellas unos crónicos vínculos de dependencia.

Los recursos que aun así quedaban disponibles en las periferias capitalistas se fueron concentrando en los sectores de exportación de materias primas, en los de servicios agenciales para las empresas capitalistas extranjeras, del tipo especulativo con las tierras, erección de bienes raíces o usura. Igualmente se posibilitaron las empresas de alguna suerte de servicios propiedad de las pequeñas burguesías locales o «lumpen-burguesías» (casinos, cierto turismo rentable, negocios más o menos gansteriles, etc.) (Mandel, 1979). Es decir todo eso que acentuaba el *desarrollo desigual* entre formaciones sociales y que Gunder Frank llamó «desarrollo del subdesarrollo».

En las principales potencias capitalistas poco a poco los monopolios privados van entrando en relación corporativa con el Estado, que se hace su principal agente económico, para lanzarse juntos a una nueva expansión mundial que pasa por la anexión directa de territorios (con sus seres humanos y recursos).

Esa expansión la realizan los monopolios en encarnizada competencia entre sí, arrastrando a sus Estados en ella. Es la fase de imperialismo puro.

Lo que cambió entre el capitalismo de libre comercio y el imperialismo clásico fue la articulación específica de las relaciones de producción e intercambio entre los países me-

tropolitanos y las naciones subdesarrolladas. El dominio del capital extranjero sobre la acumulación local de capital [...] sujetó en esta etapa el desarrollo económico local a los intereses de la burguesía de los países metropolitanos [Mandel, 1979: 56-57].

La fase imperialista clásica está caracterizada por la exportación de capitales con miras a su revalorización en los territorios coloniales (sin que ello haga olvidar que la mayor parte de la inversión externa de capital se produce entre economías europeas). También viene definida por la lucha entre monopolios estatales por la apropiación de recursos y fuerza de trabajo, esto es, por el dominio mundial. Procesos que, consecuentemente, irán unidos al armamentismo y su derivado, el crecimiento exponencial de los gastos improductivos.

Las potencias que, como Alemania o Italia (Japón en el otro extremo del mundo), carecían de un pasado colonial, van alimentando en su interior un nacionalismo extremo acorde con su perentoria necesidad de expansión territorial a marchas forzadas. Este nacionalismo «corporativo» de la gran empresa, trasladado a la organización de la vida política, terminaría derivando bajo circunstancias económicas, sociales y políticas propicias, en *fascismo*. Esta será la expresión extrema del Capital en su guerra de clase contra el Trabajo. Busca alcanzar el máximo grado de disciplinamiento de éste. Pero no sólo, también persigue el sometimiento de la propia competencia intercapitalista, en provecho de las grandes firmas vinculadas al sostenimiento directo del Estado fascista (ver nota 13 del cap. 2).

África, Asia Occidental y Oriental (incluida China) quedan incorporadas a grandes bloques imperiales coloniales, o bien quedan reducidas a esferas de influencia semicoloniales. Hay un crecimiento cualitativo de la exportación de capital a los países periféricos o de capitalismo dependiente, al tiempo que las técnicas capitalistas de producción consiguen una bajada de los precios relativos de las materias primas. Con ello se ralentiza la velocidad de crecimiento de la composición orgánica del capital. A esto se le suma el logro del incremento de la tasa de plusvalor gracias a una nueva revolución tecnológica, la de la electricidad, y a la sistematización de la aplicación científica en los procesos de producción con vistas a incrementar la productividad y reducir los tiempos muertos.

Todo lo cual está en la base de la recuperación de la tasa media de ganancia, que lanzará una nueva onda expansiva del capitalismo (a partir de comienzos de los años noventa del siglo XIX —hasta la debacle bélica de los años diez del siglo XX—). Onda expansiva que resultará a la postre sumamente inestable según se acrecienta la dimensión mundial y mundializadora del capital.

La nueva ideología abandona el liberalismo, en busca de la «organización» en lugar de la «libertad» del capital individual. Tal como describió Hilferding, el capital monopolista requiere y demanda un Estado fuerte, para proteger sus intereses dentro y fuera de sus fronteras, dado que cada vez más la persecución del interés «nacional» se va a dar en la arena interestatal. De ahí la creciente utilización de medios económicos, políticos y militares para esa pugna propia del imperialismo clásico.

Congruente con él, el nacionalismo deviene el derecho del propio Estado de dominar a los otros.

Desde que la sujeción de las naciones extranjeras tiene lugar por la fuerza —esto es, de una perfectamente natural manera—, se antoja a ojos de la nación dominadora que esta dominación es debida a ciertas especiales cualidades naturales, en breve, a sus propias características raciales. Así emerge el nacionalismo como ideología racista... [Hilferding, 1980: 335. Traducción propia].

Por eso mismo, paradójicamente, el comercio entre formaciones socio-estatales comienza a entorpecerse a través de una compleja red de aranceles y tarifas. La expansión (globalizadora) capitalista se contrae. Es el auge del proteccionismo, que marca la impronta del neomercantilismo propio de la última parte del siglo XIX y primera del XX.

El Capital (empresarios, banqueros y grandes terratenientes), sin embargo, encuentra formas de articularse frente al Trabajo.<sup>1</sup> Realiza una reorganización de la empresa capitalista a través de la «revolución organizacional» o managerial y la descomposición de la propiedad en sociedades anónimas. Se desarrolla la gran empresa gerencial, con su estructura multidivisional y su estrategia de diversificación, para enfrentar tanto los rápidos cambios tecnológicos del momento como la encarnizada competencia interna y externa. Lo hará también a través de la investigación y las técnicas de mercados, así como, cada vez más, de la *planificación*.

Con ello se consolida también el nuevo estrato intermedio entre el Capital y el Trabajo, el de los managers asalariados y los empleados técnicos en la industria y en el comercio, que quedará políticamente alineado con el gran capital y su expansión imperialista.

El capital monopolista se identifica, así, con cambios en la estructura de clases, en el carácter de las alianzas y en el balance de las fuerzas de cada clase.

Este ciclo va unido al paulatino predominio de la plusvalía relativa sobre la absoluta en las formaciones centrales, y a la crisis generalizada que la producción en masa causaría en el resto de procesos industriales no preparados para ella, propiciando enormes bolsas de destrucción industrial, de capital obsoleto.<sup>2</sup>

La pugna por la repartición del mundo entre los grandes monopolios estatales convoca, como se dijo, un acelerado incremento del armamentismo, esto es, de los gastos improductivos, con consecuentes descensos de capital fijo y por tanto de medios de consumo.

Además,

[...] el alza significativa de la composición orgánica del capital como resultado de la electrificación generalizada produjo una tendencia descendente de la tasa de ganancia que sólo hubiera podido ser neutralizada por un correspondiente aumento significativo de la tasa de plusvalía [Mandel 1979: 185].

Esto último, sin embargo, fue impedido por la recuperación combativa del Trabajo tras la Revolución Soviética.

---

1. El rápido auge de las organizaciones empresariales conllevaría un drástico cambio en el balance de poder entre el Capital y el Trabajo. Como señalara Hilferding (1980), los empleadores estarán en adelante arropados por organizaciones y formas de empresa monopólica que pueden atraer capital adicional y acumular reservas, compensar pérdidas, contrarrestar subidas de salarios mediante el alza de precios, relativizar enormemente las pérdidas por huelgas, impedir que los huelguistas encuentren otros empleos, etc. El Capital se incardina aún más con un Estado fuerte capaz de proteger su posición monopólica en casa y de seguir una política agresiva en el exterior, dejando que en adelante el nacionalismo racista sea la versión prevaleciente de su «liberalismo».

Sobre las profundas consecuencias de esta vía de construcción nacional, cabe consultar la obra clásica de Balibar y Wallerstein (1991).

2. Esto fue lo que impidió que el predominio de la plusvalía relativa consiguiera una satisfactoria integración de la clase obrera, la cual en su segmento endógeno iba siendo convertida poco a poco en un «actor racional», corresponsable del orden social. La crisis de acumulación capitalista frenó ese proceso, pero las primeras condiciones objetivas para la integración a través del empleo estaban ya dadas.

Por eso finalmente todo ello provoca una dispar ralentización económica en buena parte de las economías centrales, que experimentan, no obstante, un breve repunte entre 1924-1929, unido a la financiarización económica sostenida desde la última década del siglo XIX.

Hasta que precisamente el creciente desajuste entre economía ficticia y real se hace insostenible.

Así, la caída de las ganancias de la «nueva economía» de la época, la de bienes de consumo duraderos, subyace al crac bursátil de 1929, cuyas consecuencias se arrastrarían durante toda la década de los treinta, dando pie a la que para muchos ha sido la mayor Depresión capitalista hasta el momento.

Por su parte, la competencia interimperialista genera una inestabilidad de unos 30 años (1914 a 1945) por la primacía en el (nuevo) sistema paneuropeo que se había hecho ya mundial y el consecuente dominio de la centralización del capital. De paso también, las dramáticas conflagraciones interimperialistas patentizan que el nacionalismo había ganado la partida al socialismo internacionalista en la conciencia de las poblaciones de las formaciones centrales, por más que tal prelación pareciera querer revertir en parte en el periodo de entreguerras, tras la Revolución Soviética.

Después del gran colapso financiero de 1929 se acentúa el declive de la globalización capitalista replegándose las economías sobre sí mismas dentro de los límites de los Estados, prevaleciendo por doquier las políticas proteccionistas-arancelarias, pero también la planificación económica (a imagen de la emprendida en la URSS). En 1931 se suprime la convertibilidad en oro de la libra esterlina, acabando con la red independiente de transacciones comerciales y financieras de alcance mundial sobre las que reposaba la hegemonía de la City londinense.

### 3.2. La dinámica Capital/Trabajo

La Segunda Internacional fue adaptándose a las transformaciones objetivas que se habían producido en el capitalismo de finales de siglo (generalización del sufragio, reconocimiento de la libertad de asociación, desarrollo de los sistemas parlamentarios), con el consiguiente desplazamiento del conflicto frontal, de base, a la arena política institucional y la primacía de la negociación y concertación. Paulatinamente se impone la apuesta por las reformas progresivas y la solución de los problemas cotidianos, inmediatos, de la clase trabajadora. Se establecía así un nuevo marco para la conformación de unas «Relaciones Laborales» presididas por la consigna de «Paz en la industria».

El taylorismo u organización científica del trabajo, va a encontrar un complemento y una oportunidad inmejorable de ponerse en práctica, a través de la industria automovilística. Con la cadena de montaje inaugurada por Henry Ford, se llega al control absoluto sobre los tiempos y movimientos, y la fijación autoritaria de la cadencia y del ritmo del trabajo, subdividiendo al máximo su ejecución, reduciendo a la nada la destreza del trabajador, intensificando la extracción de la plusvalía relativa. La máquina se hace ahora la propia vigilante del obrero.

Eso quiere decir que la necesidad de cualificación obrera se reduce al máximo.<sup>3</sup> Los trabajadores descualificados («obreros de máquinas», como ya se les llamaba para ex-

3. El 43 % de las distintas categorías de obreros de Ford requieren un tiempo de formación de... ¡menos de un día! Otro 36 % está en la franja de formación de entre un día y una semana (en Coriat, 1993: 45).

presar su falta de especialización) sustituyen a los de oficio. Con ello, las mujeres son así también momentáneamente reincorporadas a la industria.

Cambia, entonces, la composición «técnica» de la clase obrera (y con ella también sus posibilidades de expresión política). Se da paso a un nuevo modo de consumo productivo de la fuerza de trabajo y de las condiciones generales de extracción del plustrabajo. El obrero profesional es crecientemente sustituido por el obrero-masa.

Todo ello va de la mano de la producción en serie de mercancías estandarizadas y, por tanto, con menos valor en trabajo necesario. El consecuente abaratamiento de productos y la ya iniciada elevación de salarios (el sistema de «Five dollars day»), generó un difuso «Welfare privado» que terminó de integrar a buena parte del Trabajo masculino endógeno o endogeneizado, a costa de su organización sindicada y de las redes sociales y familiares de apoyo. Pues de lo que se trataba era de suplir unas y otras a través del *salario condicionado*,<sup>4</sup> dejando cada vez más a los seres humanos exclusivamente dependientes de esa relación salarial.<sup>5</sup>

Se construían, por tanto, como se ha dicho, las *relaciones laborales* o *relaciones industriales* (que en adelante se convertirían en una disciplina académica). Ello significaba que la ocupación laboral o el trabajo dependiente para terceros van dejando de ser un puro intercambio mercantil entre empresario y trabajador; para empezar a estar sujetos a normas regulativas de carácter cada vez más general.<sup>6</sup>

Sin embargo, la crisis de acumulación capitalista generaría un amplio deterioro de las todavía débiles condiciones de integración de la fuerza de trabajo, que sufrirán un duro revés. Si tenemos en cuenta que, además, tras la Revolución Soviética se produce una recomposición revolucionaria de las vanguardias del MO, que tiene una de sus más des-

---

4. El sistema de «Five dollars day» (hasta ese momento el salario medio era de 2,3 dólares al día), perfeccionó el papel del salario capitalista. A través del mismo se buscaba controlar las condiciones de existencia del Trabajo, pues para empezar no todos los trabajadores podían beneficiarse de él: quedaban excluidos aquellos que no tenían al menos 6 meses de antigüedad, los menores de 21 años y, por supuesto, las mujeres (ver Coriat, 1993). Además, era necesaria una «moral intachable» y la colaboración con todo un equipo de sociólogos, psicólogos y psicotécnicos, inspectores y controladores «cuya misión era vigilar el comportamiento de los obreros contratados, incluso fuera de la fábrica, la limpieza, la prohibición del juego, el tabaco, el alcohol e ir a bares a menudo. En definitiva, se trataba también de controlar la forma en que se gastaba el sueldo. En el caso de que el trabajador hubiera caído en «debilidades» se le rebajaba el sueldo, y si reincidía, se le expulsaba definitivamente de la fábrica» (Salort i Vives, 2012: 151).

A cambio, se ofrecía la posibilidad de la elevación del nivel de vida, a partir del (mayor) salario y la así estrenada capacidad de consumo (nota 17 del cap. 2).

5. Más tarde, en la segunda mitad del siglo XX, con la elevación de los salarios reales, esa dependencia llegaría a ser entendida al revés, como «libertad», y por tanto como elemento central de una pretendida autosuficiencia de los seres humanos asalariados.

6. La progresiva integración del Trabajo mediante las reformas sociales y el salario, habían ido diluyendo la conciencia de las «dos naciones» (nota 18 del cap. 1, y notas 3 y 11 del cap. 2), para hacer de las dos grandes clases una sola *nación*.

Habría que esperar al desarrollo del nacionalismo irredentista de izquierdas en Europa a lo largo del siglo XX, y a la irrupción de algunos nacionalismos descolonizadores o insurgentes que brotarían en las formaciones periféricas, para que se intentara combinar lo aparentemente insoluble: nacionalismo e internacionalismo.

Quizá la constatación más explícita de ello en este segundo caso, es la que formulara Sukarno en 1945, en forma de principios de la filosofía política del futuro Estado independiente de Indonesia: el *nacionalismo*, el *internacionalismo*, el gobierno representativo, la justicia social y la fe en Dios (su programa se inspiraba tanto en las «democracias occidentales» como en el islamismo moderno, el marxismo y las tradiciones de democracia autóctona y comunitaria, Grimal, 1989: 183).

tacadas expresiones en la Tercera Internacional y la fundación de los Partidos Comunistas, podemos entender el estado de inestabilidad social que se propaga en las formaciones centrales en los últimos años diez y década de los veinte, parejo a la condición de insurgencia del Trabajo (soviets de Hungría, Berlín, la Viena Roja, las comunas ucranianas...).

El Capital se va a ver cada vez más urgido de enfrentar esa creciente fuerza y combatividad de su antagonista. De esta manera, el pistolerismo y todo tipo de medios violentos antihuelguísticos y antiobreros que se habían venido exacerbando al cambio de siglo sobre todo allí donde las posibilidades de la *opción reformista* eran menores, dan paso al *fascismo*, que aprovecharía la enorme capacidad de atracción y difusión de los dos movimientos sociales más masivos y potentes del siglo XIX: el socialismo y el nacionalismo.<sup>7</sup> En adelante el fascismo se constituiría no sólo en una vía de acumulación capitalista radicada en una planificación económica (que de alguna manera perseguía emular la dinámica soviética), llevando a una involución del mercado (y al consiguiente colapso del factor reformista-democrático) en aras de una intensificación de la producción de bienes de equipo basada en un brutal disciplinamiento de la fuerza de trabajo; constituiría también, por eso mismo, el principal ariete de agresión político-social y militar del Capital contra el Trabajo. Su sombra o amenaza, junto con la de la guerra, sirvió también en todas las formaciones sociales centrales para la represión interna del MO.

Fue, asimismo, el instrumento elegido por el Capital para lanzar una *guerra de exterminio* contra la Unión Soviética.<sup>8</sup>

En general, en torno a ese caballo de choque contra el Trabajo se agruparon las derechas clásicas incapaces de contender en el plano electoral, o aborrecedoras de hacerlo;<sup>9</sup> así como las diferentes oligarquías, que aprovecharon el tirón mundial del fascis-

---

7. El Capital no inventa nada en este salto histórico a su versión fascista, tan sólo amalgama los presupuestos de uno y otro movimiento, forzándolos o deformándolos monstruosamente: un mensaje de apariencia «socialista» dirigido no a la clase mayoritaria sino a la «nación» (como comunidad); un nacionalismo a la medida no sólo de la burguesía (que hasta entonces había sido patrimonio suyo) sino pretendidamente de todas las clases (Núñez, 1993). Oxímorons acordes con el desprecio fascista por la razón y la ciencia, mientras que sus viscerales antimarxismo, antiliberalismo y anticonservadurismo corren parejos a su negación de la justicia asociada a la igualdad, su desprecio de la libertad, la democracia y la propia posibilidad del progreso humano.

Su elemento de choque será una fuerza de trabajo dramáticamente exogenizada (*lumpenproletariado*) que anhela «integrarse» a través de la «identidad nacional». Ver también al respecto Kuhn (1982).

8. En la Rusia actual se considera que en esa guerra desatada por el nazismo pudieron perecer casi 30 millones de personas en la URSS, de las cuales sólo unos 8 o 9 millones fueron militares. Más de un 25 % de la población quedó sin hogar y las infraestructuras de ese país fueron destruidas casi en su totalidad. Ese fue el mayor holocausto del siglo XX.

La pregunta que surge inmediata al mismo es, ¿de dónde salió la enorme financiación requerida para emprender esa guerra protagonizada por una Alemania que venía de la bancarrota?

Fijémonos en la frase que Bujarin (2002) atribuye a Lenin en su *testamento político*: «Alemania se ha levantado bajo la vivificante lluvia del oro norteamericano».

De hecho toda la historia de la URSS (como después lo ha sido la de cualquier otra experiencia de ruptura con el orden mundial capitalista) fue una historia asediada, de lucha sin tregua contra las fuerzas centrales capitalistas, enormemente más poderosas

9. Como nos dice Domènech (2004), las expresiones partidarias capitalistas, las derechas tradicionales, amparadas casi siempre en monarquías constitucionales fuera del control parlamentario, no tenían experiencia en la contienda electoral, dado que no habían conseguido ni mantenido el poder por esa vía. Los partidos que el Capital ha de levantar apresuradamente al cambio de siglo, no sólo no tienen ninguna base de masas, sino que carecen de cualquier experiencia sobre cómo dirigirse atrayentemente a ellas.

mo para unirse en la represión. Donde predominaba la Iglesia Católica esas fuerzas se decantaron por el Estado elitista corporativo, visceralmente antidemocrático.

El nexo de unión entre la Iglesia, los reaccionarios de viejo cuño y los fascistas era el odio común a la Ilustración del siglo XVIII, a la revolución francesa y a cuanto creían fruto de esta última: la democracia, el liberalismo y, especialmente, «el comunismo ateo» [Hobsbawm, 1995: 121].<sup>10</sup>

En las principales periferias «independientes» (de la América llamada «Latina») se aprovecha la coyuntura de elevación de demanda de materias primas para reestructurar las bases del Estado a través de dinámicas más distributivas, por más que no se abandonara el clientelismo. Permitieron éstas realizar un movimiento hacia la integración de las poblaciones (exceptuando a los sectores indígenas). La revolución mexicana sería la piedra de toque que marcaría el cambio de dinámica.

En las formaciones centrales un entramado de factores coincidió en la victoria de la contrarrevolución en el periodo de entreguerras. Entre los más importantes, la grave fractura habida en el Trabajo organizado, entre la II y la III Internacional; la sujeción igualmente internacional del movimiento comunista a las cambiantes, poco explicadas y menos debatidas directrices de la Komintern (limitando seriamente el que había sido elemento invaluable del movimiento comunista hasta ese momento: la capacidad de aplicar una estrategia distinta en función del análisis de cada realidad concreta);<sup>11</sup> la

---

10. Ver, si no, lo elocuente del Preámbulo del Fuero de los Trabajadores fascista español, de 1938: «Renovando la tradición católica, de justicia social y alto sentido humano que informó nuestra legislación del Imperio, el Estado nacional, en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad patria y sindicalista, en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista, emprende la tarea de realizar —con aire militar, constructivo y gravemente religioso— la revolución que España tiene pendiente y que ha de devolver a los españoles, de una vez y para siempre, la Patria, el Pan y la Justicia» (citado en Pisarello, 2011: 138-139. El subrayado es mío).

11. Los bandazos que dio la Komintern sobre las claves de alianzas a seguir, supeditadas lógicamente a los intereses estratégicos de la URSS, tuvieron como resultado no pocas polémicas, dudas, divisiones y desconciertos en los sujetos políticos del Trabajo organizado a escala internacional. De las 21 condiciones comunistas irrenunciables del 2º Congreso, que excluían a los partidos de la Segunda Internacional, se pasó en 1922 al *Frente Unido* con otras fuerzas de izquierda. Dos años más tarde la Komintern aprobaba una nueva «bolchevización» de las organizaciones. En 1935 terminó propugnado el *Frente Popular*, con lo que cambió también el vocabulario: la «lucha de clases» dejó paso a un vago sujeto concebido como «pueblo», para terminar aceptándose incluso una especie de ente actuante bajo la etiqueta de «nación». No es de extrañar, por eso, que un poco después (en 1943, con la disolución de la Komintern) se propugnara el *Frente Nacional*, teniendo a la «democracia» como único referente (todas las fuerzas autoproclamadas «democráticas» contra el fascismo).

De estos pantanos programáticos en parte forzados por las circunstancias, se rescataría más tarde en las formaciones centrales el concepto de *sociedad civil* (siempre intentando las futuras fuerzas tanto neoliberales como neosocialdemócratas que estuviera lo más alejada posible de la apreciación que de ella hiciera Marx y de la que después tan acertadamente teorizara Gramsci) (ver Cuadro sinóptico de Introducción teórica II, y notas 4 del cap. 2 y 32 del cap. 5).

En la última parte del siglo XX la sólida hegemonía del Capital logra imponer en las formaciones sociales centrales (con algún relativo éxito también en numerosas periféricas, especialmente en América Latina) una visión de la *sociedad civil* ajena a ese lugar de posibilidad y transformación social, ocupado por sujetos autónomos. Proclama, en cambio, una supuesta homogenización (amorfización) de los individuos, que sin clases sociales ni diferencias de poder, se reconocen sobre todo como *ciudadanos* (ver Piqueras, 2001). El progresivo enriquecimiento de derechos anejo a esa condición contribuiría indudablemente a ello.

pasividad rayana a veces con la colaboración, de la socialdemocracia europea, el repliegue de ésta «en su mundo» y su distanciamiento de las capas medias y del sector «autónomo» del Trabajo (propiciando que ante la depresión económica buena parte de esa población se dejara atraer por la vertiente fascista del Capital). También contribuyó a ello el desconcierto y desánimo general que provocaba la falta de una clara dirección estratégica.

Tras el segundo gran choque interimperialista, la enorme «destrucción creativa» que se había realizado convergería con otros factores para posibilitar un nuevo ciclo de acumulación. Entre esos factores, destaca la brutal eliminación de las fuerzas del Trabajo organizado y, en definitiva, las profundas y generalizadas derrotas populares.

Así, en las formaciones sociales centrales el Capital consiguió sobreponerse a las expresiones más insurgentes del Trabajo y de la sociedad en general, a través de las dictaduras nazi-fascistas o la sombra de las mismas pendiendo sobre el resto de poblaciones, así como más drásticamente aún mediante la propia guerra (o la economía de guerra). En las formaciones semiperiféricas llevó a cabo la destrucción de las insurrecciones populares (como la húngara, la ucraniana y la griega, amén de la masacre colectiva de la República española). En general, hizo añicos en todos lados el frentismo (lo que tuvo su aldabonazo en la sumisión del Frente Popular francés). La ofensiva general llevada a cabo en las formaciones de la Europa occidental que supuso la Guerra Fría y el Plan Marshall<sup>12</sup> (con su correlato del McCarthysmo en Estados

---

Por otra parte, la vía socialista soviética inauguraba un distanciamiento con la democracia interna e intrínseca al movimiento del Trabajo, que se traduciría más tarde en desafección a aquella en las formaciones centrales, cuando el Capital ampliara la opción reformista.

12. Además de sus consecuencias económicas, el Plan Marshall actuó de gigantesco remodelador de la política y de la relación de fuerzas Capital/Trabajo europeas, imponiendo allá donde se aplicó una concepción y práctica de la democracia según el modelo estadounidense, erradicando opciones políticas que apuntaban a una transformación substancial de las sociedades capitalistas [con la prohibición, por ejemplo, de partidos comunistas que habían protagonizado la resistencia antifascista y encabezaban en buena medida la transición postbélica en unos u otros países (37,9 % de los votos en Checoslovaquia, 26 % en Francia, 23,5 % en Finlandia, 19 % en Islandia, casi 17 % en Italia y por encima del 15 % en Hungría, entre los mayores porcentajes alcanzados en 1945 o 1946, Fontana, 2011): véase su expulsión del gobierno en Francia, Bélgica o Italia, por ejemplo]. Se aceptaba, en compensación, la regulación keynesiana para garantizar la paz social en Europa, y mediante la propuesta de unión transfronteriza de las economías de ésta (desde el Plan Schuman a los Tratados de Roma), procurar la libre circulación de las mercancías estadounidenses en la parte occidental del continente, para mayor crecimiento económico de Estados Unidos. En adelante, al dividirse Europa en dos, la defensa de «Occidente» o del autoproclamado «mundo libre» iría sustituyendo en la socialdemocracia los esfuerzos o anhelos de transformación o superación del capitalismo, que se consolidaba como incuestionado, confinando a aquélla dentro de los límites del propio keynesianismo (Eley, 2003. También Anderson, 2012). En 1959, el Congreso de Bad Godesberg, del SPD alemán marca la ruptura con la vieja socialdemocracia, en cuanto que a partir de entonces ya no se contemplará al sistema capitalista como un orden a superar. Este Congreso serviría de referencia a la práctica totalidad de las corrientes dominantes del resto de la socialdemocracia europea y mundial.

A pesar de todo, la Tercera Guerra Mundial, bautizada como «Guerra Fría», estableció una *entente* parcial entre las dos nuevas superpotencias, que se asegurarían un cierto reparto del globo, así como el control del Trabajo en su parcela correspondiente. A cambio de sacrificar la emancipación, las formaciones centrales ofrecían *consumo* y *seguridad* (social y hasta cierto punto laboral). Las formaciones «desconectistas» del *Mundo Socialista* o *Segundo Mundo*, integraron al Trabajo proporcionándole relativamente altas cuotas de redistribución de la riqueza social, fundamentalmente en forma de *servicios* y *seguridad* (laboral y social).

Unidos,<sup>13</sup> que fungió también para todo el continente americano como martillo contrarrevolucionario —véase el estancamiento institucional de la revolución mexicana—, terminó de dejar las manos libres al Capital para el inicio de una nueva onda expansiva, que tenía uno de sus más sólidos pilares en el debilitamiento y disciplinamiento del Trabajo, y el consiguiente aumento de la tasa de plusvalía (entre el 100 y el 300 % en algunos de los casos principales: Alemania, Japón, Italia, Francia, España —Brenner, 2009—).<sup>14</sup> Condiciones relativamente fáciles de imponer a un Trabajo previamente masacrado.

Las generalizadas irrupciones sociales del periodo de entreguerras en pos de constituciones republicanas-sociales se verían, merced a todo ello, truncadas. En adelante se sacrificaría *democracia* por *seguridad*. Los principales sindicatos aceptaban estrictas contenciones salariales en pos del «relanzamiento económico» o la acumulación de capital.

Las sociedades quedaban, pues, doblemente derrotadas, tanto en su combatividad como en su proyecto alternativo. Aun así, gracias al contra-equilibrio mundial de poder que constituyó la revolución soviética, las señales de indocilidad de esas poblaciones tuvieron que ser preferentemente contrarrestadas con mecanismos de integración.

En la recuperación económica del capitalismo central se sumaría la desaceleración de la tasa de crecimiento de la composición orgánica del capital con la caída de los precios relativos de las materias primas (tras el acceso casi monopolístico de EE.UU. al petróleo barato de Asia occidental) y el abaratamiento de buena parte de los elementos de capital fijo en la década de los cincuenta, junto a la vertiginosa aceleración de la circulación del capital (telecomunicaciones, crédito, mercado monetario internacional, revivificación de las transnacionales). Todo lo cual dio como resultado el brusco aumento de las tasas de ganancia y de acumulación de capital, potenciadas por la posibilidad de invertir el excedente en el sector armamentístico,<sup>15</sup> que se constituía (junto a los

---

13. Donde se desata una auténtica «Guerra Civil Fría» (Domènech, 2004), que tiene su punto de inflexión en la derrota de las masivas huelgas sindicales de 1946 (a partir de la que se promulgarían leyes como la de Taft-Harris, para apartar al sindicalismo estadounidense de sus posibilidades de incidencia macro-corporativa) Sobre la represión de clase de esa especial *guerra*, puede consultarse Fontana (2011).

14. Es muy aconsejable seguir a este autor para los casos de Alemania y Japón (segunda parte, capítulos 3 a 8). Ofrece una detallada explicación de cómo la extraordinaria acumulación capitalista se logró en la década de 1950 a costa de quebrar la fuerza trabajadora organizada, revigorizar el poder de clase del Capital y lograr así una acusada contención salarial, siempre por debajo de la productividad. Todo ello hubiera sido impensable sin la intervención norteamericana para diluir la que prometía ser renaciente fuerza sindical y política del Trabajo tras la derrota de los fascismos (nota 12 *supra*).

15 El complejo militar industrial cumple dos funciones vitales para desplazar temporalmente sendas enormes contradicciones del capital «sobredesarrollado» (Mészáros, 2011: 83-84). sustraer del mercado una parte significativa de la economía (para el Estado) y aplazar las contradicciones de la tasa decreciente de utilización tecnológica. Además, cuando el gasto armamentístico se dispara arrastra una elevación del empleo consigo, por lo que incorpora y vincula a una parte creciente del Trabajo no sólo a esta dinámica económica, sino también a la ideología nacionalista-chovinista cuando no directamente imperialista que le es aneja.

Sin embargo, a medio plazo, el sector armamentístico constituye una rémora en términos de gastos improductivos (como explica Carcanholo, 2011, especialmente en el Apéndice I). Ver también Mandel, 1979, capítulos IX y XIII). Así lo muestra EE.UU., al que su economía militarizada le costaría una creciente y colosal deuda, sólo asumible gracias a su posición dominante mundial, es decir, porque ha venido siendo pagada por el resto del mundo, como se detallará en el capítulo 5.

macroprocesos de suburbanización) en el auténtico motor de la economía norteamericana, cuyo Estado se basaba en gran medida en él para generar el ciclo de demanda que el Estado keynesiano realizaba en Europa.

Pero para huir de sus propias crisis y responder a la nueva correlación de fuerzas mundial, el capitalismo en adelante se vería forzado a renunciar en parte a sí mismo, mediante la construcción de un *capitalismo híbrido*, semiplanificado y con amplias zonas de la economía y de la sociedad arrebatadas a la mercantilización. Un hibridismo que para muchos (para el propio Stalin) era señal del principio de una larga transición hacia el socialismo en Europa. No fue así, pero en cambio casi nada quedaría ya de los supuestos elementales del «capitalismo puro».

Un factor decisivo de esa mutación capitalista fue el propio movimiento comunista internacional, expresado ahora en el poderío que alcanzaba el Bloque Soviético. El «capitalismo con rostro humano» que vendría después en las formaciones centrales no podría entenderse sin él.<sup>16</sup>

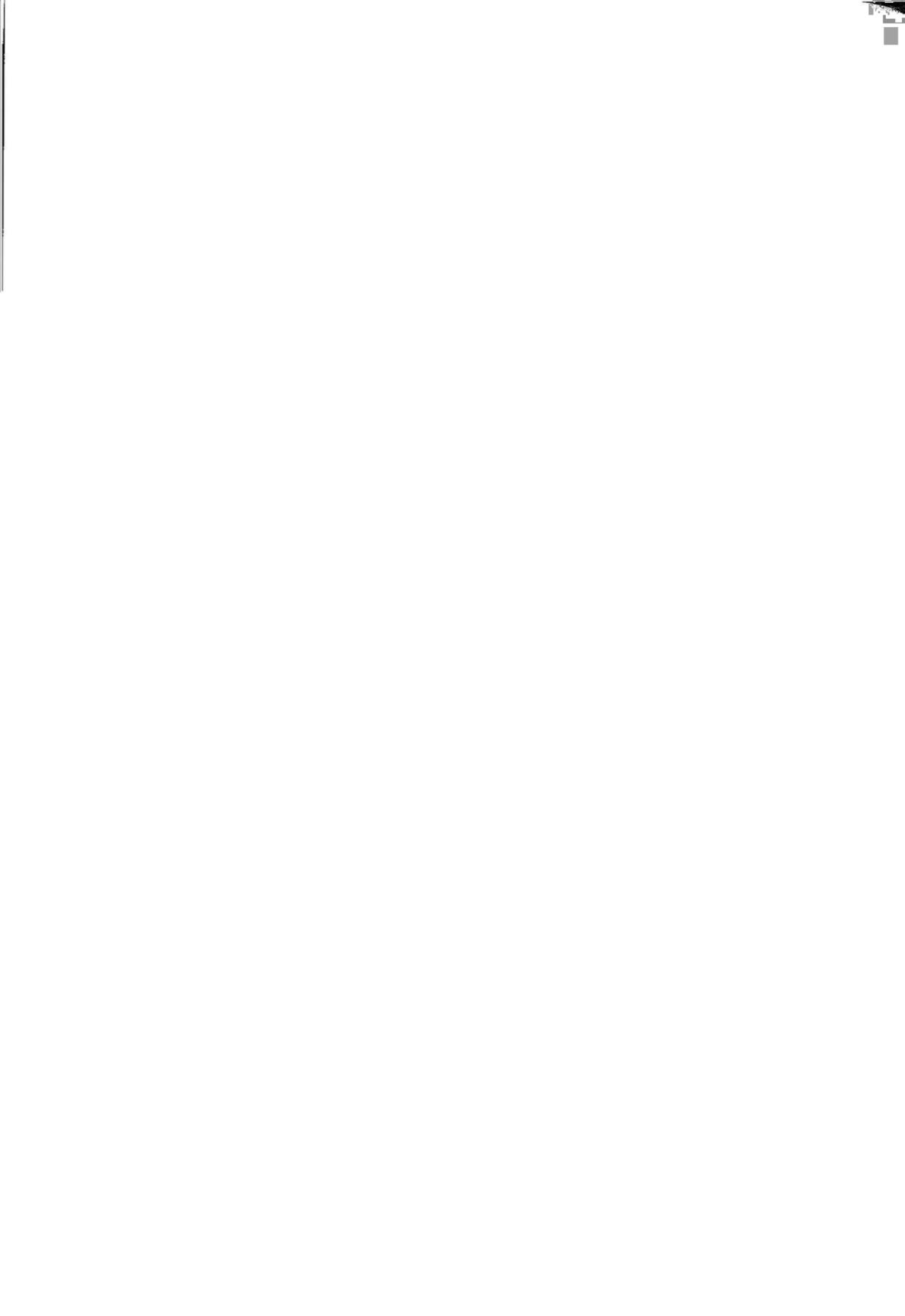
A este factor externo se sumaba la propia dinámica interna del capital, pues si la expansión y racionalización de la gran industria requería un nuevo modo de consumo productivo de la fuerza de trabajo, en adelante precisaría también de nuevos modos de reconstituirla. Cambiará en consecuencia la práctica del Estado y la regulación que le corresponde.

---

Alemania y Japón, por el contrario, libres de la inversión militar tras la Segunda Gran Guerra Interimperialista, dispusieron de mayor capital para invertir en la industria productiva, facilitando el ciclo de ganancia.

16. Diversos autores han querido ver en el «capitalismo híbrido» el comienzo de una larga decadencia capitalista, sólo contrarrestada por la intervención del Trabajo (en buena parte como *movimiento comunista internacional*), en forma de conquistas que implicaron medidas que a la postre serían «anticíclicas».

Como se dijo en la Introducción teórica II. 4.D., aquí se comparte plenamente la segunda parte de este argumento, mientras que se reconocen signos de verosimilitud en la primera, por más que durante buena parte del siglo XX no se hicieran explícitos para las grandes mayorías.



## Capítulo 4

# Capitalismo Monopolista de Estado (CME). Cuarto modelo de acumulación-regulación

[Marx fundamentó sus teorías] ilógicas, desfasadas, erróneas desde un punto de vista científico y sin interés o utilidad práctica para el mundo moderno [...] en la aceptación de las hipótesis clásicas [...] y no en su abolición.

JOHN MAYNARD KEYNES, *Laissez-faire and Communism*

La teoría keynesiana [...] adoptando el análisis de Marx sin sus conclusiones [...] no fue en su esencia más que [...] una forma de repetir la crítica marxista y un intento de atajar la decadencia del capitalismo, de precaverlo contra su colapso final.

PAUL MATTICK, *Marx y Keynes*  
*Los límites de la economía mixta*

La lucha de clases ha terminado, y la hemos ganado nosotros.

HAROLD MCMILLAN, primer ministro tory, 1959

El cuarto modelo de crecimiento, que desde la Segunda Gran Postguerra llegó, con sus estertores, hasta los años ochenta del siglo XX, es netamente intensivo, posible gracias a la «revolución tecnológica» que conlleva a su vez la mercantilización de la actividad científica y su incorporación masiva al proceso productivo. El petróleo y la energía nuclear se erigen en las principales fuentes energéticas, al tiempo que la industria automotriz se convierte en el motor de arrastre de la economía capitalista [Tercera Revolución Tecnológica-Industrial]. Ve la luz una nueva forma de organización empresarial al tiempo que se generaliza el montaje en cadena, desarrollando al máximo la especialización y el aprovechamiento de los tiempos (tylorismo-fordismo). En su seno se han completado los procesos de monopolización de los mercados y de intervención del Estado en la regulación de la dinámica económica. Al tiempo que se regula también el sector financiero, que es encauzado de nuevo hacia la producción.

El neocolonialismo sustituye en buena medida a la apropiación directa de los recursos planetarios por parte de las formaciones centrales (autodenominadas ahora *Primer Mundo*), gracias a su dominio económico, político, financiero, comercial, tecnológico y militar mundial, asentado en una acabada división internacional del trabajo.

La conquista de derechos socioeconómicos, la elevación de los salarios reales y los elementos regulatorios keynesianos que propiciaron un *Estado Social* y un capitalismo de consumo en las formaciones sociales centrales, se concitan para la integración allí del movimiento obrero y la generalizada complicidad del Trabajo. Es el apogeo de la *opción reformista* del sistema: un capitalismo híbrido favorecedor de la demanda, que amplía la dimensión *social* y que encuentra, por tanto, gracias a la extensión del Departamento III (servicios sociales e inversiones del Estado), las posibilidades de absorber la plusvalía generada en los otros dos Departamentos.

Frente a las formaciones periféricas (antiguas colonias ya independientes o que se independizan), este modelo busca la legitimación mundial bajo el paradigma del *desarrollo*. Con él se intenta contrarrestar también la atracción ejercida por el *Segundo Mundo* o Bloque Socialista. Buena parte del *Tercer Mundo* tiende asimismo a constituirse en Bloque, en pugna por su propia *modernidad* y *desarrollo*

#### 4.1. La dinámica de reproducción del capital

Tras las dos grandes conflagraciones las formaciones socioestatales centrales no abandonaron ni la planificación ni el relativo grado de cerramiento económico (la producción destinada a la exportación descendió en los seis países con mayor PIB del mundo del 19 % del total en 1900, al 11 % en 1960 —Arenas, 2003: 169—).

Estados Unidos emergía como la mayor potencia económica que jamás haya tenido el mundo. Concentra un poder mundial sin precedentes, que pasa por la centralización del poder financiero y empresarial, el monopolio virtual sobre la liquidez mundial y la concentración de la capacidad productiva y de la demanda efectiva (con más de un cuarto del PIB mundial, producía cerca de la mitad de los bienes manufacturados de todo el mundo y disponía del 65 % del total de las reservas de oro del planeta).

No obstante, era precisamente esa concentración de la riqueza y del poder la que entorpecía las posibilidades de continuar la propia expansión estadounidense. Dada la pobreza del resto del planeta, el comercio y sus inversiones exteriores quedaban seriamente dificultadas. Cuanta más riqueza acumulaba Estados Unidos, menos posibilidades de acrecentarla le iban quedando y más comprometida resultaba su aparente postura aislacionista.

Necesitaría, por eso, de la recuperación económica subordinada de los otros centros capitalistas. Su masiva intervención en la Europa occidental y en Japón fue destinada a ello.

La nueva dinámica de explotación intensiva que asumió el capitalismo norteamericano, obligaba igualmente a una nueva relación del Estado con su población, ampliando las posibilidades de penetración de la ley del valor en todos los confines de la sociedad, multiplicando los circuitos de consumo y consiguiendo una nueva reproducción de la fuerza de trabajo. Todo ello pasaba por acrecentar la *opción reformista* («New Deal»).

Los factores objetivos para el cambio de ciclo estaban dados, aunque para que el nuevo despegara tuvo que producirse antes la guerra más devastadora que haya conocido la humanidad por el momento. Los capitales que durante la Gran Depresión no se habían podido invertir ni se habían exportado a las colonias, se volcaron en la nueva fase de acumulación hacia la reconstitución del Departamento II industrial, para la fabricación de bienes de consumo duradero (aplicación de la revolución tecnológica especialmente a la producción de automóviles y de aparatos eléctricos para el hogar —electrodomésticos—). Esto hizo aumentar la composición orgánica del capital en el Departamento I, afectando su tasa de ganancia. En él se concentró la ofensiva para realizar la recuperación de esa tasa, que Mandel (1979: 186) concretó en los siguientes puntos:

- Valoración inmediata de los capitales excedentes por medio del rearme («Guerra Fría»).<sup>1</sup>

---

1 Con esta una nueva forma de guerra diseñada por EE.UU., no sólo se acosaba a la Unión Soviética en una prolongación de la *guerra de exterminio* iniciada por Alemania, sino que la potencia norteamericana asentaba el relanzamiento de la demanda interna y la desvinculación del crecimiento económico

- Renovada penetración masiva de capital en la producción de materias primas, pero esta vez con tecnología industrial avanzada, para reducir el costo del capital constante.
- Reducción del capital variable en la producción de mercancías, a través de la automatización o la semiautomatización.

Además adquirieron pleno desarrollo los avances tecnológicos del periodo de entreguerras, como el teflón, el nailon o el motor de combustión interna, a los que luego se sumaría la energía atómica, la electrónica, la química y la farmacéutica (penicilina, antibióticos), así como la construcción de vehículos y las superaleaciones (para aeronáutica, turbinas, motores...). Gran parte de todo ello requería de una nueva fuente energética masiva: el petróleo.<sup>2</sup>

Conseguida la elevación de la tasa de ganancia, la expansión de capital se disparó mediante la afluencia y uso de capital «excedente» acumulado pero no valorizado durante la depresión, provocando una nueva onda larga de acumulación, bajo la hegemonía de EE.UU. que impuso contención a la rivalidad intercapitalista a escala planetaria. En cambio, el mercado capitalista se había achicado, debido a la «desconexión» respecto del mismo que realizan la URSS y los Estados de Europa oriental que quedaron bajo su égida, y más tarde China y otras formaciones sociales de Asia oriental.

Esos gigantescos contrapoderes a escala mundial operaron como potenciadores de la gran mutación que experimentaría el capitalismo en sus formaciones sociales centrales. En efecto, el virtuoso ciclo de acumulación que en adelante tendría lugar en ellas se lograría a costa de violentar la propia *razón de ser* capitalista, mediante la trasmutación del Estado en una entidad crecientemente interviniente en la economía, y la metamorfosis por tanto de ésta en una «economía mixta», funcionando a cuenta de un creciente sector social que desmercantilizaba condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, las cuales quedaban convertidas en «servicios sociales». Igualmente se desmercantilizaba parcialmente la propia fuerza de trabajo a través de sucesivos derechos socioeconómicos (tercera generación de derechos que enriquecerían la condición de ciudadanía), los cuales terminarían siendo «blindados» en un Estatuto del Trabajo, el cual reconocía la asimetría entre las partes que firman un contrato laboral y por tanto, la necesidad de cierta protección de la más débil: el Trabajo.

Esto quería decir que por primera vez ser trabajador dejaba de estar ligado necesariamente a la pobreza. En adelante el Trabajo *endogeneizado* sería receptor de una creciente producción en masa de bienes de consumo.

Hecho que se reforzó mutuamente con la exacerbación del proceso fordista en la producción y su intromisión en la propia regulación del *modo de vida*, constituyendo

---

respecto del superávit de las exportaciones, al tiempo que daba de una vez salida a sus capitales en forma de «ayuda» militar a Europa. Ésta, por su parte, se hacía cargo de sufragar buena parte del costo improductivo del gigantesco complejo industrial militar norteamericano, con la compra de armas y con su contribución a la OTAN, gracias a la cual EE.UU. se garantizaba dentro y fuera de Europa la exportación a sus socios de sus productos bélicos (ver al respecto, Dierckxsens y Jarquín, 2012).

2. Si en 1920 el carbón todavía daba cuenta del 80,6 % del total de la energía producida en el mundo mientras que el petróleo era el causante de sólo el 13,6 %, en 1955 las proporciones eran ya de 44 % y 35 % respectivamente. A ellos se sumaba un «recién llegado» en términos energéticos: el gas natural, con el 14 % de aportación energética total (Lesourd y Gerard, 1966: 403).

Pero si con el carbón Europa había sido capaz no sólo de autoabastecerse energéticamente, sino de realizar todo su despegue industrial, la nueva fuente energética, el petróleo, dejaba al continente en una delicada situación estratégica, energéticamente hablando.

una nueva relación entre la fuerza de trabajo y los elementos que la reproducen. También en las formas de consumo productivo de la fuerza de trabajo, que en el sector secundario marcaron el predominio del obrero-masa.

La nueva forma de reproducción de la fuerza de trabajo quedaba ligada a un «modo de consumo» (o modo de vida ligado al consumo) articulado conforme a tres características básicas: a) la separación espacial de las condiciones de vida de la población; b) la multiplicación de las mercancías-tipo lanzadas al mercado; c) los mecanismos de financiación del consumo.<sup>3</sup>

De ahí que el fordismo hegemónico estuviera incardinado en un nuevo modelo de desarrollo intensivo necesitado de potenciar la demanda para conseguir esa expansión generalizada del consumo y con ello, la integración del salario en la acumulación.<sup>4</sup> La industrialización del deseo así desatada, iría pareja al incremento del valor simbólico de las mercancías y, en consecuencia, a un desarrollo de la jerarquización y la diversificación de los consumos entre el Trabajo. También, en definitiva, a una necesaria mayor democratización de la esfera de la circulación.

El salario ligado a la productividad colectiva terminaría de hacer el resto en la vía de la integración del Trabajo, erigiéndose en una poderosa herramienta para transformar paulatinamente los antagonismos de clase en «conflictos sociales».

Concomitantemente, el Estado se hacía netamente intervencionista en prácticamente todos los ámbitos: política fiscal, política monetaria, política de asignación de recursos, regulación laboral,<sup>5</sup> protección social y construcción o fortalecimiento del sector público

---

3. Estas características son explicadas en Palazuelos (1986), en un libro que es un referente para el seguimiento de la expansión capitalista en las formaciones centrales durante los «Treinta Gloriosos». En concreto por lo que respecta a la separación espacial dice el autor:

«La separación espacial de las condiciones de vida de la población se organizó en torno al triángulo: centro de trabajo-vivienda-actividad ociosa. Los lugares en que se efectuaban esas condiciones de vida quedaban drásticamente separados en la ordenación del territorio que configuró el nuevo proceso de urbanización [...]. Ello implicaba la periférisación [...] de las viviendas, que pasaban a localizarse en los extrarradios, cada vez más alejadas del centro urbano y notablemente distanciadas entre sí. *Se podría afirmar que el capital, además de controlar al trabajo durante la jornada laboral, pasó a controlarle durante su tiempo de no-trabajo, el del transporte, la vida familiar y el ocio.*

Esta ordenación del espacio genera cuatro rasgos de importancia: la construcción de autopistas y vías rápidas de transporte, la proliferación del transporte privado individual, la construcción de viviendas y zonas residenciales y la mercantilización de la vida doméstica» (1986: 104; las cursivas son mías).

4. Las nuevas normas de consumo no podrían entenderse sin la previa «destrucción del 'equilibrio' doméstico y rural, la producción sobre una base capitalista de los bienes de uso necesarios, la extensión del salariado y la hegemonía de la forma dinero como instrumento y soporte del cambio» (Coriat, 1993: 91).

Este proceso correría parejo a la instauración de un Régimen Internacional de Alimentación Industrial-Mercantil 'managerizado' por EE.UU., que sustituyó a los colonos exportadores por grandes corporaciones y supermercados de la alimentación manufacturada, y que añadió a los alimentos básicos mercantilizados, nuevos componentes, especialmente para el núcleo de las formaciones centrales, como «grasas», «edulcorantes», «adelgazantes» y «saborizantes» (Friedmann, 2005) (ver nota 11 del cap. 1).

5. En materia de relaciones laborales y mercados de trabajo, los Estados intervinieron en mayor o menor medida según su grado de macro-corporatismo, en las políticas de empleo, políticas de rentas y asistenciales, así como en la organización de la concertación social y de la negociación colectiva.

Aquel grado de macro-corporatismo fue mayor en el centro y norte de Europa y menor en las economías anglosajonas, de arraigo liberal vinculado a las especiales circunstancias de sus mercados laborales. Una vez más Francia mantuvo una posición intermedia, y por tanto más explosiva (ver notas 12 del cap. 1 y 8 del cap. 2). Su confederación empresarial únicamente accedió a que los acuerdos colectivos obligaran a sus empresas afiliadas en dos momentos: durante el gobierno del Frente Popular de los años treinta y con el estallido de 1968, que reflejó la tensión laboral acumulada en las décadas centrales del siglo XX.

empresarial. Recurrió a menudo a las nacionalizaciones de sectores básicos o estratégicos. Todo lógicamente acompañado de la expansión de los gastos públicos y déficits presupuestarios que fueron enfrentados con el recurso a la Deuda Pública, la inflación (o monetización del déficit) pero asimismo con el establecimiento obligatorio de coeficientes de caja a las entidades financieras. Una política fiscal progresiva, gravando proporcionalmente más a quienes más tenían, permitió también no sólo ayudar a la financiación de aquellos gastos, sino a redistribuir la renta. Con todo ello se conseguía estimular enormemente la demanda, llegar a cotas cercanas al pleno empleo de la población activa endogeneizada, disparar la producción (también la productividad) y generar un alza de los indicadores económicos sostenedores del crecimiento rentable (en el que la acumulación de capital se acompaña de una elevación general de la tasa de ganancia). Ese mismo crecimiento era el mejor inhibidor del miedo al déficit público. La mejor redistribución a su vez, se mostraba como un potente factor anticíclico (esto es, contra la tendencia cíclica a la crisis, propia del capitalismo), gracias a la aludida potenciación de la demanda.

El Capitalismo Monopolista de Estado (CME) entraba, así, en su versión «keynesiana». <sup>6</sup> Precisamente por su inclinación hacia la demanda va a ser designado como *Estado Social*, que vela por aumentar en calidad la reproducción de su fuerza de trabajo, es decir, con niveles de vida mayores implicados en la garantía de esa reproducción. Es un Estado capaz de proporcionar a su población, por tanto, una *seguridad* en los aspectos básicos de esa reproducción, o lo que es lo mismo, una «seguridad social».

Por otra parte, la extendida organización de la investigación y el desarrollo como negocios implica que la *innovación* se hace un elemento insoslayable de la empresa capitalista, o dicho de otra manera, en las formaciones centrales cada vez más la acumulación tendrá como motor principal la competencia tecnológica.

Esto es congruente con la aplicación sistemática de la ciencia a la producción, en una permanente búsqueda de aceleración de la innovación tecnológica, que provoca a su vez la aceleración de la obsolescencia de la maquinaria, con su correlato en la ace-

---

6. El necesario cambio en el modo de regulación estatal para acomodarse a las nuevas relaciones de clase, tuvo en Keynes la figura que mejor supo leer las nuevas condiciones. Antes, Beveridge había contribuido a abonar el camino con propuestas que su compatriota terminaría de especificar (ver Introducción I) Para Keynes el Estado debía intervenir: 1) convirtiéndose en un potente y dinámico factor de demanda mediante la intervención directa (Estado-empresario) o indirecta (posibilitando mercados para la empresa privada); 2) adoptando medidas proteccionistas en el plano internacional, respecto de los sectores estratégicos y el propio empleo; 3) realizando una política monetarista moderadamente expansiva; 4) estableciendo una política fiscal progresiva, que obedeciera al principio de equidad contributiva

En EE.UU., más allá de la temprana extirpación de los sujetos de clase (nota 3 del cap. 2), la enorme dimensión de la población —suficiente para permitir la economía de escala—, y una continua y masiva importación de fuerza de trabajo, no favorecieron que en esa formación socio-estatal la *opción reformista* se diera en profundidad. La represión de clase continuó fuertemente en la primera mitad del siglo XX (nota 13 del cap. 3), si bien tuvo que rectificarse a partir del «New Deal».

En aras de la acumulación capitalista, las pequeñas dimensiones de las formaciones socio-estatales escandinavas, en cambio, no podían permitirse el lujo de establecer grandes desigualdades entre su población, pues en ese caso quedaría muy poca de ella con efectiva capacidad de consumo. La *opción reformista* expresada a través de un Estado redistribuidor ampliamente desarrollado, tenía allí bases objetivas claras. Las formaciones sociales de la Europa central-atlántica se movieron entre ambas tendencias. Pero en general los planteamientos iniciales de Keynes, ya de por sí tumoratos frente a un auténtico innovador como Kalecki, fueron, en cualquier caso, rebajados (ya Mattick, 1969, puso eso en evidencia. La obra coordinada por Etxezarreta, 2004, sitúa hoy en su lugar la aportación keynesiana en el flujo de las corrientes económicas ortodoxas).

lización de reemplazo del capital fijo en uso. Es decir, se estaba proporcionando la base para problematizar la rentabilidad de la inversión, algo que terminaría agotando el ciclo expansivo.

De momento, sin embargo, ese peligro apenas se contemplaba, dada la aceleración de la velocidad de realización de la ganancia con el también acelerado incremento del consumo. Buena culpa de ello la tendría la publicidad, cada vez más incardinada en la dinámica de acumulación capitalista.

Pero la buena salud de esa acumulación requiere por eso, a estas alturas, además, de la explotación de las mentes, y no sólo de los cuerpos. Eso quiere decir que el Trabajo entrega el conjunto de sus facultades y potencialidades al capital (explotación cualitativa), que se adueña del conjunto de su vida (tiempo de producción y tiempo de reproducción).<sup>7</sup>

En el CME, por tanto, bien pudiera establecerse esta concatenación de procesos que se refuerzan entre sí:

Integración del MO (a lo que se llamó a posteriori no muy acertadamente, «Pacto keynesiano») → Exacerbación de la diversificación del Trabajo en el sector terciario y consiguiente multiplicación de sus formas de conciencia<sup>8</sup> → Reformismo - Corporativismo colectivo → Conquista de derechos socioeconómicos para el Trabajo (enriquecimiento de la *ciudadanía* para el Trabajo endógeno) → «Institucionalización del conflicto» → Aceleración y acentuación del fosilismo energético → *Era del desarrollo* basada en la fe en el *desarrollo* indefinido del capitalismo y en el *desarrollo* gracias al capitalismo.

Pero estas retroalimentaciones tuvieron como contrapartida, en orden a contrarrestar el excesivo crecimiento de los salarios, la disposición de una fuerza de trabajo autóctona pero secularmente exógena: las mujeres. También la población más joven.

Con el sostenido crecimiento del capital en las formaciones centrales, se generalizó aceleradamente la relación salarial.<sup>9</sup> Con ello la capacidad de reemplazo de la mano de obra masculina se redujo mucho y tendió a presionar sobre el alza salarial.

---

7. En las sociedades precapitalistas tiempo de vida y tiempo de trabajo tendían a estar incardinados. Es con la relación capitalista del trabajo dependiente para terceros que se separan. Pronto el tiempo que no está vendido o encadenado a cambio de un salario, pasa por eso a llamarse «tiempo libre». Pero es un tiempo supeditado al trabajo, que crecientemente es dedicado por la fuerza de trabajo a valorizarse de cara al empleo o trabajo dependiente. Es así como el *otium* deja de ser el contrapunto del *negotium*, para hacerse un «ocio productivo», mientras que el «tiempo libre» queda sujeto a la mercantilización (donde entre otros aspectos, la diversión se hace una mercancía más). Resultando en su conjunto la reproducción, dentro de él, definitivamente subordinada a la producción.

8. El modo de regulación estatal-keynesiano potenciará en las sociedades centrales un acrecentamiento de la diferenciación de la clase trabajadora, con la acentuación de la división social del trabajo y el desarrollo de profesiones en la esfera de lo social-estatal. Lo que es consecuencia de la transformación de una parte mayor de la plusvalía en servicios: educación, sanidad, atención social general y especializada a segmentos particulares y más vulnerables de la población. Todo ello sumado a la generalizada terciarización de las economías centrales, redundará en la consiguiente heterogeneización del Trabajo, que sin embargo, paradójicamente, experimenta una masiva asalarización de profesionales antes «independientes» (de las anteriormente llamadas «profesiones liberales»).

9. «Esta incorporación generalizada de la fuerza de trabajo supuso, en primer lugar, la absorción de toda fuerza de trabajo masculina disponible en un país. Así, en 1970, más del 87 % de la PEA masculina en Suecia, Canadá y los EE.UU., estaba asalariada; en Suiza, Alemania, Holanda y el Reino Unido, más del 85 %. En Australia, Nueva Zelanda, Noruega, Luxemburgo, Dinamarca y Francia, el 80 % o más. Más atrás venían países como España (73 %), Japón (70 %) o Portugal (66 %)» (Dierckxsens, 2011: 174).

No extraña que en este contexto, a partir de los años setenta se promocionara la incorporación masiva de las mujeres a la actividad económica. En Suecia, por ejemplo, entre 1970 y 1991 la participación de las mujeres con edades de 30 a 60 años aumentó por encima del 75 %. En 1991, la participación femenina era levemente más baja (5 % en promedio) que la masculina en esas edades. Como consecuencia de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo creció la capacidad de reemplazo de los varones, lo que rebajó la presión sobre el alza salarial. Así, el porcentaje de varones estadounidenses que ganaba menos del 75 % del salario medio pasó del 18,4 al 27,3 % entre 1974 y 1994. En el Reino Unido, ese porcentaje subió de 11,2 % en 1974 a 22,1 % en 1986, un alza del 97 % en doce años [Dierckxsens, 2011: 175].

Congruentemente con ello, las relaciones de género y la división doméstica del trabajo experimentaron notables cambios.<sup>10</sup> La «liberación» femenina fue a menudo estrechamente vinculada a su subordinación a la relación salarial, que significó para las mujeres a la postre una «doble jornada» (haciendo de cada día lo que se llamó también una «jornada interminable», Durán, 1986). La estructura profunda de desigualdad seguía viva, pero adquiría nuevas formas y dimensiones.

Por otro lado, y con el agotamiento de la incorporación de fuerza de trabajo exógena doméstica (mujeres, jóvenes, población campesina...), pronto el CME precisaría también de la incorporación de fuerza de trabajo externa, y especialmente de una que lo hiciera en condiciones de alta exogeneidad (como nuevo ejército de reserva primario). Esto se lograría a través de las migraciones primero semiperiféricas y después periféricas hacia las formaciones centrales (empezando en cada caso por las propias antiguas colonias), invirtiéndose con esto último los tradicionales flujos migratorios del centro a las periferias, ahora por primera vez realizados en sentido contrario.

El CME se había convertido en un fuerte atractor ideológico del resto del planeta. Había logrado contrarrestar en buena medida el influjo del Segundo Mundo, y colmado el imaginario mundial con los logros y capacidad del capitalismo. Poco importaba que su eclosión fuera indisociable del *subdesarrollo* de la gran mayoría del orbe.

---

10. Para que aumentase el número de individuos que trataran de entrar en el mercado laboral se hacía necesario conseguir que la unidad familiar deseara elevar substancialmente su nivel de vida, aun a costa de transformar internamente sus relaciones. Eso requería una modificación en las técnicas de consumo que liberasen tiempo, esto es, técnicas intensivas en bienes (hacen que sea necesario muy poco tiempo para su consumo final). El consumo de esos bienes debía ser identificado, además, con «elevación generalizada del nivel de vida».

La electricidad aplicada a la vida doméstica, los electrodomésticos, «liberaban» ese tiempo. Pero a la vez las tareas domésticas se hacían intensivas en bienes lo suficientemente caros como para absorber mayor parte del salario. Descartados los niños por la educación obligatoria y la nueva conciencia social al respecto, todo ello dejaba a las mujeres en disponibilidad y predisposición para acudir al mercado laboral, con el consiguiente profundo cambio cultural en el ámbito doméstico y las relaciones de género. Se daba así la transformación de la familia, la dilución de su modelo único y la multiplicación de sus formas (puede encontrarse una buena secuenciación de todo este proceso en Anisi, 1995: 48-49).

Cuando la asalarización femenina se generaliza en las formaciones de capitalismo más avanzado, las relaciones de género se readaptan:

«En el pasado, cuando las mujeres profesionales participaban en el mercado laboral casi con la misma intensidad que sus iguales varoniles, se solía contratar personas con menos formación para las tareas domésticas. Con la generalización de la participación femenina en el mercado de trabajo, esta posibilidad de reemplazo se agota. Es a partir de aquí que la lucha femenina por los mismos derechos económicos, sociales y políticos, despega realmente» (Dierckxsens, 2011: 175).

## 4.2. La dinámica interestatal

El sistema capitalista que se había hecho ya mundial sufre la que sería *Gran Desconexión* por parte de semiperiferias y periferias de enorme relevancia: el *Mundo Socialista* o «Segundo Mundo». Quedaba así como un *sistema mundial amputado* o incompleto.

Pero en cambio conocerá una era de cohesión interna sin precedentes bajo el nuevo hegemon mundial capitalista: EE.UU. Éste asumiría la estructuración del sistema capitalista a escala planetaria, bajo su hegira.

En 1929, cuando estalló la crisis, el capital estaba alcanzando las etapas finales de la transición de la 'totalidad extensiva' a la implacable exploración y explotación de los continentes ocultos de la 'totalidad intensiva' [...] el capital estadounidense tenía que rehacer todo el mundo del capital a su propia imagen, más dinámica [...] [hacia] un colonialismo *neocapitalista* bajo la hegemonía norteamericana. Ella prefiguraba [...] la relegación de las variantes históricamente anticuadas de imperialismo y colonialismo, a la segunda división, a la que en efecto pertenecían, en la gran partida por el dominio de la 'totalidad intensiva' del capital. [...] la nueva estrategia incluyó la exploración a fondo de todos los continentes ocultos del 'colonialismo interno': de ahí el 'New Deal' y el desarrollo de una economía de consumo en expansión sobre bases más seguras. [...] A la vez implicaba necesariamente la implacable eliminación de todas las 'barreras artificiales' del colonialismo previo (y del correspondiente capitalismo proteccionista/subdesarrollado) [Mészáros, 2011: 74-76].

Para reconstruir el entramado paneuropeo internacional en función de sus propios intereses hacia la dimensión mundial, EE.UU. percibió la conveniencia de reactivar la capacidad de los otros dos grandes polos de desarrollo capitalista: Europa central y Japón. La elección de Alemania (por segunda vez —apartado 3.2. y nota 8 del cap. 3—) y de la potencia nipona se incluía en su estrategia encaminada tanto a garantizar la dinámica de acumulación, como a enfrentar a los dos grandes enemigos que se habían alzado ante el sistema capitalista: Rusia y China. Una vez distanciada del mundo eslavo, Alemania era la pieza clave para el enfrentamiento con el primero de ellos. Japón lo sería con el segundo.

En el caso de Alemania, EE.UU. fuerza la construcción de un espacio económico europeo, previamente sembrado de dólares, en el que la potencia europea pudiera encontrar un *hinterland* que se fuera haciendo solvente para absorber sus exportaciones. También las exportaciones norteamericanas, pues el hegemon buscaba igualmente continuar asegurándose sus superávits de postguerra. Ahora una parte de ellos los iba a destinar a Alemania (y por extensión, a buena parte de la Europa Occidental) y Japón, en forma de inversiones directas y asistencia, para que pudieran comprar las mercancías estadounidenses y dentro de ellas sus exportaciones de armamento.

Para el caso japonés, EE.UU. promovería la apertura de las economías asiáticas capitalistas bajo su protección a las exportaciones niponas, convirtiéndose incluso él mismo en un espacio vital de la exportación japonesa. Las guerras de Corea y Vietnam incentivarían la industria japonesa, así como la industrialización del sudeste asiático, lo que a la vez proporcionaba a Japón un paliativo para la carencia del *hinterland* económico que tenía Alemania.<sup>11</sup>

---

11. Esta estrategia norteamericana ha sido llamada por Varoufaquis (2012), el Gran Plan. Es realmente recomendable seguir a este autor para los pormenores del proceso de interacción que a partir de la segunda postguerra se establece entre EE.UU. y aquellas dos potencias vencidas, que aquí se ha

Mientras tanto, EE.UU. dejaba al conjunto de periferias el papel de suministradores de materias primas baratas para los tres polos capitalistas, aunque fuese a costa de intervenciones militares.

En este contexto de dominación absoluta estadounidense, el imperialismo adquiere nueva expresión. El control de recursos se puede efectuar ahora «a distancia», sin necesariamente la presencia militar directa, gracias a un complejo entramado de casi absoluta dominación comercial, financiera, tecnológica, militar y política a escala mundial por parte de las formaciones centrales sobre las periféricas. Paradigma de ello son las relaciones de intercambio desigual establecidas entre unas y otras formaciones. Igualmente, la exportación de capitales a las periferias para buscar nuevas fuentes de valorización de los mismos (regateando así la sobreacumulación en los centros). En la cúspide de todo ese complejo el dominio sin réplica norteamericano, tanto económico como militar, dará paso a un imperialismo colectivo (no exento de rivalidades internas) de las potencias centrales, dominado o controlado por EE.UU. Esto permitirá un desconocido tiempo de paz militar entre todas esas potencias (bajo el paraguas estadounidense o «pax americana»), a pesar de la competencia económica. Es esa misma pugna la que hará aceptar a los centros más débiles, los europeos, la «propuesta» estadounidense de su paulatina marcha hacia la dimensión regional (la futura CEE).

Por otra parte, por primera vez se ejerce un control internacional duradero sobre los precios de los alimentos y de las materias primas (algunas de las cuales van siendo sustituidas por otras sintéticas), facilitando la bajada de precios de los insumos en las formaciones centrales, pero también el incremento de las relaciones de intercambio desigual entre formaciones industrializadas y vendedoras de materias primas (hasta un 25 % a favor de las primeras entre 1950 y 1963 —Arenas, 2003: 171—).<sup>12</sup> Como se indicó líneas más arriba, este sería uno de los principales objetivos del imperio-mundo estadounidense en la recomposición de una dinámica mundial de acumulación capitalista.

Con ello, el breve auge de las exportaciones latinoamericanas del periodo de las Grandes Guerras europeas, vuelve a declinar. También la tímida *opción socialdemócrata* en algunas de sus formaciones socio-estatales. La Doctrina Truman («contener el avance del comunismo en todo el mundo») aplicada con especial virulencia a esa región a partir de la Conferencia de Chapultepec (México), procurará una contraofensiva sistemática con intervenciones en todos los lugares donde las fuerzas populares habían adquirido alguna ventaja. La política del «Buen Socio» de Eisenhower, la «Alianza para el Progreso» de J.F.

---

sintetizado. También para ver cómo en esa estrategia la pieza que es sacrificada es Gran Bretaña (su empeño en mantener estructuras mundiales del viejo imperialismo así lo aconsejaba). Queda ésta desplazada como potencia, para vincularse subordinadamente a EE.UU. (en principio logrando al menos que se abriera el espacio económico estadounidense para sus transnacionales, y más tarde a través del sector financiero, incrustado en la City londinense, con lazos cada vez más estrechos con Wall Street).

12. Altwater (1994) da cuenta de la tendencia a la baja de los precios de buena parte de las materias primas para las décadas centrales del siglo XX, al tiempo que ofrece un detallado diagrama sobre la nueva división internacional del trabajo en el marco del fordismo global. Explica el proceso desde el plano ecológico como *sintropía* o la energía que las potencias centrales (y fundamentalmente EE.UU.) importan de otros para mantener su organización y sobrevivir, al tiempo que les exportan entropía para mantener la suya propia baja.

Fue este proceso (que puede traducirse más simplemente como *renta imperialista*) el que permitió el desarrollo de la opción reformista en las formaciones centrales. Lo que Chamberlain (primer ministro de Gran Bretaña en 1937) expresó cínicamente: «Democracia es igual a imperialismo más reformas sociales».

Kennedy o «Las Dictaduras de Seguridad Nacional» de Johnson, no romperían en lo fundamental con aquélla (ver para un buen detalle de las mismas, Suárez, 2001).

Estados Unidos debía asumir, succionándolo, el imperio británico en descomposición, y con ello también su papel en la contención del posible poder euroasiático,<sup>13</sup> a la sazón, la URSS, que se había constituido ahora no sólo en rival geoestratégico, sino además en enemigo ideológico, con un proyecto de sociedad alternativo.

Todo el esfuerzo de las formaciones centrales, comandadas por EE.UU., irá destinado a enfrentar ese bloque «desconectado».<sup>14</sup> Esto daría como resultado una Guerra sin cuartel, con marcados componentes económicos, políticos e ideológicos, que se llevó a cabo en todos los continentes, casi siempre a través de terceros (y que fue bautizada como «Guerra Fría» al no entrar en liza directamente los dos principales contendientes).

Pero por eso mismo, la principal potencia mundial tendría que enfrentar también la amenaza de desconexión que se extendía por el mundo, bajo el peso del ejemplo y liderazgo soviéticos. Especialmente cuando en 1949 la formación socio-estatal más poblada del planeta, China, se pasaba también al Segundo Mundo, y con ello casi un tercio de la población mundial quedaba fuera del ámbito del sistema capitalista.

De hecho, las luchas por la descolonización no se harían esperar, en un largo y a menudo sangriento proceso que se extendió en sus aspectos fundamentales desde finales de los años cuarenta hasta mediados de los años setenta del siglo XX.<sup>15</sup> Unos y otros de los movimientos por la independencia serán duramente combatidos tanto mediante guerras abiertas como con «guerras sucias», guerras económicas, bloqueos y asedios políticos, etc., por las antiguas metrópolis y enseguida después por el nuevo hegemón mundial.<sup>16</sup>

---

13. Como el propio Kissinger reconocería en su principal obra, *Diplomacy*, «la nación estadounidense, en lo político, en lo geográfico y en lo psicológico, no deja de ser una isla frente a las costas de la gran masa continental de Eurasia, cuyos recursos y población son enormemente superiores» (en Masdeu, 2012: 103-104).

14. La geoestrategia diseñada a partir de la famosa proyección de Mackinder («*Who rules Eastern Europe commands the Heartland. Who rules the Heartland commands the World Island. Who rules the World Island commands the World*») —La «Isla del Mundo», ese *Heartland*, no es otro que Eurasia— implicaba desde los tiempos de hegemonía inglesa (ver nota 12 del cap. 1) que el dominio de los mares ya no era suficiente ante la posibilidad de un nuevo centro de poder mundial terrestre que dominara el centro de Asia. Ese fue la raíz histórica del sempiterno enfrentamiento contra Rusia para prevenir que se convirtiera en ese poder. Tras ese objetivo es que las potencias centrales (que se llamaron a sí mismas «Occidente»), persiguieron la imposición de un «cordón sanitario» territorial frente a Rusia (un *Rimland* en palabras de Spykman —el estratega que complementaría a Mackinder—) bajo su control.

De lo que se trataba ahora era de rediseñar esa estrategia de enfrentamiento no sólo ante una potencia, sino ante un enemigo sistémico.

15. Si bien, quedaron pendientes casos flagrantes e hirientes de colonización arrastrada en las propias independencias y constitución de nuevos Estados, como son los del Sahara Occidental, Palestina, Kurdistán y Timor Oriental (este último hasta 2002).

16. Los intentos de mantener las colonias tras la Segunda Gran Conflagración Interimperialista, buscarían ahora su excusa en la lucha por la libertad y los valores de «Occidente», con frases que a finales del siglo XX y principios del XXI se harían muy familiares (fueron prácticamente calcadadas), para intentar justificar las agresiones e invasiones de la *guerra global indefinida* hodierna (capítulo 6).

Así, de las viejas «razones» colonialistas, «*Nuestra autoridad emana de Dios... por consiguiente la autoridad de los holandeses sobre las Indias es voluntad de Dios*» (político católico holandés, 1946), se pasó a los argumentos de la *Tercera Guerra Mundial* o «Guerra Fría», que comenzarían a preparar el neocolonialismo: «Los Países Bajos serán capaces al menos de ser útiles a la civilización occidental permaneciendo en Nueva Guinea. La conciencia de tener encomendada una vez más una misión grande y noble en Extremo Oriente, después de los errores cometidos en los cinco últimos años, hará renacer en los holandeses un sentimiento de orgullo...» (Gerbrandy).

Todos esos esfuerzos, sin embargo, no pudieron frenar la primera mundialización de las luchas periféricas (Amin, 2009), que se expresaron a menudo en un segundo ciclo de independencias (frente a las que EE.UU. mantuvo diferentes actitudes en función de su determinación geoestratégica).

Según se iban independizando nuevos países y se reestructuraba el tablero mundial de fuerzas, el recién proclamado *Tercer Mundo* comenzaba a adquirir peso específico.

Su eclosión como bloque-sujeto que busca su lugar en aquel tablero y la persecución de su propia vía entre los otros dos Mundos, se manifestaría en la Conferencia Afroasiática de Bandung (1955). El proceso tuvo como meta la construcción nacional por parte de las burguesías periféricas, procurada a través de la construcción de un Estado redistribuidor a imagen, salvando las enormes distancias, del Estado Social europeo. Esto es, un Estado más o menos popular o «populista», según los casos, capaz de invertir y redistribuir parte de la plusvalía en el desarrollo nacional y en la integración de ciertas capas de población (proceso que algunos autores han concebido como un *capitalismo de Estado*). Tal esfuerzo supuso un enorme salto en los ámbitos de la educación y la sanidad, la modernización-secularización del Estado y la (parcial) reducción de las desigualdades sociales.

Muchas formaciones del *Tercer Mundo*, acomodando a ellas los principios proteccionistas y el vuelco hacia sí de las formaciones centrales, impulsaron políticas endógenas,<sup>17</sup> de desarrollo del aparato productivo propio, en una estrategia de sustitución de las importaciones (sólo las imprescindibles para el levantamiento del sector industrial).

Comenzaron, así, a ponerse los cimientos de la industrialización periférica, para que el hasta entonces válido contraste entre países «industrializados» y países «no industrializados» empezara a perder su significado (proceso que corroboraría después la deslocalización industrial de las formaciones centrales).

Este nuevo bloque periférico se articuló en el *Sistema Mundial* y construyó su fundamento precisamente en torno al «derecho al desarrollo», traducido en la cosmovisión del momento como «dar alcance» al Primer Mundo. Ello obligó a rearticular el nuevo imperialismo o nueva forma de dominación mundial que se estaba consolidando bajo la hegemonía de EE.UU.

El sistema de Bandung generó también el Movimiento de los No Alineados (los NOAL), que incorporaría países europeos e iberoamericanos a partir de la Conferencia de Belgrado —1961— (con Tito como líder; junto a Nasser y Nehru, dirigentes respectivos de Yugoslavia, Egipto e India).

---

«Francia lucha en Indochina por defender la libertad y la seguridad de Europa y del mundo» (Presidente de la Asamblea Francesa, 25 de octubre de 1952. Todas las citas en Grimal, 1989: 188; 1989: 208-209 y 1989: 253, respectivamente).

Asia oriental fue la región donde menos prefijado estuvo el reparto de las superpotencias. Por eso mismo donde más se empleó a fondo el argumentario de la «Guerra Fría» y el neocolonial.

17. Si bien, hubo diferencias entre unas y otras formaciones. Las principales economías iberoamericanas siguieron aumentando aranceles (Argentina lo hizo del 30 al 140 % entre 1930 y 1960). También las que empezaban a recibir las ventajas de la «Guerra Fría» en el sureste asiático «para frenar el comunismo» (las llamadas «tigres») mantuvieron aranceles, pero al tiempo que liberalizaban parcialmente su economía frente al exterior. De todas formas, al llegar 1980 sólo un cuarto de la población mundial residía en países cuyas economías estaban abiertas al exterior (Comín, 2011: 622), ante todo aquellos en los que las dictaduras de los años setenta (muy especialmente la de Pinochet), habían empezado a hacer su trabajo (sobre cómo y porqué se desarrollan los «tigrecitos» asiáticos hay una ingente cantidad de bibliografía; ver entre lo mejor, Brenner, 2009. Para unir su explicación al caso chileno, Fazio, 1998).

Las consecuencias, la huella, de lo que se ha llamado *proceso o sistema de Bandung*, llegarían al menos hasta los años ochenta.

Adaptándose al ritmo de los acontecimientos, EE.UU. fuerza la descolonización y el desmantelamiento de los imperios de las formaciones centrales europeas debilitadas tras la Segunda Gran Contienda Interimperialista.<sup>18</sup>

Al tiempo, y de la misma manera que años antes había utilizado el Plan Marshall en Europa para frenar el ascenso de las izquierdas anticapitalistas y sentar las bases de su dominio político-económico, EE.UU. se vio obligado a diseñar un plan, ahora global, para enfrentar tanto las vías desconectistas como las de «capitalismo a su manera» de muchas formaciones periféricas. En ese plan tendría un papel estelar el *desarrollo*. Se trató de una gigantesca política de intervención de las principales potencias centrales sobre las periféricas, con la mayor o menor aquiescencia de estas últimas, en todos los planos (político, administrativo, económico, militar, social y por supuesto también cultural e incluso psicológico).<sup>19</sup> La recién «inventada» *cooperación al desarrollo*,<sup>20</sup> que iba aneja a este proceso, se erigió en la expresión depurada del neocolonialismo y de la ya madura división internacional del trabajo. También fungió como mecanismo de exportación e inversión a medio plazo de capitales excedentes.

La extensión del poderío militar de EE.UU. por buena parte del planeta, permitió que el puño de hierro o la amenaza del mismo fuera la contrapartida al *desarrollo*, en las posibilidades de elección que el nuevo hegemon mundial otorgaba a las formaciones periféricas.

### 4.3. La dinámica Capital/Trabajo

En las formaciones centrales, el MO es en alta medida encauzado mediante sus organizaciones de representación política y laboral dentro del marco de las relaciones sociales de producción capitalistas, en una forma de regulación corporatista [organización

---

18. Ese proceso tiene su inflexión en 1956. Ese año el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser nacionaliza el canal de Suez, desafiando la autoridad de las potencias centrales europeas en un antiguo territorio colonial. Francia y Gran Bretaña promueven la invasión israelí de Egipto, con el fin de pedir después la retirada de ambos bandos para «proteger el canal». Ante la negativa egipcia invaden ellas también este país, a pesar de las advertencias norteamericanas. En menos de una semana Estados Unidos impone el alto el fuego a ingleses y franceses. Se había acabado su protagonismo imperial (aunque no la intención de mantener una importante influencia regional, más o menos mancomunada, sobre todo en el caso de Francia).

19. El *desarrollo* estaba llamado a convertirse tanto en paradigma teórico como en el *leitmotiv* de las prácticas de intervención, un *concepto-talisman* válido para hacerse praxis inmediata, en cuanto que sentaría una de las cosmovisiones fundamentales del siglo XX.

Hay que considerar que Estados Unidos, tras parasitar las redes del imperio británico, pretendía consolidar su recién estrenada hegemonía mediante el apoyo a la *descolonización* para reafirmar su predominio sobre las antiguas metrópolis. Qué mejor complemento para esta política que una *estrategia del desarrollo* basada en una premisa tan elemental como que el Primer Mundo ha dejado de ser el devastador de las sociedades del Sur; para convertirse en su principal aliado en el camino al desarrollo.

De esta forma Estados Unidos utilizará en adelante la descolonización y la planificación del desarrollo como fuente de legitimidad política y como contención del creciente malestar mundial por las hirientes desigualdades entre sociedades, tanto como al interior de ellas. Ver para mayor explicación de todo esto y bibliografía al respecto, Piqueras (2008).

20. Las formaciones de la periferia capitalista comenzaron a ser designadas como *subdesarrolladas* a raíz del informe que la ONU realiza en 1951 (*Medidas para el desarrollo económico de los países subdesarrollados*), dejando las puertas abiertas para que al ser tratadas como incapaces de avanzar por sí mismas, quedaran sometidas a la intervención de las formaciones centrales.

de intereses a escala estatal a partir de grandes organizaciones que representan coaliciones de fuerza, suprasectoriales, de actores cohesionados en torno a incentivos y elementos ideológicos expresos, que tratan de articularse en programas de actuación económica y sociopolítica convergentes (Alonso, 1999)]. En adelante, las *relaciones laborales* pasan a ser una cuestión de Estado y no ya privada. Lo que significa también que el MO incidirá en la estructura política en gran medida como un grupo de interés organizado, en dinámicas de negociación y de conciliación de intereses contrapuestos. Se sitúa, de esta forma, en el ámbito general del macrocorporatismo, propio de las formaciones sociales centrales europeas de esta fase.<sup>21</sup>

Se produce, por tanto, la transición de las expresiones organizativas obreras a formas burocráticas, centralizadas.

Se trataba a la postre de «convencer» al Trabajo de que dejara de constituirse en agente antagónico mediante su incorporación al disfrute parcial de la riqueza social y el encauzamiento vigilado del conjunto de su vida, que pasaba a «asegurarse» por el Estado (seguridad colectiva como «seguridad social», según se vio en 4.1.).

La gran mayoría del Trabajo, incluso muchos de sus sectores más politizados, asumirá una vocación gradualista defensiva, basada en el logro táctico de mejores condiciones en los distintos órdenes (laboral, político, de la ciudadanía, del consumo...), que se aceptan como separados, sin proponerse ya una ofensiva integral, altersistémica. Lo cual se correlaciona con el ascenso del protagonismo de la *micropolítica* (la que está predominantemente centrada en la opción electoral o institucional dentro del orden capitalista —Introducción II, 4.C.—), en las estrategias degradadas del Trabajo.

Se consolida con ello el sistema de partidos, que tiene en el bipartidismo su principal exponente keynesiano. Al actuar dentro de las coordenadas de la micropolítica, la parlamentaria, los partidos obreros dejan de tener como objetivo último la superación del orden capitalista, difuminan su origen clasista y se proyectan como «nacionales» o interclasistas, esto es, defensores del bien de todos. Al reconocerse entre sí dentro de un juego institucional e instituido, los partidos deslucen sus posiciones de principios, para asumir inclinaciones «centristas» y ganar votos, convirtiéndose en partidos «atrápalo-todo» a costa de su impronta ideológica. Los resultados electorales van constituyéndose en objetivo en sí mismo, con el correlato de la nueva dimensión que adquieren los aparatos electorales y la dependencia financiera que ello implica.<sup>22</sup>

---

21. Es por eso que la integración del Trabajo está vinculada a la mejora real de su acceso a los recursos sociales. A la elevación de las oportunidades de vida colectivas.

«Las luchas de las masas populares, que llevaron en forma lenta pero incesante a la extensión de los derechos de ciudadanía, hicieron comprender a los grupos dominantes que el Estado ya no podía seguir siendo interpretado como “comité administrativo” de la burguesía. Ésta pasó a recomponer su hegemonía, en un proceso que la llevó a la “politización” de la sociedad civil, “desplazando” la política a otros espacios, antes considerados como “privados”. Esta recomposición de la hegemonía [...] implicó que los límites entre lo público y lo privado, los roles políticos y los económicos y sociales, no constituyeron ya “fronteras” sino zonas de intersección entre el Estado y las organizaciones sociales. Surgieron las formas modernas de dominación, basadas en lo que puede denominarse como expansión molecular del Estado, en un redimensionamiento de su morfología, de su base histórica. El Estado capitalista se reestructuró a través de un proceso que asimiló el desarrollo complejo de la sociedad civil a la estructura general de la dominación» (Acanda, 1997: 68, citando a Portantiero. Aquel primer autor es imprescindible para entender las claves sobre la *sociedad civil* que en este libro sólo se han apuntado).

22. Incluso por doquier los Partidos Comunistas se van afirmando en la vía oportunista o de sustitución de la estrategia por la táctica, volcada hacia opciones reformistas.

Se recobra además la ilusión de la unidad obrera a partir de la pretendida unicidad del Trabajo, gracias a la apariencia de uniformización que propaga el prototipo del obrero industrial u *obrero-masa*.

Esto es así dado que prevalece en esos momentos un denominador común en los proyectos políticos de las «vanguardias» del Trabajo: su intento —en la teoría o en la práctica— de negación de la propia pluralidad del Trabajo y la desconsideración de las múltiples contradicciones que también le atraviesan, ancladas en la imaginaria política del tercer modelo de acumulación. La pluralidad realmente existente intentó ser «superada» mediante la centralización organizativa de las expresiones políticas surgidas de su seno, que se prepararon a partir de un cierto momento para concentrar sus esfuerzos en la esfera política con minúsculas (en sentido estrecho o meramente institucional-estatal), es decir, la identificada con el ámbito del poder también con minúsculas. Se descuidaba así el Poder con mayúsculas que era inherente al Capital: el dominio de su ley del valor, su capacidad de regular el metabolismo del cuerpo social en su conjunto, generando 'sus' propios individuos, su propia 'cultura' interna, sus propias formas de ver y entender el mundo, sus propios motivos y modos de vida y de acomodamiento (disciplinamiento) social (ver Introducción II, 4. C.).

En cualquier caso, en esta fase del Capitalismo Monopolista de Estado nos las vemos ya con un MO que comparte las estructuras burocráticas propias del corporativismo macrosocial y de su institucionalización como elemento de un Estado que adquiere la connotación de «Social». Y lo hace a través de una tercera generación de derechos, los socioeconómicos: vinculados a la producción (pleno empleo con el cortejo de derechos laborales asociados), y a la reproducción de la fuerza de trabajo (sanidad, educación, vivienda, infraestructuras...). Son derechos propios de un capitalismo ya basado en el consumo de masas, que tiene en el Estatuto del Trabajo el eje articulador del Estado Social.

Al organizarse para la contienda en esos límites estrechos, las expresiones políticas del Trabajo adoptaron las formas y estructuras del adversario. En contrapartida, posibilitaron un creciente poder social de negociación del salariado, que fue limitando la tasa de ganancia capitalista al aumentar relativamente la parte del capital variable en la composición orgánica del capital. El Trabajo conseguía un progresivo aumento de la distribución de la riqueza social.

La otra gran vertiente de integración del Trabajo en las formaciones centrales vendría dada por el desarrollismo-consumismo, asociado al capitalismo keynesiano de consumo de masas, y se tradujo por la complicidad creciente del Trabajo en el ciclo de acumulación del Capital (producción-consumo-producción), en el que todos los aspectos de la Vida quedan subordinados a la mercantilización.<sup>23</sup> La necesidad para el Capital de acelerar los tiempos de realización de la plusvalía a través de la venta hacen del *consumo continuo* una forma de vida, un estimulador del rendimiento laboral, un vehículo de integración cuando no cooptación sociopolítica, y un discriminador de estatus sin igual (con productos diferenciados no sólo para cada clase social sino para cada segmento de clase).<sup>24</sup> Convertido en sinónimo de calidad

---

23. Adquiere definitiva importancia, así, la *explotación cualitativa*: el Trabajo está cada vez más dispuesto a colaborar en su propia explotación. Incluso a intensificarla.

24. El desafío para el capitalismo de consumo sería en adelante cómo transformar la ética del trabajo en una *ética del consumo*. Durante todo el siglo XIX y hasta casi la mitad del XX, el autoconsumo tuvo más peso que la mercantilización en las formas de vida y en la reproducción social. Esto comportaba una acumulación incompleta, realizada sólo en función de la producción de medios de producción y un escaso número de medios de consumo. El modo de vida del Trabajo era simplemente

de vida, en *desideratum*, la realización personal queda más y más vinculada al *consumo continuo*.

El hecho de que el Trabajo accediera a la propiedad de cada vez más bienes de consumo duraderos, hacía eclipsar su desposesión vital: la de los medios de producción.

Es la subsunción real del consumo al capital o subordinación del Trabajo no sólo en la producción sino también en el consumo (depende ahora para vivir no sólo de vender su fuerza de trabajo al Capital, sino también del entero consumo de su vida —para consumir su vida consumiendo o produciendo sin fin para consumir—).

Con ello se completa la

sustracción del ocio obrero

Toda la vida supeditada y también *dedicada* al ciclo de acumulación del capital.

A través del *consumo continuo*, junto a la cobertura de necesidades básicas o bienes preferentes por parte del Estado, se generan también extendidos procesos de desclasamiento afirmados por la expansión de la ideología de la «clase media universal». Esto es, se da una

sustracción de la conciencia obrera

Esto implica que en adelante cada vez más la opción individual, con su correlato socio-psicológico y cultural, «el individualismo», que se basó en una pretendida autosuficiencia a través del salario (y, como se ha dicho, en la capacidad fehaciente de un consumo cada vez más distanciado de las necesidades primarias), fuera primando sobre las opciones y planteamientos colectivos, deshaciendo así redes y tejido social elaborado secularmente para la mutua ayuda o autodefensa del salariado.

El salario indirecto y la elevación de los salarios reales fueron los más eficaces integradores del Trabajo.

También sirvieron de base para su atomización en individuos. El desclasamiento o predominio de la ideología de la *clase media universal* anejos a todos estos procesos, se expresó en la generalizada aspiración a dejar de ser «clase trabajadora». Especialmente

---

*condicionado*, pero no *integrado* en la lógica mercantil. Integrar la lógica mercantil en la demanda social supuso crear una potente industria de la publicidad. Esto implicaba vencer la resistencia a la austeridad, al puritanismo, a las formas tradicionales de consumo, al ahorro «excesivo», a la culpa por la compra. Esta era la misión socio-psicológica de la nueva industria de la investigación y promoción de mercados. A partir de los años veinte del siglo XX en EE.UU. se desata toda una campaña organizada para acabar con el puritanismo y el antiderroche derivados de la ética protestante del trabajo y el ahorro. Se trataba ahora de imponer una nueva cultura narcisista / permisiva con el derroche / individualista. Llegándose a dar sentido patriótico al hecho de consumir («productos nacionales»). Se consagraba así el *consumismo* como nueva ética del capitalismo (ver para lo dicho aquí, Alonso, 2005. También Bauman, 2000).

La *abundancia* (la que se llamó «sociedad de abundancia»), procuraba por sí misma la legitimación del orden social capitalista, a través no sólo de la aparentemente infinita capacidad de consumir, sino del permanente ejercicio del acto del consumo. Esto daba la «ilusión» de satisfacción de necesidades, cuando precisamente la ganancia capitalista se basaba en la continua renovación o creación de necesidades. El nudo central de estos temas fue objeto de dedicación de la Escuela de Frankfurt (quizá la obra principal al respecto fuera la de Marcuse, 1993), que denunció el proceso de *individuación* autocentrada, insolidaria y egotista, que iba aparejado a aquella dinámica (ver, más adelante, notas 35 del cap. 5 y 21 del cap. 6).

depositada en la siguiente generación, esta fe en el ascenso social llevó a aumentar enormemente la «inversión» en educación de las nuevas generaciones, haciendo adquirir al sistema educativo superior una dimensión hasta entonces desconocida.

Los desafíos a todo este espejismo keynesiano se darían a través de la irrupción de otros tipos de sujetos del Trabajo, por mor de ciertas contradicciones y fracturas que se fueron haciendo más visibles y/o cobrando existencia política, como la de género<sup>25</sup> o las étnico-nacionales, las procedentes del modelo desarrollista-militarista, las que suscitaba la depredación de la Naturaleza e incluso las que provenían de la división internacional del trabajo, asumidas todas ellas como «inevitables» en el pacto de clase keynesiano. Fracturas que darían origen a los llamados «Nuevos Movimientos Sociales» (NMS), que cobraron vida e incidieron fundamentalmente en la esfera reproductiva o circulatoria, con su repolitización de lo social y su atesoramiento de horizontalidad y de altos niveles de democracia interna como claves organizativas. Introdujeron en las agendas sociales y también políticas la pugna por una cuarta generación de derechos (ecológicos y de realización de la persona e identitarios) y tuvieron su eclosión o al menos su repercusión más acusada a escala mundial justo en la primera fisura en la línea de crecimiento glorioso del sistema, en el 68.

El enfrentamiento a los múltiples poderes en que se sustenta el Poder, el logro de un ocio liberado o la liberación del consumo mercantil, la emancipación del *yo sujetado* al ciclo productivista, la afirmación identitaria colectiva e incluso la integración del Trabajo exógeno como reivindicación de los colectivos sin voz, en cuanto que objetivos de estos NMS, les alejaría casi siempre, sin embargo, de la intervención en torno al poder central en la sociedad capitalista, el que pone todos los otros poderes al servicio del Capital: el Poder de clase.<sup>26</sup> Centrados fundamentalmente en la esfera de la Reproducción o Circulación, desatendieron igualmente la de la Producción.

El estado de cosas descrito es atravesado por unas u otras semiperiferias y periferias con diferencias notables entre ellas en el tiempo. Debido a la endeblez de sus posibilidades redistributivas y, en general, a su mayor carencia de mecanismos de legitimación, el Capital se ve forzado en ellas a mantener su expresión dictatorial por más tiempo, o incluso a recuperarla cuando las circunstancias lo aconsejan.<sup>27</sup>

---

25. Probablemente es la lucha de las mujeres y sus conquistas como Trabajo generizado las que más han marcado la ruptura del siglo XX con respecto a la usurpación de oportunidades de vida al interior del Trabajo. Emancipación de género que intenta abrirse paso muy dificultosamente primero en las formaciones centrales y todavía con más obstáculos en el resto de formaciones sociales del planeta.

Hasta la irrupción del feminismo como un movimiento consolidado a mediados del siglo XX, solamente el *movimiento comunista* del Trabajo planteaba la desigualdad de género como un asunto político, y nada más él reconoció la interrelación entre las diversas formas de dominación y explotación (sobre todo de clase, género y colonialismo). El feminismo, sin embargo, pondría en primer plano la desigualdad de género, chocando con frecuencia por ello, con el movimiento comunista, que a menudo la veía subsumida en la fractura de clase.

26. Tal poder está instituido o condensado como poder de Estado (Introducción II). Por eso *defenestrarle no es condición suficiente, pero sí necesaria* para transformar el orden social capitalista.

27. La derrota de las sociedades semiperiféricas europeas quedó sedimentada a sangre y fuego por décadas. Las dictaduras fascistas más largas de todo el siglo XX se impusieron a Portugal y España como primeras víctimas de la Guerra Fría. Efectivamente, España, junto con Portugal, fueron las únicas formaciones sociales que tras finalizar la II Gran Guerra en Europa, permanecieron con sendas dictaduras fascistas. Si durante la Guerra Civil española, Francia y sobre todo Gran Bretaña habían colaborado con la caída de la II República, tras 1945 se unirá a ellas EE.UU. para impedir a la Península Ibérica liberarse del fascismo (al frenar los planes de la resistencia republicana, y europea en general, tras la liberación de París), estableciendo un cada vez más estrecho vínculo con Salazar y

América «Latina» había experimentado en el periodo bélico de las potencias centrales una activación de sus mercados internos, gracias a las necesidades de materias primas por parte de aquéllas. Lo que elevó los precios de las mismas, produjo una creciente demanda de mano de obra y el consecuente aumento de los salarios, que en conjunto permitió el surgimiento de regímenes populistas o nacionalistas con cierto respaldo de masas.

Procesos que no tardan en invertirse cuando la reordenación económica mundial golpea de nuevo al subcontinente. Entonces el Estado deja de lado su apenas estrenada atención a la demanda y comienza una nueva escalada represiva. Las burguesías centrales y periféricas estrechan aquí sus lazos ante el miedo común a «lo popular» y muy especialmente cuando ese ente para ellas inquietante ha adquirido carácter de combatividad socialista (en su forma organizada marxista) (Marini, 1978).<sup>28</sup>

Franco, a quien Eisenhower abrazaría en su «emotiva» visita a España en los años cincuenta. Eso no fue óbice para que las potencias «democráticas» condenaran a la sociedad española al ostracismo respecto de la ONU y a más de 20 años de casi autarquía. Siempre se miraría con miedo la posible insubordinación de los pueblos ibéricos, y no se perdonaría la protagonizada en los años treinta. Como no se perdonó a Grecia su intento de ruptura con el orden capitalista, dándose la intervención militar anglo-norteamericana, que reinstauraría la forma monárquica de gobierno en los años cuarenta. Tampoco se perdonó a Yugoslavia que consiguiera esa ruptura (hasta que no la descuartizaron EE.UU. y las potencias europeas, con Alemania a la cabeza, no quedaron satisfechas).

Para Italia se preparó un modelo sui generis de «partido único» (la Democracia Cristiana) que duraría casi todo el resto del siglo XX, al tiempo que se levantaba un entramado paraestatal mafioso que tuvo como primer encargo combatir el movimiento del Trabajo organizado. En Italia, «la política norteamericana entrañaba reavivar la autoridad conservadora, incluido el poder social de la Iglesia, y romper la unidad del movimiento obrero. Significaba un sistema represivo de relaciones laborales: de 1948 a 1955, la productividad subió un 100 por 100 en Italia, mientras que los salarios subieron sólo un 6 por 100. Los votantes del PCI, entre una quinta parte y una tercera parte del electorado nacional, fueron excluidos permanentemente del sistema de gobierno [...] la industria italiana pudo seguir así una política económica basada en un consumo interno bajo, salarios bajos y relaciones laborales autoritarias. Al terminar la guerra, la sociedad italiana mostraba la movilización democrática más impresionante de la Europa occidental. En el decenio de 1950, sin embargo, el movimiento obrero italiano se encontraba entre los más débiles de Europa» (Eley, 2003: 302-303).

Sin embargo, debido a las propias condiciones de su regulación política, en Italia no se pudo trasladar el macro-corporatismo al nivel de empresa, razón por la que estuvo sacudida desde los años sesenta por un reguero de protestas laborales (es imprescindible para seguir el caso italiano y su vinculación con el movimiento comunista internacional, la lectura de Magri, 2010).

Todo ello lo había expresado con meridiana claridad en la formación estatal española un prohombre del franquismo al emprenderse el Plan de Estabilización (1959): «en España no podrá haber democracia hasta que la renta per cápita no supere el listón de los 6.000 dólares» (esa renta era a la sazón de alrededor de 3.400 dólares, y curiosamente, no se llegaría a los 7.000 dólares per cápita hasta los años setenta —todo según dólares internacionales de 1990, Maddison, 2002: 276—).

28. Aquí las expresiones del Trabajo como sujeto han combinado en un relativamente breve lapsus las formas ofensivas propias del Trabajo organizado en el Capitalismo Liberal Competitivo (CLC) y el Capitalismo Monopolista Privado (CMP), con las formas crecientemente burocratizadas del Capitalismo Monopolista de Estado (CME) de las formaciones sociales centrales.

Al tiempo, comienzan a manifestarse nuevas formas de las *luchas de clase* en su expresión indígena y campesina (o indígena-campesina), contra la usurpación de tierras, desalojos, atropellos y su humillación como fuerza de trabajo y como seres humanos ajenos a cualquier consideración de «ciudadanía». Se están gestando los embriones de lo que más tarde serán nuevos sujetos indígenas, y se forzarán, como intentos de prevención, contención o asimilación de los mismos, las *políticas indigenistas* de diferentes Estados americanos.

No pueden evitar éstas, sin embargo, que a caballo entre el CME y su rompimiento en forma de capital globalizado (CMT) se afiance el *indianismo* como proyecto político autónomo de los sujetos indígenas, que desaffan su integración en la sociedad dominante y recuperan al menos en parte la

Efectivamente, ante la imposibilidad de la importación de la «paz keynesiana» (dado el estancamiento de la *opción reformista* en formaciones sociales en las que el equilibrio entre asalarización de la población y ejército de reserva o *movilidad absoluta*, se mantiene en el tiempo —Dierckxsens, 2011—), las respuestas populares, que aglutinan a amplios sectores del Trabajo, no se hacen esperar, en forma de organizaciones políticas y militares y el desatamiento de guerrillas, de marcado corte leninista o maoísta en uno u otro caso, en un subcontinente que cuenta con una larga, profundamente arraigada e intensa lucha popular armada.<sup>29</sup>

Por su parte, como se apuntó más arriba, las formaciones periféricas de África, Asia y Pacífico, adquieren su «independencia» bajo la orientación del desarrollismo-populismo. En ellas se han producido movimientos de liberación-independencia que intentan una primera descolonización (o independencia formal política) e incluso en algunos casos la segunda independencia (la económica, en un intento de quemar etapas). Éstos a menudo están inspirados por la revolución soviética, ya sea dirigidos por el partido único (China) o en coalición (Argelia). Al final del ciclo emprenden este proceso otros países africanos como Angola, Mozambique, Cabo Verde o Guinea Bissau, fruto de la tardía descolonización portuguesa. Representan una nueva versión: la de los movimientos político-militares frentistas.

Pero la casi totalidad de las formaciones periféricas no pudo librarse de la *sobreexplotación*, como la versión o característica dominante del capitalismo dependiente. Sigue predominando allí la explotación extensiva<sup>30</sup> de la fuerza de trabajo frente a la explotación intensiva que estaba ganando más y más terreno en las formaciones centrales (indicando en éstas el aumento de la productividad del trabajo o fase de alza en el ciclo de acumulación).

---

clave histórica de su lucha: *ser* más allá del mundo capitalista. Generadores de su propio discurso, los sujetos indígenas reintroducirán el elemento étnico (que se pretendía disuelto) en la *lucha de clase*. Si bien es cierto también que a menudo se desconsideran a sí mismos como parte del tablero de las luchas de clase.

29. Se produce a partir de la mitad del siglo XX una proliferación de las expresiones armadas del Trabajo, en forma de guerrillas, Frentes, Ejércitos del Pueblo, comandos urbanos, etc.; esta vez ya con el referente de la revolución cubana, triunfante cuando finalizaba la década de los 50. Plantean la toma del poder institucional mediante vías o estrategias como el foquismo (predominantemente militar), la guerra popular prolongada (militar con trabajo político comunitario), la vía proletaria (predominantemente política, con apoyo de la lucha armada), o la tercerista (levantamiento insurreccional masivo, pero como fruto de la previa penetración política de la población).

El objetivo predominante es la segunda descolonización, hasta el logro de sociedades que comienzan a construir el socialismo. Para ello se contempla como ineludible la toma del poder político. Los sujetos colectivos con carácter transformador en ese contexto geopolítico e histórico son predominantemente *sujetos armados*.

30. La explotación extensiva se realiza a través de tres procedimientos: a) por aumento de la duración de la jornada de trabajo; b) por el incremento de la intensidad del trabajo sin elevación equivalente del salario; c) por la reducción del fondo de consumo del trabajador —conseguido también a través de la caída del valor de las mercancías que necesita para su supervivencia— (Marini, 1985; Martins, 2000). El capitalismo dependiente combinará estas tres expresiones de la explotación extensiva, mientras que en su conjunto el capitalismo histórico ha ido configurando un sistema articulado de relaciones de producción capitalistas, semicapitalistas y precapitalistas, vinculadas entre sí por relaciones capitalistas de intercambio y dominadas por el mercado mundial capitalista (Mandel, 1979: 49), que, como anticipara Trotsky (1933), dan origen a un *desarrollo desigual y combinado* de las diferentes formaciones sociales (Novack, 2012, profundizaría después en este concepto).

#### 4.4. El nuevo gran cortocircuito en la dinámica de reproducción del capital

El cierre de este modelo en las formaciones sociales centrales viene de la mano de un conjunto de circunstancias que brotan de la herida que acompaña al capitalismo histórico, a la manera de enfermedad crónica de la que no puede escapar y que está en la base de sus *crisis de valorización*. La automatización o, en general, la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas, es consustancial a su dinámica de acumulación (también es la responsable de la permanente dilución de las relaciones sociales y de las estructuras creadas que conlleva este modo de producción, obligado a trastocar constantemente las formas de vida social). Esta tendencia a la automatización presenta además diferentes procesos contradictorios:

1. Por una parte y en general, la automatización tiende a la mayor utilización de (e innovación en) tecnologías intensivas en capital, o lo que es lo mismo, a una menor utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido y en suma reducir el trabajo vivo en la producción directa y a reestructurar las cualificaciones de la fuerza de trabajo. Proceso que lleva implícitos:

a) La desvalorización de la fuerza de trabajo, sustituyéndose el saber obrero por la máquina.<sup>31</sup>

b) Una tendencia *estructural* hacia la eliminación de empleos.

c) Un crónico proceso de sobreacumulación de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar.

Según aumenta para el capital social global su composición orgánica y técnica, aumenta también con ello la tasa de plusvalor (mayor va siendo la proporción del *trabajo excedente* frente al *trabajo necesario*). Pero no aumenta en cambio la *masa total de plusvalor* en la misma proporción. Esto es así porque el trabajo necesario (el que al trabajador se le paga para reproducir su fuerza de trabajo) que resta por capitalizar va disminuyendo drásticamente según avanza esa inversión y composición orgánica del capital. Dicho de otra manera, el *trabajo necesario* disminuye en la misma dimensión que crece el *trabajo excedente* (es decir, el que trabajan los productores exclusivamente para la ganancia de quienes compran su fuerza de trabajo). Pero conforme disminuye ese trabajo necesario es más costoso apropiarse del poco que va quedando (Grossmann, 1979; y GPM, 2003 y 2011, que se reclaman de la línea de investigación del primer autor).

Esta es, como anuncia el punto c, la raíz de la sobreacumulación (exceso de capital por unidad de valor que se es capaz de generar).

Con ello la Tasa General de Ganancia Media desciende, independientemente de que unos determinados capitalistas puedan aumentar su tasa de ganancia (ver para una explicación un tanto más pormenorizada de estos detalles, Piqueras, 2011c).

2. Por otra parte, y consecuentemente con el desarrollo tecnológico, se desata una feroz batalla en torno al I+D, que deviene cada vez más onerosa, dado que la rápida caducidad tecnológica no permite la satisfactoria amortización del capital invertido. Esto es, la obsolescencia tecnológica lleva a la depreciación del capital en un tiempo más

31. La ciencia, y el conjunto del conocimiento social, va más allá del trabajo colectivo para establecer el trabajo universal, que se acumula infinitamente a través de generaciones, configurando un stock de conocimiento gratuito que interviene crecientemente en la producción y que es apropiado de forma privada por el Capital (ver al respecto, Martins, 2009): esta es la base del «capitalismo cognitivo» que se desarrollaría enormemente con posterioridad.

corto, lo cual aumenta los costos de producción (sobre estos puntos Introducción II, 4.D. Veremos también más tarde sus consecuencias en apartado 5.1. del cap. 5).

El conjunto de factores descritos quedaron más o menos «ocultos» ante la concatenación de interferencias económicas que se manifestaron de forma más visible y que desbarataron el delicado mecanismo de relojería keynesiano.

Efectivamente, con los sustanciales y acelerados aumentos de productividad, cada vez fue más difícil mantener el principio keynesiano del pleno empleo (sencillamente no se necesitaba ya tanta mano de obra), ni tampoco siquiera la vinculación de los salarios a la creciente productividad. El complicado juego de piezas del keynesianismo no se podía permitir que ninguna de ellas fallase, pues arrastraba a todas las demás.<sup>32</sup>

La decadencia de ese mecanismo fue acompañada por el aumento del poder social de negociación del Trabajo y con él su capacidad para obtener más parte del total de la plusvalía generada. Aumentaba también su potencialidad de frenar la intensidad en el trabajo (menos trabajo, mejores condiciones laborales...). Además, el incremento de la renta de los asalariados exigía una mayor diversificación del consumo, debilitando el rígido esquema fordista de producción. Para colmo el Estado había comenzado a sobrepasar su papel de «agente intermediario» para erigirse en agente económico activo de primera instancia, dedicándose a la producción de los bienes públicos demandados por la sociedad y «transgrediendo» con ello el terreno del capital privado, que veía así cómo se le arrebatava un campo de ganancia cada vez más grande: lo público.

En adelante, recuperar ese espacio se convertiría en una de las principales obsesiones del capital privado.

Por otra parte, el sistema de Bretton Woods se tambaleaba desde que EE.UU. se había hecho deficitario frente a las otras dos potencias económicas. Pero no sólo, se había convertido también en un deudor general desde el momento en que su capacidad de imprimir su dinero a voluntad como moneda de cambio mundial había excedido su capacidad de respuesta mediante sus propias reservas, y desde que había inundado de dólares las economías europeas para pagos e inversiones y éstas habían empezado a reclamar una parte creciente de esos pagos en oro. A pesar de las presiones en contra por parte de sus más destacadas élites, la principal potencia tuvo que hacer frente en cierta medida a esas demandas (en 1961 su reserva de oro había descendido al 43 % del total mundial, y en 1968 ya sólo era del 26 %). Cada vez le resultaba más difícil mantener el cambio fijo. Cada vez era más complicado también, por tanto, mantener el plan estratégico de la postguerra entre las principales potencias de la Tríada (EE.UU., Alemania y Japón) (apartado 4.2.).

Por último, la Tercera Revolución Tecnológica se había generalizado, pasando de ser, congruentemente con el punto 2 recién enunciado, una fuente de beneficios a una causa de sobreproducción y aumento de la competencia. La subsecuente presión a la baja de la rentabilidad terminaría por desincentivar la producción.

En consecuencia se dio una menor relación producción/capital, un significativo declive de la tasa de aumento de la inversión, y con ello del crecimiento de la producción.

---

32. Si la productividad crece por ejemplo un 5 %, y si ni la jornada de trabajo ni la eficiencia del mismo se modifican, la producción ha de crecer al mismo nivel para mantener el empleo. Pero para ello el consumo se ha de intensificar o digamos que el conjunto de la vida ha de hacerse cada vez más compatible con el *consumo continuo* (ver Anisi, 1995). Y así se hizo hasta donde se pudo. Pero a la postre el consumo se mostró incapaz de seguir el ritmo requerido por la producción capitalista.

Lo que a su vez es causa principal del menor aumento de la productividad y un factor decisivo en el aumento del desempleo, que al tiempo explica la merma en el aumento de los salarios reales.

A este deprimente círculo económico se vino a añadir, para remate, el primer «shock petrolero» o ecológico, en 1973, por la retirada del suministro de esta fuente energética a las formaciones sociales centrales por parte de los principales productores de petróleo del Golfo arábigo. Esta conmoción energética tendría una réplica en 1979, tras la revolución iraní.

Ante tamaño atolladero, los mecanismos anticíclicos keynesianos perdieron gran parte de su utilidad.<sup>33</sup> Se empezaban a dar, así, las condiciones propicias para abrir el camino a iniciativas de represión de la demanda y regresión fiscal, combinadas con políticas recesivas y de control del déficit y de la inflación, así como de fomento de la financiación privada. Serían las que presidirían en adelante por doquier las estrategias de gobierno del Capital.

Es decir, estamos ante la que sería una nueva intervención masiva del Estado en favor de una acumulación capitalista que (de nuevo) no mostraba fuelle por sí misma. Pero ahora esa intervención se realizaba, con todo tipo de medidas, del lado de la oferta.

Para encastrar todo ello de forma más o menos coherente había que buscar un nuevo modelo de crecimiento que significara una ruptura de los «pactos de clase» en las sociedades centrales, y se amparara en una nueva doctrina político-económica. De esta forma cobraría vida el *neoliberalismo*,<sup>34</sup> iniciándose una nueva Estructura Liberal de Acumulación (ELA), que si bien ha dejado muchas dudas sobre su capacidad de generar acumulación sostenida, sesgó drásticamente la distribución del plusvalor en favor del Capital y propició una enorme concentración de la riqueza, para compensarle así, de alguna manera, de la falta de rentabilidad productiva. No hubo que esperar mucho para evidenciar los resultados procíclicos que entrañaba, más allá de las devastadoras consecuencias sociales.

Pero aquella estructura no podría implantarse sin una previa ofensiva en todos los frentes y a escala planetaria contra los sujetos y los logros del Trabajo. Una vez más el capitalismo iba a mutar a una nueva *forma*. Una vez más, también, la *violencia* se erigió como una entidad económica por derecho propio y se patentizaba que con cada grave crisis de acumulación el Capital inicia un nuevo ciclo de «acumulación primitiva», es decir, una drástica recomposición del dominio de clase y la consiguiente reestructuración social y económica, que tiene en la expropiación uno de sus principales ejes de plasmación.

---

33. La gestión keynesiana de la demanda con creciente endeudamiento público, así como estímulos fiscales e ingente cantidad de crédito a disposición de empresas y familias para sostenimiento del poder de compra, conservaba la economía en marcha, pero aumentaba al tiempo el exceso de capacidad del sistema, manteniendo al capital menos competitivo y obstaculizando la recuperación de rentabilidad.

Como consecuencia, la acumulación de capital en forma de instalaciones, equipo y software siguieron menguando, y con ello se frenó también el aumento de los salarios y del gasto social.

34. Una vez mostrado el fracaso histórico del liberalismo, sin embargo, esta nueva irrupción de esa doctrina no podría calcar las políticas anteriores a la constitución del Trabajo como sujeto histórico, ni tampoco las previas al papel regulador social del Estado. Aprovecharía más bien el remanente del Estado keynesiano para favorecer ante todo el lado de la oferta, es decir, al propio Capital. Para ello se valdrá de su transnacionalización o, podría decirse también, de la mundialización de su ley del valor.

En realidad, como ha apuntado algún autor, el neoliberalismo vendría a suponer el discurso triunfalista de la degeneración financiera, parasitaria, del capitalismo keynesiano.



## Capítulo 5

# Capitalismo Monopolista Transnacional (CMT). Quinto modelo de acumulación-regulación

La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, por tanto todas las relaciones sociales [...] El permanente trastocamiento de la producción, la ininterrumpida conmoción de todas las circunstancias sociales, la eterna inseguridad y el movimiento destacan a la época burguesa de todas las anteriores. Todas las antiguas relaciones y circunstancias que parecían fijas, con su séquito de viejas y venerables ideas y concepciones, se vuelven pronto oxidadas, todas las recién formadas quedan anticuadas antes de poder anquilosarse. Todo lo estamental y establecido se disipa, todo lo santo se profana, caen todas las murallas chinas... Todo lo sólido se desvanece en el aire.

KARL MARX, *El manifiesto comunista*

El quinto modelo de crecimiento, *neoliberal globalizador*, es el propio de la fase transnacional del Capital Monopolista (segunda mitad de los años setenta del siglo XX hasta, quizás, poco antes de la actualidad). Se configura a partir de la búsqueda de salida al rebrote de la sobreproducción y el consiguiente atolladero histórico del keynesianismo. Conlleva la incardinación de las finanzas y la industria y se basa ante todo en una reestructuración del poder de clase u ofensiva general del Capital (coordinado en gran medida por primera vez como *sujeto* a escala global a pesar de que acentúe también la competencia entre sí). Ofensiva económica, política y militar, para recuperar tanto su tasa de ganancia como su parcialmente perdida capacidad de disciplinamiento del Trabajo. En ese proceso, el Capital rompe las barreras estatales de regulación social de la producción y de la distribución en que se hallaba relativamente confinado en la anterior expresión de capitalismo monopolista de Estado, y tiende a buscar el *espacio global*, aunque siga necesitando del Estado para su reproducción y expansión (con lo que se recrudece el papel del mismo como garante de la oferta, y por tanto como represor del Trabajo: esto es, se acentúa de nuevo su carácter de clase —abriendo con ello posibles fisuras en el entramado de legitimación—).

Esto quiere decir que el «pacto de clase» keynesiano deja de tener valor para el Capital, por lo que en adelante emprende un modelo de desregulación social (o regulación unilateral, realizada en exclusiva por él a través del Mercado y el Estado neoliberal), que conlleva consustancialmente la institucionalización de la precariedad y el miedo laboral (Bourdieu, 2001), o lo que se ha llamado también «economía política de la inseguridad» (Beck, 2002). En su primera subfase (hasta los años noventa del siglo XX) se consolida la *explotación cualitativa* o máxima implicación del Trabajo en su propia explotación (*para dar lo más posible de sí mismo*), y su autocontrol a través de labores rotativas y en equipos por objetivos (toyotismo), que se combinará con expresiones de un «fordismo disperso» cobijadoras de formas tylo-ristas y pretayloristas de organización de los procesos productivos, trasluciendo una combinación generalizada de logro de plusvalía absoluta y relativa.

Se acentúa la proletarianización de poblaciones en las formaciones periféricas, como continuación de la *movilidad absoluta* de la Humanidad en el capitalismo histórico. Movilidad absoluta que adquiere una nueva forma y dimensión con la reincorporación del Mundo Socialista al sistema capitalista. Unos y otros procesos provocarán también, en consecuencia, mucha mayor facilidad para activar formas de *movilidad relativa* del Trabajo, parejas a la multiplicación de desplazamientos del propio capital.

Se alcanza así la *globalización total* o completud de predominio de la ley del valor capitalista a escala planetaria.

Esto concurre con el desarrollo de la Cuarta Revolución Industrial, que combina rápidos avances en la informática, la microelectrónica, la biogenética y la robótica.

A pesar de ello, se profundiza la utilización del petróleo y la energía nuclear y, en general, de los recursos fósiles y minerales, en una «orgía extractiva» que ni tuvo ni podrá volver a tener parangón.

## 5.1. La dinámica de reproducción del capital

Los años setenta ofrecieron un contexto de tasas de cambio flotantes, reciclaje de petrodólares (los que habían acudido a los principales países extractores de petróleo, que los devolvían hacia la Banca y las finanzas de las formaciones centrales y muy especialmente de EE.UU.), continuación de la militancia organizada del Trabajo y una suave política monetaria. Pero la principal potencia capitalista sufriría una inflación de doble dígito al final de esos años, la declinación del dólar y la pérdida de grandes sumas de capital hacia otros lugares para su valoración.

Es por eso que al final de esa década dará un giro para hacer valer su carácter de imperio mundial, a través de lo que se ha conocido como «shock de Volcker» (entre 1979 y 1982), en referencia al entonces director de la Reserva Federal, quien va a tener un gran protagonismo en la consolidación de la *infraestructura de la especulación*, cuyo inicio se dio en 1971 con la pérdida del patrón oro.<sup>1</sup> Se fija como principales objetivos limitar el crecimiento de la oferta de dinero y la elevación de las tasas de interés al nivel necesario como para revertir la inflación e impedir cualquier rebrote de la misma. La tasa de interés base de la Reserva Federal estadounidense escaló desde un promedio de 8 % en 1978 hasta alrededor del 19 % a comienzos de 1981, y no retrocedió a menos de dos dígitos hasta después de 1984. Todo ello acompañado de medidas de desinversión productiva o «enfriamiento» de la economía, encaminadas a provocar la recesión y con ella el debilitamiento de la fuerza colectiva del Trabajo y su poder social de negociación en torno al salario. En esa estrategia lo urgente era desmontar los dos mecanismos básicos del keynesianismo: el pleno empleo y la indexación salarial a la productividad.

De esa manera, además, se tendrían más posibilidades de conseguir aquel objetivo ya nombrado, que a partir de entonces sería incuestionable: rebajar la inflación. En el tipo de capitalismo que venía, tal objetivo se hacía vital para que el resultado de acreencias, especulaciones y rentas financieras no perdiese valor (la inflación, por sí misma, es un indicador de gran alcance para medir las luchas de clase en torno a la apropiación del producto social).

Todos estos procesos concatenados arrastraron un enorme flujo de capital hacia la primera potencia mundial,<sup>2</sup> fortaleciendo el dólar al tiempo que se elevaba la deuda

1. Se inicia así por parte de EE.UU. lo que ha sido llamado «imperialismo mediante deuda» (ver al respecto, por ejemplo, Hudson, 2003), o lo que sería también más tarde «imperialismo de tarjeta de crédito» (Mészáros, 2009). He descrito brevemente los pasos de esa *infraestructura especulativa* en Piqueras (2011b).

2. La inversión externa directa aumentó de 18.500 millones de dólares entre 1975-1978, a 22.900 millones de promedio entre 1981-1987, atraída por la seguridad comparativa, la liquidez y los altos

pública debido al gran incremento de los gastos militares llevado a cabo bajo la presidencia de Reagan y como consecuencia de la propia recesión inducida (que conllevaba aumento del desempleo y de las prestaciones sociales, a la vez que un retroceso de los ingresos fiscales).

El incremento en las tenencias internacionales de letras del Tesoro estadounidense altamente líquidas promovió el desarrollo masivo de los mercados secundarios en bonos. Lo que permitió a EE.UU. expandirse a costa de las reservas financieras mundiales.

La ingente masa de dinero privado creado, más el capital que afluyó a EE.UU. del resto del mundo se reinyectaba a las corporaciones empresariales estadounidenses, engrasaba el mercado doméstico a través del préstamo al consumo y financiaba los déficits del gobierno norteamericano (por la masiva compra de bonos del Tesoro). Permitía, además (dado que el déficit comercial no preocupaba, al ser permanentemente enjugado con el dinero exterior) una ciclópea demanda estadounidense suficiente como para mantener a flote las exportaciones netas del resto del mundo, así como la exportación de capitales desde EE.UU. para inflar burbujas en cualquier lugar del globo.<sup>3</sup>

---

retornos ligados a la participación en los mercados financieros estadounidenses y en su economía en general (en Panitch y Gindin, 2005: 63). En contra de las interpretaciones dominantes, estos autores sostienen que la financiarización económica estadounidense lejos de haber supuesto una ruptura con una supuesta fase anterior regulada, «keynesiana», encontraron en el periodo de postguerra las bases de posibilidad de esa expansión, dado que EE.UU. fue desde el principio una potencia imperial diferente al resto y se internacionalizó de diferente manera al tomar ella sola el peso de manejar el sistema capitalista como un todo, para hacerlo mundial. Ver también sobre el «shock de Volcker», Harvey (2007a).

El conjunto de las circunstancias que se describen permitió que Wall Street desplazara a la City londinense al tiempo que abría el camino a un nuevo tipo de capitalismo.

Sin embargo, el excesivo fortalecimiento del dólar perjudicaba gravemente las posibilidades exportadoras de la industria norteamericana, lo que terminó forzando el Acuerdo del Plaza en 1985, con Japón y Alemania, para la aceptación de la bajada del dólar. Los inconvenientes en esas economías capitalistas que ello acarreo obligó a su reestructuración (Alemania cada vez se apoyó más en el descenso del valor de su fuerza de trabajo y en su orientación a expandirse a su *hinterland* europeo, expansión que iría acrecentándose a partir de los años noventa, hasta que haría coincidir a aquél con toda la UE. Japón, en cambio, desprovisto de ese espacio económico circundante inmediato, optó por la inversión inmobiliario-especulativa, con las conocidas consecuencias recesivas de larga duración que tuvo su particular burbuja).

Finalmente, el deterioro de su situación económica condujo a mediados de los 90 a un Acuerdo del Plaza al revés, que hacía subir el dólar para dar oxígeno económico a esas economías y facilitar sus exportaciones a EE.UU. Esto dio el golpe de gracia a buena parte del sector industrial estadounidense, favoreciendo su entramado financiero y con él el «sistema de reciclaje del excedente global» que veremos a continuación —nota 96— (una excelente explicación de todos estos procesos, en Brenner, 2009).

3. Este proceso ha sido llamado por Varoufaquis (2012) «Reciclaje del Excedente Global». EE.UU. se expandía gracias al ahorro e inversión del resto del mundo, al tiempo que el resto de potencias capitalistas amén de otras economías, se beneficiaban del poder de compra de una formación socio-estatal despreocupada de sus déficits. En el momento álgido de este entramado, en 2005, el gobierno federal de EE.UU. alcanzó un déficit de 574 mil millones de dólares. Ese mismo año los consumidores y empresas norteamericanas absorbieron 781 mil millones de importaciones netas de capital (de 3000 a 5000 millones por día laborable llegaban a EE.UU. en los mejores años del Sistema de Reciclaje del Excedente Global, en el primer lustro de los años 2000). Casi el 70 % de los beneficios de los productores extranjeros de esos bienes regresaron a Wall Street (en Varoufaquis, 2012a y 2012b). La obra de este autor es de gran interés para entender la vinculación de las principales economías mundiales y cómo mantuvieron la dinámica de un sistema agotado. Lástima que Varoufaquis no toque ni de refilón las razones ni el papel de la caída de la tasa de ganancia media capitalista, es decir, lo relacionado con las causas profundas de ese agotamiento. «Descuido» que se compadece con el tipo de propuestas que realiza para que el capital pueda salir de la actual Gran Depresión.

Ese mismo entramado llevaría a EE.UU. a aceptar menos tasas de crecimiento a cambio de mantener bajas las tasas de inflación (como se ha dicho, este último objetivo crece en importancia en economías cada vez más financiarizadas, para evitar la depreciación del dinero y por tanto, de intereses y deudas).

En adelante el complejo financiero que se ligaba a Wall Street (con su crecimiento global, sus multidimensionales e innovadores lazos con los negocios y su absorción de los ahorros de las poblaciones mundiales) utilizaría su disciplina para romper en todas partes las barreras sociales a la acumulación capitalista, forzando la reestructuración neoliberal de otras economías y endureciendo las barreras contra cualquier intento de desligarlas del entramado financiero global creado desde EE.UU.<sup>4</sup>

La repetida provocación de crisis financieras iría encaminada precisamente a remover los obstáculos a los intereses de aquel entramado en unas y otras formaciones sociales. Al tiempo que el mismo fue el detonante del hundimiento del modesto contrapoder alcanzado por las periferias («crisis de la deuda del Tercer Mundo»).

A través de la creación de un gran número de instrumentos financieros llamados «derivados» se puso precio a las variadas dimensiones del «riesgo», multiplicando las formas de mercantilizar el dinero que podían ser empaquetadas y vendidas a una escala sin precedentes.

Fue así como, gracias al fortalecimiento estructural del complejo financiero, EE.UU. pudo reflotar el capitalismo global. La financiación exterior de sus déficits lejos de ser un signo de debilidad, evidenciaría su gran poder estructural en el campo de las relaciones financieras.

La nueva preponderancia norteamericana radicaría en adelante en su base tecnológica, la profundidad de sus instituciones financieras y los recursos que le afluirían debido a su papel imperial.

Las importaciones baratas (gracias a la previa devaluación del yen y el marco y a las exportaciones chinas), por su parte, contribuyeron a reducir el precio de la fuerza de trabajo y a obtener *inputs* tanto de baja como de alta tecnología, mientras que se mantenía baja la inflación.

Por otro lado, la intensificación de la ofensiva político-económica y militar contra el *Segundo Mundo* por parte del Estado líder capitalista (que estuvo desde el principio incardinada en el conjunto de procesos descritos) y las potencias centrales de imperialismo a él subordinado, acaba con el derrumbe de aquel Bloque-sujeto («Bloque Socialista»), y con él, del más importante intento de desconexión de la ley del valor del capital (intento que ya había mostrado también sus estructurales elementos de decadencia interna).<sup>5</sup>

A ello se suma el viraje chino hacia una economía de mercado a partir de la segunda mitad de los años setenta y la entrada de este gigante asiático en la OMC, en la última década del siglo XX. La universalización de la ley del valor del capital termina, así, de

---

4. Gowan (2009) da a este entramado el nombre de «Nuevo Sistema de Wall Street». En su trabajo ofrece seis características del mismo, que proporcionaron una integrada y compleja totalidad, que vino a desmoronarse en 2007-2008.

5. Es de gran interés consultar la obra de Batchikov, Glasev y Kara-Murza (2007), para calibrar las catastróficas consecuencias económicas y sociales de esa caída para Rusia, equivalentes a la que sufre un país derrotado en una guerra (como de hecho así fue). Para una visión en cierta forma coincidente, pero desde diferente perspectiva, Zinoviev (2000).

La caída de la URSS significó, asimismo, el golpe de gracia al «capitalismo social» en las formaciones centrales, así como el colapso del «capitalismo nacional» de las periféricas (la involución de todo el proceso de Bandung).

completarse, aunque sea de forma muy relativa y desigual, con muy diferentes expresiones de subsunción real y formal al capital de las numerosas poblaciones del planeta.

En realidad, esa integración siempre ha sido incompleta, tanto como inacabado o imperfecto es el «Sistema Mundial». Probablemente la incorporación de las ruinas resultantes de la desintegración del Segundo Mundo, supone un reto más complicado de lo previsto, a juzgar por los hechos y tendencias, el de alcanzar «la última frontera» para la expansión del capitalismo (ver la obra de Samary al respecto; por ejemplo, Samary, 2008). Junto a ello, no sólo persiste sino que aumenta la dificultad de integración capitalista de un buen número de periferias, que derivan hacia un «Cuarto Mundo», descolgado en grandes áreas internas de la ley del valor. Si ya de por sí hay muchos espacios sociales en el conjunto de las formaciones periféricas sólo indirectamente tocados por esa ley del valor (en una muy parcial *subsunción formal*), es muy posible que al menos en aquellas periferias «descolgadas» se afirme la tendencia a que las poblaciones consigan su reproducción social en buena medida fuera de la ley del valor capitalista.<sup>6</sup>

En cualquier caso, la incorporación de la *última frontera* no sólo afecta a la población y recursos del *Segundo Mundo* (especialmente como se ha dicho, China, además de la URSS y otros países del Este europeo), sino también de otras zonas de Asia, antes sólo parcialmente incorporadas, más ciertas de África, así como la fuerza de trabajo femenina mundial no incorporada anteriormente (sobre todo de las *periferias* del Sistema). Población, en su conjunto, que es incorporada como *trabajo exógeno*, fuera de la ciudadanía, con bajos o muy bajos derechos sociales y laborales que pudieran permitir atenuar su extra-explotación. Ingente «ejército de reserva» que recrea una *movilidad absoluta* y dispara exponencialmente a escala global la capacidad de sustitución de fuerza de trabajo, y con ello la pérdida de poder social de negociación del Trabajo en su conjunto. Todo ello refuerza la capacidad capitalista de dominación, con el consiguiente incremento general de la plusvalía a escala mundial y la proliferación de formas tyloristas y pretayloristas de (sobre)explotación del Trabajo, que se complementan con formas de neoservidumbre y neoesclavismo (Piqueras, 2011b).

Si la base energética del modelo sigue siendo petrolera y nuclear, el sustento tecnológico de esta expansión mundial y mundializadora del capital radica en las tecnologías de la informática, microelectrónica, la biogenética y la robótica (Cuarta Revolución Industrial). Frente a la electromecánica prevaleciente en la fase anterior, la microelectrónica procura tecnologías más flexibles, acopladas a las exigencias cambiantes de los mercados y también susceptibles de innovación permanente, haciendo de la competencia por «lo nuevo» su arma fundamental. Esa misma feroz competencia hace que los grandes conglomerados se vuelquen a monopolizar los mercados para controlar el flujo de innovaciones y nuevas mercancías, pactando entre sí cuando las circunstancias lo aconsejan.

En general, el intento de rebajar la composición orgánica del capital (del capital fijo, en este caso) introducirá la *sofwertización* como elemento punta de la industria en las formaciones sociales centrales más poderosas, con EE.UU. a la cabeza, al tiempo que se

---

6. En general, a escala mundial crece la población que va quedando desplazada del mercado capitalista, empujada a diferentes formas de subsistencia (o incluso imposibilitada de la subsistencia), obligada a recurrir y también a recuperar expresiones de mercado precapitalistas, e incluso fuera del mercado estrictamente dinerario (mediante la distribución o intercambio de valores de uso). Ya Fernand Braudel (1985) advirtiera de que el capitalismo es un sistema que termina corroyendo el Mercado, por más que haga gala de tenerle por eje rector. Mientras que Karl Polany (1989) gustaba más de hablar de *anti-economía* para referirse al incumplimiento de las funciones económicas de reproducción básica y de mantenimiento de la sociedad a que conduce la expansión capitalista.

produce un desplazamiento industrial a las periferias (a las que se lleva las fases productivas que requieren menor incorporación tecnológica). Con esto se da una reestructuración de las relaciones centros-periferias y ciertos trastocamientos en la división internacional del trabajo.<sup>7</sup>

La inclinación «pos-industrial» o «post-material» de buena parte de las formaciones centrales consigue sacar ventaja también de la plusvalía físicamente producida en las periféricas, a través del aprovechamiento de la brecha en el costo de producción proveniente de una fuerza de trabajo más barata, las economías de escala y el control de la tecnología punta (lo que permite al capital transferido a las periferias vender más barato que los competidores y al tiempo extraer alta plusvalía; plusvalía que también es «captada» tanto en los centros como en las periferias, a través del dominio de la infraestructura financiera internacional), así como los derechos de propiedad intelectual. Se aumenta, de esta manera, el carácter parasitario de esas formaciones sociales parejo a la simultánea aceleración y redistribución de las fuerzas productivas globales.<sup>8</sup>

Siguiendo la estela estadounidense el Estado experimenta en las formaciones centrales cambios importantes en cuanto a su papel. Renuncia al uso de los mecanismos keynesianos de demanda agregada, a las políticas de estímulo fiscal (substituidas por el equilibrio presupuestario), así como a la política monetaria inflacionista. Las consecuencias fueron una limpieza de capitales no competitivos y la eliminación parcial de la sobreacumulación en ciertos sectores. Pero al mismo tiempo esto disuadió de expandirse e invertir en otros.

El Estado se encargará de llevar a cabo, en cambio, una drástica reducción del salario social (pensiones, compensación por desempleo, seguros de incapacidad, subsidios a la educación). También propiciará que la financiación de los degradados servicios públicos recaiga sobre todo en el Trabajo, con una política fiscal crecientemente regresiva.

Además, cada vez más parte de los servicios públicos es transferida a empresas privadas, operando bajo cobertura contractual estatal (transporte, programas de bienestar público, educación y formación laboral, aprovisionamiento alimentario en las entidades públicas y en los centros públicos de enseñanza, labores de vigilancia y seguridad, incluso en la rama militar...). Igualmente, los recursos estratégicos, naturales y sociales básicos del Estado keynesiano, «soberano», son transferidos a grandes compañías privadas casi siempre transnacionales.<sup>9</sup>

---

7. Algunas de las formaciones sociales periféricas, aplicando políticas contrarias a lo estipulado por los cánones desarrollistas, han logrado convertirse en economías productivas de gran importancia. Cuando cuentan con una dimensión territorial continental o pseudocontinental, como es el caso de China, o en menor medida India o Brasil, pueden llegar a erigirse en rivales de consideración para las formaciones centrales. Aunque de todas sólo China ejerce como potencia no subordinada, con proyecto estratégico global propio (Rusia comienza a apuntar sólo recientemente un posible intento de sumarse en ese camino).

8. Es decir, que en buena parte el capital financiero(-especulativo) de las sociedades centrales «parasita» al capital productivo cada vez más trasladado a las periferias del Sistema. Pero al mismo tiempo, las principales economías productivas periféricas, en razón de su escasa demanda interna resultante de su crecimiento tremendamente desigual, dependen sobremanera de la exportación (alrededor del 30 % del PIB chino depende de ella —Villezca, 2008—), por lo que deben insuflar dinero al sistema financiero de las formaciones centrales (especialmente a Estados Unidos), a través de la compra de deuda pública, entre otras vías, para que les puedan seguir comprando.

9. Esto, junto a su renuncia a la soberanía monetaria y a la propia financiación a través de sus Bancos Centrales, como luego veremos, ha hecho que en Europa se hable del Estado «postsobrano», en manos de agentes privados y financieros. Pero en realidad no se trata sino de la cada vez mayor decantación del Estado como agente de clase, del capital transnacional.

De hecho, la particularidad destacada del CMT es el paso de la internacionalización a la transnacionalización de los procesos de producción, realizada bajo la preponderancia de las empresas transnacionales (ETN). Lo que quiere decir que las formas de acumulación, consumo y distribución pasan a estar regidas crecientemente por ellas. En adelante, el comercio entre las ETN no haría sino crecer, suponiendo al entrar el siglo XXI el 70 % del comercio mundial.

Después de haber funcionado monopolísticamente en el ámbito estatal, sin embargo, las grandes corporaciones capitalistas se enfrentarán agresivamente en el plano transnacional. Se desregular la competencia entre ellas para dejar de tener restricciones.<sup>10</sup> El capital monopólico se enfrena entre sí, de nuevo, a escala planetaria.

Al tiempo, gracias al vertiginoso auge de las tecnologías de la información y la comunicación, ese capital se puede mover a muchísima más velocidad. El desplazamiento espacial se facilita enormemente.

La *globalización* como nueva relación entre el capital y el espacio, implica la comprensión de este último, y también del tiempo, con el fin de expandir y acelerar ad infinitum la ley del valor. Lo cual a su vez conlleva primero la desincorporación de los mercados respecto de la sociedad, y segundo, la desincorporación de la economía respecto de las coordenadas espacio-temporales de la humanidad y de la naturaleza (Altvater, 2011: 91).<sup>11</sup>

Como es obvio, este proceso no está libre de contradicciones intrínsecas. Así, si la circulación del capital y su velocidad de movimiento dependen del capital fijo instalado (autopistas, puertos, aeropuertos, edificios de negocios, fábricas, etc.), éste requiere grandes inversiones a rentabilizar a largo plazo. Para que así sea, deben adecuarse los flujos de capital a ellas. Si el capital busca otras vías de movimiento y localización, tales inversiones no se rentabilizan. Si el paisaje geográfico deja de servir a los intereses del capital móvil hay que destruirlo o desecharlo y construir otro nuevo con una configuración totalmente distinta. Según crece la movilidad del capital, la tensión entre estasis y movimiento en la valorización capitalista se agudiza. Como señala Harvey (2012: 161):

La disyunción entre la búsqueda de hipermovilidad y un entorno construido esclerotizado (piénsese en la enorme cantidad de capital fijo sumergido en Tokio o en la ciudad de Nueva York) se hace así cada vez más espectacular.

Sin embargo, y a pesar de las contradicciones que se desplegaban desde el principio, el Capital va a poner en marcha todo un conjunto de dispositivos económicos para relanzar la tasa de ganancia, intentando contrarrestar sus lastres tanto en la esfera de la valorización (donde se genera la plusvalía —en el proceso productivo—) como en la de la realización (donde esa plusvalía se transforma en ganancia mediante la venta de lo producido), con un relativo éxito en principio.

En orden a contrarrestar los obstáculos en la valorización, el Capital:

- Aumentó significativamente la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, hasta el punto de hacer de la difusión generalizada de la sobreexplotación instrumento cada vez

10. Incluso sus altos técnicos y ejecutivos pasan a ser objeto de encarnizada competencia entre compañías, a través de enormes salarios y blindaje de recompensas y condiciones retributivas.

11. Se ha dicho, por ello mismo —véase al propio Altvater—, que el capitalismo se manifiesta cada vez más como un sistema de suma cero (lo que unos ganan lo pierden otros) y una racionalidad económica también cada vez más antisocial y antinatural.

más privilegiado de elevación de la tasa de plusvalía (ver luego en punto 6.1.II, cómo esto forma parte de la decadencia actual del sistema capitalista).

- Consiguió abaratar el coste de las materias primas (mediante la incorporación de alta composición de capital para su obtención y para la fabricación sintética, amén de intervenir para la apropiación directa de las mismas, ya sea mediante implantación de las transnacionales o a través de invasiones militares...). En general, reduce el valor de las mercancías que determinan el valor de la fuerza de trabajo, reduciendo también el valor de ésta.

- Ha efectuado una desvalorización, si bien insuficiente, de capitales obsoletos, a través de bancarrotas, anexiones y fusiones. Todo a pesar del salvataje estatal de grandes empresas no competitivas (con fuertes inyecciones de dinero público para reflotarlas). A diferencia de anteriores crisis, se asiste por eso a la estatización y readecuación de empresas antes de ser nuevamente privatizadas, de manera que la mediación estatal asegure la valorización-revalorización del capital.

- Ha abaratado el empleo de capital constante: *a*) aumentando el volumen de producción (p.e., a través de la prolongación del tiempo de trabajo, con turnos ininterrumpidos, horas extras...); *b*) utilizando más racionalmente materias primas y energía, o ahorrando en medidas de protección laboral (seguridad social, condiciones de seguridad laboral...).

- Ha reducido en sus sectores más avanzados el tiempo de rotación del capital y de su renovación, acortando eficazmente el tiempo entre la producción y la venta.

- Los capitales excedentes han buscado crecientemente su valorización en localizaciones (por lo general periféricas) donde la composición orgánica del capital es todavía menor (incorporando mayor trabajo humano); o bien a través de la penetración final de sectores que todavía no estaban organizados plenamente de forma capitalista.

- A todo ello se ha sumado el intento de «inmaterialización» de la economía. Proceso perseguido a través de la «revolución informática», que combina formas de trabajo flexibles, reticulares, de auto-explotación, a las que se ha dado en llamar, en referencia a Bill Gates, «gatesianitas» (Lacroix y Tremblay, 1997).

Por otra parte, un conjunto de dispositivos económicos y extraeconómicos para relanzar la tasa de ganancia superando la crisis de realización ha sido, también, puesto en juego:

- Intensificación de la utilización decreciente de las mercancías como bienes de consumo. Obsolescencia física programada y acortamiento artificial de la vida media de productos básicos (esto último a través, por ejemplo, de las «fechas de vencimiento» arbitrarias de ciertos productos, como los alimenticios). A lo que se unía la obsolescencia psicológica de otros, a través de la publicidad y las modas y la constante generación de necesidades derivadas de ellas. Esto ha provocado unas pautas de consumo compulsivo que han sido capaces de extender e intensificar el *consumismo* propio de la fase keynesiana y que en definitiva se compadecen con la aceleración de la precocidad en el desecho de los productos más y más previamente a haber agotado su vida útil.

- Crece igualmente el porcentaje de subutilización crónica y el acortamiento artificial del ciclo de amortización de las maquinarias e instalaciones. Se estimula la fiebre de la «innovación» y consiguiente «renovación tecnológica», atendiendo a los requerimientos de la competencia en el mercado, por encima de las necesidades reales de la población.

- Aumento del crédito y del consiguiente endeudamiento del salariado a corto y largo término como sustitutivo del deterioro de los ingresos. Lo cual además de prolongar la integración del Trabajo mediante el consumo, refuerza su disciplinamiento (un

trabajador endeudado es un trabajador debilitado en su capacidad antagónica, más fácilmente dominable o más tendente al autodisciplinamiento).

- Canalización del ahorro de las capas altas y una creciente parte de las medias hacia las inversiones en bonos o acciones, activos cuyos precios terminan influyendo decisivamente sobre las posibilidades de consumo.

- Orientación de una mayor parte de la producción hacia el consumo sofisticado, o lo que es lo mismo, potenciación del consumo de las capas con medio-alto y alto poder adquisitivo de las sociedades centrales, así como de las tradicionales élites compradoras de las sociedades periféricas. Medidas que se complementan con la generación de nuevos sectores consumistas de las periferias «emergentes», de manera que el estancamiento local de la demanda en cada vez más formaciones sociales pueda ser compensado durante un tiempo por la demanda transnacional de alto poder adquisitivo.

- Expansión del complejo industrial-militar para sustraer cada vez más producción del mercado (el Estado es en este punto un comprador seguro).<sup>12</sup>

Como puede inferirse fácilmente, el conjunto de medidas descrito conduce a la agudización del choque ecológico-energético para poder alimentar esta rueda de crecimiento, mostrando el gradual predominio de las fuerzas destructivas sobre las productivas. El valor de cambio se manifiesta cada vez más contra los valores de uso de la Humanidad, con crecientes dinámicas de esquilamiento y destrucción.

Tendría además, consecuencias negativas más directas para el mismo capital, pues debido a la propia competencia intercapitalista a partir de ciertos de estos factores, aquél se enzarzaba en un atolladero aún mayor.

Fijémonos en que la obsolescencia programada de la tecnología (acortar la vida media de la misma como valor de uso) viene sustentada por el supuesto aumento en los beneficios que debe deparar la aceleración en la renovación tecnológica. En realidad esa aceleración conduce a la depreciación de la tecnología (Dekle, 1994). El resultado en la tasa de beneficio no se percibe, sin embargo, hasta el final del proceso.

Veamos. Con la innovación tecnológica disminuye la edad media de la tecnología empleada, es decir, se reduce la vida media del stock de capital fijo. Conforme se reduce la vida media de la tecnología utilizada, el tiempo de producción disponible para transferir su costo al producto disminuye también. A partir de cierto punto, el costo de mano de obra por unidad de capital fijo empleado ya no disminuye sino que más bien aumenta, es decir, el costo de renovación aumenta más de prisa de lo que disminuye el costo laboral (con una vida media teórica del capital fijo tendente a cero, el costo laboral por unidad de capital fijo tendería al infinito). Con ello baja la tasa de retorno y se desmiente el supuesto de que la innovación tecnológica y la consecuente baja en la edad media de la tecnología conllevan a una mayor capacidad competitiva. Por eso, llega un momento en que no se puede acortar más la vida media de la tecnología en las formaciones centrales sin provocar una mayor baja en la tasa de beneficio.<sup>13</sup> En las formaciones periféricas,

---

12. Pero esto, además de ser una fuente de continua inflación, termina realizando la identificación del consumo (de la mercancía producida) con la destrucción.

Datos y bibliografía para las contratendencias apuntadas aquí pueden consultarse en Piqueras (2011b, Anexo II), inspiradas especialmente en Katz (2010).

13. Así lo llegó a reconocer el citado Robert Dekle (1994), economista de la Division of Internal Finance, de la Reserva Federal estadounidense. La tardía conciencia de ello por el conjunto de las clases dominantes, sin embargo, haría que a corto plazo se intentaran esquivar las consecuencias de estos procesos a través de la proliferación de patentes, derechos de propiedad intelectual y garantías monopólicas de

con menor precio de la fuerza de trabajo, hay mayor margen hasta llegar a esa rentabilidad decreciente, por lo que se realiza la transferencia de inversión productiva a ellas («outsourcing»), mientras que las principales formaciones centrales se quedan con las patentes tecnológicas. Eso mismo, sin embargo, tiende a acortar el punto a partir del cual tampoco sea rentable en las periferias esta forma de competencia tecnológica (así se explica lo expresado en el apartado 4.4. del cap. 4).

El capital y su personificación agencial imprimen unos endiablados ritmos de producción, consumo y reproducción de la fuerza de trabajo para intentar compensar ese declive de rentabilidad, empotrando en la vida de los seres humanos la *urgencia*, el estrés, la ansiedad constante, implicados en la pugna del capital por devorar permanentemente el tiempo. Se hace vital para él, por eso mismo, la dominación del tiempo de producción y circulación. También la dominación del Trabajo a través del control del tiempo (del conjunto de su tiempo de vida).

Mas lejos de lograr contrarrestar la tendencia declinante de la rentabilidad, con estos procesos lo que se termina es por hacer disminuir la propia productividad (Hornstein y Krusell, 1996), como veremos en el capítulo siguiente.

Debido a los sostenidos descensos en ambos indicadores y, en general, a la caída de la tasa promedio de ganancia en el ámbito productivo, el Capital buscará otros paliativos. Entre los más importantes, recuperar como fuente de acumulación un ámbito del que había sido en buena medida apartado durante el capitalismo híbrido-social: el espacio público.

En las siguientes décadas, la apropiación de la riqueza social compensará en parte sus pobres resultados en la tasa de ganancia.

Esto implica que los procesos hasta aquí descritos sean complementados o atravesados por otra dinámica de especial relevancia, y que ha sido bautizada como *acumulación por desposesión* (Harvey, 2007a) o *despojo universal* (a la manera de la «acumulación primitiva» de capital, o más bien como continuación e intensificación de ella),<sup>14</sup> que puede expresarse a través de los siguientes puntos:

- Privatización de la riqueza social y cultural acumulada a través de generaciones. Afecta, entre otros aspectos, a los servicios públicos (sanidad, educación, transporte, comunicaciones, etc.); infraestructuras (red viaria, instalaciones...) y patrimonio construido.

---

inversión. Disposiciones que se han mostrado insuficientes para paliar aquella tendencia. De hecho, desde mediados de los años noventa hay señales de un notable ralentizamiento en la innovación tecnológica o freno en la aplicación científica a la producción (nota 6 y apartado 6.1.II. del cap. 6). En relación a todo esto, Dierckxsens (2012) y Dierckxsens y Jarquín (2012), con bibliografía específica.

14. Cada vez se está relativizando más el concepto de «acumulación primitiva», dado que resulta evidente que el proceso de desposesión por parte del capital a costa de la conquista de nuevos espacios fuera de su ley del valor, no ha tenido fin (sé que en la II Conferencia IIPPE, en 2011 en Turquía, se han presentado textos al respecto, pero aún no he podido hacerme con ellos). Hay interesantes reflexiones sobre la desposesión en forma de nuevos *enclosures*, en Midnight Notes Collective (1990). Los autores de esta línea de investigación sostienen que la lucha por los comunes, por los recursos y medios de producción tradicionales, estuvo siempre en la base de las luchas de clase históricas, incluido el propio capitalismo. Cuando, sin embargo, éste desarrolló su *opción reformista*, y parte de lo común fue dado en forma de servicios a través del Estado, se erradicó en gran parte de la memoria de las luchas tal referente. Sólo ahora que las poblaciones se vuelven a encontrar sin bienes colectivos, se ven forzadas a reaprender a hacerse con ellos de nuevo en primera persona, reduciendo la propia intermediación estatal al máximo. Para eso hay que recordar que el hacer-común del pasado, el trabajo previo de las anteriores generaciones, sobrevive hoy en forma de capital (porque fue apropiado privadamente). Por eso debe reivindicarse también toda la riqueza colectiva que alberga el capital. Ver aquí, por ejemplo, Linebaugh (2013).

- Privatización también del patrimonio natural. Mercantilización de la naturaleza en todas sus formas.

- Apropiación de tierras. Eliminación de propiedades comunales o colectivas. Desplazamientos de poblaciones campesinas (sustitución de agricultura campesina o familiar por agroindustrias; intensificación de la desaparición de formas de producción y consumo no capitalistas).

- Mercantilización de los recursos genéticos.
- Derechos de propiedad intelectual o patentes sobre recursos ajenos.
- Empresarización y privatización de instituciones públicas (como las universidades e incluso la Administración).
- Apropiación militar directa de los recursos y materias primas más codiciados.

Estos procesos denotan, como se ha dicho, una nueva oleada de «enclosures» o cerramientos, superlativa expresión del proceso que inició el capital varios siglos atrás; la última vuelta de tuerca, quizás, en la destrucción de las formas autónomas de subsistencia, no capitalistas.

La desposesión o proletarización que se lleva así a cabo, provoca la mayor fuerza de trabajo geográficamente móvil desde el advenimiento del capitalismo (su principal característica será la permanente disponibilidad para la migración). Una *fuerza de trabajo migrante global*, lista para ser utilizada como un inagotable «ejército de reserva» mundial (Piqueras, 2007 y 2011b).

En las formaciones centrales se fracturaba, de esta guisa también, el espejismo del *trabajador propietario*, que había hecho olvidar su desposesión básica, la de los medios de producción (apartado 4.3. del cap. 4). En adelante su única posibilidad de acceder a alguna propiedad sería cada vez más exclusivamente a través de la deuda y, a lo sumo, mediante la valorización financiera de sus bienes, como luego se explicará (apartado 6.2. del capítulo 6).

Como parte de esta exacerbación de la *desposesión* hay que nombrar, asimismo, las políticas regresivas tendentes a concentrar la renta en la clase capitalista (distribución de la riqueza colectiva en favor de esta clase). Proceso que puede concretarse en puntos como los siguientes: *a*) reducción de aportes patronales a la Seguridad Social; *b*) reformas tributarias regresivas;<sup>15</sup> *c*) recorte de la parte de contribución al conjunto social que aporta el gran empresariado. En suma, creciente exención de impuestos a las altas rentas del capital y en general, a los sectores ricos, al tiempo que se aumenta la carga impositiva sobre la población trabajadora.

Igualmente puede incluirse en este gigantesco proceso de *desposesión* la desvalorización de activos de millones de pequeños inversores. Todo ello se complementaría con la compra de empresas y bienes de producción a través de dinero financiero, que permitió un colosal proceso de concentración y centralización del capital.

El conjunto de las medidas señaladas supone un ingente trasvase de rentas del Trabajo al Capital, una inmensa apropiación de riqueza social por parte de la clase capitalista global. Así, en su informe sobre la participación de los salarios en el producto nacional, la OIT informaba en 2012 que en 16 economías de capitalismo avanzado la

---

15. Como consecuencia de ellas, el impuesto de la renta sobre la franja más elevada disminuye substancialmente en toda la UE. Así por ejemplo, pasa en Francia del 65 % en 1986, al 41 % en 2012, en Italia del 62 al 45 % para esos mismos años, y en Gran Bretaña del 60 al 40 % (datos en Millet, Mounevar y Toussaint, 2012: 19).

**CUADRO 1. Evolución del porcentaje de los ingresos totales correspondientes al 10 % más rico de la población**

	1980	2009
Canadá	33,5	40,1
Francia	30,6	32,8
Irlanda	31,5	36,9
Italia	27,1	33,8
Portugal	18,7	38,2
Reino Unido	31	40,4
Estados Unidos	32,8	46,2

FUENTE: Millet, Mounevar y Toussaint (2012:4) (siguiendo datos de The World Top Income Database).

participación salarial media decayó del 75 % del producto nacional en mitad de los años setenta, al 65 % en los años justo anteriores a la crisis de los años 2000, volviendo a decaer a partir de 2009. En otras 16 economías «en desarrollo» o «emergentes», el informe señala que esa participación media de los salarios cayó del 62 % del PIB en los primeros años noventa, al 58 % justo antes de la actual crisis.

En el Cuadro 1 vemos en cambio un indicador de cómo se manifestó la apropiación de riqueza por las élites.

Por último, todos estos procesos fueron compaginados con una «huída» del capital del ámbito productivo (donde se hace crecientemente difícil encontrar posibilidades de valoración) hacia el financiero-especulativo, lo que ha constituido una generalizada financiarización de la economía.

Los procesos seguidos en casi todo el planeta responden a unos mismos patrones, que comienzan por la desregulación del sistema bancario y de las finanzas, lo que ha permitido crecer a costa de endeudamiento (proceso que recibe el nombre de «apalancamiento»). Al mismo tiempo, los Estados hacen dejación de su soberanía, permitiendo que los Bancos Centrales se independicen de ellos (ver nota 9 del cap. 5), mientras que ellos mismos pasan a emitir títulos de deuda en los mercados financieros mundiales, con lo que entran como cualquier otra entidad en el «rating internacional de riesgo» dictaminado por agencias privadas, obligándose a llevar a cabo políticas ortodoxas monetarias y fiscales subordinadas a los intereses del capital financiero internacional.

Para tener libre esa «salida» había que dismantlar primero los mecanismos de control financiero o las instituciones financieras keynesianas y des-reprimir al capital de interés para posibilitar la base especulativo-rentista que caracterizaría después al capitalismo tardío declinante. Al mismo tiempo, se da un creciente bombeo de la renta y el ahorro, (tanto presente como colocado en forma de futuras pensiones o ahorros de futuro) hacia los mercados financieros, agrandando la importancia de éstos, así como, en consecuencia, el aumento de las cotizaciones bursátiles. Se genera con todo ello una ingente masa de *capital ficticio*.<sup>16</sup>

16. Esta es la *segunda fase universal de financiarización*. Comienza en EE.UU. con el «shock de Volcker» (ver más arriba), que culminaría con la abrogación de la Ley Glass-Steagall, en 1999 (la cual, en 1933 había introducido reformas bancarias para controlar la especulación, destacando entre sus características la separación entre la banca de depósito y la banca de inversión).

El capital financiero busca obtener beneficios a través de la actividad financiera pura, desligada de la esfera productiva. El atasco en la ganancia vía plusvalía industrial y la expectativa de ganancias en el ámbito financiero-especulativo hace que además muchas corporaciones no financieras se enganchen directamente en actividades financieras.

Congruentemente con todo esto, y en orden a proporcionar su condición de posibilidad, el Estado asume su nuevo papel «neoliberal», el de regular y hacer entrar en la dinámica de acumulación principal los circuitos que hasta ese momento eran secundarios en la acumulación de capital (el suelo, la vivienda, las hipotecas). Para ello será fundamental una nueva gestión del territorio de cara a su valorización especulativa (lo que significa a la postre, la *depredación del espacio*, o del hábitat —como la economía ecológica no ha cesado de advertir—).

No se trata tanto de una pugna entre el capital financiero y el productivo. De lo que se trata ante todo es de que aquel primero se independiza crecientemente para buscar valorización por sí mismo, en lugar de aportar fondos para la inversión productiva. Se alimenta así el mayor de los espejismos capitalistas: que el dinero se reproduce a sí mismo. El proceso elemental de la acumulación capitalista a través de la producción y reproducción ampliada del capital (D-M-D'), es crecientemente sustituido por la vía imaginaria de reproducción a partir del dinero por el dinero (D-D').

La gran masa de capital financiero va a desempeñar, no obstante, una función de especial importancia para el capital productivo: abolir las delimitaciones de los espacios de valorización. A ello contribuye su creciente capacidad para pasar a gran velocidad (merced al desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación) de una zona económica a otra, de un sector a otro, moviéndose de forma ampliada.

La función de las finanzas es aquí endurecer las leyes de la competencia lubricando los desplazamientos del capital. Parafraseando lo que Marx dice del trabajo, se podría adelantar que la finanza mundializada es el proceso de abstracción concreta que somete cada capital individual a una ley de valor cuyo campo de aplicación se amplía sin cesar [Husson, 2008b: 7].

Así que si por un lado la financiarización conduce a una hiper-competencia entre capitales (con fusión de los productivo-financieros más exitosos, como mega-oligopolios), por otro les despeja el camino frente al Trabajo, ayudando a socavar por doquier la regulación social del Sistema y a imponer, por contra, muy similares dispositivos de regulación unilateral por parte del Capital.

Podríamos decir, entonces, que los grandes logros de la financiarización económica han sido contribuir a:

---

El capital a interés produce una ilusión social de doble sentido, cual es que toda suma de dinero genera una remuneración y toda remuneración en interés está sustentada en un capital real (por eso al capital a interés se le llama *capital ilusorio*). Sin embargo el verdadero problema proviene cuando éste se transforma en *ficticio*, a través de la titularización de los derechos de remuneración por interés. Es decir, cuando comienza a comercializarse un capital que es deuda y que en realidad no existe (esta es la base de su *ficción*, que después las finanzas complejizarán sobremanera). Sobre la definición y explicación pormenorizada del concepto de *capital ficticio* y su enorme sobredimensión actual, puede consultarse Carcanholo y Nakatani (2000), Carcanholo (2009 y 2011).

López y Rodríguez (2010) analizan el proceso de financiarización y su «efecto riqueza» y lo ejemplifican muy ilustrativamente a través del caso español.

1. Fijar desde arriba, como marco dado de las cosas, el precio del dinero y el tipo de cambio, sustrayéndolos así a la lucha de clases.
2. La desorganización y disciplinamiento del Trabajo.

La financierización es, en definitiva, más allá de su dimensión «ficticia», la forma predominante de seguir posibilitando la ganancia capitalista (dado que a los problemas de sobreacumulación de capital se une en la esfera de realización la sostenida deflación salarial, que obstruye el consumo). Para ello se da su creciente conversión en renta financiera (flujos de liquidez transferidos a las finanzas a través de títulos de propiedad sobre el plusvalor futuro). Los bienes y servicios de todo tipo pasan a ser transformados y gestionados en forma de activos financieros (López y Rodríguez, 2010: 78-79).

Sin embargo, como ha sido insistentemente señalado, la sobredimensión financiera porta en sí el germen de la autodestrucción. La propia liberalización de los mercados financieros agudizó la competencia entre las «plazas financieras» y las divisas, de manera que por mucho que crecieran los tipos nominales, intereses o rentas especulativas, había que superarlos una y otra vez. Esa propia pugna de intereses financieros desincentiva la inversión productiva, ya que aquí las plusvalías no pueden competir con esos intereses. Además la tremenda distancia entre salarios reales y los requerimientos monetarios en intereses, provoca una crónica escasez de demanda de mercancías, la cual frena constantemente la subida de precios en la economía real. El capital productivo se queda más y más rezagado frente a la monstruosa suma de capital dirigido hacia la rentabilidad financiera.

Ese mismo abismo entre economía financiera y productiva constituirá el atolladero capitalista finisecular, del que arrancará el siglo XXI. Y esto es así porque las finanzas no pueden reproducirse a sí mismas por largo tiempo, y su acompañamiento con la producción requerido por una «economía sana» hace necesario destruir cada vez más y más capital ficticio.

Efectivamente, si se quieren financiar los intereses a costa del crecimiento de la economía real, este crecimiento se ve forzado a seguir una progresión geométrica, lo cual es claramente improbable. En consecuencia la tasa de interés debería bajar en relación a la tasa de crecimiento de la economía real, pero debido a la competencia para la obtención de beneficios en los mercados financieros globales, esto no sucede. Se da por ello una tensión creciente entre los índices reales de crecimiento económico y los intereses, que resulta en las periódicas crisis de deuda y financieras, en las que gran parte de las ganancias obtenidas se consumen literalmente (Altwater, 2011: 144-145).

## 5.2. La dinámica interestatal

Con la ya aludida caída promedio de la tasa de ganancia en las formaciones centrales (ver datos en capítulo 6), otro de los factores a destacar es la acentuación de la pugna geoeconómica intercapitalista, entre Estados, aun a pesar de que todos abracen la dinámica y la ideología globalizadora. Los que fueran tradicionales objetos de disputa —recursos, inversiones, tasa de plusvalía—, son en parte sustituidos por otros como la tasa de explotación, la apropiación privada de recursos colectivos y las tasas de interés. Si bien esa pugna se da todavía firmemente subordinada a la hegemonía estadounidense, al final de esta fase ésta empieza a ser contestada por diferentes formas de agrupación regional (en marcha hacia el Estado-región) y la entrada en escena del macro-Estado chino.

Pero en lo sustancial las claves del nuevo imperialismo conformado en la postguerra se mantienen, ayudadas ahora por la *globalización*.<sup>17</sup>

Gracias a ella, el Capital de las formaciones centrales busca la restauración del patrón colonial de crecimiento, ahora a escala global (planificándolo a través del Consenso de Washington). Intentan limitar así la capacidad de acción de los Estados periféricos, forzándolos más y más (en la vía abierta en ese sentido por la *cooperación*) al desmantelamiento tanto de sus protecciones como de sus políticas sociales. Se abre paso, con ello, la vía de la globocolonización o globoimperialismo,<sup>18</sup> con nuevas formas militarizadas de dominación y apropiación directa de recursos, que pasan también por el enfrentamiento directo con los Estados díscolos. En beneficio de todo ello, como pugna intercapitalista por la apropiación de la riqueza global, y fundamentalmente como arma del capital global contra la fuerza de trabajo periférica, actuaría la «bomba de la deuda».<sup>19</sup>

Tras el endeudamiento masivo y la quiebra técnica de numerosas formaciones periféricas, a principios de los años ochenta el FMI y el BM, controlados fundamentalmente por Estados Unidos, lanzan los Programas de Ajuste Estructural (PAE). Estos Programas tienen un objetivo fundamental: garantizar el pago de «la deuda» de las formaciones periféricas a las formaciones acreedoras centrales.

Así pues, en esta divisoria histórica, se va a pasar de la intervención más o menos indirecta de las formaciones centrales en las periféricas a través de mecanismos político-económicos —teniendo siempre a la *cooperación* como inapreciable acompañante—, a la intervención directa por medio del «ajuste estructural», previa intervención militar allá donde fue necesario (como en los «Conos Sur» latinoamericano y africano). La propuesta será «ajustar» primero las economías, para «desarrollar» después.

Para ello los PAE imponen una serie de medidas a las formaciones deudoras que pasan por:

- Devaluación de sus monedas, en orden a reorientar definitivamente sus economías de cara a la exportación (sin atender al propio mercado interno). Lo que contribuye a la consolidación del carácter exportador primario de la mayoría de las formaciones, revitalizando con ello la división internacional del trabajo que comenzó en el siglo XVI.

---

17. Una discusión sobre sus características entre algunos de sus más destacados estudiosos puede seguirse en Gowan, Panitch y Shaw (2001). Una buena relación entre globalización y marxismo en Fonseca (2002). También Saxe-Fernández, Petras, Veltmeyer y Omar (2001) para una seria explicación de la globalización vinculada a las implicaciones que ha acarreado a América Latina.

18. No hay que olvidar que la *globocolonización* lleva implícita la *autocolonización*. En cuanto al uso alternativo del término *globoimperialismo*, con ello quiero designar un imperialismo colectivo o gestión colectiva del imperialismo por parte de la Tríada, basado a la vez en la cooperación y en la competencia entre las principales potencias capitalistas, pero al tiempo todas ellas subordinadas a la hegemonía estadounidense.

Entiendo que esta conceptualización del imperialismo es más correcta que las otras dos que estuvieron en liza con ella durante el siglo XX: la del *ultraimperialismo* (proveniente de los teóricos de la Segunda Internacional, y especialmente Kautsky, que veían en el entendimiento entre las potencias centrales para la explotación económica del mundo la superación del imperialismo capitalista); y la del *supraimperialismo* (que señala a EE.UU. como la potencia imperial por excelencia, sometidora de todos los restantes imperialismos, que actúan, no obstante, bajo su paraguas militar, sin aparente conflicto entre sí). Una buena reflexión sobre esas distintas versiones y sobre el desarrollo de las claves imperialistas en la actualidad, en Katz (2011). Sobre supraimperialismo, Hudson (2003).

19. No hay espacio aquí para explicar el proceso. Para detalles y bibliografía al respecto, Piqueras (2008).

- Desregulación económica, que pasa por eliminar lo que para el FMI y el BM son «rigideces» de la economía: el salario mínimo, el control de los precios de los productos básicos, la subvención a los propios productos agrícolas e industriales, la seguridad social y seguro de empleo mínimos, etc. Se busca también reducir drásticamente los gastos que aquellas instituciones consideran «improductivos» o «dilatadores»: educación, sanidad, vivienda, etc., con la consiguiente destrucción de las infraestructuras sanitarias, educativas, etc. En orden a que los fondos públicos vayan destinados a pagar las deudas.

- Privatización de las empresas estatales más competitivas y de los recursos colectivos de las formaciones periféricas, que pasan a manos de las ETN centrales, mientras que el dinero obtenido con las privatizaciones se sigue empleando en gran medida en el pago de los intereses de la deuda (por lo que también vuelve a las formaciones centrales). Esto implica la pérdida de los propios recursos productivos y naturales, sin que la parte principal de la deuda quede satisfecha.

Como consecuencia de estas medidas se produce la pérdida de poder adquisitivo de las poblaciones de la mayor parte de las formaciones periféricas, el incremento del paro cíclico y estructural, la informalización de la economía y el subempleo, el abandono de los proyectos de seguridad alimentaria en beneficio de la exportación creciente de productos «exóticos» (café, cacao, té, azúcar, etc.) con los que pagar la deuda, el hundimiento del mercado interno de estas formaciones, la carencia de recursos estatales para tomar cualquier medida de protección social o para reactivar la economía, la pérdida de los propios recursos productivos y «naturales», altos desequilibrios fiscales, déficits crecientes de las balanzas comerciales, drástica disminución de la importancia de las economías periféricas en el comercio mundial, acentuación de la pérdida de influencia política de la mayor parte de los Estados periféricos a escala internacional, y de su «soberanía» para regular los procesos económicos y sociales a nivel interno. En definitiva, un ciclo vicioso de recesión insalvable, que coincide para colmo con la conversión de las periferias capitalistas en grandes exportadoras netas de dinero al centro del sistema.<sup>20</sup> Ingentes cantidades de dinero que ayudarían a propiciar la nueva ola de financiarización económica en las formaciones centrales, multiplicando el «dinero fácil» para el crédito.

A consecuencia de todos esos procesos se consigue que la mayoría de las formaciones periféricas queden como *países condicionados* o *tutelados*:<sup>21</sup> sus posibilidades de

---

20. En el quinquenio entre 1992 y 1995 el *Tercer Mundo* transfirió al *Primero* un billón y medio de dólares como consecuencia del servicio de la deuda, la pérdida de los términos de intercambio de sus productos respecto a los de las formaciones centrales, las utilidades netas remitidas de las inversiones que las ETN de esas formaciones realizan en el Sur; otros capitales que rentan a corto plazo y transferencias netas que las oligarquías de las formaciones periféricas hacen a las centrales. A mediados de los años noventa el Sur ya pagaba al Norte en torno a 200.000 millones de dólares al año sólo como pago de intereses de la deuda (González Casanova, 1999) (como es obvio, esta sustracción de capitales y el conjunto de medidas descritas, no podrán bajo ningún concepto ser contrarrestadas después enviando medicamentos o construyendo escuelas, por ejemplo). En 1998, las formaciones periféricas transfirieron 685.000 millones de dólares al centro, de los cuales 316 mil correspondieron al servicio de la deuda, 216 a los capitales especulativos a corto plazo y 131 a las pérdidas ligadas a la degradación de los términos de intercambio. Todo ello muestra una fase imperialista que se resuelve de manera diferente a la clásica: en vez de darse una exportación dominante de capitales del centro a la periferia ocurre al contrario. Esto es definitivamente evidente en el caso de EE.UU. que absorbe gran parte del flujo mundial de capitales, como estamos viendo (ver sobre este punto y sobre los datos proporcionados, Husson, 2009).

21. También se ha hablado de ellas como «semicolonias» y el proceso descrito ha sido visto a menudo como una «recolonización».

mínima solvencia financiera, y por tanto de supervivencia (dada la hipoteca de recursos económicos y ecológicos propios) pasan por la aceptación de las normas dictadas por el FMI y el BM. Por supuesto que esta condicionalidad tiene un reverso que se llama inge-  
rencia, y que se va a manifestar patentemente durante los años ochenta, dando su im-  
pronta al modelo de «ayuda al desarrollo» de la OCDE: para recibirla también hay que  
cumplir las condiciones impuestas por las grandes potencias y sus ETN.<sup>22</sup>

Las políticas descritas han tendido a incrementar la desigualdad mundial al interior  
de las formaciones sociales y entre ellas, y han supuesto una nueva oleada de «acumula-  
ción primitiva» a costa de las periferias.<sup>23</sup>

Pero las estrategias de dominación de las formaciones centrales no se detuvieron  
ahí. Concomitantemente con los procesos descritos, EE.UU. había emprendido la ofen-  
siva final contra el Segundo Mundo y tras su victoria iniciaría con la «Postguerra Fría»  
la sustitución de su política de contención por la del *enlargement* o política ofensiva, que  
tras la caída de la URSS buscaría ahora la desintegración de Rusia como gigante y la  
penetración en su *Heartland* asiático (ver notas 12 del cap. 1 y 14 del cap. 4) tanto con su  
presencia militar directa como a través de otras potencias regionales de menor tama-  
ño.<sup>24</sup> No es casualidad, en este sentido, que el «terrorismo» va a estar principalmente  
señalado y localizado en ese *Heartland*.

También EE.UU. protagonizará en adelante una prevención «sanitaria» de la forma-  
ción de un nuevo hegemon asiático, redirigiendo su estrategia antagonista fundamen-

---

22. En ese contexto, las transnacionales, principalmente las estadounidenses, reúnen esfuerzos  
para acabar con la gestión estatal del régimen internacional industrial-mercantil de alimentación,  
convirtiéndolo en *global*. Sustituyen los anteriores componentes básicos de ese régimen (ver notas 11  
del cap. 1 y 4 del cap. 4) por los sintéticos químicos y alimentos manipulados transgénicamente, que  
ha hecho que las poblaciones y el propio campesinado dependan de la venta de nuevas semillas por  
parte de las transnacionales de la alimentación, para producir y alimentarse, ya que esas semillas no  
se reproducen por sí mismas (Friedmann, 2005).

Por otra parte, y paradójicamente, EE.UU. parece haber tenido una actitud 'permissiva' frente a las  
coaliciones periféricas que promovían la subida de los precios de los recursos energéticos (por ejem-  
plo la OPEP con el petróleo), sabedor de que perjudicaba en mayor medida a los otros polos centrales  
competidores, mucho más carentes de aquéllos.

23. Así queda patentizado en numerosos indicadores y datos, tan abundantes, no obstante, como  
rápidamente caducos. Baste citar, por tanto, el índice de Gini global, que mide la desigualdad (1 es la  
desigualdad total, 0 es la igualdad total). Éste daba un resultado al finalizar la década de los 2000, de  
0.89, lo que significa que de cada 10 personas 1 se queda casi con el 99 % de la riqueza, y las otras 9  
con el 1 %. Más allá de consideraciones éticas esta ultra-desigualdad arroja toda clase de interro-  
gantes sobre cómo puede mantenerse un orden mundial así sin recurrir cada vez más a la *violencia*  
descarnada, sin aumentar exponencialmente su componente antidemocrático (dado que la democra-  
cia, aun a la postre la capitalista, es absolutamente incompatible con determinados grados de des-  
igualdad, tanto más con la desigualdad absoluta).

24. De esta manera, el «dividendo de la paz», que permitía reinvertir una parte sustancial de los  
gastos militares hacia la economía productiva, como aconteció tras la segunda gran conflagración  
interimperialista, no se dio en este caso. Antes al contrario, con la nueva *guerra global indefinida* (que  
tiene su punto de arranque en la invasión e Irak y cobra especial dimensión tras el fatídico septiembre  
de 2001), EE.UU. aumentó aceleradamente su presupuesto militar, acercándose al billón de dólares  
al finalizar la primera década del siglo XXI (en torno a la mitad del total de los gastos militares  
mundiales). Sus bases militares en todo el mundo no han hecho sino aumentar: en 2005 ascendían a  
737 en alrededor de 60 países, proliferando sustancialmente en el *Hertland* asiático y anillos en tono  
a él (Afganistán, Pakistán, Kirguizistán, Uzbekistán, Tayikistán); amén de 48 grandes bases militares,  
62 navales, 67 aéreas y 16 de marines en el propio territorio estadounidense, (para estos y otros  
importantes datos al respecto, así como para las negativas consecuencias de ese crecimiento militar  
para EE.UU., Jarquín y Dierckxsens, 2009; Dierckxsens y Jarquín, 2011 y 2012).

talmente hacia China, así como a prevenir cualquier posible aproximación o entendimiento euro-asiático.

Mientras todo eso ocurre, el Estado como *capitalista colectivo*, eje de la dinámica de acumulación «nacional» del capital, experimenta en diversas regiones del planeta lentos y tímidos intentos de dar paso a formas supraestatales de coordinación (el Macro-Estado o el Estado-Región). Formas más acordes con la fase de acumulación «transnacional» del Capital que ya ha conformado un Sistema Mundial, reintegrando a las partes antes parcialmente «desconectadas».

El macro-Estado, en cuanto que proyecto de coalición del gran Capital, será ahora un mejor agente para su lucha de clase contra el Trabajo, para desarticular lo conseguido en el nivel estatal: las regulaciones sociales del antagonismo Capital/Trabajo. También para enfrentar los nuevos retos de las formaciones socio-estatales de grandes dimensiones y que han sido llamadas «emergentes». Sin embargo, el Estado sigue siendo el ente de autoridad legítima, donde se consigue la hegemonía social, donde se desenvuelven las funciones de asistencia, control y represión explícitas.

### 5.3. La dinámica Capital/Trabajo

Tenemos, entonces, que un conjunto de procesos se concitan para agotar la *opción reformista* en el capitalismo monopolista transnacional:

- La incapacidad del Capital de generar en sus centros una acumulación sostenida en el ámbito productivo, y por tanto su «falta de motivación» para la distribución (acentuada por la decadencia de las luchas de clase *fundamentales* y la sustancial disminución del poder social de negociación del Trabajo). En consecuencia, también, la carencia de incentivos que ofrecer a las clases subalternas.

- Su creciente capacidad, en cambio, para reemplazar a la fuerza de trabajo, así como de desplazarse en busca de los mejores locus de inversión en cada momento. A lo que se añade la mayor prescindibilidad de fuerza de trabajo en los procesos productivos, crecientemente tecnificados.

- La caída del Segundo Mundo y con él, el contrapeso mundial ejercido por un bloque histórico de poder. Tal circunstancia conlleva también el reenganche de recursos y poblaciones parcialmente «desconectadas» a la dinámica de acumulación capitalista global (con la consiguiente multiplicación global de la capacidad de reemplazo).<sup>25</sup>

- La derrota ideológica (que acompañó a la derrota política —y militar—) de los sujetos de clase, a escala universal.

Para la puesta en marcha de una nueva Estructura Liberal de Acumulación (ELA) (Introducción II), en sustitución de las *Estructuras Regulativas de Acumulación* (ERA) del *capitalismo híbrido social*, el Capital hubo de preparar previamente el terreno, acentuando los dispositivos de coacción político-judicial y económica, así como la represión policíaco-militar a escala global. Emprendía así el que hasta ahora ha sido el más largo

---

25. Un factor todavía más favorable para el Capital en este sentido es que a diferencia de la incorporación de nuevas tierras y gentes en la colonización clásica, la fuerza de trabajo exógena del ex-Segundo Mundo que se reincorpora a la acumulación capitalista, tiene una relativa alta formación. Es, además, una fuerza de trabajo que llega *vencida* ideológicamente, sin planteamientos de resistencia, sin «otros mundos» sociales en el imaginario.

«ciclo político de la economía» (Kalecki, 1972), por la que ésta queda sometida a su «venganza de clase» contra el Trabajo, para recomponer su dominio sobre él en todos los órdenes. Y es que en contra de la idea que difunden los órganos rectores del sistema a escala planetaria de que es la economía la que anula la política, en la práctica es la política de clase del Capital la que pretende regular cada vez más unilateralmente la economía bajo el objetivo del sometimiento general de la fuerza de trabajo, aun a costa a veces de la propia tasa de ganancia. La que queda realmente dañada, así, es la economía política del Trabajo y su incidencia como clase en el decurso del sistema.

Aquellos primeros dispositivos de la ofensiva de clase del Capital estuvieron enfocados sobre todo a enfrentar las fuerzas del Trabajo organizado en el ámbito sindical-laboral y, en general, en el de *lo social*. La vertiente militar se desarrolla contra las expresiones más subversivas o «desestabilizadoras» del Trabajo, a través de una generalizada *guerra sucia* que ha sido bautizada como «Doctrina del Shock» (Klein, 2011), y que ha pretendido ser legitimada como «guerra al terrorismo». Tuvo uno de sus más importantes arranques en la vertebración represiva protagonizada por los golpes de Estado y posteriores dictaduras militares llevados a cabo en el Cono Sur americano, si bien su aldabonazo precursor se produjo probablemente en Indonesia, con el golpe contra Sukarno (año 1966).<sup>26</sup>

Esta guerra de clase radicalizada, desatada desde arriba, acompaña necesariamente a la nueva ELA en curso, para modificar de modo duradero la tasa de explotación y la dimensión e intensidad de la dominación, institucionalizando esas modificaciones. Las poblaciones de las formaciones centrales también lo iban a comprobar muy pronto.

En ellas, efectivamente, la decadencia de la *opción reformista* en el ámbito de las relaciones laborales, trae como consecuencia que se acentúen las restricciones a la intermediación sindical. El macro-corporatismo es desmantelado, afectando de lleno al elemento estrella del mismo, la negociación colectiva.<sup>27</sup> Quiere esto decir que se descomponen los dispositivos de regulación laboral recogidos en los estatutos del trabajo, o lo que es lo mismo, se da una desregulación social de los mercados laborales pareja a la informalización de los procesos productivos. Sus correlatos serán las deslocalizaciones, externalizaciones, flexibilización de la contratación y acentuación de la segmentación del mercado, amén del ensanchamiento de la economía sumergida.<sup>28</sup> Se margina el mecanismo keynesiano de indexación de salarios ligado a la productividad (al tiempo que ésta va sustituyéndose en el discurso de las clases dominantes por la *competitividad*). Se

---

26. Hoy se reconocen entre medio millón y 1 millón las personas indonesas que fueron exterminadas, de las cuales sólo una pequeña parte estaban vinculadas a organizaciones políticas. Se potencia así de nuevo el genocidio político selectivo, que tanto había gustado al Capital durante el periodo de entreguerras y que tuvo su máximo exponente mundial en la dictadura franquista (ver para la concreción de algunos jalones de esa ofensiva global, Piqueras, 2011a).

En definitiva, la *guerra global indefinida* se revelaba fundamentalmente como una guerra de clase del Capital (por medio de sus principales potencias centrales) ahora ya contra la Humanidad en su conjunto.

27. Un buen ejemplo de ello: en Bélgica, en 1977 se establecieron 47 acuerdos colectivos que afectaban a la práctica totalidad de la fuerza de trabajo activa. En 1991, el número de convenios fue de 2.218, con alcances mucho más parciales, como es obvio (en Arenas, 2003: 274).

28. Hay un excelente trabajo sobre la evolución de las relaciones laborales para el caso europeo en Ferner y Hyman (2002). Sobre el deterioro de la condición laboral, Alonso (2007). Como se dijo en 5.1., si de lo que se trataba era de acrecentar la capacidad de reemplazo del trabajo, había que acabar con el mecanismo estrella de la era keynesiana: el pleno empleo y la ideología arraigada en torno al mismo. También con su derivado: la indexación de salarios a la productividad.

precariza la condición salarial, o lo que es lo mismo, *ser trabajador* entraña cada vez más riesgo, de nuevo, de *ser pobre* (apartado 1.1. del cap. 1).<sup>29</sup>

Los cambios en la estructura ocupacional, la precarización laboral, la temporalidad instaurada y los nuevos sectores y subsectores de actividad laboral sustituyen los empleos en la gran industria, núcleo básico del MO tradicional, al tiempo que incorporan una nueva fuerza de trabajo joven y, crecientemente, femenina, sin acumulación de experiencias reivindicativas ni integración en el movimiento sindical, en general. La combatividad laboral se resentirá, así, de forma importante.

En adelante, igualmente, el desempleo y las «externalizaciones» de trabajadores (vinculados a las empresas sin que medie contrato), irán haciendo aumentar la categoría de (falsos) «autónomos», como empresarios de sí mismos (convertidos a veces en patronos de otros compañeros de desempleo). Se trataba también, con ello, de convencer al Trabajo de que, dado que no podía ser asalariado, podía ser «empresario».

Por otra parte, paradójicamente, la expansión de las variadas formas del trabajo en equipo «toyotista», implican cada vez más a la mano de obra en la producción, llegándose con ello a la cúspide del *trabajo animado* (apartado 2.1.2. y nota 10 del cap. 2), que se vigila a sí mismo y se marca él mismo su productividad. La pretendida «autonomía» de los equipos será la mejor forma de control: aquel que los trabajadores se ejercen entre sí.

En el ámbito de la *seguridad social* hay un reemplazo del sistema único y solidario por el ahorro individual a través de organizaciones financieras y bancos privados. Se da el paso del sistema universal de atención a un sistema sectorializado y fragmentado, que trastoca la *seguridad* de otrora en una creciente «inseguridad» social.

La ELA precisa ultimar la modificación del Estado y de las instituciones sociales, para que asuman un nuevo papel regulativo. Las líneas fuertes del mismo serán:

- Pérdida del objetivo de la igualdad social (expresada a través de servicios universales como elemento de igualdad en la esfera de la circulación, que compensaba en parte la profunda desigualdad en la esfera de la producción), para retornar a la vieja asistencia social basada en la «comprobación de medios».

- Pérdida del objetivo de igualdad de oportunidades para dar paso al principio neoliberal de «no discriminación», lo que quiere decir que cada quien ha de garantizar sus oportunidades en función de sus potencialidades, en desconsideración de las diferencias de partida.

- Pérdida de la universalidad de programas y accesos.

Se trata, entonces, de un *Estado dual* o fragmentado, que ofrece:

1. Servicios de baja calidad para los pobres que acrediten serlo.
2. Servicios de diferentes calidades que se pueden comprar en el mercado según poder adquisitivo.<sup>30</sup>

---

29. Esta impuesta reducción de la diversidad en términos ideológico-regulativos para afrontar la acumulación capitalista en las diferentes formaciones sociales, fue bautizada como «pensamiento único». (ver para la génesis y expansión de tales medidas, Harvey, 2007b). Sin embargo, actuaron como algo más que «pensamiento», en el sentido de que compelieron al conjunto de capitales mundiales a ir adoptándolas, so pena de perder «competitividad» frente a quienes más destrozos de la condición laboral habían ocasionado.

30. Ver para un excelente detalle de los puntos recién expuestos, Rodríguez Guerra (2002). Mayor desarrollo y bibliografía también en Piqueras (2007).

Las consecuencias en la *cuestión social* son evidentes: quedan frenados los derechos de cuarta generación (que incluyen los de reconocimiento e inclusión de los sectores minoritarios, los ecológicos, de igualdad de género, identidad, etc.) (ver Anexo I) cuyos actores de reivindicación por excelencia fueron los nuevos movimientos sociales (NMS). Curiosamente, a menudo ese tapón a los nuevos derechos se da mediante su inclusión parcial e inocua en las agendas políticas,<sup>31</sup> al tiempo que tiene lugar una involución de los derechos de tercera generación —los socioeconómicos— (con toda una batería de contrarreformas laborales y medidas antisociales al socaire de la descuartización del Estado Social). La degradación de la segunda y tercera generaciones de derechos es más claramente contrastable en el caso del *trabajo exógeno*. Lo cual es tanto más significativo cuanto que crecientes sectores de población van quedando exogeneizados, fuera de las posibilidades de integración económica, social y política (sumándose así a la fuerza de trabajo migrante, cuya condición por excelencia es la exógena —Piqueras, 2011b—).

Concomitante y consecuentemente, buena parte de los grandes sujetos o movimientos del Trabajo, tanto de primera generación (MO) como de segunda (NMS), se confina en esferas cada vez más reducidas, de reivindicaciones autolimitadas y objetivos inmediatos que no contemplan ya casi nunca la universalidad social. Se da así una amplia sustitución de aquéllos por *microsujetos* (o sujetos de tercera generación) que se expresan en agrupaciones de muy reducidas dimensiones, que admiten poca o nula disonancia ideológica, con muy limitado radio de acción e influencia sociopolítica (asociaciones y colectivos de muy diverso tipo, ONGs, comités, micropartidos sin posibilidades electorales, mesas o plataformas muy coyunturales...): son los Nuevos-Nuevos Movimientos Sociales (NNMS).<sup>32</sup>

En consecuencia se agranda la amorfización y al tiempo atomización de los agentes sociales, cada vez más (auto)confinados en formas asociativas u organizativas más y más pequeñas. Se reclama de nuevo la prioridad del individuo-ciudadano, desasociado, justamente cuando «la ciudadanía» queda fuera del alcance de cada vez más sectores del Trabajo, gracias a su conversión en *excluidos* (el concepto de «exclusión» diluirá en adelante la conciencia de pauperización provocada por las dinámicas de acentuación de la explotación y expulsión del mercado laboral). La concepción de *pobres* irá sustituyendo de nuevo poco a poco a la de *proletarios* (nota 5 y apartado 1.1. del cap. 1).

Procesos que contribuyen también, en todo el planeta, a la recuperación del protagonismo social de las diferentes Iglesias y sus organizaciones, amén de otras formas asociativas de carácter asistencial, paliativo o caritativo.

---

31. El Capital sabe cómo introducir en la esfera de la reproducción o circulación siempre alguna clave de género en los discursos, sin dar en realidad ningún paso por atacar el núcleo básico de tal desigualdad, pues eso afectaría de lleno a los pilares sobre los que asienta el edificio de su explotación. Ha conseguido vender más o menos exitosamente un «capitalismo verde» absolutamente incompatible con la realidad. Mientras que maneja con cuidado los referentes de la identidad, haciendo guiños a diestro y siniestro (también desde la academia, con los Estudios Culturales), siempre que nadie desafíe la principal cultura e identidad: la capitalista. En cuanto a la vertiente que afecta a los más marginados, los «sin voz», etc., conoce las formas de anestesia de su protesta no sólo mediante la intervención clientelar divisoria de voluntades, sino a través de la ingeniería de la «cooperación», con sus discursos anejos del «empoderamiento», la «economía social» o el «autodesarrollo», por ejemplo.

Mientras tanto, acelera la maquinaria de exogeneización del Trabajo, socavando por la base sus oportunidades de vida reales (en la esfera de la producción).

32. En este contexto tiene lugar un reflujo de los referentes políticos contruidos a lo largo de los dos últimos siglos (como el de *clase*) nuevamente a los de *sociedad civil* (en su acepción más marcadamente burguesa —notas 4 del cap. 2 y 11 del cap. 3—).

Sin proyecto ni fidelidad histórica, los NNMS son cada vez más esporádicos, de militancia crecientemente intermitente (relacionada a menudo con ciertas formas de amistad, se deshacen por desafecciones internas o bien al conseguir sus objetivos más inmediatos, o ante una elevada adversidad); con bruscos toboganes de concentración y desconcentración de actividad, en virtud de acontecimientos u objetivos muy concretos. Producto de la implosión de anteriores sujetos sociales y de sus organizaciones, están estrechamente vinculados a las formas *oenegetas* de intervención social (Piqueras, 2001 y 2002).

Las progresivas reformas que habían ido enriqueciendo lo social y con ello la *ciudadanía*, promoviendo sucesivas generaciones de derechos, ven su camino obliterado, y con él el desinflamiento de las ilusiones que buena parte de las sociedades de las formaciones centrales albergaron en un sistema capaz de mejorarse indefinidamente a sí mismo a través de la reforma incesante.

Lo que habría en adelante sería más bien una sucesión de *contrarreformas* tendentes a desmontar todo el andamiaje social del capitalismo híbrido. Con él se iría deshaciendo también el constitucionalismo social, para ser sustituido por un entramado constitucional-jurídico oligárquico, cada vez menos participado por el Trabajo.

En general, la Política con mayúsculas, como proceso a través del que se construye, decide y regula el devenir social y las posibilidades de participación y protagonismo de unos u otros seres humanos o sectores sociales en el mismo (ver Introducción II —4.II.C.—), va cediendo más y más terreno a la gestión administrativa, la «administración de las cosas» y la «ingeniería social».<sup>33</sup>

La serie concadenada de resultantes puede expresarse como sigue:

Des-socialización de la Política o despolitización del Mundo de la Vida → Pérdida de calidad democrática de las sociedades e instituciones (tendencia a la conformación de instancias de gobierno y decisión supraestatales cada vez más al margen de controles democráticos)<sup>34</sup> → Desclasación-dilución de la conciencia de clase del Trabajo en general

---

33. Con la agudización de la división social del trabajo, se produce también la acentuación de la profesionalización de la política así entendida, fuera del ámbito de intervención e incluso de comprensión (y con ello del interés) de la gran mayoría de los ciudadanos, que delegan cada vez más en «profesionales» los destinos individuales y por supuesto, por tanto, el colectivo.

Por otro lado, las instancias realmente decisivas cada vez escapan más a las posibilidades de elección o de intervención por parte de las ciudadanías, dado el carácter supraestatal cuando no oculto de aquéllas, ajeno a cualquier proceso de elección o control ciudadanos, mientras que los órganos elegibles se desubstancian de contenido (nota 8 del cap. 2).

34. La desintegración del Estado social en sus aspectos materiales tiene su réplica en los aspectos institucionales o sociopolíticos e ideológico-legitimadores. Existe una enorme bibliografía que ha entrado en los detalles materiales. Desde el tratamiento sociopolítico del Derecho se viene trabajando cada vez más en el segundo aspecto. Así, por ejemplo, muy recientemente Noguera (2012) ha sintetizado bien ese proceso de análisis, explicando en qué consiste la despolitización. Alude a tres dimensiones de la misma, en cuanto que desconflitualización de I) las instituciones del Estado y la Ley; II) de las formas de legitimidad del Estado; y III) de los escenarios o sociedades posibles. Atenderemos al punto III en el Excurso final (nota 7 del mismo). Algunos de los procesos que están implicados en los otros dos son:

I.1] El desmontaje del Estado democrático (con instituciones plurales, participadas) y transformación monista de las instituciones del Estado. Se ha llevado a cabo a través de una: a) despluralización o eliminación de las instituciones participativas y representativas; b) multiplicación de órganos tecnocráticos de Estado, desconectados de la ciudadanía.

I.2] El desmantelamiento del Estado de Derecho, que deshace la concepción democrático-garantista del mismo. Ahora ya no es el resultado de la mediación entre Autoridad y Sociedad, y por tanto plural y conflictivo, sino que se entiende y así es percibido por la ciudadanía, como impuesta

(justo cuando más radicaliza el Capital su conciencia y su ofensiva de clase) → Reducción de los sujetos a individuos y éstos como únicos agentes sociales; del macrocorporativismo general que implicaba el «Estado Social», se pasa a un microcorporativismo particularista, en el que cada quien percibe y busca la «salvación» a escala individual → Involución en la conquista de derechos / acentuación de la desigualdad social → Blindaje de la ciudadanía (o reducción de ésta) para ciertos sectores sociales...

En suma, frente a la acción del Estado en pro de la demanda, frente a los compromisos macro-corporativos y frente al espíritu colectivista que había presidido el CME («*el crecimiento pasa por el bienestar general*»), se recuperan en el CMT las viejas creencias liberales del utilitarismo, la búsqueda del bien individual como garantizador del bien común, el mercado como gran satisfactor de necesidades, el individualismo como cosmogonía social.<sup>35</sup>

Esto no quiere decir que los Gobiernos locales (o el Estado) dejen de tener importancia (como afirman destacados teóricos de la globalización), sino que gobernar (regular socialmente) a escala local va quedando más y más subordinado a una «regulación mercantil» globalizada. En ese decurso, el Capital destruye espacios democráticos o los desprovee aún más de sustancia.

Si bien, aunque los Estados, como se ha dicho, se centrarán ahora sobre todo, y esa será su nueva importancia, en el control de la demanda, por mor del atolladero capitalista de sobreacumulación-sobreproducción continúan todavía viéndose forzados a recurrir —a la baja— a ciertos dispositivos anticíclicos («keynesianos»), con vistas a mante-

---

monístamente por el titular del Poder. Por tanto, igualmente, el Derecho se concibe como «aplicación», y no como «regulación». Como algo petrificado, pues.

II.1] La redefinición de la representación. De la representación por delegación, propia del Estado Constitucional, se pasa a la representación por figuración, de cuerpos de profesionales «apolíticos», técnicos supuestamente imparciales y expertos o «reflexivos» sobre los asuntos sociales.

II.2] La redefinición de la Justicia. De la Justicia vinculada a la ética (el *bien* no se puede interpretar como algo ajeno a lo *correcto*, es decir, no está por encima de los derechos de las personas y colectivos), a la Justicia utilitarista, en la que lo *correcto* es subordinado al *bien*, que es definido desde el Poder también monístamente.

35. Se llega así a algo parecido al «homo clausus», autocontrolado y encerrado en sí mismo, como señalara Elias (1993 y 2000) tras su meticoloso estudio del proceso de individuación de largo recorrido. Podríamos hablar también de la «individuación en negativo» a la que aludía Castel (1997), en cuanto que resultado del desligamiento de las agrupaciones secundarias o políticas que el MO había ido construyendo para paliar la destrucción de los vínculos primarios llevada a cabo por la acumulación primitiva de capital. De ahí también el señalado microcorporativismo, al que hace referencia Alonso (1999) (ver nota 24 del cap. 4).

La ciencia, cada vez más como factor clave en la reproducción material e ideológica del Capital, se encargará de coadyuvar a este proceso. La Ciencia Social dominante promoverá en adelante con ahínco la «destrucción» de los sujetos, proponiéndonos de nuevo la recuperación del *individuo*, esta vez no tanto «racional» o «económico», como inerte o, en la terminología al uso, «postsobrano». Fomentando con ello las interpretaciones positivistas-subjetivistas, fenomenológicas, que toman lo que no son sino resultados de determinados procesos históricos estructurales (la opinión construida), por *datos* o elementos «explicativos» del mundo social a través de la *declaración* (en vez de buscar la explicación estructural de la misma). Proliferan por eso descripciones de «subjetividades» y «estilos de vida» sin ningún anclaje estructural explicativo.

Se toma también así el proceso de individuación actual y de preferencia por las opciones individuales, que son fruto de la descomposición social generada por el capitalismo declinante (así como fruto del continuo socavamiento de las alternativas del Trabajo en el capitalismo histórico), como características universales y ahistóricas de los seres humanos.

ner al menos parte del consumo (serán después también cada vez más reducidos a cenizas a partir de la Gran Depresión del siglo XXI).

La *gobernanza* o gobernabilidad (que para algunos autores es la clave política de este modelo de acumulación) significa, entonces, que la gran reestructuración de las relaciones de clase en favor del Capital y la desposesión o expropiación del Trabajo, se pueda hacer sin la insubordinación de este último, gracias en parte a una acendrada biopolítica de autorregulación,<sup>36</sup> construida en las formaciones centrales sobre la derrota histórica de la que proceden sus sociedades en el periodo de guerras y entreguerras interimperialistas y remachada durante la primera postguerra; para que la fase neoliberal del capitalismo histórico ejerza como un largo Termidor (Pisarello, 2011).<sup>37</sup> Mientras que en las formaciones periféricas esa derrota se llevaría a cabo mediante la «Tercera Guerra Mundial» o *Guerra Fría*, como forma de extirpación de las expresiones más conscientes, reivindicativas y alternativas del Trabajo (enfrentando también por las armas las políticas de Estado no directamente subordinadas).<sup>38</sup>

---

36. La biopolítica adquiere mayor relevancia con la construcción de *nuevas formas de gobernabilidad* (Rose, 1996, 1997); formas que precisan de la colaboración activa de los individuos en su propia regulación. Estas nuevas formas de dominio son el resultado de la economización de los medios de gobierno, que tratan en esta *fase-forma* del capital de gobernar contando con la mayor cantidad posible de energía que aporten los gobernados mismos. A partir de ahora, y una vez descuartizada la sociedad en *individuos*, se requiere la activa intervención de éstos en su supervivencia, la promoción de la «ciudadanía responsable», de los «derechos con merecimiento», de la «racionalidad» económica que cada quien ha interiorizado convenientemente.

37. Sin embargo, la biopolítica nunca actúa sola (es más bien el complemento de dispositivos más directos de dominio). Como parte de la gobernanza —y precisamente para cubrir los límites de la biopolítica—, el Estado aumenta sus funciones de represión y control, proceso que tiene su constatación entre otros indicadores, en la generalización del incremento de la población carcelaria (en EE.UU., como ejemplo clave, pasó de medio millón en 1990, a 2.260.000 en 2006, con unos 5 millones de personas en libertad vigilada —Beinstein, 2009—). Al mismo tiempo, se multiplican las disposiciones y tipo de sanciones susceptibles de aplicarse contra la población trabajadora y los sectores sociales más pobres.

38. Ver en Piqueras (2011b) algunos hitos sobre ello. No conozco mejor texto sobre la *derrota social* que el de Zermeño (1996) (ejemplificado en el caso de la sociedad mexicana).

Esa derrota pasaba en las formaciones periféricas por la destrucción de buena parte del proyecto modernizador de las burguesías de nacionalismo nacido en Bandung; así como el agotamiento del Estado populista como remedo del «Social», en América Latina.

Se ponían así las bases para la vuelta a arcaísmos religioso-culturales en numerosas sociedades, como forma de huir del espejismo «occidental», del fracaso de llegar a ser como «Occidente» (fiasco del *desarrollo*). Formas religiosas que prediquen la moderación consumista y la frugalidad de vida se hacían necesarias en formaciones sociales sin posibilidad de establecer un capitalismo de consumo, como lo fuera el puritanismo protestante durante el capitalismo de producción sin consumo en las formaciones centrales.

Para expresar todo esto, y al tiempo para reforzar la incapacidad de accionar colectivamente, las clases dominantes y su filosofía también dominante darán rienda suelta a la *Postmodernidad*. Con ello se quería indicar; igualmente, que todas las claves en que se sustentaba la *opción reformista* en el capitalismo histórico, se daban por liquidadas. Con el parcial despegue en los años noventa, sin embargo, el Capital se erigirá en protagonista de una nueva modernidad, una Neomodernidad que traduciría años más tarde Warren Buffet (del que se dice esté entre los cuatro hombres más ricos del mundo y es uno de los más destacados especuladores mundiales) en su ya célebre frase: «Hay una guerra de clases, es un hecho, pero es mi clase, la clase de los ricos, la que conduce esta guerra, y la estamos ganando».

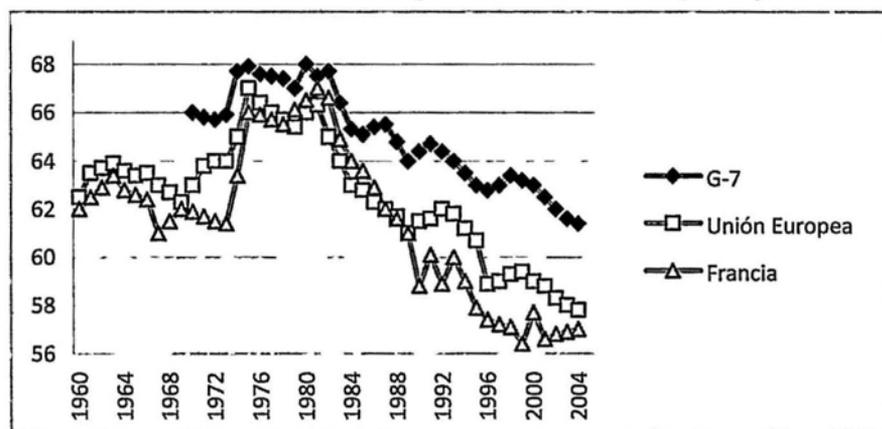
Se trataría, en suma, de una Modernidad sin sujetos, con una libertad reducida a la elección entre mercancías, tratando de construir una nueva macro-narración: la del fin de las ideologías, fin de la lucha de clases. Sin embargo, veríamos después en esa frase de Buffet la pérdida de seguridad que las clases dominantes tendrían en la dinámica intrínseca de acumulación sostenida del capitalismo, si se compara con la declaración de Heath que transcribí antecediendo al capítulo 4. A diferencia de entonces,

La «governabilidad» del capitalismo monopolista transnacional precisa en adelante, para ser efectiva, de una serie de procesos concomitantes, que han sido así resumidos por Duchastel (2002):

- Desplazamiento de lo legislativo hacia lo jurídico y judicialización de lo social.
- Lógica particularista de los derechos.
- Reprivatización de la regulación social.
- Desestatalización creciente de las relaciones sociales.

El miedo laboral y social propios de la *economía política de la inseguridad*, fue acompañado así de una extendida derrota en el imaginario, conduciendo a una generalizada subordinación ideológica, posibilitadora del aumento de la *explotación cualitativa* —que, recordemos, es la que conlleva la colaboración activa del Trabajo, un Trabajo cada vez más *animado* en acrecentar su (auto)explotación para poseer más, ayudado a ello por su identificación casi universal como clase media. Con esto, la *desconfianza* y la competencia van a extender su predominio sobre las formas de cooperación y solidaridad entre amplios sectores del Trabajo (la acentuación de la individuación de la búsqueda de salidas se hace congruente con esas tendencias y con la atomización de los sujetos en individuos o la individuación de los agentes sociales).<sup>39</sup>

**GRÁFICO 1. Participación de los salarios (% PIB)**



FUENTE: Husson (2008a).

es sobre todo también la propia falta de mecanismos de integración o endogeneización del Trabajo, la que genera mayor inseguridad en el Capital y hace temblar su capacidad hegemónica.

Hay que decir que habrá también un intento de lanzar la Neomodernidad por ciertos sectores reformistas y alternativos, como manera de proseguir con la Modernidad pero limándola de las excrescencias menos deseables, despojándola de sus excesos (racionalidad autodestructiva economicista, productivismo energívoros, individualismo extremo, etc.).

39. Tanto en las formaciones centrales como en las periféricas, la destrucción social y el ultraindividualismo que generan las ELA, deben intentar compensarse, sin embargo, con la recuperación de formas de creencia en la comunidad que mantengan el espejismo de ésta, compensen en parte el retraimiento de lo social y hagan gobernable al conjunto disperso de individuos en que han venido convirtiendo las sociedades. De ahí la revitalización de religiones, asociacionismos dóciles, nacionalismos excluyentes... (nota 38 *supra*).

Si un indicador fiable de la efectividad de la dominación y explotación capitalistas en los procesos productivos es el rebajamiento del precio de la fuerza de trabajo (al que se quiere dar el nombre de *competitividad*), puede comprobarse cómo los salarios dejan de seguir a la productividad y pierden creciente parte de su participación en la riqueza social. Se trata de un fenómeno de orden estructural que no puede ser reducido a fluctuaciones coyunturales, tal como indica Husson en el Gráfico 1 de página anterior.

Por su parte, en la primera economía capitalista, EE.UU., hacia principios de los años ochenta el 1 % más rico de la población absorbía entre el 7 y el 8 % del producto nacional. En 2007 se acercaba al 20 %. Mientras, el 10 % más rico pasó de acaparar un tercio del ingreso al 50 % del mismo (Beinstein, 2009, citando al Center of Budget and Policy Priorities de EE.UU.).

Brenner nos describe el siguiente panorama en las tres formaciones de capitalismo más avanzado:

**CUADRO 2. Retribución real total de los empleados del sector privado (incremento porcentual medio anual)**

	<i>Estados Unidos</i>	<i>Japón</i>	<i>Alemania</i>
1960-1969	5.1	11.1	5.9
1970-1979	3.5	6.8	4.7
1980-1990	2.8	3.5	2
1990-2000	3.6	0.9	0.5
2000-2005	1.6	-1.3	-0.5

FUENTE: Brenner (2009).

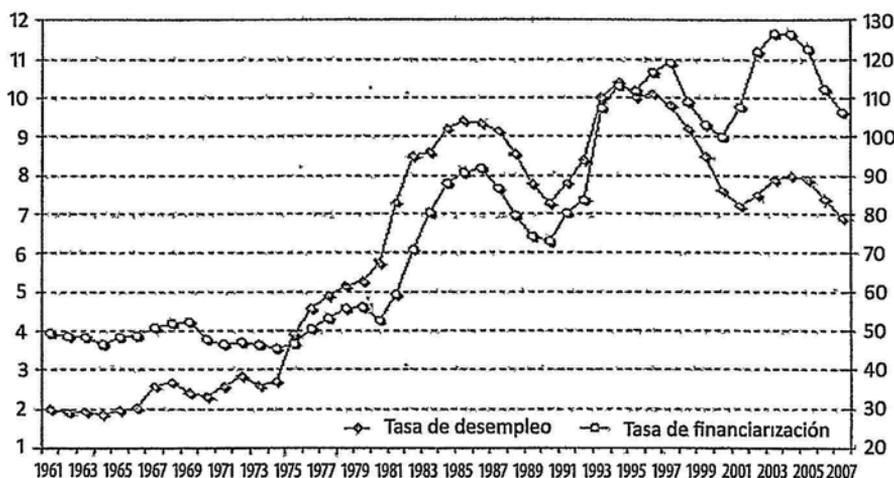
En la misma línea, la OIT señala en su informe de 2012, que desde 1999 la productividad laboral ha aumentado más del doble que los salarios en las 16 primeras economías mundiales. Lo cual es congruente con un mercado laboral globalizado, de oferta ilimitada de mano de obra. El excedente marcado por la productividad nutre al capital rentista-especulativo, en lugar de repercutir en los salarios.

Parece evidente también que la financiarización económica y el conjunto de dispositivos puestos en marcha en el CMT van unidos a la extensión del desempleo (necesaria para profundizar en el debilitamiento del poder social de negociación del Trabajo), como de nuevo ejemplifica Husson claramente para el caso europeo (Gráfico 2).

La dominación es asimismo evidente en la decadencia del ciclo de luchas del Trabajo<sup>40</sup> (que pasa ahora cuanto mucho a la defensiva de sus conquistas), sin pre-

40. Si tomamos como indicador de tal conflictividad el número de huelgas, este medio de reivindicación ha disminuido en todas las economías centrales desde los años setenta del siglo XX, cuando adquirió su auge. Por ejemplo, en Italia entre 1970 y 1979 se perdieron 1.041 días laborales por cada mil empleados a causa de las huelgas; entre 2000 y 2008 sólo fueron 62,9 días. Para esos mismos períodos la cantidad de huelgas disminuyó de 192 paros por cada millón de trabajadores, a 31,5 (*Diagonal*, nº 133, p. 5 del suplemento especial). En Silver (2005) se pueden seguir diagramas de esa conflictividad medida por conflictos laborales. Para una explicación de la misma, ver también Brenner (2009) y Fernández Durán (2010).

GRÁFICO 2. Financiarización y desempleo en la UE, 1961-2007



FUENTE: Husson (2008a).

cedentes desde su constitución como sujeto a lo largo de la primera revolución industrial.

Esa subordinación corre pareja a la penetración del capital en todos los aspectos de la Vida social y privada, fusionando las esferas Productiva y Reproductiva, en un flujo sin discontinuidad. Allá donde más avanzada está la dinámica capitalista el conjunto de los seres humanos se convierte en fuente de valor (productivo y reproductivo), quedando toda la vida de los mismos sometida a la lógica del valor.

Se grava a hierro así una tendencia aparentemente imparable, cual es la conversión del conjunto de la Humanidad en Trabajo y la totalidad de la Vida en valor.

Esto es, la

sustracción de la vida fuera de valor

El Capital obtiene valor de todo el ciclo de la vida de los individuos aprovechando no sólo todas sus capacidades, sino también todas sus potencialidades, todas sus posibilidades de ser:<sup>41</sup>

Para el caso español, García Calavia (2008) (aunque veremos en el Anexo II cómo hay signos de un cambio de tendencia desde 2007).

41. Es lo que algunos recientemente han llamado *biocapitalismo*. Por eso mismo, dado que el capital ha extraído el valor de nuestra vida (o ha hecho que toda nuestra vida esté dedicada a generar *valor* para el capital), nuestra vida va quedando sin valor humano, sin valor social. Cualquier intento de recuperar la autovaloración como personas más allá de ser *mercancía*, pasa por construir claves para adueñarse de la propia vida, saliéndose de la *ley del valor* del capital. Esto es lo que motiva que las luchas por el sentido de la propia vida, por el propio reconocimiento, a veces traducidas en luchas identitarias, hayan venido ocupando cada vez más el lugar de las luchas de clase, como si fueran «apolíticas» o «postpolíticas». Reafirmar y hacer visible la tremenda dimensión política de las mismas, es parte de la reconstitución de los sujetos antagonistas.

De esta forma, si el naciente capitalismo separó el tiempo de trabajo del tiempo de vida (nota 7 del cap. 4 y apartado 1.1. del cap. 1), el capitalismo maduro declinante vuelve a soldar el tiempo de los individuos como un tiempo único, un *tiempo-mercancía*.

En definitiva, el *capitalismo híbrido* de corte social, aquel que había hecho de la *opción reformista* su razón de ser, se (auto)descompone. Lo cual no quiere decir que vuelva a su primigenio estado liberal. Antes al contrario, su componente *híbrido* se mantiene, sólo que en la actualidad está marcado por una fortísima intervención del Estado a favor del Capital, decantándose cada vez más como instrumento de esta clase. Un Estado interventor en pro de la oferta que define las claves del que es hoy en día un *capitalismo intervenido* o *asistido*, más y más necesitado del oxígeno que recibe de su brazo político-militar.

Evidencia palpable de que la economía es cada vez más innegablemente política. De que la *violencia* es parte constitutiva estructural de la acumulación capitalista.

De hecho, la acentuación de la supeditación estratégica del conjunto del Trabajo se correlaciona lógicamente con el aludido aumento exponencial de las fuerzas destructivas en el capitalismo monopolista transnacional. Esto último significa que la tradicional contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, se resuelve en la actualidad en forma de destrucción masiva de aquellas primeras.<sup>42</sup>

---

El *biocapitalismo*, por su parte, tiene una traducción inmediata, y es que el *obrero social*, como trabajador de la *fábrica social* a que da lugar hoy el modo de producción capitalista (la producción se deslocaliza en cualquier ámbito de la sociedad, incluso en el propio domicilio, en un intento de des-socializar la producción), ha venido sustituyendo al obrero-masa que fue característico de la separación de las esferas de la producción y la reproducción (Negri, 1980).

Hay una concienzuda explicación de la apropiación del trabajo social por el capital en la corriente analítica autodenominada del «capitalismo cognitivo», llevada a cabo por los autores provenientes del operaísmo italiano, agrupados en la revista *Future Antérieur* (después *Multitudes*).

42. Estudiosos de los tiempos largos tanto en la tradición de los sistemas-mundo como otras, ven este resultado destructivo recurrente no sólo en el modo de producción capitalista, sino en todas las economías que algunos han llamado de mercado. Así por ejemplo, Gombeaud y Décaillot (2000) comparan la saturación del capitalismo neoliberal que ya estaba preñado de su colapso (haciendo prever lo que ahora está ocurriendo), con la sociedad tardo-romana, con la crisis de la Baja Edad Media y con la primera crisis mercantilista de los siglos XVI-XVII. En unos y otros casos cada vez que la competencia se desborda por encima de los controles sociales o estatales termina generando un crecimiento negativo. Tras él aparecen un conjunto de factores asociados, para ellos, de forma invariable a la crisis: inversión desmesurada con la esperanza de sobrevivir a los competidores (¿sobre-acumulación?); crédito excesivo que mantiene durante un breve tiempo el espejismo de que todo marcha normal o va a volver a marchar bien; derivación de la producción hacia bienes de lujo; especulaciones, inversiones de refugio; tráficos rentistas que repuntan la inflación y amenazan la actividad. «La inquietud se generaliza, los conflictos se convierten en disensiones y estallidos, las carencias en plagas y las conmociones en cataclismos» (2000: 217).

La ideología que justifica la fragmentación de la sociedad en «elegidos» y «desafortunados», es aparentemente tolerable en la fase de crecimiento, porque la acumulación no causa «apenas» víctimas en la propia sociedad (formaciones socio-estatales como la española han mostrado que un porcentaje del 20 % de pobreza puede digerirse sin sobresaltos en tiempos de «bonanza»). Pero las cosas empiezan a cambiar cuando capas más acomodadas del Trabajo perciben en sus propias carnes la decadencia, cuando ésta se hace evidente para los estratos medios y, en definitiva, para las grandes mayorías.

## Capítulo 6

### *Impasse* actual: ¿hacia una nueva mutación del capitalismo?

La crisis financiera por la que pasamos no es la crisis del capitalismo, es la crisis de un sistema que se ha alejado de los valores del capitalismo, que en cierto modo los ha traicionado [...] Es el fin de un mundo que se construyó sobre la caída del muro de Berlín, cuando una generación creyó que la democracia y el mercado arreglarían por sí solos todos los problemas [...] Hay que refundar el capitalismo sobre bases éticas, las del esfuerzo y el trabajo, las de la responsabilidad.

NICOLÁS SARKOZY, presidente de Francia,  
septiembre de 2008

Hay que refundar el capitalismo

BARACK OBAMA, presidente  
de EE.UU., febrero de 2009

¿Puede hablarse en la actualidad de un nuevo tipo de capitalismo que se está superponiendo al Capitalismo Monopolista Transnacional (CMT) de la era neoliberal?, ¿o se trata de la profundización de las características, procesos y tendencias de esa expresión del capitalismo histórico, que termina por advenir en un Capitalismo Oligopólico Global (COG), y que sin embargo, paradójicamente, puede estar entrando en implosión desde la segunda mitad de la primera década del siglo XXI? Un capitalismo que, en cualquier caso, necesita ser intervenido intensa y constantemente por los poderes de clase y muy especialmente por el Estado, pero también por el macro-Estado y conjunto de instituciones globales, dada su demostrada insolvencia para funcionar sin enormes y aparatosas muletas.

Las preguntas pueden formularse de otra forma. ¿Asistimos a una degradación o a una acentuación del modelo de crecimiento neoliberal? ¿Fase degenerativa del capitalismo o interludio para una nueva *forma* de acumulación-regulación capitalista?

Los elementos de un posible nuevo modelo de acumulación-regulación tienen las siguientes bases:

Corporativismo transnacional Continúa la caída de la masa de ganancia en los centros del Sistema. Acentuación en la mayor parte de ellos del rentismo y parasitismo y, en suma, del capitalismo especulativo-financiero, que deja, en general, nuevas formas de gestionar la mediación social del *valor* y la reproducción de la fuerza de trabajo. Culminación del deterioro de la opción reformista (degeneración de la democracia y de los mecanismos de integración del Trabajo). Surgen nuevos

espacios de acumulación, que sin embargo todavía no desafían la centralización del capital, y son altamente inestables, sin consolidar.

La energía fósil y la de minerales entran en pico descendente, mientras que no se encuentra sustituto energético capaz de ofrecer las mismas posibilidades para la acumulación capitalista ni de consumo para la enorme masa de población mundial.

A la par, los últimos recursos fósiles, los principales metales y también los «metales raros» de alto valor estratégico, se localizan preferentemente en las formaciones periféricas (sobre todo en las «emergentes» y muy especialmente en China, por lo que toca a los dos últimos casos). Esto constituye un sustrato infraestructural o energético inabordable para un cambio en la correlación de fuerzas interestatales.

Los indicadores evidentes de fatiga en la acumulación capitalista, no encuentran sin embargo, antagonista de clase, lo cual puede procurar una larga decadencia. El COG se mueve en un mundo de *sociedades derrotadas*. Por el contrario, la pugna intercapitalista se hace más decisiva. Ésta se desregula más y más y aboca a guerras económicas pero, por derivación, también militares. Al mismo tiempo, las principales formaciones centrales emprenden una ofensiva que está remodelando sustancialmente la geoestrategia y la geoeconomía mundial (interviniendo sobre todo en Centro-Asia, Asia Occidental y fronteras y territorios del Heartland), especialmente con miras a enfrentar los dos grandes enemigos sistémicos: China y Rusia.

El término *global* indica la completud del proceso transnacionalizador (un sistema de oligopolios generalizados, mundializados y financiarizados, base de un imperialismo colectivo), si bien con muy relativos y dispares logros en la subsunción real y formal del trabajo al capital. Además, cuando el capitalismo intensifica esta dimensión puede haber llegado a su cenit y estar comenzando un proceso de implosión o de contracción de nuevo hacia ámbitos espaciales menores. La tendencia a la globalización choca con el estancamiento de ciertos regímenes estatales y regionales de acumulación.

El sistema comienza a evidenciar también patentes síntomas degenerativos que en caso de mantenerse irresueltos podrían indicar su fase senil.

La *desposesión* por sí sola no puede mantener la acumulación más que por un breve plazo. De hecho, el nivel de la tasa de crecimiento económico real del 3,1 para el promedio del G7 en los años ochenta, pasa al 2,5 en los noventa (Altwater, 2011: 167).

El capital necesita volver a la producción de plusvalía y beneficio productivo. Algo que en sus principales centros acumulativos sólo logra con muchas dificultades, y que

**CUADRO 3. El declive de la rentabilidad y sus consecuencias Estados Unidos, Japón, Alemania y G-7: tasas de beneficio netas en el sector industrial y en el conjunto del sector privado, 1949-2000**

	<i>Industria en Estados Unidos</i>	<i>Sector privado en Estados Unidos</i>	<i>Industria en Japón</i>	<i>Empresas no financieras en Japón</i>	<i>Industria en Alemania</i>	<i>Sector privado en Alemania</i>	<i>Industria en el G-7</i>	<i>Sector privado en el G-7</i>
1949-59*	25	13,5	31,6	17,3	30,3	23,4	26,8	16,9
1960-69	24,6	14,2	36,2	25,4	19,8	17,5	26,3	18,3
1970-79	15	11,5	24,5	20,5	13,4	12,8	17,8	14
1980-90	13	9,9	24,9	16,7	10,1	11,8	13,9	12,4
1991-2000	17,7	11,9	14,5	10,8	5,2	10,5	—	—

FUENTE: Brenner (2009). El autor advierte que los datos para Japón son sólo de 1955-1959 para el primer lapsus; y para Alemania sólo de 1950 a 1959. Las cifras para Alemania se refieren a la República federal hasta 1990 y a la Alemania reunificada para 1991-2000.

**CUADRO 4. Tasa de beneficio después de impuestos de las 500 principales corporaciones transnacionales estadounidenses (media anual década por década, 1954-2002)**

<i>Fase de la Onda Larga</i>	<i>Años</i>	<i>Tasa de beneficio ajustada por fecha (revisión <math>\pi</math>)</i>
Descendente	2000-2002	3.30
Descendente	1990-1999	4.02
Descendente	1980-1989	5.30
Descendente	1970-1979	6.30
Ascendente	1960-1969	7.15
Ascendente	1954-1959	7.71

FUENTE: O'Hara (2004).

es compensado sólo en parte por la dinámica de acumulación de aquellas de sus periferias con posibilidades de estar en tránsito a dejar de serlo.

Si hacemos un repaso de la evolución de las tasas de ganancia media en las formaciones centrales, vemos que su elevación es más bien frustrante (véase Cuadro 3).

Por su parte, O'Hara (2004: 31-332) proporciona datos sobre la sintomática decadencia de las tasas de beneficio de las principales 500 ETN estadounidenses, que resumo en el Cuadro 4.

Las tasas de ganancia industrial de las economías capitalistas más avanzadas, que habían caído desde finales de los años sesenta del siglo XX, se recuperaron parcialmente a partir de los años ochenta (en los setenta los salarios reales ya estaban cayendo), pero sólo alcanzaron el nivel medio de aquella tasa previa a la caída y experimentaron recaídas a final de esa década, que remontaron hacia mediados de los noventa. Si la tasa de ganancia cayó un 5,4 % entre 1966 y 1979, para repuntar a 3,6 % entre 1979 y 1997, en este último año era sólo la mitad de su valor en 1948 y entre el 60 y el 75 % de su valor promedio para la década 1956-1965.<sup>1</sup>

Pero lo más significativo de este periodo es que la parcial recuperación de las tasas de ganancia se produce sin apenas acumulación. Es decir, no se da una reinversión productiva satisfactoria de esa ganancia, que en buena parte se dirige hacia el sector financiero-especulativo, o se reparte en forma de dividendos para el lucro capitalista.

La reestructuración o restauración pseudoliberal tampoco pudo, por tanto, aumentar los indicadores de crecimiento.

En los años sesenta del siglo XX el crecimiento fue de 3,5 puntos, y de 2,5 en los setenta con políticas keynesianas, En los ochenta fue de 1,4 y en los noventa de 1,1, con políticas neoliberales (de hecho, en plena ofensiva neoliberal de los años ochenta las economías centrales que más crecieron fueron las menos neoliberales, véase, Alemania y Japón —Chesnais, 2008; datos muy similares proporciona el Banco Mundial—).

Y es que las principales contradicciones seguían presentes. Así por ejemplo, con el desplazamiento espacial y la transnacionalización se agravó la sobreacumulación, creando nuevos

1. Datos en Harman (2007). Por ejemplo, la tasa de ganancia industrial en Japón pasó de 31,6 entre 1955-1959, a 14,5 en 1991-2000; en Alemania cayó de 30,3 (1949-1959) a ¡5,2 en 1991-2000!; mientras que en EE.UU. bajó de 25 a 17,7 para esas mismas fechas (Brenner, 2009: 468).

centros de manufactura y mecanización mundiales que añadieron un enorme volumen de capacidad productiva al mundo, deprimiendo precios pero también beneficios.<sup>2</sup>

Por otra parte, como han apuntado diversos autores, la incorporación del Segundo Mundo no sólo supuso la consecución de un único espacio de valor mundial, sino que duplicó al tiempo la oferta de trabajo mundial, deprimiendo salarios, pero también precios y perspectivas de ganancia. Las recurrentes políticas monetaristas del tardocapitalismo, dirigidas a contener la inflación, eliminar capital obsoleto y a contener los salarios, no hicieron sino disminuir la actividad económica y reducir aún más la capacidad de compra de la fuerza de trabajo.

Todo ello se uniría al estrechamiento de las posibilidades de seguir huyendo hacia delante por parte del capital ficticio, dadas las burbujas de cada vez mayor dimensión que va generando, de más graves consecuencias potenciales para el conjunto de la economía. Esto habla de las serias dificultades del capitalismo tardío degenerativo para sostener la acumulación más allá de dimensiones temporales cada vez más breves.

La velocidad de innovación y de sustitución tecnológica incapaz de obtener valorización y el resultante exceso de capacidad (sobreacumulación de capital) hizo disminuir drásticamente el aumento real del *stock* de capital en el sector privado no residencial de las formaciones sociales centrales (de 12,5 en 1965-1969 a 2,4 en 2001-2005 en Japón; de 8,4 en 1960-1969 en la República Federal Alemana, a 1,4 en 2001-2005 en la Alemania unificada; de 4,5 a 2,1 en EE.UU. para esas mismas fechas, por ejemplo). El aumento de las tasas de explotación no daba abasto ya para compensar la velocidad de depreciación del capital invertido.

Disminuyó, congruentemente, la tasa de aumento de la inversión: entre 2001 y 2007 en las economías de capitalismo avanzado, incluidas las recién industrializadas y los «tigres» asiáticos, fue la más baja desde 1945.

Se frena, por las mismas razones, la tasa de innovación técnica (ver apartado II y nota 6 *infra*). Hecho que denota un deliberado entorpecimiento del desarrollo de las fuerzas productivas.

Igualmente en consecuencia descendió de forma imparable la productividad del trabajo (de 8,6 en 1961-1970 a 1,9 en 2001-2005 en Japón; de 4,2 a 0,9 en República Federal-Alemania; de 5,1 a 0,8 en Euro-12 para las mismas fechas, descendiendo sin excepción en todas las décadas). Sólo EE.UU. constituyó una parcial salvedad al bajar de 2,3 en la década 1961-1970 a 1,7 en 1991-2000 (descendiendo también en las anteriores décadas), para ascender a 2,4 en 2001-2005 (todos estos datos en Brenner, 2009). En conjunto la «crisis» ha hecho retroceder la producción mundial a los niveles de 1989 (Harvey, 2012: 186).

La persistencia de los límites estructurales parece indicar que el resultado de la permanente pugna contra la crisis de sobreacumulación que ha venido protagonizando el Capital a través de su expresión dogmática, el neoliberalismo, ha sido dar unos años más de salida relativamente *ficticia* a la acumulación, a través de la acentuación de la financiarización económica. Ha ido sustituyendo más y más, para ello, las anteriores formas predominantes del beneficio financiero, intensivas, sustentadas en altos tipos de interés, por formas extensivas, «basadas en una penetración creciente de las dinámicas financieras en el tejido social y en operaciones financieras basadas en el apalancamiento

---

2. Es bien indicativo de ello el que las tasas de beneficio de las 500 empresas más importantes de la lista *Fortune* decrecieran de 7,15 de promedio en los años sesenta, a 2,29 en los noventa del siglo XX, siendo para los primeros años del siglo XXI (2000 a 2002) de 1,32 (Chesnaï, 2008).

masivo» (López y Rodríguez, 2010: 187-188). Esto ha disparado el capital ficticio y se ha combinado, además, con la extraexplotación del Trabajo.

Entre otras muchas consecuencias hemos visto como resultado una depresión de la demanda que al crédito por sí solo le cuesta cada vez más compensar.

Lo que nos lleva a hablar, en conjunto, de una fase declinante o *degenerativa* del capitalismo, que evidencia un empantanamiento en sus formaciones centrales, con una vitalidad cada vez menor en cada ciclo económico desde los años setenta del siglo XX, salvo algunos repuntes insuficientes en todo caso para activar una nueva onda de acumulación. De hecho, durante tres décadas hemos asistido a espasmos de acumulación en unos u otros lugares del Sistema Mundial, siempre a través de crisis recurrentes y sin un boom sostenido.

A diferencia de otros grandes momentos de inflexión en el capitalismo histórico, sin embargo, no hay una clara tendencia a escala de todo el sistema capitalista, lo que ha desatado posturas encontradas sobre su decadencia.

Pero si es verdad que ha habido lugares o «nichos» en que la acumulación continuó materializándose, el patrón de crecimiento general sufrió una *carencia de suficiente inversión productiva* (y de creación de plusvalor «real»), lo que terminaría por desembocar en la crisis de 2007.

Sencillamente, no había plusvalor en la producción que alcanzara para pagar las altas tasas de valorización que exigían las finanzas.

## 6.1. La dinámica de reproducción del capital

Parece plausible que siempre que el Capital se decanta por la *opción liberal* lleva emparejados problemas asociados a:

- a) la creciente desigualdad entre salarios y beneficios en favor de estos últimos;
- b) el desligue del sector financiero del ámbito productivo con vistas a la rentabilización a través de la inversión especulativa y, en general, de alto riesgo;
- c) la generación de grandes burbujas de activos.

Estos factores se refuerzan entre sí y se implican con otros tendentes a reducir la inversión productiva (que por tanto son al mismo tiempo procíclicos o tendentes a la crisis):

1. Insuficiente crecimiento de la demanda agregada.
2. Inestabilidad macroeconómica.
3. Competencia intercapitalista sin restricciones, proclive a desincentivar la inversión a medio y largo plazo.<sup>3</sup>

Toda esta suma de factores, junto a los estructurales descritos en el capítulo anterior, ha conducido finalmente a un nuevo atasco de la dinámica de acumulación en los centros capitalistas, afectando ahora al conjunto del Sistema Mundial.

---

3. Puede seguirse un detalle de estos puntos en Kotz y McDonough (2007) y Kotz (2009). Todo ello ha dejado servida la polémica en la teoría regulacionista sobre si el neoliberal global-oligopólico es en realidad un nuevo modelo de crecimiento o se trata sólo del largo declive del keynesiano. Misma polémica que se repite en la escuela de las ESA, en cuanto a la posible efectividad de la ESA neoliberal. Ver al respecto Introducción II.

Algunos de los indicadores más importantes de este atolladero para la acumulación capitalista y, en general, para el *normal* funcionamiento sistémico, al acabar el siglo XX y durante la primera década del XXI son:

### *I. Pérdida de capacidad para impulsar y mantener el crecimiento*

Según Maddison (2002: 260), en 1820 la producción total de bienes y servicios en la economía capitalista mundial eran unos 694.442 millones de dólares (en dólares constantes de 1990). En 1913 el monto ascendía a poco más de 2,7 billones. En 1950 superaba los 5,3 billones, y en 1973 subió a algo más de 16 billones. En 1998, cuando acaba la serie de Maddison, el PMB era de unos 33,7 billones. En 2012 casi se alcanzan los 79 billones, según datos del FMI. Esto quiere decir que desde 1750 la tasa de crecimiento compuesto del capitalismo ha estado en torno al 2,25 % anual (con periodos más bajos e incluso negativos, y otros altos, del 5 %, en el periodo 1945-1973).

El crecimiento capitalista está basado en la reinversión del capital excedente de cada momento. La demanda efectiva para ese capital excedente está sustentada en el consumo de la población, más el consumo personal de la clase capitalista, más la demanda generada por la expansión de la producción futura, que conlleva la reinversión capitalista. Para que el capitalismo funcione hay que conseguir oportunidades de reinversión rentable para una parte del excedente producido. Al menos para el 3 % aproximadamente, si nos atenemos a la tasa de crecimiento medio descrita. Pero esto se va haciendo crecientemente difícil según aumenta exponencialmente el excedente y a la vez se agota el espacio de expansión y los recursos. Así, si en 1950 esa expansión suponía reinvertir con esperanzas de rentabilidad unos 150.000 millones de dólares, y unos 420 millardos de dólares en 1973, encontrar oportunidades rentables de inversión global para 1,6 billones de dólares en 2009 (con unos 56,2 billones en dólares corrientes de PMB) es tarea mucho más difícil. En 2030 probablemente tendríamos que hablar de unos 3 billones de dólares en busca de reinversión rentable (Harvey, 2012: 29 y 180).

¿Qué espacios quedan en la economía global para nuevas reubicaciones espaciales que permitan absorber el capital excedente? ¿Qué nuevas líneas de producción podrían protagonizar una nueva expansión de ese tamaño? Y lo que es más importante, ¿de dónde sale y cómo se mantiene la fe en un crecimiento indefinido, exponencial, en un mundo de recursos drásticamente finitos? No parece haber solución capitalista para semejante desafío, más allá de provocar salidas falsas a través de nuevos inflamamientos del capital ficticio.

La reestructuración o restauración liberal aumentó modestamente los indicadores de crecimiento<sup>4</sup> al no mostrarse capaz de hacer volver la gran masa de capital a la esfera productiva, dada la escasa elevación de la tasa media de ganancia conseguida en ella.

Es más, con el desplazamiento espacial y la transnacionalización se agravó la sobreacumulación, al crearse nuevos centros de manufactura y mecanización mundiales que añadieron un enorme volumen de capacidad productiva al mundo, coincidiendo con la agudización de la competencia intercapitalista y el ralentizado pero continuado aumen-

---

4. Tomados los datos de crecimiento del PIB de la OCDE, si entre 1974-1993 (años que están señalados como propios de una fase B Kondratiev o de decadencia) el crecimiento fue de 1,2 %, entre 1994 y 2006 subió a 2,6 % (Maddison, 2002).

to de la composición tecnológica de los procesos productivos (que deja cada vez menos trabajo excedente por apropiarse y rentabilizar).<sup>5</sup>

Según aumenta el producto social el crecimiento no sólo se hace más difícil, sino que arrastra consecuencias más destructivas ecológica y socialmente.

## II. Dificultad para encontrar un nuevo motor de la acumulación

El desplazamiento técnico-organizativo emprendido hacia un tipo de producción que se dio en llamar «inmaterial», y que buscaba cierta «softwareización» de la economía (esto es, la «revolución informática» que estuvo en la base de la que se conoció como *nueva economía*), no fue capaz de sostener un nuevo ciclo de crecimiento y acabó al final de los años noventa en el cataclismo bursátil de las empresas «punto.com».

Esto no es sino una constatación más de que el capital no encuentra una nueva fuente de inversión que sirva de base para arrancar una onda sostenida de acumulación.

Carece hoy de un «motor», de una «locomotora» de arrastre, de una rama económica «universal» que tiña todas las demás y las lleve hacia adelante, cumpliendo el papel del ferrocarril en el siglo XIX o de la industria automotriz, en el XX [...] El carácter de rama 'ligera' de la informática, que sí se ha expandido universalmente a toda la economía, parece ser un limitante para desempeñar ese rol.<sup>6</sup> Quizá lo podría llevar a cabo la industria

---

5. Es indicativo de ello que según Chesnais (2008), las tasas de beneficio de las 500 empresas más importantes de la lista *Fortune* decrecieron de 7,15 de promedio en los años sesenta, a 2,29 en los noventa del siglo XX; siendo para los primeros años del siglo XXI (2000 a 2002) de 1,32.

6. La inversión en equipos y software de alta tecnología que desempeñó un papel crucial en la expansión de los años noventa, aumentó a tasas del 25 % anual entre 1995 y 2000, para comenzar a caer al 6,5 % en 2001 y aún más en adelante, a medida que la sobreinversión de capital en esta rama fue desequilibrando la relación capital/utilidades. [Esta nota al texto es mía. No está incluida en el original, pero son datos del mismo autor.]

En este sentido, se ha abierto una línea de investigación sobre el «capitalismo cognitivo», que trata de dar cuenta de la reconfiguración del capitalismo industrial hacia un nuevo tipo de capitalismo basado en el conocimiento como fuente más importante de valor (dando paso a un sector cuaternario e incluso uno quinario de la economía: servicios de servicios basados en la información, el conocimiento y la comunicación). Desde ella se viene advirtiendo de que los nuevos mecanismos de control y apropiación del *conocimiento* (también de los saberes que le subyacen), en vez de desarrollar las potencialidades reales del mismo, las bloquean en orden a capturar su *valor*, para hacer pasar a aquél de mercancía a capital (y de paso garantizar artificialmente por un tiempo mayor frente a la competencia, las inversiones hechas —gracias a patentes, restricciones institucionales, etc.—). De esta manera, como ya anticipara Mandel, la lógica de la rentabilidad económica que pasa por ese control y apropiación, choca con la propia lógica de la creación de riqueza. Esto implica una reactualización y agudización de la contradicción clásica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la vigencia de unas relaciones sociales de producción que las entorpecen (ver punto IV). En efecto, cada vez más la acumulación capitalista necesita para realizarse potenciar formas colectivas (mediante el *welfare*) de formación del conocimiento (de las que se nutre hoy principalmente el mundo empresarial), con la consiguiente circulación libre y productiva de saberes. Esta necesidad entra en contradicción con los requerimientos de la gobernanza social, que implica el principio de apropiación privada de los medios de producción y la regulación de la vida y la destrucción de los bienes colectivos y formas garantes de reproducción social [ver sobre esto, por ejemplo, la obra colectiva de Fumagalli, Lucarelli, Marazzi, Negri y Vercellone (2009). También los trabajos de Vercellone (2010 y 2011) y Fumagalli (2010)]. Lo cual deja poco espacio de posibilidad para una hipotética onda cognitiva de acumulación (ver nota siguiente). Por otra parte, al crecer en el stock real de capital la parte correspondiente a lo que se ha llamado «*capital inmaterial*» (I+D+i, software, educación, aprendizaje, redes, salud...) —incorporado al Trabajo—, frente al *capital material* como capital fijo —incorporado en forma de máquinas—, la economía se basa cada

aeroespacial, pero está todavía en un estado demasiado incipiente y por ahora puede que sea más fuente de pérdidas que de ganancias [...]. La industria militar a gran escala es, desde luego, un recurso para activar las ganancias, siempre y cuando estuviera acompañada del uso generalizado de las armas, así como de la reposición continua de éstas. Algo que se ve limitado también, de momento, por la actual dimensión destructiva de tal posibilidad [Rojo, 2011: 7-8].

Es posible que las tecnologías biomédicas y genéticas (quizás en unión con las robóticas), junto a las «tecnologías verdes», intenten constituirse en la principal fuente de acumulación capitalista en el futuro inmediato,<sup>7</sup> además de erigirse en elemento clave de dominio del Capital sobre el Trabajo en el siglo XXI. El peligro de que se conviertan en los nuevos focos de especulación y generación de burbujas también es evidente, pudiendo dar fácilmente al traste (una vez más) con su potencialidad de arrastre del conjunto de la economía.

Hoy por hoy, la falta de una fuente de extracción intensiva y generalizada de plusvalía relativa (la cual es la que distingue la dinámica de acumulación capitalista madura), y los intentos de compensar tal carencia recurriendo a la extensión y profundización de la plusvalía absoluta, no son sino otros indicadores de la actual decadencia del sistema.

---

vez más en la formación colectiva, en la elevación social de la condición intelectual del Trabajo (el *general intellect* o *intellect difuso* en la sociedad), es decir, en el conocimiento (que es la única mercancía que no se gasta con su uso, sino que se multiplica). Por eso, para obtener beneficio de la misma, el Capital necesita generar una escasez artificial, es decir, generar todo un conjunto de dispositivos sobre su propiedad y distribución (patentes, copyrights, activos...). Es por eso que el *valor* capitalista entorpece cada vez más el avance social, y el antagonismo entre Capital y Trabajo adquiere cada vez más el carácter de antagonismo entre las relaciones e instituciones de lo común (que están en la base de una economía crecientemente apoyada sobre el conocimiento) y la lógica de expropiación del capitalismo degenerativo. La renta financiera es hoy la más clara expresión de esa expropiación, la forma que sintetiza el conjunto de dispositivos rentistas de esta fase capitalista.

7. Es curioso que sea hacia ellas donde van dirigidas hoy las inversiones «filantrópicas» de los grandes magnates como Gates o Soros, según nos recuerda Harvey (2012: 87). De ahí el creciente peligro que se anuncia en este párrafo del texto. Una buena explicación sobre el mismo en Bell (2009).

En cualquier caso, tanto las posibles salidas de un *capitalismo verde* (supuestamente capaz de relanzar la acumulación en función de la reestructuración del conjunto de sus infraestructuras físicas para dar respuesta a los límites ecológico-energéticos) y un *capitalismo cognitivo* (de acumulación basada en la creciente apropiación del trabajo social), chocan con los elevadísimos grados de coordinación de los capitales individuales y de las entidades estatales que se requerirían y que no existen. Así por ejemplo, la hipótesis del «capitalismo cognitivo» requeriría de una inmensa innovación institucional que, para empezar, permitiera dirigir una parte importante de los beneficios a garantizar una tasa creciente de productividad social (ampliación y mejora sustancial de los sistemas públicos de educación, innovación, fomento masivo de la creatividad, la realización individual...). Esto implicaría fuertes medidas redistributivas, nuevas formas de medir la riqueza, cambios sustanciales en la forma del Estado, etc. Al decir de algunos críticos, a la postre resultaría antitético con el capitalismo: el capitalismo cognitivo deviene un anticapitalismo.

Más bien, entonces, por las condiciones que se exponen en este apartado, nos hallamos en un impase histórico de inestabilidad prolongada que probablemente acompañe a un también largo estado estacionario o degenerativo del capitalismo, incapaz de encontrar por ahora las fuentes de un nuevo régimen de acumulación (ver Balakrishnam, 2009).

### III. Decreciente capacidad de conversión del dinero en capital

Debido a las razones descritas en los puntos anteriores, esto es, a la creciente dificultad de invertir rentablemente el excedente producido, con la consiguiente sobrecumulación generada, el dinero va quedando más y más fuera de la producción, como dinero-mercancía, listo para sobredimensionar la vertiente financiero-especulativa de la economía capitalista (los activos financieros mundiales en 1982 eran 13,9 billones de \$; en 2004 ascendieron a casi 150 billones de \$, es decir 3 veces más que el PIB mundial, que rondaba los 50 billones de \$). El Capital se fuga hacia el sector financiero, fiado en la falsa creencia de que el dinero puede generar dinero por sí mismo, fuera de la producción, de manera indefinida (traducido quiere decir que el sector financiero deja de tener como principal función dar vida a la economía productiva, para hacerse objeto de ganancia por sí mismo, a través de la especulación). Pero tras ese espejismo lo que se generó fue una enorme pirámide invertida de capital de crédito-deuda y especulativo en relación al capital real. Es decir, se creó una ingente suma de *capital ficticio*, que ha sido en realidad el gran motor del breve y tímido despegue neoliberal de las tasas de ganancia, (y que ha supuesto otro gigantesco mecanismo de apropiación de riqueza colectiva por parte de una reducidísima élite, sin haber contribuido en nada a esa generación de riqueza). Razón por la que esas tasas de ganancia quedan cada vez más divorciadas de la tasa de acumulación de capital (crecimiento del volumen de capital neto).

El Bank for International Settlements en su *Quarterly Review* de junio de 2011, reportaba haber recibido datos bancarios hasta diciembre de 2010 por un total de 601 billones de dólares en derivados emitidos, lo que suponía más de 10 veces el PIB mundial. Otras fuentes estiman, sin embargo, ese monto de capital ficticio en torno a 30 veces la riqueza mundial «real». En cualquier caso, en 2012 el Banco de Basilea confirmaba que el monto total de derivados financieros superaba los 720 billones de dólares, lo que supone un crecimiento de un 20 % en poco más de un año (Dierckxsens y Jarquín, 2012: 40).

Los ámbitos de la especulación en que se materializó todo el proceso de financiarización económica o de hinchazón de los mercados financieros, fueron diversificándose y cambiando según se desinflaban las posibilidades de obtener ganancia en los que les habían precedido. Primero fueron los NIC y nuevos NIC, Siguiendo esa brecha abierta se volcaron las esperanzas especulativas en la «nueva economía» o economía inmaterial a través de la «revolución de Internet» y la búsqueda de una nueva frontera de expansión del valor; esta vez virtual. Cuando esa «nueva economía» se derrumbó a comienzo de los años 2000, la especulación financiera se hiperconcentró en el sector inmobiliario, hasta que hizo estallar la burbuja generada en torno a acciones y precios inflados muy por encima del valor real, comenzando a manifestarse el desajuste en 2007 para generar la crisis subsecuente de los años siguientes. Sin embargo, los agentes financieros mejor posicionados ya habían comenzado a derivar inversiones hacia los sectores energético y alimenticio (agroindustria y agrocombustibles), refugios seguros, como el inmobiliario, por su grado de imprescindibilidad. De esta manera, se hicieron subir rápidamente los precios en ambos sectores, a la espera de un nuevo y mayor desajuste, sin haber corregido todavía el inmobiliario, que permanece larvado.

Las cifras de capital ficticio señaladas más arriba nos recuerdan que la *economía real* tendría que crecer de 10 a 30 veces para acompañarse a la dinámica de «crecimiento



irreal» seguida hasta ahora. Hecho tan improbable como imposible es deshacerse de todo ese capital ficticio sin un enorme «shock» económico y social mundial (la resultante crisis que se prolonga desde 2007 sólo había conseguido hasta mediados de 2009 destruir unos 55 billones de capital ficticio —casi el PIB mundial a la sazón. Quizás habría que destruir hasta al menos 400 billones para empezar a pensar en salir de la Gran Depresión del siglo XXI —Harvey, 2012: 186—).

La creciente incapacidad de conversión del dinero en capital puede ser la más fehaciente y concluyente prueba de la impotencia senil de un sistema que debe su razón de ser precisamente a ese proceso.

Recuérdese, además, que la forma aparentemente más sencilla del capital ( $D...D'$ ), deviene sin sentido en su exacerbación, porque deja de apoyarse en su dominio sobre el Trabajo (explotación), que es la esencia de la plusvalía.

#### IV. Decreciente capacidad de asalarización

En el mundo hay una creciente masa de población desposeída o proletarizada (apartado 5.1. del cap. 5) que sin embargo no puede ser asalarizada.

Desde mediados de los años ochenta, la población de la economía mundial globalizada más que se duplicó, pasando de 2,5 mil millones a 7 mil millones de seres humanos. Según la Organización Internacional de Trabajo (OIT), la clase trabajadora potencialmente disponible para la explotación del capital transnacional se duplicó a final del siglo XX, pasando de una Población Económicamente Activa de 1.460 millones en 1985 a casi 2.930 millones en el año 2000.

La misma OIT (2011), señala que a escala mundial la relación empleo-población, que indica si la capacidad de generación de empleo va en aumento o está disminuyendo, decreció del 61,7 de 2007 a un 61,2 en 2009, y calcula que en 2010 se situó en torno a un 61,1 por ciento.

De los 64 países para los que se contaba con datos trimestrales hasta el segundo trimestre de 2010, los que tenían una relación empleo-población decreciente seguían duplicando a aquellos cuya relación era creciente.<sup>8</sup> Las cifras de parados mundiales, que rondan los 210 millones en 2010, son sólo un pálido reflejo de esto, ya que a aquellas habría que añadir los ingentes contingentes de seres humanos que integran la economía informal, gris, negra, el cuentapropismo o la mera subsistencia, más quienes quedan al margen de la propia capacidad de reproducción.

No menor problema lo constituye el que la composición orgánica del capital ha seguido aumentando a pesar de todos los esfuerzos realizados y del recurso a la explotación extensiva de vieja y nueva fuerza de trabajo. El incremento de la proporción de maquinaria en relación a la mano de obra ha tenido lugar en todos los sectores vinculados a la actividad de las empresas transnacionales. Especialmente responsable de ello ha sido la informatización de los procesos productivos, precisamente aquella que en principio estaba llamada a iniciar un nuevo ciclo de acumulación del capital.

---

8. En 56 países sobre los que se dispone de datos, continua diciendo el informe de la OIT, el mercado de trabajo cuenta con 1,7 millones de jóvenes menos de lo previsto sobre la base de las tendencias observadas a más largo plazo, reflejo de que el desánimo entre ese sector de población ha aumentado considerablemente. Estos jóvenes desalentados no están incluidos en las cifras relativas a los desempleados porque no están buscando trabajo activamente, y ya comienza a hablarse de «generación perdida» para más y más formaciones sociales.

Esto quiere decir que en las formaciones de capitalismo avanzado cada vez se hace más difícil la vinculación entre capitalismo y asalarización<sup>9</sup> —relación que es inherente a este modo de producción—, como paso del vínculo no capitalista al capitalista o *movilidad absoluta*, y cuya decadencia da testimonio de la declinación actual de éste. El empleo, la relación salarial, va agotándose como principal elemento de integración, de identificación y de fidelización de las nuevas generaciones. También como vehículo de acceso al «bienestar».<sup>10</sup>

Hacia el año 2006 el «efecto de reemplazo» —el reemplazo del trabajo manual por computadoras o equipos computarizados— se mantenía a un ritmo del siete por ciento anual en el sector de servicios (a pesar del freno parcial de ese proceso llevado a cabo para intentar evitar la pérdida de plusvalía —en concordancia también con lo dicho en nota 10 *supra*—). Lo que contribuyó estructuralmente al fin del empleo seguro en los países de capitalismo «más avanzado».

Este proceso de sustitución del trabajo asalariado,

[...] polarizó el mercado laboral y eliminó los trabajos seguros y bien pagados que permitieron sustentar la clase media, dejándonos con empleos con altos salarios que requieren de muy altas calificaciones, mucha educación y capacitación, y un montón de trabajos con muy bajos salarios para una mano de obra poco calificada [Rabilotta (2011). Puede verse también la fuente original, en Autor y Dorn (2011)].

Todo esto contribuye a impedir generar suficientes empleos y salarios adecuados para mantener una robusta demanda final. La alta generación de clases medias en los países de capitalismo avanzado declina, entonces, porque dejaron de existir las condiciones que la posibilitaron: «trabajos seguros y salarios decentes» (Rabilotta, 2011).

Con ello crece también dramáticamente la potencialidad de desechar seres humanos por parte del sistema capitalista. Todo lo cual proviene de, y nos aboca de forma cada vez más acusada (ver nota 6 *supra*) a la clásica contradicción entre:

a) el desarrollo de las fuerzas productivas (que no sólo ha generado una extensísima «socialización» de la producción, conectando a través de ella a más y más seres humanos, sino que permitiría hoy por hoy en alguna medida la parcial «liberación del trabajo» para crecientes partes de la humanidad); y

b) las relaciones sociales de producción (que continúan dejando los medios de producción en manos de un porcentaje ínfimo de la población, y que mediante la persecución de la acumulación incesante de riqueza de esos propietarios, conduce a aumentar la dosis de trabajo de quienes permanecen enganchados a la relación salarial, mientras que cercena dramáticamente las posibilidades de existencia del resto).

---

9. Hasta ahora esto era sobre todo visible en diversos ámbitos de las periferias más «descolgadas» de la relación capitalista, donde enormes masas de población proletarizada, eran sin embargo, dejadas fuera no sólo del salariado, sino del propio Mercado. La tendencia es que esta incapacidad cobre creciente notoriedad también en las formaciones sociales centrales.

10. No sólo porque se pierde sino también porque cuando se tiene ya no es garantía de salvación de la pobreza, al contrario de lo que pasara en la fase keynesiana en las formaciones centrales. En Alemania, por ejemplo, varios millones de trabajadores quedan por debajo del umbral de pobreza. Proliferan allí los «minijobs» por un máximo de 400 euros en el mes (en los cuales en principio no se podría trabajar más de 50 horas mensuales). También los llamados «1-euro jobs», trabajos diseñados para personas que se han encontrado desempleadas por un largo período de tiempo y reciben ayuda estatal para poder vivir. El patrono les paga tan sólo un euro por hora.

Esa contradicción interna no resulta de por sí «liberadora», pues la «socialización» de la producción en curso se desenvuelve también dentro de la tiranía del *valor* capitalista. Pero al menos indica que frente a la posibilidad objetiva de «liberarse» parcialmente de la necesidad de trabajar, buena parte de la humanidad enfrenta hoy el hecho de que «no trabajar» (en tanto que no tener acceso al empleo) es una tragedia absoluta, pues la gran mayoría no dispone de más medio de vida que la venta de su fuerza de trabajo.

#### V. *Agudización de la contradicción entre la valorización y la realización capitalistas*

Por eso mismo, el intento de resolución de la *crisis de valorización* a través del empobrecimiento de las poblaciones y del detrimento del gasto público, ha venido generando más y más obstáculos para la realización de la ganancia (que sólo se puede consumir mediante la venta). Esto se conoce como *crisis de realización* que, por mucho que se haya intentado regatear a costa del crédito, la caducidad cada vez más prematura de los productos o el consumo de lujo entre otras opciones que se vieron más arriba, no ha hecho sino agudizarse con los crecientes recortes salariales y el aumento de la degradación social, agravando aún más, consecuentemente, la ya cronificada crisis de valorización, dado que se entra en un bucle de sobreproducción-subconsumo, como causa derivada, del que en otros momentos históricos sólo se salió a través de la expansión económica a nuevos territorios, la inyección masiva de recursos estatales con un elevado endeudamiento, o la guerra.

De ahí el gran drama capitalista, su ineludible contradicción histórica proveniente de su *debilidad intrínseca*, que no es otra que su dependencia de la explotación del Trabajo para poder sobrevivir como Capital; al tiempo que depende de los propios productores para el consumo final, pues éste radica en última instancia en el propio Trabajo (el Estado u otras empresas pueden ser consumidores intermediarios, pero sólo a condición de que se mantenga el consumo final de la población).

Así que, a falta de la intervención de otras variables, más deteriora el capital las condiciones de compra y, en general de vida, del Trabajo, más socava sus propias bases de realización.

La pauperización relativa universal y la creciente generalización de la pauperización absoluta en esta fase capitalista, han ido tirando por tierra también la antigua supuesta panacea liberal de la salida de la crisis mediante el incremento de las exportaciones o a través de la venta incesante de mercancías, marcando un dilema de doble negatividad para el capital.

#### VI. *Incapacidad del Capital de dotarse de una entidad rectora-administrativa para su dimensión universal (como lo fue el Estado para la dimensión «nacional»)*

En un momento en que la acumulación puede haber dejado de realizarse estrictamente a escala nacional el Capital como sujeto histórico se ve incapaz de crear un Estado acorde con ello y con la expansión global capitalista, es decir un Estado mundial capaz de gestionar al capitalismo a tal escala. Tal posibilidad choca con la *raison d'être* del sistema, la de la competencia intercapitalista, contradiciendo su *modus operandi*. De esta manera, la pugna intercapitalista sigue expresándose en gran medida a través del anclaje nacional-estatal, propio de anteriores fases de acumulación-regulación.

Aquí se plantea también la duda de si los límites de la ciudadanía en un contexto de capitalismo sin fronteras, pueden estrechar los propios límites geopolíticos del capitalis-

mo. O dicho de otra forma, ¿es viable a medio plazo un capitalismo global sin alguna forma de integración del Trabajo a escala universal? (ver sobre ello, Dierckxsens, 1998).

## VII. Agotamiento de las fuentes energéticas básicas del capitalismo

Por un lado, el petróleo y resto de recursos fósiles entran en curva descendente en las dos primeras décadas del siglo XXI. Buena parte de los recursos energéticos de los que se sustenta el capitalismo actual también han alcanzado o están a punto de alcanzar su pico de extracción. Otros tantos lo harán en las próximas décadas antes de 2050.<sup>11</sup>

Por otra parte, la capacidad de carga del planeta está agotada con los 7000 millones de seres humanos existentes en la actualidad. No hay manera «natural» de evitar que esa cifra descienda de unos 9.500 millones para 2050 (sólo a través de catástrofes ecológicas, sanitarias o bélicas).<sup>12</sup>

No hay sustitutos energéticos a la vista capaces de alimentar una civilización industrial de consumo como la actual, no ya para el conjunto de la humanidad, sino ni siquiera para el 15 % que hoy puede consumir en gran escala muy por encima de su huella ecológica.<sup>13</sup>

---

11. Muchas son las fuentes del ecologismo político que pueden ser consultadas en torno a este límite infraestructural del sistema. Entre las más cercanas, con amplia bibliografía al respecto, las de Fernández Durán (2011a y 2011b). También los trabajos del Observatorio Internacional de la Crisis (<http://www.observatoriodelacrisis.org>) o en concreto Dierckxsens (2011), han aportado diversas consideraciones al respecto.

12. Según un estudio publicado en 2010 por *Global Footprint Network* (<http://www.footprintnetwork.org/press/LPR2010.pdf>) —organización que desde hace años se encarga de medir el impacto de la humanidad en el medio, y de la que se puede seguir su método científico de medición en su página—, la «huella ecológica» global era ese año de 2,7 hectáreas por habitante. Por el contrario, la «biocapacidad» (recursos reales disponibles en el planeta por superficie y ciudadano) fue calculada en 1,8 hectáreas por persona. Es decir, de media, el ser humano está consumiendo una hectárea más de recursos de los realmente disponibles, lo que se traduce en una sobreexplotación del planeta susceptible de desencadenar en breve consecuencias dramáticas.

Sin embargo, tal consumo no está igualmente distribuido, como es obvio, sino que el 15 % de la población, situada en las formaciones centrales principalmente, consume 6,1 hectáreas por habitante cuando su «biocapacidad» es de la mitad. Por el contrario, la «huella ecológica» del 85 % restante es prácticamente idéntica a su «biocapacidad». O sea, la gran mayoría del planeta vive de forma sostenible con el hábitat. Sólo un 15 % desequilibra la balanza, que mínimamente compensa gracias al consumo de recursos ajenos (curiosamente, son las formaciones que más altas cotas dan en los indicadores de «desarrollo humano» de la ONU).

Siguiendo el *Global Footprint Network*, desde mediados de los años ochenta del pasado siglo el planeta está en déficit ecológico. En 2011 Los recursos disponibles para ese año fueron agotados en menos de nueve meses. Para el futuro inmediato advierte el informe que «*even with modest UN projections for population growth, consumption and climate change, by 2030 humanity will need the capacity of two Earths to absorb carbon dioxide waste and keep up with natural resource consumption*» ([http://www.footprintnetwork.org/en/index.php/GFN/page/2010\\_living\\_planet\\_report](http://www.footprintnetwork.org/en/index.php/GFN/page/2010_living_planet_report), el subrayado es del original).

Para lograr seguir consumiendo esos escasos recursos las formaciones sociales centrales necesitan que los demás no lo hagan. Para lograr tal objetivo, igual que para evitar su declive hegemónico tanto económico como político-militar, a los centros decadentes sólo les va quedando, también en este ámbito, un reducido margen fuera de la salida militar.

13. Sin entrar a valorar las externalidades y graves peligros que acarrea, solamente los enormes costos de la energía nuclear no permiten albergar esperanza alguna en esta fuente. Una central nuclear actual tiene un coste de construcción de 4.000 millones de euros por cada gigavatio de potencia instalado, que proporciona de forma constante sin regulación en función de la demanda. Por eso el capital privado no se anima a entrar en el «negocio». Además, para la mayoría de las formaciones

No hay posibilidades ecológicas de mantener un sistema basado en la expansión permanente, en el crecimiento perpetuo del valor (valga decir, la ganancia) a costa de la riqueza real (valores de uso y recursos) (Introducción II. 4.D.).

\* \* \*

El conjunto de circunstancias descritas hasta aquí en este apartado, conducen a un dramático atolladero al sistema capitalista. Quedan no sólo seriamente comprometidas sus posibilidades de reformismo, sino a la postre también su capacidad de iniciar un nuevo ciclo. Además, la espiral degenerativa de sus formaciones centrales es proclive a extenderse en el corto plazo al resto de formaciones, como en seguida veremos.

Es muy posible que nos hallemos, en suma, ante una crisis estructural y sistémica, que afecta a la totalidad del complejo social,

[...] en todas sus relaciones con sus elementos o subcomplejos constituyentes, así como otros complejos con los que está relacionada. [...] Una crisis estructural [que] pone en jaque la existencia misma del complejo general en cuestión, y postula su trascendencia y reemplazo por un complejo alternativo [Mészáros, 2011: 63].

A la crisis energético-ecológica,<sup>14</sup> a la obturación de la dinámica de reproducción ampliada y a los cada vez más frecuentes cortocircuitos de sobreacumulación, se suma la crisis de la división internacional del trabajo y de la hegemonía dentro del sistema, con el consiguiente aumento de la inestabilidad mundial (nueva carrera armamentística

---

sociales implica una dependencia energética, pues deben importarse el combustible nuclear (pueden consultarse numerosas páginas que tratan de este asunto, entre otras, <http://www.noticiaspositivas.net/2011/05/06/el-coste-real-de-la-espiral-nuclear-frente-a-las-renovables/>; International Energy Agency: <http://iea.org/publications/freepublications/publication/kwes.pdf>).

Nada indica, por otra parte, que el hidrógeno, del que tanto se habla hoy, sea una fuente energética masiva eficaz para sustentar un capitalismo mundial de consumo [de nuevo pueden consultarse una amplia variedad de páginas al respecto, como por ejemplo, <http://www.hpath.org/ReportBook.pdf>; [www.hyrreg.eu](http://www.hyrreg.eu); H2 production from renewables.doc; <http://www.crisisenergetica.org/staticpages/hidro-tecnopolit.htm> (Informe del Servicio de Investigación del Congreso español)]. Igual sobre el gas de esquisto, en <http://www.voltairenet.org/article177785.html> (agradezco a Mario Rodríguez y Vicent Boix su ayuda con esta información). En general, para todos estos temas, en España la referencia más importante a mi juicio es la de Ecologistas en Acción <http://www.bing.com/search?q=ecologistas%20en%20acci%C3%B3n&PQ=ecologistas&SP=1&QS=AS&SK=HS1&sc=8-21&form=TSHMSS&pc=MATM>

En términos amplios, para una macrovisión ecológica, consideremos que la energía instalada en el planeta es de 1 kw por metro cuadrado. Al esquilmar los recursos fósiles en el brevísimo tiempo histórico de la civilización industrial, es como si hubiéramos agotado la mayor parte de nuestros ahorros energéticos. La energía en línea procedente del sol no podrá sustituir el consumo energético necesitado por ese tipo de civilización para las proporciones actuales de población, ni siquiera para dimensiones mucho menores (véase aquí entrevista a Ramón Folch, en *L'Econòmic*, 28/01/12, pp. 14-15).

14. Esta contradicción establece unos inabiolables límites infraestructurales a la dinámica de reproducción ampliada del capital y en lo inmediato conlleva, entre otras muchas drásticas consecuencias, el profundo cuestionamiento del *crecimiento* como posibilidad, como *leit motiv* y como paradigma del capitalismo histórico, junto a la creciente certeza de que en adelante la acumulación tendrá que efectuarse de forma cada vez más exclusiva y excluyente y su «efecto riqueza» repercutir en cada vez más exiguas minorías.

No es descabellado suponer la creciente posibilidad de una crisis civilizacional, como sumatorio del conjunto de crisis que golpean al capitalismo degenerativo.

nuclear, creciente militarización de las relaciones internacionales, desafío del liderazgo estadounidense).

El Capital ha venido intentando desde su ofensiva neoliberal un proceso de ajustes parciales, recíprocos, que a la postre han resultado contradictorios: cuando ha «arreglado» uno de los subcomplejos lo ha hecho a costa de agravar otras dinámicas. De forma que pueden estar creciendo las posibilidades de que esté cada vez más próximo a llegar a un punto de colapso del conjunto de ellas.

Sin embargo, hoy por hoy, mientras que en las formaciones socio-estatales centrales se ralentiza la acumulación y decrece la *opción reformista*, en algunas de las periféricas una y otra cobran una aparentemente mayor posibilidad. Lo cual hace señalar que la acumulación capitalista no se ha detenido, sino que se ha trasladado a otros espacios, generando de momento una dislocación de los mundos clásicos.<sup>15</sup> Así, mientras se produce una tendencia a la «tercermundización» de ciertas formaciones centrales, se establecen nuevas divisiones de las formaciones periféricas, tales como «emergentes» y «descolgadas» o «fracasadas».<sup>16</sup>

Pero el acoplamiento de las economías periféricas «emergentes» (con una escasa demanda interna difícil de corregir hasta el momento —entre otras cosas porque su *competitividad* en el mundo global se ha basado hasta ahora precisamente en su baratísima mano de obra—), ligadas a los dos motores de la globalización, EE.UU. y la UE, no hace prever posibilidades de que reemplacen a las formaciones centrales en el crecimiento y demanda global a corto plazo, de seguir insertadas como hasta ahora en el Sistema Mundial. Tampoco sus enormes burbujas, los crecientes rendimientos de los activos extranjeros que penetran sus economías, las altas deudas contraídas para la inversión, las deficiencias estructurales de sus mercados internos o los ingentes recursos energéticos que tendrían que absorber; entre bastantes otros factores, dejan precisamente expedito su camino para el relevo en la acumulación mundial.

La cuestión clave, entonces, es si el capitalismo histórico será capaz, al menos por un lapsus breve, de superar esos escollos y realizar un nuevo desplazamiento de la acumulación de forma sostenida, haciendo surgir nuevos centros (las mencionadas formaciones sociales «emergentes», por ejemplo).

Sabemos que toda crisis es un momento de inflexión, en el que la supremacía intercapitalista se recompone, para deshacerse de capital excedente y de competencia (dando lugar a una exacerbación de su proceso de concentración).

Las grandes crisis anteriores del capitalismo histórico nos han dejado también una inobjetable lección: tras una gran crisis no se vuelve al pasado. El capital adquiere una nueva *forma* cada vez que sale de una Gran Depresión.

A ello debemos añadir la otra importante consideración que acabamos de ver líneas atrás. El modelo de las formaciones centrales es ecológicamente inexportable. Eso quiere decir que una hipotética nueva ola de acumulación tendría que darse en las posibles

---

15. La escuela de ESA sostiene que la actual Estructura Liberal de Acumulación es susceptible de realizarse a escala mundial merced precisamente a que se despliega de forma desigual en unas regiones u otras (Kotz y McDonough, 2007 —ver Introducción II).

16. Buena parte de las poblaciones de estas últimas podrían reactualizar sus formas de vida precapitalistas, tradicionales, las que quizás puedan proporcionarles alguna opción de supervivencia frente a la hipotética implosión de la globalización que les dejaría mucho más al margen del mercado y la economía capitalistas (notas 38 del cap. 5 y 13 *supra*). Creo que Iniesta lleva insistiendo sobre esto, a su *sui generis* manera, para el caso de la mayor parte de las sociedades africanas (quizás es en Iniesta, 2009, donde lo ha hecho de una forma más provocadora).

futuras formaciones centrales nuevas en virtud de otros parámetros y con efecto extensible sólo a relativamente exiguas minorías.

Aun así, o precisamente por todo ello, el modo de producción capitalista global busca una nueva panacea energética capaz de sustentar su necesidad de reproducción ampliada. Se esfuerza, igualmente, por encontrar una «locomotora» de arrastre, una rama económica capaz de tirar de nuevo del conjunto de la economía. Pero mientras ni una ni otra meta se logran, crece la base objetiva del irreformismo. Un sistema que ha pasado de ser progresivo a dar claras muestras de regresividad histórica, cada vez deja menos margen para que se produzcan en su seno reformas o procesos en favor de las grandes mayorías.

Lejos de ello, el capitalismo histórico vira en sus centros aceleradamente hacia nuevas (y puede que también viejas) formas de autoritarismo-despotismo. Un mal que en sus polimórficas expresiones padecieron sus periferias crónicamente.

Pero si esa va a ser su opción de dominación también para las formaciones centrales, quiere decir que su dinámica de reproducción ampliada está, en verdad, seriamente dañada.

## 6.2. La dinámica Capital/Trabajo

Para evitar que su fase degenerativa termine abruptamente en implosión sistémica, el Capital juega con una única gran ventaja, y es haber logrado en las formaciones centrales la *hipersubsunción del Trabajo*. Es decir, ha conseguido establecer tanto la supeditación plena del conjunto de su vida a las dinámicas de acumulación del capital, como la subordinación sociopolítica e ideológica de aquél, con la consiguiente

sustracción del imaginario antagonista

Tal dilución (por ahora) del Trabajo como sujeto antagónico con capacidad efectiva de oposición, le proporciona al Capital un inestimable margen de ensayo-error ante su actual etapa degenerativa (algo que en otros momentos históricos no tuvo), para rehacer y acomodar las bases de dominación (regulación y acumulación).

En el actual capitalismo declinante (probablemente senil) cambia de nuevo sustancialmente la forma de reproducción de la fuerza de trabajo, ahora hacia la «gestión» de la propia supervivencia. El modo de integración y acceso a las prestaciones sociales se aleja aceleradamente del de la sociedad industrial y el capitalismo híbrido-social. Hasta que todo el entramado entrara en crisis en 2007-2008, la provisión de necesidades se vino realizando cada vez más a través de medios financieros. El salario (más y más desligado de la productividad) ha ido cediendo en su función integradora y distribuidora de la riqueza social en favor del patrimonio financierizado, esto es, convertido en diversos activos o productos financieros. Por tanto, el que los medios colectivos y socializantes de provisión social se hayan ido deteriorando no se ha percibido hasta ahora como algo tan importante si en cambio los activos de las familias se revalorizaban permanentemente. Es decir, estamos ante la utopía liberal reencontrada: en una «sociedad de propietarios» la *seguridad* deja de ser social, para hacerse responsabilidad de cada quien (ver nota 33 *infra*).

Por consiguiente, si el crédito se había erigido en el principal propiciador del consumo, en sustitución de la decadencia de los salarios reales, indirectos y diferidos ahora

también la propia rentabilidad de los activos sobre los que se especula mantendrá el consumo amparado en las burbujas financieras (a lo que se ha llamado «keynesianismo de precio de activos»), consiguiendo tanto el sometimiento de buena parte del Trabajo a través del endeudamiento, como su complicidad con la *especulación* (en cuanto que fuente de ganancia cada vez más predominante en las formaciones centrales). Es decir, hay una degeneración de la ciudadanía consustancial a su implicación en esta nueva *forma de ser* del capitalismo, que potencia la deuda y el crédito especulativo. También como resultado de la degradación sistemática de la vida económica y política.

En el capitalismo degenerativo neoliberal-financiarizado la vía disponible de integración débil o «pseudo-integración» del menguante Trabajo endógeno viene propiciada no tanto ya gracias al consumo intensivo efectivo propiciado por el salario, como merced al *consumo endeudado* y a la promesa de un consumo futuro mayor a través de la especulación con el presente.<sup>17</sup> A diferencia del pasado, esta «integración» ya no se realiza tanto en función del mayor acceso colectivo a los recursos sociales (apartado 3.2. y nota 6 del cap. 3 y apartado 4.3. del cap. 4), como a la promesa individualizada de ello a costa del futuro (véase la contradicción entre endeudarse hoy a costa del futuro y pensar que en el futuro se podrá seguir consumiendo más).

No puede dejar de considerarse, en este punto, que el sistema de crédito ha ofrecido tradicionalmente a diferentes sectores de la clase capitalista la posibilidad de tener y por veces comandar el capital productivo, y por tanto disponer de la plusvalía generada por el Trabajo. También ha significado aquél un escudo contra las veleidades y amenazas de las luchas de clase. Invitar a la fuerza de trabajo a este «juego» es una manera de integrarla, vía consumo endeudado. El Trabajo puede así contar con ingresos no provenientes de un salario para acceder al valor social generado y poder adquirir mercancías, vivienda, educación, etc. Pero al tiempo, esta vía de integración significa incorporar al enemigo de clase al seno de un ámbito hasta ahora exclusivo. Porque implica dar la posibilidad al Trabajo de acceder a un «juego» que había sido privilegio único de capitalistas (Midnight Notes Collective, 2009).

En cualquier caso, para abrir esa endeble y peligrosa vía de integración, el capitalismo financiarizado necesita, como se viene indicando, combinar la ética del consumo con la «ética del endeudamiento» (que da por bueno consumir lo que no se puede pagar). Comoquiera que esto da lugar a una nueva forma de servidumbre por deudas, se exorciza en parte aquel peligro. De hecho hasta ahora el endeudamiento ha contribuido a explicar la intensificación del trabajo, a menudo mediante la explotación cualitativa y la autoexplotación.<sup>18</sup> Hay

---

17. De todas formas, y por si esto fallara, Gobiernos y cúpulas sindicales (de los sindicatos mayoritarios encargados de la gestión del mercado laboral) han venido pactando la entrada en Bolsa *obligada* de pensiones y otros activos de la fuerza de trabajo, con lo que la «plusvalía financiera» se nutre también crecientemente de la parte no consumida de los salarios. Hoy, en cualquier caso, para vivir más allá de la mera supervivencia es prácticamente obligado endeudarse en algún momento de la vida.

18. Esta forma *moderna* de «servidumbre por deudas» ha tenido sus recientes antecedentes históricos en el reclutamiento de mano de obra semiservil o servil, como factor de forzamiento migratorio, en el que el trabajo está destinado casi por entero a pagar la deuda, incluida la contraída a través del propio viaje (así los *coolies* de antaño o las mujeres carbeñas, africanas y del este de Europa obligadas hoy a prostituirse para pagar su «deuda»). Igualmente acceder a una formación superior pasa cada vez más por contraer una *deuda* a pagar con el empleo futuro.

Cuando las personas no tienen tan fácil ese endeudamiento, los emisarios del capital financiero se lanzan a la búsqueda de «empreendedores» tanto en el mundo del desempleo en las formaciones centrales, como en las comunidades más pobres de las periféricas, dispuestos a proporcionarles «micro-créditos» a muy bajo interés para ayudarles a endeudarse (y al tiempo aprovechar el «capital

que tener en cuenta, para entenderlo mejor, que el empleo (el salario) es la única garantía para pagar préstamos con intereses.

Pero además, al endeudarse, el Trabajo vende no sólo su tiempo presente sino también el tiempo por venir, esto es, vende su futuro (su porvenir), que habrá sido ya consumido en el pasado. Con ello pierde cada vez más control sobre su propia vida. Queda también más inmovilizado, en cuanto que más religado a su deuda (las «poor laws» de hoy son las que van destinadas a que el Trabajo no escape de su deuda).

Justamente cuando el sistema capitalista había experimentado toda una reestructuración de las instituciones de gobierno mundial de cara a respaldar por cualquier medio a los grandes acreedores financieros (tanto como a absolver las deudas de los más grandes deudores: ellos mismos).<sup>19</sup>

El Trabajo queda así profundamente debilitado, pues la vía débil o degenerada de su integración por endeudamiento tiene su contraparte en la estimulación de la *codicia* y el *individualismo posesivo* (ansia de ganancia rápida, de posesión de objetos y de la satisfacción a través del consumo incesante e instantáneo), que ya fuera abonado en la anterior fase capitalista (CMT). Se acentúa así la tendencia ya marcada entonces hacia un individualismo cada vez más egotista, profundamente aislado de entidades y proyectos colectivos, gracias a la previa interiorización del sentimiento de autosuficiencia a través del salario, que ahora acepta la creencia en el consumo por deuda y especulación.

Anteponiendo la identificación por el consumo antes que por la producción, los individuos se han terminado por ver a sí mismos como consumidores antes que como trabajadores,<sup>20</sup> sucumbiendo ante este espejismo de soberanía. Asumiendo también la apertura democrática capitalista en la esfera de la circulación como la única democracia posible (Introducción I).

La financiarización puede verse, igualmente, por tanto, como un conjunto de reglas sociales tendentes a homogeneizar los comportamientos de los individuos, como una

---

social» popular para generar más capital). Es de gran interés el libro de carácter antropológico que habla sobre la construcción de la deuda y su devenir histórico desde el neolítico, así como los ciclos de alternancia entre el predominio del dinero virtual (primigenia forma del «dinero») y el dinero real: Graeber (2012). El autor nos explica también con detalle buena parte de los puntos referidos aquí.

Esta nueva *forma de ser capitalista* ha dado pábulo, asimismo, a una suerte de corriente satírico-crítica que habla de «posteconómia» y que presenta la *crisis* como una forma actual de guerra de clases, logrando a través de la deuda —asociada a la crisis— «una multiplicación de complejíssimas relaciones clientelares [...] que llevan camino de acabar en vasallajes» (Baños, 2012: 25), marcando el posible inicio de un *capitalismo feudal* (ver también al respecto de la crisis las reflexiones de Midnight Notes Collective, 2009).

Obviamente, el término de «capitalismo feudal» ya es antiguo, habiendo sido concebido por Wallerstein (1997) como un mundo dividido en soberanías parceladas, de regiones considerablemente más autárquicas, de jerarquías locales, aunque con cierto mantenimiento (que no fomento) de la tecnología alcanzada en el capitalismo senil. Desde entonces aquí el «neomedievalismo» ha ido ganando adeptos, concretando más o menos un paisaje mundial de disminución del poder e importancia de los Estados, con numerosos interlocutores o poderes internacionales, que pueden terminar rompiendo en pedazos no ya el sistema mundial capitalista sino también un posible sistema internacional sustituto a la baja de aquél. Esta dinámica tendría ya sus primeras materializaciones en el creciente dominio de las grandes corporaciones sobre los Estados y en la privatización de la violencia y la guerra (sobre esto último Herrera, 2001). Atenderemos a estos puntos algo más tarde (nota 33 *infra*) y en el Excurso final.

19. A éstos se les rescata con la riqueza social, con los salarios e impuestos del Trabajo, tratando al hacerlo así, su dinero imaginario (su «capital ficticio») como si fuera real.

20. El *consumidor*, que se había erigido en el centro de referencia social, reniega finalmente de su condición de clase trabajadora en pro de la identificación-ideología de la clase media universal, al tiempo que la «marginada» clase trabajadora se hace depositaria de todo lo negativo y «políticamente incorrecto» de la sociedad (véase aquí la pertinencia de ensayos actuales como el de Jones, 2012).

forma de biopoder que facilita la subsunción de la circulación y reproducción social dentro del proceso de valorización (Lucarelli, 2009). No sólo, por tanto, una forma de diluir la conflictividad inherente al salario y, en conjunto, de «huir» de las relaciones laborales, sino, mucho más aún, de generar complicidad del Trabajo.

\* \* \*

Sin embargo, según se deterioran hoy también las posibilidades del crédito y de la revalorización de activos como sustituto del salario, la *biopolítica autorregulativa*, que hace recaer en el individuo toda la responsabilidad de su propia biografía, tiene que reforzarse crecientemente con formas más descarnadas y directas de dominación. La ideología de la clase media universal se desvanece ante la cruda realidad de las carencias del salario directo e indirecto y del endeudamiento, mientras que las clases medias reales se repliegan más y más en la defensa de sus privilegios, a la búsqueda de medidas de protección exclusivas (anhelo de un Estado Social elitista o «blindado»). Lo que significa que la cada vez menor población endógena busca su inclusión a costa de la exogenización de más población.

Pero entonces esas nuevas formas de dominación son también más proclives a hacerse perceptibles para mayores sectores de la sociedad, aumentando con ello la visibilización de la dominación de clase y la posible deslegitimación de la misma. El Capital, hasta ahora diversificado en diferentes clases dirigentes en las formaciones centrales, va quedando más reducido a mera clase dominante, a semejanza de lo que ocurrió durante buena parte del capitalismo histórico en las formaciones periféricas y en las propias centrales antes de la configuración del capitalismo híbrido de corte social.

Esto impele a terminar de deshacer el armazón supraestructural heredado de la Revolución Francesa y las luchas del Trabajo, que se asumió como parte de la Modernidad y que se revigorizó como pacto antifascista en la refundación de la Europa postbélica (con la excepción de España y Portugal —ver Anexo II—), como una «Europa socialdemócrata» que fue la mayor expresión de la *opción reformista* del capitalismo histórico, cuando éste impulsaba con vigor todavía el desarrollo de las fuerzas productivas (hoy, en cambio, la Unión Europea se ha convertido en el primer experimento de ingeniería social en favor de la institucionalidad de las estructuras financieras de dominación).

Por eso, las nuevas formas de dominación y de deterioro de los salarios directos e indirectos no pueden establecerse sin desmontar el andamiaje de *lo social* y de derechos anejos a la condición de ciudadanía, sin la desconstrucción de la *opción reformista* y el valor democrático a ella anejado, conseguidos a lo largo de los dos últimos siglos y heredados hasta ahora por cada nueva generación. Proceso que implica una significativa reducción de la calidad democrática aun en la esfera del consumo o de la circulación del capital. No extraña, por eso, la recuperación de ciertas formas de austeridad.<sup>21</sup>

---

21. Drástico indicador del decurso degenerativo del sistema el que marca el salto brusco desde la *abundancia* (nota 24 del cap. 4) a la *austeridad*.

Recientemente, Husson (2013) ha dado pormenorizadas referencias sobre esa decadencia capitalista, asociada a la *austeridad*, entre otros factores. Para él la *austeridad* no es sino la violencia ejercida para hacer realizar los derechos de giro sobre la plusvalía, a los que el capital se niega a renunciar, aun a costa de sacrificar el consumo. Esto es así porque, recuerda Husson, los títulos financieros son básicamente derechos de giro virtuales sobre la plusvalía total generada; la crisis se desencadena cuando una parte de estos derechos especiales de giro pierden su sustancia, ya que su montante no se corresponde con la plusvalía generada finalmente (2013: 5-6). Para intentar compensarlo hay que apropiarse de la riqueza social.

Por otra parte, ya vimos en la Introducción I que la democracia no puede extenderse a la esfera de la producción en ningún sistema basado en la explotación del trabajo ajeno. Una reducción también

No habrá que insistir, en suma, en que todo ello conduce a degradar la condición de ciudadanía.

La heterogeneidad del Trabajo habida en la madurez del capitalismo histórico, facilitó la tarea de seccionar la población en categorías sociales, subdivididas según cualificaciones, jerarquías laborales, orígenes o estatus, entre otras (Introducción I). Lo que ha contribuido a generar formas de accionar predominantemente basadas en intereses inmediatos, y por tanto sin proyección colectiva, congruentes con la mencionada degradación ciudadana y, en general, de *lo social*. Eso quiere decir que las sociedades resultantes devienen extrañas, endebles, dado que, contradictoriamente, están sustentadas en la individualidad.<sup>22</sup>

Además, las formas de explotación —tanto intensivas como extensivas— y subordinación se hacen casi ilimitadas. Se prolonga el ciclo de la vida laboral o el tiempo de explotación de la vida de los individuos.

Al tiempo que se completa la sustracción de la trayectoria de clase

sustracción de la trayectoria de clase

En los centros del sistema capitalista, durante el CME, el «pacto keynesiano», la integración institucional del conflicto, el aumento del componente social del Estado y la extensión de la contratación indefinida, consiguieron una retención y una fidelización de la fuerza de trabajo, no sólo a la empresa, sino al orden capitalista en su conjunto, que pudo hacer gala de disponer de una mano de obra adecuada, cualificada y disciplinada en aumento. Esto creó asimismo, por el lado del Trabajo, una vivencia o experimentación de *trayectorias de clase* como prácticas acumulativas que culminan un ciclo de vida laboral asentado en la jubilación y basado en el legado intergeneracional de conquistas, así como en el sostén que las viejas generaciones encuentran en las nuevas. Conjunto de circunstancias que permiten prevenir el porvenir individual en el colectivo, y por lo mismo, empujan al individuo a comprometerse con el común. La sedentarización obrera fue una condición objetiva más de la producción capitalista. Permitió también la fusión de los derechos ciudadanos con los derechos laborales (García Linera, 2008).

Todo ese entramado ha sido desmontado sistemáticamente en el capitalismo degenerativo, que deja al Trabajo estructuralmente fragmentado, a menudo fuera de la relación salarial, y dentro de ella con formas de contrato eventualizadas, temporales, sujeto a la movilidad absoluta y relativa, laboral y espacial que le traza el capital en promoción de su sustituibilidad, así como constreñido por mecanismos de estabilización o ascenso basados en la estricta competencia entre sí. Igualmente se trunca la vía de la formación profesional en general y de la educación superior en concreto, como forma de ascenso social (sobre estas rupturas de trayectoria social, Beaud y Prialoux, 1999; Baudelot y Estabiet, 2000) mientras que las sucesivas contrarreformas educativas expulsan a las capas obreras del Trabajo de la educación superior, y las abocan a una mayor alienación del orden social.

en el ámbito de la circulación elimina en el capitalismo sus propias bases de funcionamiento saludable asociado al desarrollo general de fuerzas productivas. Esto se compadece con el hecho de que crecientemente el Capital vaya renunciando a la intermediación de administradores, gestores y burócratas (a quienes cada vez más se ha dado en llamar erróneamente «clase política») para su dominación de clase. Pasa, en cambio, a asumir *directamente* la gestión de la sociedad, decantando cada vez más al Estado como instrumento de clase.

22. Las sociedades basadas en la pulsión individual (el individualismo posesivo), resultan frágiles en su propia constitución contradictoria (a partir del *individuo*) (notas 24 del cap. 4 y 34 del cap. 5). La tendencia es que entre sus miembros prime la competencia y la desconfianza mutua por encima de la cooperación o el proyecto común. Sin unos mínimos de «apoyo mutuo» (*solidaridad*) y de reconocimiento mutuo (*igualdad*), las sociedades humanas se hacen altamente inestables y a medio plazo poco viables. Máxime si el Estado deja de paliar esas circunstancias mediante su papel redistribuidor y de valedor de última instancia de la reproducción social (valga decir, de la reproducción de su fuerza de trabajo).

Resulta así un proletariado que pierde la perspectiva de ascenso social y ya no aspira a mejorar su posición, sino que en una lógica circular, pugna sólo por mantener su situación, para volver casi siempre al mismo punto de precariedad.<sup>23</sup>

Vimos que en las formaciones centrales se precarizó la relación de asalarización en las últimas décadas, extendiendo el segmento secundario del mercado laboral, o lo que es lo mismo, exogeneizando más y más fuerza de trabajo (fuera de los vínculos de fidelización que progresivamente se fueron construyendo), con incluso cada vez más modalidades de trabajo ajenas a la relación salarial-contractual. Le toca el turno, así, ahora, al núcleo duro de la clase trabajadora (el más endógeno —segmento primario del mercado laboral—), que menguado, debilitado e incluso relativamente aislado del resto de la sociedad, se ve con las fuerzas muy mermadas para contrarrestar el descuartizamiento final de todo lo que constituyó el centro de las relaciones laborales:

- El Derecho del Trabajo (y su consolidación en el Estatuto de los Trabajadores), que es degradado mediante contrarreformas sucesivas.
- El mundo del contrato bajo el dominio público (bajo supervisión del Estado y los agentes sociales, como negociación colectiva), que termina de privatizarse, confinado cada vez más de nuevo en el vínculo patrono-empleado.
- El propio reconocimiento del Trabajo organizado como interlocutor, que involucre drásticamente, comenzándose el ataque, incluso, a los derechos de segunda generación —los políticos.

La última vez que el Capital emprendió una ofensiva de estas características contra el Trabajo se vio forzado a hacerlo a través de su versión fascista. La diferencia que el presente marca con otras fases de acentuación de la guerra de clase del Capital es que ahora éste puede llevarla a cabo bajo un revestimiento democrático, por corroído que esté. Y ello es posible por la debilidad actual del Trabajo y por la seria disminución de su reactividad antagónica merced entre otros factores al proceso de integración al orden capitalista que la *opción reformista* consiguió (opción que todavía es añorada y perseguida como objetivo por buena parte de las sociedades centrales).

Cada contrarreforma laboral y social, entonces, es un paso hacia la restitución de la «ley de familia» a «la ley civil», esto es, la recuperación de la empresa como el lugar de sometimiento del conjunto de individuos, subalternos, al pater-patrón, con un poder cada vez más discrecional. Por eso el Capital reemprende su ofensiva para terminar de separar el ámbito laboral del político, intentando hacer ver a aquél como un espacio privado, fuera, *de nuevo*, de la mediación social (apartado 1.1. del cap. 1). De ahí su insistencia en calificar de «política» cualquier reivindicación del Trabajo en el ámbito laboral.

En consecuencia, toda esta economía política de la inseguridad y el miedo laboral deja a *una fuerza de trabajo en condiciones de hacer de ejército de reserva de sí misma*:

<sup>23</sup>. El *trabajador animado* (nota 10 del cap. 2 y apartado 5.3. del cap. 5), así lo quieren las sucesivas contrarreformas laborales, sería ahora el que se esfuerza en su propia «empleabilidad», tiene «actitud emprendedora» (empresario de sí mismo), así como «adaptabilidad» a las cambiantes circunstancias del empleo e incluso predisposición a trabajar más allá del empleo. A falta de mejor salario, aspira al crédito para acceder al consumo.

Pero estas circunstancias no son fáciles de imponer y están lejos de la generalidad de la fuerza de trabajo. De ahí que cada vez sea más difícil para el Capital conseguir implicar en ellas por consenso a amplios sectores del Trabajo.



contratada y despedida a discreción, abordará cada nueva relación laboral con un listón reivindicativo más bajo, con un menor poder social de negociación.<sup>24</sup>

Con cada contrarreforma laboral y social crece también otra contradicción básica, pues al cerrarse otras vías de reproducción de la fuerza de trabajo, se muestra más acusada la dependencia de la vida en torno al salario, al tiempo que se hace más y más difícil el acceso al empleo asalariado. Contradicción que tiende a poner en peligro, según se hacen más necesarios, el conjunto de relaciones y trabajos no mercantiles, destinados a la reproducción social (regeneración de la fuerza de trabajo, protección de los sectores del Trabajo no atañidos ni por el Estado ni por el Mercado, etc.) o, en conjunto, a la reproducción de la Vida. No es de extrañar, entonces, que en más y más formaciones sociales, y muy especialmente en las centrales, se vaya perdiendo la capacidad de reemplazo generacional (ver al respecto Dierckxsens, 2011).

Se revierten además, con ello, las condiciones de posibilidad de emancipación de las mujeres. Quedan por el contrario, profundizadas, la clave de género y la división sexual del trabajo, que sustentan todo el entramado productivo-reproductivo capitalista.

Se cronifica, de esta forma, la contradicción de género inherente a la dinámica de desarrollo capitalista: por un lado el capital genera condiciones renovadas para la destrucción de las relaciones domésticas que desató en su origen, al empujar a las mujeres al ámbito de la producción y la esfera pública. Por otro, en cambio, niega permanentemente la posibilidad de terminar de romper el lazo de subordinación de género.

### 6.3. Crisis y líneas de apertura del capitalismo histórico

Despojado hasta aquí el Trabajo de su capacidad de contención de la dinámica auto-destructiva del capital,<sup>25</sup> éste se enreda en una espiral degenerativa, perseverando en su economía política: búsqueda de una salida «ultra-neoliberal» a la crisis del neoliberalismo.

La tremenda concentración de la riqueza que el Capital logra con la última ELA (ver nota 25 y Anexo II; también Cuadros 1 y 2, Gráfico 1) se acentúa a partir de 2007, pero destruye también crecientemente la realización de la ganancia. Se oblitera por ese lado, por tanto, la reproducción ampliada del capital.<sup>26</sup> Es posible que por eso, y a juzgar por

---

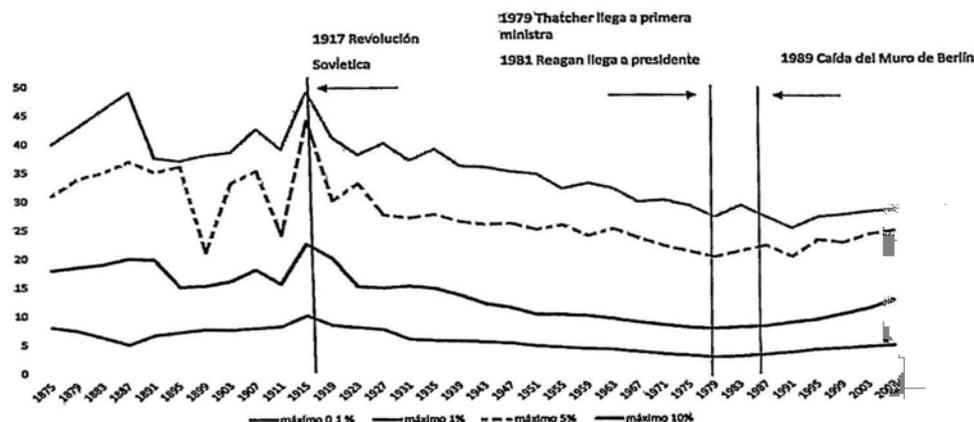
24. Recordemos que en sus orígenes, durante la Primera Revolución Industrial, era la insuficiente acumulación la causante del la generación de una vasta población supernumeraria. En la actualidad es precisamente la sobreacumulación de capital la que origina esa creciente población excedente (ver sobre ello Grossmann, 1979).

25. Ya se ha dicho que ha sido la dinámica antagonista del Trabajo la que ha forzado históricamente a introducir medidas anticíclicas al Capital (Introducción II). En concreto, fue el *movimiento comunista* como máxima expresión del Trabajo en movimiento, la que empujó al capitalismo a hacerse híbrido-social y de esta manera alargar su ciclo de vida. La caída del Bloque Socialista puede, en ese sentido, resultar letal para el capitalismo histórico, que entra desde entonces en picado en su degeneración financiero-especulativo-parasitaria.

Difícilmente se puede representar mejor lo dicho sobre la importancia del *movimiento comunista* (y la lucha de clases) en el capitalismo histórico, que en el Gráfico 3, a continuación, y eso que acaba su referencia histórica justo antes del estallido de la Gran Depresión del siglo XXI, cuando esa concentración vuelve a crecer aceleradamente, como ejemplificaremos en el Anexo II para el caso de España.

26. Hoy, una aplicación eficiente del desarrollo tecnológico así como la condición de posibilidad de su mantenimiento en el tiempo, pasan cada vez más fundamentalmente por la integración e implicación consciente del Trabajo en la producción, a través de la recuperación de su protagonismo, de sus saberes y formas organizativas horizontales en los procesos productivos. Esto va mucho más allá de

**GRÁFICO 3. Concentración de la riqueza por porcentaje más rico de la población (1875-2007)**



FUENTE: Sundaram y Popov (2013:22), a partir de The World Top Income Database, sobre las fluctuaciones en la distribución del ingreso para un conjunto de formaciones sociales seleccionadas, en total 26. Los porcentajes de abajo marcan el máximo de población que concentra riqueza en cada caso, con las proporciones en la columna de la izquierda. Obsérvense los puntos de inflexión históricos para determinar esa concentración (en el Anexo II veremos que hoy en Europa y EE.UU. la que está aumentando en mayor proporción que las otras es la curva del 0,1% de la población que acapara riqueza).

Las formaciones estatales seleccionados por los autores, de los que el Gráfico es una media, son, en Europa: Dinamarca, Francia, Alemania, Holanda, Suiza, Gran Bretaña, Irlanda, Noruega, Suecia, Finlandia, Portugal, España e Italia. América: EE.UU., Canadá y Argentina. Oceanía: Australia y Nueva Zelanda. Asia: Japón, India, China, Singapur e Indonesia. África: Suráfrica, Islas Mauricio y Tanzania. En total, alrededor de la mitad de la población mundial.

Es recomendable seguir para el caso particular de EE.UU. la serie analizada en Duménil y Lévy (2004).

los resultados dados hasta el momento, no podamos llamar a esas estructuras neoliberales «estructuras sociales de acumulación», sino a lo sumo de «logro de plusvalía» y «concentración de la riqueza».

Es probable también que al entrar en crisis los mecanismos que permitieron huir de la crisis en los años setenta, haya que ver en la perseverancia en los mismos la incapacidad del capital para salir de su atasco en la acumulación, al mostrarse incapaz hoy por hoy de articular unas nuevas estructuras de acumulación. La dificultad es evidente. Si todo el conjunto de elementos que subyacen a las crisis capitalistas ya son de por sí problemáticos —la sobreacumulación, la desproporción entre sectores, los problemas con el sometimiento del Trabajo, la escasez de capital-dinero, los cambios tecnológicos y organizativos desequilibrados, el subconsumo, los límites naturales, etc.—, cada vez que supera alguno de ellos, el capital tiende a encontrar agrandados otros en consecuencia.

la única vía de colaboración que ofreció el capitalismo al Trabajo como *trabajo animado* (notas 10 del cap. 2 y 23 *supra*) (mantenida finalmente a través del endeudamiento), y que cada vez tiene sus posibilidades más restringidas por el propio destroz de las condiciones laborales y de consumo.

Ya Coriat (1993b: 250) advirtiera en el cambio de modelo de crecimiento de los años noventa, que «sólo un fuerte avance de la democracia en las relaciones económicas, y muy especialmente en las relaciones laborales y de producción, es capaz de permitir explotar, en grande, las potencialidades contenidas en la revolución tecnológica en curso». Cuál no será la pertinencia de esa consideración en la decadencia sistémica de la segunda década del siglo XXI.

No es, entonces, menos posible que el capitalismo haya activado los límites absolutos de su reproducción metabólica, trabajando a cuenta del futuro mediante las finanzas (especulación y deuda).

Lo que por su parte hace cada vez más plausible que el capitalismo esté estancado en una *crisis permanente* (como con antelación apuntara Paul Mattick, 2009). Si bien, las poblaciones del planeta no empezaron a adquirir conciencia de esa crisis sino con el derrumbamiento de las colosales pirámides de dinero privado —y ficticio— generadas en la Bolsa norteamericana, que tuvo lugar a partir de 2007, y que no era sino el resultado de la incapacidad de continuar con el sistema de «reciclaje del excedente global» (notas 11 del cap. 4 y 3 del cap. 5).

Es sabido que buena parte de las crisis del capitalismo neoliberal-financiarizado son reforzadas o fomentadas a discreción en la provocación de estallidos (a menudo para derrumbar barreras en favor del capital financiero —véanse, por ejemplo, las crisis especulativas contra divisas y deudas soberanas de los años noventa, que culminaron a principios de siglo XXI, con la debacle argentina—). De hecho, como se apuntó en el apartado 6.1., la periodicidad de las «crisis» en el capitalismo histórico, no es otra cosa en la práctica que la recurrente reorganización del proceso de acumulación en un nuevo nivel de plusvalía y precios, lo que a su vez asegura la acumulación del capital. Sin ellas, por tanto, la acumulación peligra. Por eso asistimos hoy a un proceso de desmantelamiento y reestructuración de todas las partes del proceso capitalista de plusvalía (Bonefeld, 2005).

Sin embargo, hay que distinguir esas «crisis» regulativas de las Grandes Crisis, que conmocionan al sistema y lo hacen mutar para superarlas. La misma crisis de los años setenta del siglo XX, que pareció haberse superado en los años noventa, puede haber dado paso, en realidad, conforme se ha mencionado líneas antes, a una especie de *crisis permanente*, de inestabilidad cronicada del sistema (Introducción II. 4.D.). Fase caótica del mismo o *impasse* histórico a la espera de una resolución drástica.

Por eso el Capital ha hecho ya de la *crisis* la forma de gestión de la sociedad, la razón de ser de su actual guerra de clase.<sup>27</sup> Lo cual hace olvidar que el principal problema de un modo de producción basado en la expansión permanente del valor a costa de la riqueza real (riqueza social y natural) no son tanto sus *crisis*, por más consecuencias dramáticas que acarreen, sino su propio crecimiento. Un crecimiento que implica el consumo («consumere»: destruir, extinguir) de la Vida.

La negativa a aplicar en la actual Gran Depresión las intervenciones que tuvieron éxito en el pasado (incremento de los salarios reales, más protecciones estatales y sala-

---

27. Gracias a ella es que el ajuste de la crisis recae ante todo sobre la masa salarial. La masa salarial es el concepto que incluye al salario y a la fuerza de trabajo. En la primera fase, la crisis afecta al número de empleados, que desciende significativamente. Después, como quiera que a mayor número de desempleados desciende el salario real (relación inversa entre ejército de reserva y salario), en un segundo momento golpea fuertemente a este último, que no hace sino descender, así como, en consecuencia, la participación salarial en la renta de cada formación social [Cuadros 1 y 2 y Gráfico 1] Esto ya tenía su base estructural en la producción de plusvalía relativa mediante el desarrollo de la maquinaria, que genera necesariamente una masa de población sobrante para las necesidades del Capital. Cuando esta población sobrante crece lo suficiente como para estancarse en esta situación, sobrevive vendiendo su fuerza de trabajo normalmente por debajo de su valor. Esto quiere decir que, a la larga, no puede reproducirla. Cosa que puede notarse en la generación de los obreros adultos, pero que resalta brutalmente en el insuficiente o nulo desarrollo de la fuerza de trabajo de las nuevas generaciones. Cuando una población trabajadora se consolida como sobrante, ya no logra vender su fuerza de trabajo a ningún precio y entra en un proceso de violenta pauperización (ver para una excelente descripción del proceso a través del caso argentino, Íñigo, 2003).

rios indirectos, así como el incremento de la financiación mediante el déficit fiscal del Estado), pueden indicar bien la escasa propensión del Capital a poner en marcha medidas redistributivas en momentos en que goza de un tremendo poder de clase, bien, como decíamos, su imposibilidad estructural e infraestructural de emprender un nuevo ciclo de acumulación basado en la fidelización de la fuerza de trabajo a través del consumo y la integración social.

Pero más probablemente aún, nos hallemos en un escenario de inducción de la gravedad social de la crisis (tal como hiciera E.E.UU. en los años setenta, a través del «Shock de Volcker, o a manera de lo que emprendieron las economías europeas en los años veinte tras la Primera Gran Conflagración Interimperialista»,<sup>28</sup> de cara no sólo a reestructurar profundamente el poder de clase del Capital frente a un Trabajo ultradebilitado, sino la propia composición de fuerzas intercapitalista, para recomponer no sólo la plusvalía sino la apropiación del producto social por una estricta minoría.

Esta reestructuración del poder de clase y el posible nacimiento de una nueva superélite puede entrar en tensión incluso con los mismos mecanismos de acumulación capitalista. ¿Podría estar gestándose así un nuevo modelo de crecimiento que termine rompiendo el propio modo de producción del que nace? No es imposible.<sup>29</sup> Hoy podríamos estar conociendo sus primeros balbuceos. Este nuevo modelo mantendría por ahora la supraestructura argumental-ideológica propia del capitalismo degenerativo neoliberal o neoliberal-financiarizado, pero de hecho (en sus relaciones sociales de producción) va por delante de ella en el envilecimiento social así como en la construcción de nuevas formas de dominación (postdemocráticas) tendentes a plasmarse en expresiones del despotismo «extrañas» a la propia dinámica de realización de la plusvalía capitalista (que requiere la apertura «democrática» en la esfera de la circulación).

De ahí una posible explicación a la reiteración de medidas fracasadas para afrontar la crisis y la continuación en la degradación democrática y redistributiva del sistema. De ahí también la acentuación del *irreformismo* del mismo, o la más que probable pérdida del lugar y de la razón de ser de la *opción socialdemócrata*.

Para poder tener cierta orientación sobre este hipotético decurso y sus claves, sin embargo, es imprescindible atender a algunas de las dinámicas básicas que marcan el devenir capitalista actual. Este es el objeto del siguiente apartado.

### 6.3.1. *Apuntes sobre tendencias de la relación de clase global*

1. La imbricación de la economía mundial y la internacionalización del capital hacen que las relaciones Capital/Trabajo estén cada vez más condicionadas por las relaciones interestatales (y de ellas, especialmente las dadas entre centros y periferias en general y más aún entre centros y periferias emergentes). En este sentido, la reestructuración

---

28. Se trataba de algo aparentemente muy fácil para recuperar la situación monetaria de antes de la guerra y volver al patrón oro: se aumentaban los impuestos para reducir los medios de pago de los particulares y, por consiguiente, la demanda y los precios. También el Estado gastaría menos y así se podrían devolver las deudas. El plan parecía perfecto para un escenario de recuperación económica, pero agrandaba enormemente los problemas en caso de dificultades con la acumulación, como así ocurrió. Las posibilidades de que se le vuelva a ir hoy de las manos este proceso al Capital parecen mayores por la enorme complejidad, amplitud global e interpenetración de los factores intervinientes.

29. Podría venir bien aquí, entonces, el nombre de «capitalismo suicida», que ha sido utilizado por Michéa (2009), aunque para otros argumentos.

del poder al interior de la clase capitalista conlleva profundos cambios en la composición del poder mundial y de los poderes en cada formación socio-estatal. La lucha de poder entre las clases dominantes y entre las distintas expresiones del capital —por ver, entre otras cuestiones a dirimir, quién habrá de cargar con el capital ficticio y quién por el contrario resultará al frente de la concentración de riqueza que se está gestando—, nos llevan a un escenario en el que:

a) Se da una concentración de la riqueza y del poder de clase en las fracciones de cierto capital productivo más transnacionalizado y más imbricado con los sectores exitosos del capital financiero, que adquieren creciente importancia estratégica. Cobra especial relevancia en esa interrelación el «capital cognitivo», inmaterial, que gana más y más terreno al capital fijo en las formaciones centrales, y que sustenta un nuevo fraccionamiento de los procesos de producción a escala mundial según la naturaleza de los saberes movi- lizados. A través de los «cercamientos» o apropiaciones privadas del conocimiento colectivo se buscan monopolios o rentas absolutas que promueven no sólo una nueva división internacional del trabajo sino la captación de lo cognitivo también en provecho de lo financiero (Vercellone, 2004).<sup>30</sup>

b) Las entidades estatales siguen actuando competitivamente entre sí, más allá de la dimensión global del capital, con la consiguiente pugna de intereses también entre las distintas burguesías estatales, combinada con la tradicional supeditación de las burguesías de las formaciones más débiles (lumpenburguesías y burguesías delegadas) a las de las más fuertes. Entre medias, se gestan burguesías emergentes con proyectos diversos que abren el abanico de posibilidades de decantación del futuro a medio plazo.

De momento, la expresión económica típica de esa pugna interestatal se da en forma de «guerras de divisas»<sup>31</sup> y de monedas,<sup>32</sup> en vez de «guerras de aranceles» como a finales del XIX y principios del siglo XX, debido a la enorme interconexión de todas las economías en el Sistema Mundial (el capital global requiere, en cualquier caso, de estructuras espaciales abiertas, antes que del proteccionismo). Pero todo indica que el camino de re-fortalecimiento de la escala estatal-nacional de acumulación queda en

---

30. Preparan estas fracciones la concentración de poder ante la incertidumbre de la propia evolución capitalista, y ante la creciente evidencia del fin de los índices de crecimiento, a la espera de ser capaces de reaccionar ante las diferentes coyunturas que se presenten (colapso de la globalización; agotamiento de los recursos energéticos, cambio de modo de dominación e, incluso, eventualmente, cambio de modo de producción dominante). Con otras palabras Gorz nos dice que «el capitalismo ha llegado, en el desarrollo de las fuerzas productivas, a una frontera más allá de la cual no puede extraer plenamente beneficios de sus potencialidades sino a condición de rebasarse hacia otra forma económica» (2003: 84). De hecho, la posibilidad de acumulación en un hipotético «capitalismo cognitivo» pasarían cada vez más por la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción y de retención del conocimiento (lo que proporcionaría bases objetivas para una sociedad socialista). Ver también Balakrishnam (2009).

31. Las reservas de divisas pasaron de 858.000 millones de dólares a 3,4 billones entre 1990 y 2004 (casi 4 veces), de las cuales el 60 % en dólares y cerca del 20 % en euros. Con esa acumulación de reservas se pone fuera de servicio capital que no se usa ni para inversiones ni para gastos sociales, y se destina sólo a escudarse contra ataques a la propia divisa y poder defender así el tipo de cambio (sobre estos puntos, Altwater, 2011).

32. Hay una continua presión hacia la devaluación de las monedas para ganar cotas de «competitividad» mundial, dada la hoy asentada vocación exportadora de las economías capitalistas (que buscan en el mercado mundial lo que el deterioro del mercado interno en cada caso no puede posibilitar). Obsérvese la incongruencia y escasas perspectivas de este proceso y de semejante carrera competitiva.

adelante expedito (recordemos que las fases de apertura y cierre de las relaciones interestatales se han venido alternando en el capitalismo histórico en función de las claves de acumulación capitalista). Otra variante, por lo que afecta al corto plazo, bien pudiera ser la cartelización regional del capitalismo, por grandes bloques subcontinentales.

Habrà que ver, entonces, si el Estado continuará siendo la principal entidad político-territorial gestionadora de la acumulación capitalista (tan necesaria hasta ahora por haber sido la principal escala en la que el Capital ha sido capaz de gestionar el consenso —léase la endogeneización del Trabajo—), y por tanto si será también el principal ámbito en el que se diriman las luchas de clase (Introducción II, 4.C.), o bien otras esferas micro y/o macroestatales irán disputando su importancia.

c) Hoy por hoy, sin embargo, los diferentes tipos de capitales (industrial, comercial y de interés-especulativo-rentista), así como unas y otras burguesías estatales, se coordinan y aprovechan la coyuntura para recomponer el poder de clase y golpear la fuerza histórica conseguida por el Trabajo, rebajando al máximo su poder social de negociación y desbaratando todos los dispositivos de preservación de esa fuerza laboral y de regulación de la relación Capital/Trabajo, así como las formas institucionalizadas de pacto de clases propias del «capitalismo organizado» keynesiano, pero incluso también las del capitalismo desarrollista periférico anejas al «pacto del postcolonialismo». Se deprimen así en general, más allá de ciertas excepciones que merecen análisis aparte (ver *infra* en Excurso final), las condiciones sociolaborales de las poblaciones. De hecho, en la actualidad se imponen para las formaciones sociales centrales el mismo tipo de Ajustes Estructurales que antes fueran llevados a cabo en las periféricas (proceso que he llamado *autocolonización* —Piqueras, 2008—).

Por eso, las medidas procíclicas sostenidas en el tiempo (a las que aquí hemos aludido como recesión inducida) son tendentes a hacer disminuir la demanda interna en las formaciones sociales más endeudadas, generando por un lado recesión y por ende sustancial debilitamiento del poder social de negociación del Trabajo; mientras que por otra parte pretenden reducir las necesidades de financiación exterior de aquellas formaciones, posibilitando de esta manera la devolución de las deudas a las entidades globales controladas por las formaciones más poderosas (así se hizo, mediante los programas de Ajuste Estructural, en las periferias). El problema estriba en extralimitarse en la recesión generada, disminuyendo más allá de lo prudente los ingresos fiscales (y aumentando los gastos pasivos del Estado), con la consiguiente renovación de la dependencia en la financiación exterior de cada vez más formaciones socio-estatales, como el caso europeo muestra dramáticamente.

En cualquier caso, como siempre hizo, el Capital utiliza la *crisis* para reordenar profundamente las relaciones de clase a su favor, y una vez reestructuradas la *cuestión social* y laboral en ese sentido, y deprimido en sus límites más bajos el poder social de negociación del Trabajo, imponer un nuevo modo de acumulación-regulación con altas tasas de explotación, acompañadas de formas de dominación más drásticas y explícitas. La propia resolución de las contradicciones entre los distintos tipos de capital por la obtención y apropiación del valor en función de tiempos cortos (renta-beneficio financiero) o largos (plusvalía industrial-realización de la ganancia a través del mercado) en favor de la primera opción, hacen también crecientemente improbable la puesta en escena de una nueva onda reformista, dado que la dinámica de la inmediatez de las ganancias obstaculiza los procesos de planificación, previsión y provisión de bienes y servicios a medio y largo plazo (los cuales dejan de depender tanto del Estado —per-

diendo universalidad y gratuidad—, en favor de la inversión individual o derivación del salario y bienes hacia la inversión especulativa). La clave, por tanto, consiste en saber hasta dónde puede llevarle al Capital la modificación del régimen de acumulación, esto es, qué nuevo capitalismo está surgiendo al tensar la cuerda de la sobreexplotación y la desposesión de una Humanidad convertida en Trabajo. Consideremos, en este sentido, que entre la descampesinización masiva todavía en curso y la transformación de ese campesinado en asalariado (bajo muy diversas condiciones de contratación) en las formaciones periféricas, hay una creciente población «flotante» que no está subsumida verdaderamente en ninguna relación salarial y que vive en los poros o intersticios del sistema. La expulsión de la relación salarial de crecientes sectores de población y especialmente de las nuevas generaciones, en las formaciones centrales, está globalizando esa amplia condición de exogenización.

En definitiva, el capitalismo degenerativo de comienzos del siglo XXI está dando lugar en sus formaciones centrales a una profunda reestructuración en las formas de gestionar la fuerza de trabajo y de consumirla productivamente, en las formas, importancia y extensión de la relación salarial, en las formas y fuentes de obtención del valor y en la propia estructura de propiedad. Todo ello nos introduce de pleno en las puertas de un posible nuevo modelo de crecimiento que sin embargo no termina de arrancar en tanto no es capaz de activar una nueva onda expansiva.

De momento tiene lugar a escala mundial una contradictoria combinación de tendencias. Así por ejemplo, las actuales dinámicas de producción y realización en el corazón del sistema tienden a extender nuevas formas de explotación del trabajo social a través de una mucho mayor imbricación de los factores productivos, haciendo el propio proceso de trabajo cada vez más asimilable al capital cognitivo-informacional. Esto se combina con formas de explotación tayloristas y pretayloristas en unas y otras formaciones sociales. En las periferias (sean «emergentes» o no) esas formas están hoy interconectadas todavía de manera subordinada a una compleja división internacional del trabajo basada en el control de la tecnología y la moneda. Todo ello concurre en el tiempo y en el espacio, además, con marcadas dinámicas de financiarización económica de alcance mundial, mediante las que, *aparentemente*, la ganancia se realiza a sí misma más allá de la plusvalía industrial.

Hay muchas claves todavía por determinar de este posible modelo de crecimiento, pero lo que parece probable, en cambio, es que, a falta de cualquier «milagro energético», y siguiendo la senda de una generalizada economía política de concentración del capital, apropiación de la riqueza social y depresión de la demanda, no será capaz de sustentar un consumo de masas al nivel planetario (más bien sólo de élites). La degeneración del actual modelo ofrece además serias dudas sobre las posibilidades de mantener en adelante por mucho tiempo una forma de funcionamiento propiamente «capitalista» para la mayor parte de la humanidad.<sup>33</sup>

---

33. ¿Podría el capitalismo sustentarse a sí mismo, si quiera que pasajera y gracias de nuevo al Departamento I, esto es, a la producción y el consumo de medios de producción, como en la 1ª y 2ª Revoluciones Industriales?

Lo que parece más allá de sus posibilidades, en cualquier caso, es que pueda proporcionar un consumo masivo, tanto como imposible que sustente más de 7 mil millones de seres humanos en el planeta. Más probable es, entonces, que reedite formas de eugenesia (nota 3 del cap. 2), las cuales, por otra parte, siempre han estado vigentes en las periferias del sistema. Sólo que ganarían ahora en intensidad y amplitud (a escala global). Esto quiere decir que los seres humanos que fueron primero convertidos en Trabajo por el capital, han pasado de ser «sobrantes» o «excedentarios» a «desechables» o «eliminables» (o, en el

### 6.3.2. Apuntes sobre tendencias económico-estratégicas y geoestratégicas (político-militares)

La guerra contra el terrorismo se ha convertido en una guerra permanente o guerra difusa (que hay quien la ha llamado «guerra civil contra la humanidad» —amparada en la ya aludida «Doctrina del Shock»—), en la pugna por el control geoestratégico y de recursos por parte fundamentalmente de EE.UU. y en menor medida de las otras decadentes potencias centrales.<sup>34</sup> En ese contexto, cualquier formación socio-estatal puede convertirse en enemigo a batir:

mejor de los casos, «invisibles» —dejados que sobrevivan por sí mismos—, como muchos pueblos en tiempos coloniales y como muchas poblaciones de las periferias durante el neocolonialismo).

Para las disminuidas poblaciones todavía «enganchadas» a través de la endogeneización, esto puede ir de la mano de una acentuación de la biopolítica neoliberal, para trascender de una vez la corresponsabilidad ciudadano-Estado en el cuidado de la población, de cara a hacer recaer la responsabilidad de ello en el individuo en exclusividad. Proclama esta *neobiopolítica*, por ejemplo, que «*la salud es un bien privado que depende de uno mismo y no del Estado*» (así lo expresó ya el conseller catalán de Salud, Boi Ruiz, en una entrevista concedida a EFE, 24/10/11 —en Baños, 2012: 176—). Las políticas de desguace de la *seguridad* social implicarán la muerte o la precariedad de vida de cada vez más población también de las formaciones centrales. Las políticas del capitalismo degenerativo (neoliberalismo degradado y postneoliberalismo), no lo olvidemos, son cada vez más predominantemente políticas de muerte.

¿Se retroalimentan estos procesos con alguna de las posibles vías de futuro capitalista inmediato que ya anunció Wallerstein (1997):

a) un fascismo global «pseudodemocrático». División del mundo en dos estratos o estamentos, casi dos castas, en la que el estrato dominante incorporaría tal vez un quinto de la población mundial, con acumulación de poder suficiente como para mantener al otro 80 % en la condición de proletariado trabajador inerte, domeñado también a través de una «redistribución de migajas» (escasa redistribución de un menguante excedente sobre-apropiado por la minoría dominante y la élite a ella agregada), con la concomitante pugna entre aquel proletariado por estar mejor posicionado como receptor (discuto, sin embargo, en el Excurso final, las posibilidades reales de que esta pudiera ser una opción duradera, al menos dentro del capitalismo);

b) un *capitalismo feudal*? (ver nota 18 *supra* para este concepto). En realidad esto del neomediavilismo es muy propio de la cultura «occidental», que como ombligocéntrica que es, lo identifica con «refeudalización». Sin embargo, la mayor parte de la humanidad, durante la mayor parte del tiempo «histórico», se organizó en formas administrativas tributarias, que muestran una perenne propensión a reproducirse, como los intentos de desconexión de Rusia y China han evidenciado.

Obsérvese que se está discutiendo hoy, en cualquier caso, de la creciente posibilidad de revertir el paso histórico que supuso la Modernidad desde los *estamentos* (hijos) a las *clases* (con una relativa movilidad social a través de la producción-formación-empleo). Se habla, igualmente, de una vuelta al *trabajador pobre* o «trabajador puro» de la Primera Revolución Industrial (apartado 1.1. del cap. 1). *Pero con ello involuciona toda la construcción del Estado aneja al principio de «nación» inclusiva y al sentimiento nacionalista. Vuelven a surgir con fuerza, por el contrario, las «dos naciones»* (notas 18 del cap. 1, 3 y 11 del cap. 2, 22 *supra*).

34. La construcción de un enemigo difuso le permite al Capital estar en guerra permanente a través de su principal brazo armado: el ejército de Estados Unidos (sea solo o comandando la OTAN). Se pergeñan conceptos como «Estados delincuentes» o «ataque preventivo», a través de los cuales EE.UU. y su brazo armado, la OTAN, se reservan el «derecho» a hacer las distintas modalidades de guerra a discreción, contra quien consideren, más allá del derecho internacional, dejando la ya endeble importancia de la ONU reducida al mínimo en este terreno. La categorización de *terrorista* (que el propio Estados Unidos se niega a que tenga una definición consensuada —cualquier definición posible incluiría a su ejército—, para arrogarse así también la discreción en la acusación), le da cobertura para utilizar toda clase de medios y procedimientos en esa guerra. Al asimilar al «terrorista» con lo «inhumano», cualquier forma de exterminio, tortura o vejación queda aparentemente «justificada» para las poblaciones. No es de extrañar que sea justo ahora cuando desde Hollywood se produzcan otra vez más superpéculas con toda clase de «orcós» o monstruos inhumanos a los que se siente placer aplastándolos más o menos sádicamente (las videoconsolas y muchos juegos de Internet no se

Ante el cada vez más evidente fracaso de la globalización, asistimos también a una lucha entre Estados vinculados al capital financiero-especulativo (los anglosajones, especialmente)<sup>35</sup> y los ligados al capital productivo-extractivo (Alemania, China y Rusia, sobre todo).<sup>36</sup> También, en general, a los últimos intentos de EE.UU. por evitar el multipolarismo de la globalización decadente (frente a UE, BRICS, China, CELAC-Unasur).

Cruzándose con esas pugnas estratégicas, se da otra batalla engañosamente similar a la última de las mencionadas, pero en realidad diferente. Integra al bloque central, la del hegemon actual (EE.UU.) y formaciones centrales a él subordinadas (buena parte de la UE occidental, Japón, Canadá, Australia), contra el potencial hegemon del siglo XXI (China), más sus posibles aliados (¿Rusia?). La todavía principal potencia busca consolidar esa alianza ofensiva con Tratados como el Partenariado Transpacífico (países americanos ligados a EE.UU. con países «anticomunistas» de Asia del Este) y el Proyecto de Acuerdo Trasatlántico que vincula en el «libre comercio» a EE.UU. y Canadá con la UE (una especie de «OTAN económica» que lleva implicada la imposición para las formaciones europeas de las condiciones sociolaborales que rigen en EE.UU.).

Las claves de resolución de estos enfrentamientos pasarán por un lado, por la toma de postura al respecto de tal pugna, de unas y otras formaciones periféricas (especialmente India y los países decisivos de América Latina). Por otro, esas claves estarán vinculadas a la evolución de las crecientes rivalidades entre las potencias centrales y la decantación estratégica futura de la Gran Alemania, que puede ser la sustituidora de la UE una vez que haya terminado de desencuadrar la capacidad agencial o el margen de maniobra del resto de formaciones estatales europeas (Cuadro sinóptico 1).

---

quedan atrás tampoco en esto, «preparando» convenientemente a las nuevas generaciones). Por otra parte, no hay que olvidar que según se acentúa la actividad imperial de tipo directamente militar de puertas para afuera (dejando cada vez más atrás al imperialismo de tipo neocolonial), más se requiere de la tiranía puertas adentro: el Estado-policía recobra así creciente dimensión (todo eso se hace compatible con las formas de eugenesia global apuntadas en nota 33 *supra*).

35. Frente al declive de la hegemonía económica estadounidense, el crónico deterioro de su balanza comercial y su incuestionable sobre-valoración monetaria, la economía mundial no puede seguir manteniendo la ficción del dólar como moneda de cambio internacional, ni la fe en la gran cantidad de dólares-chatarra que circulan sin respaldo alguno. La caída del dólar —que arrastraría de inmediato a la libra esterlina, íntimamente ligada a aquél— es frenada cada vez más por el poderío militar estadounidense, que garantiza que el dólar siga siendo moneda-refugio mundial, a la falta de otra moneda que garantice rentabilidad. Las intervenciones militares estadounidenses, y sobre todo las que desestabilizan los flujos petroleros mundiales, también tienen por objetivo revalorizar el dólar al hacer subir el precio del «oro negro» (dado que el petróleo se paga en dólares); al tiempo que dan muestra de la «fuerza» de EE.UU. a los compradores de bonos y a quienes buscan un refugio para su dinero.

En general, el control sobre la energía y los alimentos, así como la moneda en que se puedan pagar, será de vital importancia en la pugna inter-imperialista postglobalización.

36. Pero esa lucha intercapitalista se reproduce al interior de los propios Estados. Por ejemplo en EE.UU. es cada vez más virulenta la que enfrenta a los grupos de poder que persiguen el unilateralismo imperial de esta formación estatal, con los que tienen intereses más globalizados, unidos al capital financiero mundial (sintomático de ello es la particular batalla que llevan a cabo sus respectivas agencias de calificación de riesgo —muy importante aquí la obra de Formento y Merino, 2011—).

Por lo que respecta a la pugna interestatal, para ver el terror de las potencias anglosajonas (Inglaterra y EE.UU.) ante una aproximación germano-rusa (circunstancia que hizo entrar a Inglaterra en la Segunda Gran Guerra interimperialista) para dominar el «centro del mundo» (Eurasia) es muy recomendable seguir a Garcés (1996). Ver también Jarquín y Dierckxsens, 2009). Todavía hoy sería más preocupante para aquellas potencias si esa aproximación se hiciera extensible a China. Por eso, en la política de contención de la expansión alemana y, en general, de debilitamiento de Europa, de ataque al euro y de golpeo a la propia Rusia, EE.UU. ya dio su golpe de mano a través de la guerra de Yugoslavia (Dierckxsens y Jarquín, 2012). El FMI y el BM contrapesan, por su parte, en el este europeo, la política anexionista alemana.

## CUADRO SINÓPTICO 1 LA GRAN ALEMANIA

El proyecto alemán de lanzar la UE tuvo como objetivo posibilitar su reestructuración productiva con miras a la exportación, correlativa a la disminución continua del salario real interno. En las últimas décadas la vieja industria alemana se reconvirtió, renovando su perfil hasta hacerse una «arrolladora máquina de generar excedentes» (las ventas externas pasaron del 20 % del PIB en 1990 al 47 % en 2009). Así explica Varoufaquis (2012: 257) lo que vino después:

La creación del euro generó un mayor estancamiento en los países deficitarios y en Francia. También permitió a Alemania [...] alcanzar excedentes excepcionales. Éstos se convirtieron en el medio financiero mediante el cual las corporaciones alemanas internacionalizaron sus actividades en EE.UU., China y Europa del Este.

Pero en todo este proceso hay que considerar también otra dinámica que casa mal con la economía productiva, la dinámica de financiarización económica alemana. A grandes rasgos, esta última se dio como sigue. La clase capitalista alemana pugnó desde finales de los años sesenta por desligarse de la sujeción de las finanzas a la industria. Buscaban financiarse en los mercados de eurodólares de Londres. Durante el CMT la desregulada estructura financiera mundial les proporcionó la posibilidad de conseguir crédito fuera de la economía productiva. Esas masas de capitales «liberados» de los ciclos manufactureros locales quedaban listas para invertirse en los mercados financieros, donde se puede entrar, recoger beneficios y salir sin producir ni un alfiler, sin generar la menor riqueza. Mientras que el capital financiero transnacional, especialmente el de EE.UU. se hacía con el control de muchas de las principales empresas del DAX alemán (equivalente al IBEX español), el capital financiero alemán se destinaba a:

a) Prestar a la Banca de las formaciones periféricas europeas, a fin de generar un ciclo de demanda de los productos alemanes. [Cuando, en plena crisis, los Bancos privados tienen que satisfacer la deuda alemana y no pueden, son los Estados (es decir, el conjunto de la población) los que la asumen («socialización de pérdidas»)].

b) Invertir especulativamente en el sector inmobiliario de ciertas de esas formaciones y también en el de EE.UU., contribuyendo a provocar sus enormes burbujas.

c) Invertir en la Europa del Este para la apropiación por desposesión y la explotación de una fuerza de trabajo que se había depreciado substancialmente con la terapia de «shock» que previamente habían aplicado en esas formaciones la UE y el FMI. Esto serviría también para lanzar un ataque feroz contra la fuerza de trabajo alemana para extender su precarización (Alemania es la única formación de la OCDE en la que los salarios reales cayeron ininterrumpidamente entre 2000 y 20007).

Durante este tiempo cae también la productividad alemana, pero el mecanismo de acreencia-deuda generado con las formaciones periféricas europeas permite aplazar el necesario ajuste bancario en Alemania y contener mediante el gasto público pagado con esa deuda, el desplome de «la mastodóntica clase media fordista alemana» (López, 2012: 11, hace un buen resumen de todo esto). Sin embargo, el «desajuste» financiero-productivo en forma de crisis recesiva es sólo cuestión de poco tiempo para Alemania, mas no sin antes haber dejado un panorama europeo desolador.

Así, mientras que EE.UU. había tenido por objetivo generar una economía de demanda para sus exportaciones a través de la potenciación del crecimiento en algunos otros lugares del planeta (como fue la propia Alemania —apartado 3.2. del cap. 3, apartado 4.2. y nota 11 del cap. 4, y nota 2 del cap. 5—), la primera potencia europea provoca estancamiento en su patio trasero europeo. Ha utilizado la eurozona para forzar a los países deficitarios a proporcionarla una fuente de demanda neta efectiva para sus exportaciones. Pero aquí el cumplimiento de ese papel no ha ido de la mano de un desarrollo capaz de fortalecer esa demanda en el medio plazo, sino de la extenuación económica.

Una vez más, la bisagra y a la vez «elemento raro» de ese proyecto, por su posición especial entre formaciones sociales excedentarias y deficitarias, es Francia (notas 12 del cap. 1, 8 del cap. 2, 5 del cap. 4, sobre la *especial* posición histórica de esta formación estatal, por más que la *excepción francesa*, en el sentido sociopolítico, haya dejado de existir desde mitad de la V República, con el gobierno

Mitterrand). Si bien no logra sumarse al carro de los superavitarios, el peso autónomo de sus instituciones políticas y su sistema bancario, más potente que el de las formaciones excedentarias, le mantienen en esa «tierra de nadie». De momento su clase capitalista parece querer vincularse al proyecto alemán, en la búsqueda de réditos rentistas (gracias a su capacidad bancaria de engrasar el comercio y flujo de capitales en Europa, haciendo de la Banca francesa una gran acreedora —altamente expuesta también, no lo olvidemos, a los impagos—).

De nuevo el deterioro de la condición social en Francia podría marcar la inflexión para una reacción popular europea.

Pero China, India y resto de BRICS, atañen solamente al 25 o 30 % de la economía mundial, mientras que la Triada da cuenta de entre el 50 % y el 60 %.<sup>37</sup> Aquel (todavía) escaso peso económico,<sup>38</sup> no permite que estas economías modifiquen las tendencias degenerativas del capitalismo, aunque sí pueden servir de amortiguadores de las mismas, para alargar por un poco más de tiempo la capacidad de generación de plusvalía.

En uno u otro caso nos abocamos a una ardua pugna interestatal para liderar el hipotético nuevo orden que naciera tras el *globoimperialismo* (ver nota 18 del cap. 5). El capitalismo entra también, por lo que toca al terreno geopolítico, en una dinámica más anárquica, sin patrones claros.<sup>39</sup> Mientras que la manera neocolonial de gestionar la división internacional de trabajo queda definitivamente dejada atrás, dándose también el golpe de gracia a la *cooperación* como instrumento suyo.<sup>40</sup>

37. Al acabar el siglo XX, las formaciones centrales dominaban la economía mundial, contribuyendo con alrededor de dos tercios del PIB global. Desde entonces esa participación ha venido cayendo justo hasta la mitad. En una década más podría estar sólo en el 40 %, según *The Economist*, 07-10-10.

38. «En 2010 (incluso después del comienzo de la crisis y la recesión), el PBI chino fue 5,9 billones de dólares, sólo el 40 % de los 14,6 billones de EE.UU. Traducido esto en PBI per cápita, la diferencia es incluso más marcada: los 4.260 dólares fueron sólo el 9 % de los 47.240 dólares en EE.UU.» (Hardy y Budd, 2012). En el mismo sentido, Husson (2008b) comenta que mientras el PIB per cápita chino bordeaba los 4.000 dólares anuales en 2008, el francés alcanzaba los 25.000.

39. Varoufaquis (2012) dice que al agotarse el flujo global circular de bienes y capital, lo que él llama el *sistema de reciclaje global* (nota 3 del cap. 5), nada lo ha reemplazado, y EE.UU. y China no saben muy bien qué hacer entre sí. De momento China parece querer reeditar el plan de EE.UU. de la postguerra, de inversión de parte de sus excedentes en la creación de demanda en determinadas formaciones sociales (recordemos que en el caso de EE.UU. fueron Alemania y Japón, principalmente —apartado 3.2. del cap. 3, apartado 4.2. y nota 11 del cap. 4, y nota 2 del cap. 5—), como Brasil y Argentina, para poder garantizar nuevos espacios a sus exportaciones, dado que EE.UU. ya es incapaz de asimilarlas en la proporción en que lo hacía antes. Se trataría de una *globalización parcial*, comandada por China, con una amplia red de comercio e inversiones con India, América Latina y África (ver Cuadro sinóptico 2).

Por ahora, las exportaciones chinas a muy bajo costo están reprimarizando las economías latino-americanas, especialmente aquellas que como México más se habían especializado en manufacturas a muy bajo precio y que ahora no puede competir con las chinas, lo que las reorienta a exportar materias primas al gigante asiático. Esto, de paso, puede poner también en peligro las inversiones de las formaciones centrales y muy especialmente EE.UU. en esas industrias de maquila.

Frente a esa «globalización» china, EE.UU., entre muchas otras líneas de respuesta, pretende asegurarse Europa, con un «mercado común atlántico». Pero, en cualquier caso, el objetivo militar respecto de China está permanentemente presente en la geoestrategia estadounidense.

40. En adelante, lo que queda de ella («cooperación degradada») muestra claramente su papel de inversión, quedando más y más ligada a intereses preferenciales empresariales, a contrapartidas militares y geoestratégicas, o incluso al control de flujos migratorios.

## CUADRO SINÓPTICO 2 CONSIDERACIONES SOBRE LA POSIBLE EMERGENCIA DE CHINA COMO NUEVO HEGEMÓN

A) Hay quienes ven el auge de esta formación socio-estatal como un subproducto del neoliberalismo (con su gran trasvase de capital excedente hacia otras localizaciones), y que por tanto también se irá con la decadencia de éste.

El éxito exportador de China ha dependido en alto grado del partenariado económico ente China y Estados Unidos. Mientras China actúa como una locomotora de la oferta mundial, Estados Unidos juega el papel de locomotora de la demanda (Loong Yu, 2009-2010). Que el flujo de capitales es mucho más hacia China que de ella hacia el exterior se observa simplemente con el hecho de que sus exportaciones de capital varían entre el 4 y el 9 % del total (dependiendo de si Hong Kong es incluido o no en la estimación). En 2009 esto era significativamente menor que en EE.UU., con el 22 %, y la Unión Europea con el 35 % (datos de Hardy y Budd, 2012). Acuden allí no especialmente por el bajo costo de su fuerza de trabajo (que debido a las crecientes necesidades de fomentar la demanda interna, ha venido experimentando subidas salariales del 10 % en las zonas costeras-industriales), sino sobre todo por el altísimo grado de disciplinamiento a que la somete el capitalismo chino, en un país que hasta ahora ha crecido aceleradamente tanto en PIB como en desigualdad (el coeficiente de Gini pasó de 0,41 en 2000 a 0,61 en 2010 y parece ser que el porcentaje del PIB destinado a salarios se redujo del 56,5 % en 1983 al 36,7 % en 2005 —Ríos, 2013—).

A la peculiar relación asiático-norteamericana que mantiene el Sistema Mundial capitalista en estado asistido en las dos últimas décadas se le ha llegado a dar el nombre de *Bretton Woods II*. El detalle es como sigue. Ante el fin de Bretton Woods I y el deterioro del sistema de reciclaje global, EE.UU. y Asia oriental emprendieron una especie de arreglo parcial que estaría vigente de forma más o menos informal desde el comienzo de la última década del siglo XX, para mantener por métodos no oficiales y muy variados, artificialmente alto el valor del dólar y artificialmente bajos los valores de distintas divisas asiáticas, a fin de exportar mercancías baratas de Asia oriental a EE.UU. De esta manera —además del crédito y la deuda— es que la fuerza de trabajo estadounidense puede seguir quedando integrada a través del consumo (puede seguir sintiéndose con capacidad de consumir), facilitado por redes comerciales especializadas en esas mercancías baratas, de la que Walmart y los propios comercios chinos, son el epítome. Ver Graeber (2012) [sobre relaciones estratégicas EE.UU./China, hay una buena fuente de información en Jisi y Lieberthal (2012)].

La vinculación china a EE.UU. y otras formaciones centrales es tan grande que queda por ver si su economía aguantaría el derrumbe de éstas y de su globalización. Entre sus principales debilidades, además del problema irresuelto de la falta de demanda interna, están el calentamiento financiero y la propia velocidad de sustitución tecnológica, que ya estuvieron en el principio del estancamiento de las economías centrales.

B) Hay quienes ven altas posibilidades de que esta formación socio-estatal termine desplazando a EE.UU. y otros competidores como primera potencia.

Si esta segunda interpretación resultase la correcta, no hay que perder de vista que en cada momento histórico es la entidad socio-estatal en la que se produce la mayor proporción de excedente, o aquella a la que fluye la mayor parte del excedente producido en otros territorios, la que tiene más posibilidades de liderar el conjunto del sistema capitalista y la que le otorga su impronta. Así ocurrió en el siglo XIX con el modelo del capitalismo de *libre competencia* inglés. Durante el siglo XX EE.UU. llegó a aportar más del 46 % al PIB mundial (en 2008 todavía de los 56,2 billones de dólares del PMB, ese país contribuía con 13,9 billones, un 24,7 %), imprimiendo su particular carácter capitalista al conjunto del sistema. Sin embargo, en la actualidad es China quien apunta posibilidades para convertirse en breve en el primer PIB del mundo. Una de las hipótesis que hoy más se barajan es que sea esta formación socio-estatal la que otorgue la impronta por algún tiempo al nuevo modelo de crecimiento capitalista. [Sin embargo, aquí hay que considerar que China ofrece hoy por hoy una clara

intervención social del Estado, con características que, aunque muy debilitadas, fueron propias de las experiencias desconectistas del Segundo Mundo. En principio no pareciera que ese modelo fuera hacia el que tendiese el Capitalismo Oligopólico Global. No obstante, dentro de las vías de posibilidad que se abren a corto plazo bien pudiera darse la combinación de replegamientos proteccionistas a escala estatal o regional, basados en capitalismo de Estado, fuertemente intervencionistas en la economía, siguiendo el modelo del capitalismo chino, que bien pudiera entenderse como un *capitalismo tributario* (¿propio de la fase degenerativa final del capitalismo mundial?).]

De momento China utiliza su propio espacio para atraer a las empresas transnacionales (ETN) para que la usen como centro mundial de explotación del trabajo productivo con vistas a la exportación, gracias entre otras consideraciones, al régimen casi cuartelario instaurado en sus fábricas. Muchas de esas ETN son norteamericanas, por lo que EE.UU. se mueve en la contradicción de que si presiona al alza la cotización del yuan, perjudicaría a sus propias empresas exportadoras.

Por otra parte, China está cambiando su política hacia Europa, al encontrar cada vez más posibilidades, dada la debilidad de la eurozona, de penetrar en sus sectores estratégicos a cambio de su «ayuda» a la recapitalización europea. Esto incluye la compra de empresas europeas y transferencia de tecnología que China precisa (la inversión china acumulada en Europa ha pasado de 36.700 millones dólares en 2010, a 52.100 millones en 2011, a los que habría que añadir otros 30.000 millones que China ha inyectado en su fondo soberano exclusivamente para adquisiciones en Europa (*El País*, 20-06-12, p. 31 de Opinión).

China ha comenzado su *globalización parcial* (nota 39 *supra*) mediante su hegemonía en los BRICS (es el único de ellos, por ahora, con geoestrategia global propia —nota 7 del cap. 5—; los otros, excepto Rusia, deben su crecimiento especialmente a que se han hecho proveedores de recursos de China). Los BRICS albergan al 43 % de la población del planeta, aunque todavía «sólo» el 21 % del PIB mundial. Acaban de dar luz verde a su propio Banco en marzo de 2013 y estrechan sus intercambios a través de sus respectivas monedas [decisivo paso al respecto es el acuerdo chino-ruso de septiembre de 2012 para el intercambio de recursos energéticos estratégicos —especialmente petróleo y gas—, que lima uno de los puntos débiles de China frente a la estrategia de contención norteamericana y su posible bloqueo al abastecimiento energético chino: el mar de Malaca (de ahí la estrategia geopolítica norteamericana de aposentarse en los territorios de las antiguas repúblicas soviéticas, de Georgia a Kirguizistán, donde pasan los grandes oleoductos, separar Rusia de Siberia, donde está concentrada la riqueza energética del planeta, y rodear o desmembrar China).

Todo ello va dejando al dólar en una situación más y más delicada (de hecho la participación del dólar en las reservas mundiales ha caído del 62 % en 2000, al 54 % de la actualidad, según el Consejo mundial del Oro), y a EE.UU. cada vez más inclinado hacia la salida militar global (aún más ante el probable inminente derrumbe de Japón). Esto a pesar del papel *subimperialista* que hasta ahora ejerce cada una de las formaciones BRICS en su región (sobre las características y funciones de ese «subimperialismo», Bond y Khadija, 2013).

Baste apuntar también una reflexión significativa, mientras que la deuda privada y pública de EE.UU. alcanza más del 350 % de su PIB, que a penas sigue creciendo (siendo el gasto militar especial responsable del aumento de la pública), China viene aumentando su PIB a un ritmo del 8 % anual, lo que le permitiría duplicar su gasto anual en defensa cada 9 años, sin que impacte en la relación PIB/gastos militares. Para EE.UU., en cambio, el gasto militar supone cada vez más una vía suicida para su economía y por tanto también, paradójicamente, para su liderazgo mundial (Dierckxens y Jarquín, 2011).

China, que se ha llamado milenariamente a sí misma «El Imperio del Centro del Mundo», bien pudiera constituirse de una vez en ese *Heartland* que tanto temieron las potencias centrales (notas 12 del cap. 1, 14 del cap. 4, 24 del cap. 5 y 36 *supra*).

Para competir con Asia oriental y especialmente con China (que al menos en ciertas claves podría marcar a partir de ahora el modelo de capitalismo a seguir en el siglo XXI), la Gran Alemania y la clase capitalista europea utilizan a la UE como herramienta para rebajar las condiciones laborales y salariales de la fuerza de trabajo en Europa.<sup>41</sup>

No olvidemos que el macro-Estado (la UE, en el caso europeo) es una de las expresiones rectoras del capitalismo oligopólico de ámbito global en el que estamos inmersos (que tiene que recurrir a esas estructuras intermedias ante su incapacidad para conseguir un Estado mundial). Es la vía que el Capital transnacionalizado tiene hoy de destruir las conquistas que el Trabajo logró en el ámbito del Estado, que ha sido el elemento rector-coordinador de la acumulación capitalista hasta ahora.

En el caso de Europa, también, la moneda única, el euro, es una eficaz forma de sustraer el valor del dinero a las luchas de clase. Un potentísimo disciplinador de la fuerza de trabajo. Dispositivo sin igual para (ante la imposibilidad de realizar devaluaciones competitivas, de moneda), establecer devaluaciones internas: reducción del salario directo e indirecto. También para ajustar a favor del Capital los mercados laborales.

Pero si el deterioro de la condición laboral y social sigue su curso en las formaciones centrales, la resultante decadencia de la capacidad de integración y fidelización de las poblaciones será susceptible de devolver a primera línea de la palestra el conflicto de clase a escala estatal, que desde el *keynesianismo* se había diluido en favor del conflicto de clase entre Estados y sus respectivas poblaciones. La propia *cuestión nacional* podría entrar en reconsideración.

El peso que en la pérdida de esa capacidad de integración tiene la dilución del papel de la *renta imperialista*, puede también contribuir a ello. ¿Podría a la vez favorecer la reconstitución del internacionalismo?

---

41. Recordemos que la famosa *competitividad* perseguida por los diferentes Estados individuales, mide los costos laborales unitarios de las mercancías producidas en un territorio frente a los de las mercancías producidas en otros territorios, incluyendo la mercancía fuerza de trabajo. Si un Macro-Estado como la UE logra incrementar la tasa de explotación del trabajo, se supone que aumenta la capacidad de captación de flujos internacionales de capitales productivos (y financieros).



## Excursio final

El partido reformista de la Propiedad Privada se gestará en estas condiciones para desencallar el sistema escalonado de separación y hacer más directas y efectivas las respectivas articulaciones de «expropiación/acumulación» de riqueza y de «desposesión/concentración» de poder, y que, por ejemplo, la circulación de dinero pueda traducir más eficazmente la disolución de las formas tradicionales de subsistencia en riqueza, y la política pueda convertir más fácilmente la reducción de autonomía de las comunidades en exclusividad de poder estatal [..] Y de la misma forma que el capital divide y compara el trabajo para convertirlo en *medida de todas las cosas*, así también el Estado fragmenta el *demos* en categorías sociales, cuya selección, es decir, su grado de inclusión o exclusión, permitirá su conversión en *forma política*, comunidad política, cuerpo gobernante. Las luchas de las gentes irán desde entonces dirigidas a la reunificación del *demos*, contra su carácter fragmentario, contra los mecanismos de inclusión/exclusión (de participación, de voto...), de selección del cuerpo gobernante, donde se realizan los juegos burgueses de la competencia por el poder

IBÁÑEZ, 2010 21 y 39

Dejémosles que saquen adelante sus proyectos de ley contra la subversión, que los hagan todavía más severos, que conviertan en goma todo el Código penal: con ello no conseguirán nada más que aportar una nueva prueba de su impotencia [..] La subversión [...], que por el momento vive de respetar las leyes, sólo podrán contenerla mediante la subversión de los partidos del orden, que no pueden prosperar sin violar las leyes [..] Pero no olviden ustedes que [...] si una de las partes rompe el contrato, todo el contrato se viene a tierra y la otra parte queda también desligada de su compromiso

ENGELS, Introducción a la edición de 1895  
de *La lucha de clases en Francia*, de Marx

Llegados a este punto, la pregunta es ¿hasta dónde se puede incrementar la dominación y la explotación de las sociedades sin reacción masiva? En las formaciones sociales centrales los últimos levantamientos populares generalizados tuvieron lugar entre los años 1917-1921, cuando se pugnó por todo un nuevo orden constituyente republicano-democrático en buen parte de Europa (que tuvo su réplica en el constitucionalismo republicano de América Latina).<sup>1</sup> La ola anterior de insurgencia generalizada había ocu-

---

1. Comenzando por la Constitución de Querétaro, de México, dos años antes que la de Weimar (1919). Luego vendrían la Constitución chilena de 1925 bajo la presidencia de Arturo Alessandri; las de Uruguay, de 1934, 1938 y 1942; las brasileñas de 1934 y 1937 (con Getulio Vargas), y la argentina, de 1949, bajo el mandato de Perón.

ruido en 1848, tras la grave crisis alimentaria e industrial en Europa. ¿Hay que esperar una nueva ola de insurrecciones en la presente década dadas las circunstancias degenerativas del Capitalismo Oligopólico Global?

Tras el fracaso de las insurrecciones del 48, Marx y Engels escribieron en el último número de la *Revue der Neuen Rheinischen Zeitung*, en 1850:

Una verdadera revolución sólo puede darse en aquellos periodos en que estos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción incurren en mutua contradicción [...]. Una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis [citado en Wilson, 2011: 210].

Obviamente, se han gastado muchos kilos de papel discutiendo sobre la inexorabilidad de que esa contradicción, tarde o temprano, se produzca, así como sobre la hipotéticamente inevitable consecuencia «revolucionaria» a que conduce (ver por ejemplo, capítulo 3 de Eagleton, 2011).

Pero envolviendo ese debate, en contra de lo que parece indicar la propia epistemología materialista, el marxismo ha significado, paradójicamente, una continua lucha por emancipar la conciencia de las condiciones materiales inmediatas, un envite en pro del *factor humano* en los procesos socioeconómicos, a fin de generar una *agencialidad transmediata*, capaz de sobreponerse a las propias condiciones de existencia. Y en esta gran paradoja subyace probablemente, a mi entender, todo el rico juego de la compleja y por momentos inaprensible dialéctica.

Es difícil, en cualquier caso, proporcionar indicadores cuantitativos para el momento de ebullición en que en una sociedad se generaliza el descontento social. La ONU y algunos analistas del conflicto social, han intentado dar algunas referencias objetivas, como la del nivel de precio de los alimentos por encima del cual se incrementa la posibilidad de disturbios y protestas sociales. Se ha indicado que esa cifra es de 210 puntos en el índice de precios de la FAO. Debido a la especulación en torno a los alimentos y a su deriva como combustibles, ese índice se encontraba en el último trimestre de 2011 en torno a los 234 puntos (Carrington, 2011, a partir de sus comentarios a un estudio de Lagi; Bertrand y Bar-Yam, 2011, sobre las revueltas árabes). Y sin embargo, las pruebas dicen que no en todos lugares ese mismo índice se ha traducido en revueltas sociales consistentes.

Obviamente, si hay algún campo en que las relaciones causa-efecto no sean mecánicas es en el social, pues los fenómenos y procesos dependen de la confluencia de una enorme cantidad de variables a menudo axiológicas, vinculadas a factores tan imprecisos como los valores y la conciencia. Hay que tener en cuenta, además, que «descontento» no es sinónimo de «desafección». Sectores importantes de la población pueden comenzar a entrar en descontento y de ahí pasar a la protesta, pero no sentirse desafectos con respecto al orden social instituido en el que viven.<sup>2</sup> Lo más probable en primera instancia es que pretendan, mediante la protesta, algunas reformas en el sistema

---

2. La percepción no ya del antagonismo intrínseco, sino tan sólo de la creciente dificultad para el capital de proporcionar «bienestar» a las poblaciones, está todavía lejana, pues por una parte en las formaciones centrales crecieron tres generaciones de personas identificando capitalismo con *crecimiento*, capitalismo con *bienestar* y capitalismo con *democracia*. Por otro lado, buena parte de las poblaciones de las formaciones periféricas se han mirado en el espejo del capitalismo keynesiano de las centrales como ejemplo de las posibilidades progresivas de este modo de producción.

Romper con todo ese imaginario no es cuestión ni breve ni baladí.

(de cara a volver a estimular su *opción reformista*),<sup>3</sup> con miras a mejorar su propia situación personal.

Al fin y al cabo la derrota de las sociedades se dio no sólo por la fuerza y la represión, también mediante su integración a través de la opción socialdemócrata y la promesa de *abundancia* a ella asociada.

Un determinado orden social es una *praxis*, una especie de «metabolismo supraorgánico» en el que está inserta la vida de los individuos y que impregna a la vez la Vida en conjunto. Resulta sumamente improbable ser consciente de todo el andamiaje de factores, procesos y relaciones que lo integran, y más difícil aún modificar todas las variables en juego al unísono. Sobre todo si tenemos en cuenta que cualquier *metabolismo* no sólo se naturaliza (pensemos en el entramado de procesos, disposiciones e instituciones necesario para posibilitar y asentar el orden capitalista, al que aludimos en la Introducción II), sino que constituye a esos propios individuos (cada modo de producción *hace* a sus seres humanos).<sup>4</sup>

Quizás algún día la ciencia social, si pervive, logre construir indicadores objetivos más «exactos» para saber cuándo se pasa del descontento a la protesta, y de ésta a la toma de *conciencia social*, a través de la que se procura no sólo mejorar la situación personal, sino también la colectiva, o dicho de otra forma, cómo se da el desarrollo de una conciencia que ve en la mejora colectiva la mayor posibilidad de lograr la mejora personal. La conciencia social supondría un primer paso para la consecución de *conciencia política*, aquella que reconoce que la mejora colectiva sólo se puede lograr a través de la acción política (por eso la conciencia política para el Trabajo alberga intencionalidad instituyente, alternativa a lo dado).

Sabemos, hoy por hoy, que es altamente proclive a la protesta:

- El deterioro absoluto de las condiciones de vida, que pone en peligro la propia reproducción individual o grupal («privación absoluta»).
- La decadencia de unas condiciones sociales dadas, especialmente si van acompañadas de la exacerbación de la desigualdad de oportunidades de vida frente a otros («privación relativa»).

Ahora bien, la posibilidad de que a partir de la protesta se pase a la desafección y de ella a la construcción alternativa, es cualquier cosa menos una concatenación efectiva, ni siquiera medio fácil.

Aquí entra en juego también la doble paradoja de la propia *opción reformista*. Pues si por un lado ésta podría desencadenar procesos y reacciones no previstas entre elementos tendentes a la transformación, y de cierto aumenta el poder social de negociación del

---

3. Nunca hay que minusvalorar, sin embargo, las luchas reformistas. Tengamos en cuenta que el logro o profundización de esa opción es un paso en la calidad distributiva o redistributiva de un orden social, lo cual puede de por sí modificarle, si llega a un punto de no retorno en la modificación de la relación de clase.

El problema hoy, desafortunadamente, es que la opción reformista o socialdemócrata está crecientemente obliterada, como se ha intentado mostrar en este libro.

4. La gran paradoja con la que nos impulsa adelante el marxismo, repito, es que sean ellos mismos los que pretendan transformarlo. Para eso han de trascender su propio proceso de constitución, iniciando un proceso constituyente no sólo de sí mismos sino del conjunto del orden social, empeñándose en contradecir la incapacidad de la agencia humana frente a lo estructural. Esta es la Gran Osadía de la conciencia política de los subordinados: pretender por primera vez en su historia dotarse conscientemente de un modo de producción (¿podría tratarse de una exacerbación de la racionalidad emancipadora y planificadora asociada a la Modernidad, tan pasajera como autocontradictoria?).

Trabajo, es muy probable que actúe, por otro lado, como la más eficiente apaciguadora del descontento social, como el mejor dispositivo de integración que tuvo nunca el Capital.

La combinación de factores que marcan la propia posibilidad de la *opción reformista* que vimos en Introducción I, han proporcionado a su vez las posibilidades de agencialidad de clase del Capital y el Trabajo en cada momento histórico. Estos factores le son por ahora bastante desfavorables al Trabajo. Por eso hoy por hoy responde mayoritariamente como agente amorfo, reducido a masa o *multitud*, lejos de constituirse en sujeto alternativo o sujeto histórico (esto, es, con proyecto social propio).<sup>5</sup>

Por mor de la propia evolución capitalista, el Trabajo ha quedado más y más dividido en «categorías» diferentes, que *ocultan* su condición básica de explotación en cuanto que Trabajo:

[Toda vez que] el trabajador es tratado como trabajador aislado en el proceso de trabajo [...] en política puede actuar legítimamente como elector (aislado) [...] Y en la esfera más importante del «consumo productivo», vuelve a aparecer como «consumidor soberano» —estrictamente individualizado/aislado— que no guarda relación alguna con su clase [Mészáros, 2011: 163].<sup>6</sup>

5. Ya vimos que a diferencia de la construcción de sujetos de clase en el siglo XIX y primera mitad del XX (apartado 4.3., nota 21 del cap. 4), en el capitalismo degenerativo el Trabajo ha estado hasta ahora en gran medida integrado individualmente, a través del consumo (o de la promesa de recuperación del mismo) y la deuda (como consumo presente a costa del futuro, pero también como promesa de consumo sin fin), por lo que ha aceptado en gran medida —cuando no ha participado en— el orden especulativo y la corrupción asociados a esta *forma* de capitalismo. Está entrenado, por tanto, durante el último medio siglo al menos, a privilegiar la salida u opción individual sobre las posibilidades de acción o proyección colectiva. Afectado por la pérdida de referentes universales (derrota política y derrota del imaginario), y padeciendo una profunda y generalizada debilidad organizativa, las formas de reacción del Trabajo no son hasta ahora muy prometedoras. Veamos:

A) en las formaciones sociales semicentrales esa reacción ha pasado por los grados de:

- perplejidad (*¿qué está pasando, no nos dijeron que éramos ciudadanos del Primer Mundo y que todo iba a irnos bien?*);
- indignación (*¿por qué yo, por qué tantos 'yos' de repente nos quedamos sin poder participar de la fiesta del consumo, de los recursos sociales de los que han disfrutado nuestros padres?*);
- protesta contra la propia exclusión, no contra el sistema que excluye crecientes contingentes de población (al menos no de forma generalizada);
- cierta tendencia a la rebelión, sin (*¿todavía?*) proyecto (*¡Basta ya!, ¡Que se vayan todos!, ¡Chorizos!*).

B) En el núcleo duro de las formaciones centrales, de momento, con un por ahora más lento desmontaje del Estado Social, se desatan mayoritariamente soluciones individualistas, insolidarias (*el Estado social para los nacionales, que no vengan inmigrantes, que se vayan*), con revitalización de los nacionalismos excluyentes, del hermetismo fronterizo, de los racismos (*¿también del fascismo?*).

C) En las formaciones periféricas se había dado una extenuación de los sujetos antagónicos, cuando no su eliminación física y política en virtud de la «terapia de choque» policíaco-militar llevada a cabo. La subsunción ideológica terminó de hacer el trabajo a través de integristas involutivos o ideologías étnico-religiosas excluyentes, para aquellos sectores y formaciones sociales al margen de las posibilidades de integración a través de la elevación de la calidad de vida en general, o del consumo en particular. En los sectores integrados o semi-integrados con cierto reformismo y calidad de vida, funge todavía el espejismo del ascenso personal, del consumo y el desarrollo social, según el viejo efecto de arrastre del capitalismo avanzado de las formaciones centrales.

En general, en todas partes, cuesta enormemente asimilar que el capitalismo puede estar ya en su fase senil, o al menos que *la crisis* del capitalismo tardío declinante pueda no ser pasajera, sino que es susceptible de constituir la antesala de un nuevo mundo: un nuevo orden social, pero muy probablemente no uno que entrañe *crecimiento* material, pues éste puede estar ya definitivamente vedado.

6. Mészáros hace estas reflexiones a partir de las ideas de Luxembourg. «El parlamentarismo burgués es el vivero de todas las tendencias oportunistas actualmente existentes en la social-democracia

Por lo que respecta a las expresiones sindicales, sociales o políticas del Trabajo organizado, vimos cómo en las formaciones centrales (y en menor medida en buena parte de las periféricas) fueron más y más integradas al metabolismo capitalista durante el CME a través del desarrollo de la *opción reformista* en el siglo XX. Dentro de ese marco, aun así, aquellas expresiones mantuvieron una proyección ofensiva (esto es, en forma de *lucha de clase cuantitativa*, accionaron en pro de nuevas conquistas en la distribución de la plusvalía, traducidas en salarios directos, indirectos y diferidos) hasta los años ochenta. En esa década se produjo un cambio hacia el repliegue defensivo, que hizo girar las luchas hacia la preservación de los grandes convenios colectivos del macrocorporativismo propio del Estado Social. No percibían todavía las expresiones del Trabajo organizado que el Capital había dado por finiquitada esa fase, desentendiéndose unilateralmente del «pacto keynesiano». Cada vez de forma más grave, en adelante, las luchas tuvieron un mercado carácter defensivo de las conquistas sociales y laborales que se habían retroalimentado con la opción reformista y que habían ido enriqueciendo la ciudadanía. Con la Gran Depresión iniciosecular esas luchas se han multiplicado, si bien de forma desconectada entre sí, fragmentada y parcial, regidas a menudo por una defensiva a la desesperada, en medio de un severo retroceso de posibilidades y del poder social de negociación del Trabajo en general.

Y ya se sabe que quien sólo se defiende es muy fácil que termine perdiendo terreno.

Tras tanto repliegue, sin embargo, la actual coyuntura histórica puede estar proporcionando un punto de inflexión. Un momento que decidirá bien la completud de la derrota social o bien una nueva ola ofensiva del Trabajo organizado. Esta última, en cualquier caso, ya no puede concebirse autolimitada al marco dado del orden capitalista, incapacitado, como he intentado mostrar en este libro, de desarrollar nuevamente la *opción reformista*, al menos de forma amplia y sostenida.<sup>7</sup> La izquierda que viene del

---

occidental. [...] proporciona el terreno propicio para la sobrevaloración de las reformas sociales, colaboración de clases y de partidos, la esperanza en la transición pacífica al socialismo, etc. [...] Con el crecimiento del movimiento obrero el parlamentarismo se convierte en un trampolín para los políticos profesionales. Para triunfar, estas tendencias [...] deben disolver al sector más consciente y activo del proletariado en la masa amorfa del *electorado*» (Luxembourg, 1975: 122-123).

7. Sobre esto unas consideraciones tomadas del hilo conductor que ofrece Noguera (2012), de quien habíamos visto en nota 34 del cap. 5 dos de los tres aspectos sobre despolitización y desconflictualización que el autor señalaba para describir el orden social del capitalismo actual. Este es un buen momento para atender al punto III («monismo de las alternativas»), castración de la vía reformista del sistema o cómo el capitalismo anula las posibilidades de reformarse a sí mismo.

El Estado Social fue una forma de organización y gestión del salario indirecto y diferido del trabajo a tiempo indefinido. Esto conllevaba a su vez una forma de gestión política bajo la expresión de un Estado Constitucional «donde existían instrumentos formales e informales de integración y mediación Estado-Sociedad y un orden cultural-económico capitalista fordista basado en el trabajo-salario (capitalismo industrial de pleno empleo)...» (2012: 146). Entonces, el que las luchas estuvieran integradas, es decir, se dieran en su versión reformista, tenía una razón de ser en cuanto razón de posibilidad. O para decirlo de otra forma, la *opción reformista* estaba incardinada en ese tipo de capitalismo, en esa dinámica capitalista. Se trataba de resolver la tensión existente entre capitalismo (modo de producción en que la propiedad está concentrada y debe su razón de ser a la explotación del ser humano por el ser humano) y democracia institucional. Esto se hizo por medio de la organización institucional de mecanismos y espacios de lucha, conflicto y negociación entre clases y grupos sociales. Y de la política como reconocimiento del conflicto.

El Estado Constitucional intentó darle forma «política» al Estado, como manera de endogeneizar a la población, pero al tiempo para marcar la limes y establecer quién quedaba fuera. También para regular las formas de interrelación entre clases y sectores sociales.

En la actualidad, en el Estado neoliberal, «en el marco de una sociedad donde se han eliminado los mecanismos o instrumentos políticos a través de los cuales los ciudadanos podían convertir la potencialidad

keynesianismo, como *izquierda integrada*, ha perdido su capacidad progénica o transformadora, en gran medida a costa de ignorar deliberadamente esta premisa básica y con ella de entender la degeneración senil del sistema. Queda por ello todavía enmarañada en las luchas de clase cuantitativas, haciendo de la opción electoral su principal referente político. La *izquierda integral*, por contra, es la que ha comprendido ese proceso y para estar a la altura de los tiempos, va a la raíz del mismo (esto es, recupera su carácter *radical*, que necesariamente ha de ser altersistémico), priorizando cada vez más las *luchas de clase cualitativas*, con miras a eliminar la relación de explotación, propugnando por ello un salto a un nuevo orden instituyente.

En unas y otras formaciones sociales aumentan algunas condiciones objetivas para un cambio de ciclo en las luchas de clase, aunque haya que remarcar también que no por ello necesariamente a favor del Trabajo:

1) Formaciones del ALBA. Protagonizan procesos de integración en el continente americano, parcialmente desconectistas respecto de la jerarquización y división internacional del trabajo del Sistema Mundial capitalista, aunque hoy por hoy sin nada parecido a la construcción de un modo de producción diferente.<sup>8</sup> Son llevados a cabo desde

---

en realidad, el orden querido en orden estatal real, y estructurada alrededor de una cultura capitalista postfordista no basada ya en el trabajo-salario» (Noguera, 2012: 146), intentar intervenir políticamente con los mecanismos del Estado Social supone trasladar las formas de intervención social y política de un determinado momento capitalista, como expresiones atemporales, cual si fueran válidas para cualquier circunstancia y forma de capitalismo. Sin embargo, hoy, delante de un poder de clase-tecnocrático, oligopólico, encerrado en sí mismo y hermético a la ciudadanía, la única posibilidad para el Trabajo pasa por su conformación como sujeto autónomo del Capital, incidiendo en procesos constituyentes no reformistas.

Los momentos clásicos del proceso revolucionario (la caída simbólica o real de la Autoridad: el vacío de poder; la movilización y lucha por el poder de nuevos grupos sociales; el reestablecimientos de nuevas instituciones y un nuevo Derecho) tampoco son válidos. Pues en una situación de capitalismo maduro, cuyas instituciones, racionalidades y cultura impregnan todo el entramado social, no puede haber ese vacío: «todo fenómeno social, toda relación social, es vehículo y expresión de poder» (Noguera, 2012: 166). Esto quiere decir que se ha asimilado el desarrollo complejo de la sociedad civil a la estructura general de dominación (nota 21 y apartado 4.3. del cap. 4). Es decir, que existen múltiples espacios de producción de políticas sociales o normatividad que desbordan la esfera político-jurídica con minúsculas.

Por todo ello, la transformación hoy no puede ser sino *integral* (revolucionaria) —ante la imposibilidad del reformismo. Y ésta sólo podrá ser si afecta al conjunto de la Política con mayúsculas, la que tiene que ver con todo el entramado social, con el conjunto de políticas y poderes (Introducción II, 4.C.). Priorizando, por tanto, la *lucha de clase cualitativa* (Introducción I).

8. Bástenos tomar el dato de la importancia en el PIB que adquieren las rentas salariales y las rentas de capital, para comprobar la buena salud de la acumulación capitalista en estas formaciones socio-estatales. En Venezuela, formación estatal que lidera el proyecto, las rentas salariales pasaron del 49 % del PIB en 2001, al 41 % en 2006. Mientras que las rentas de capital para esas mismas fechas subieron del 51 al 59 % del PIB (Sutherland, 2009a). Pero incluso el porcentaje del PIB correspondiente al sector público disminuyó entre 1999 (a la sazón del 32 %) y 2010 (29 %) (Sutherland, 2011) [Para una crítica en profundidad del proceso venezolano, Sutherland (2009b)]. Sin embargo, es evidente que se consiguió despertar en la formación social venezolana la *opción reformista*, que tiende a una mayor garantía de la reproducción de la fuerza de trabajo. Así, la pobreza se redujo un 44 % y la desigualdad social casi un 18 % entre 1998 y 2008, creándose también toda una rica red de subsidios alimentarios y de vivienda, con un 60 % de los ingresos destinados al gasto social. Se está logrando, asimismo, una cierta organización política de la sociedad [para una visión del autor al respecto, «¿Socialismo del siglo XXI en Venezuela?», en <http://www.rebellion.org/docs/68091.pdf>, 29/05/08].

Si tomamos otro ejemplo cercano, el de Bolivia, puede que el porcentaje de las rentas salariales pasara allí del 36,06 % del PIB del año 2000, al 25,01 % del año 2008. Para esas fechas las rentas del capital probablemente ascendieron del 49,97 del PIB, al 55,45 % (Arze, 2011).

arriba (con poco protagonismo popular; aunque a menudo con masivo seguimiento popular), pero con intención redistribuidora.

Lo que de facto están procurando estos procesos «bolivarianos», más allá de la retórica «socialista» o del «Vivir Bien», es lo que intentaron décadas atrás los proyectos de capitalismo autocentrado o «nacional» de los gobiernos nacionalistas latinoamericanos, reiteradamente agredidos por EE.UU. (Arbenz, Vargas, Perón, Bosch, Alvarado, Terry...), o el propio proceso de Bandung: la generación de una demanda interna solvente, para hacer despegar el ciclo de acumulación propio, fundamentado por el momento ante todo en el extractivismo energético. No obstante, al menos de esta forma se están poniendo las bases para un cierto desarrollo de la *opción reformista*, lejos del despotismo habitual. Además, esta vez lo están haciendo como bloque, buscando ciertos niveles de integración por primera vez a escala realmente regional, sobre todo en cuestiones energéticas básicas (con lo que la tan recurrida «integración latinoamericana» en el ámbito supraestructural o ideológico —de Bolívar y Martí al Che—, cobra por fin sustento infraestructural o energético).<sup>9</sup> Sin embargo, tal proyecto previsiblemente será cada vez más liderado por Brasil, como potencia regional subimperialista (ver Cuadro Sinóptico 2) y por tanto tendente a descartar las vertientes más progresistas de todo el proceso (ya se vio, por ejemplo, en su boicot al Banco del Sur propuesto por Venezuela, así como en su tendencia a anular el ALBA en favor de Mercosur).

En cualquier caso, esos procesos han resultado hasta ahora favorecidos por el relativo y temporal esquivar de la crisis de buena parte de las formaciones sociales latinoamericanas, a través, entre otros factores, de la mayor vinculación comercial a China (nota 39 del cap. 6).

La actual coyuntura abre una posibilidad sin precedentes a las sociedades latinoamericanas para ejercer el control de sus propios recursos (lo que llamaríamos *soberanía energética*). Recursos que se harán cada vez más estratégicos en un capitalismo agónico, necesitado de energía fósil, agua, biodiversidad, minerales, etc., de los que ellas disponen.

De la conjunción de fuerzas sociales internas, y de la incierta capacidad de mantener por algo más de tiempo *el crecimiento* en estas formaciones, dependerá hacia dónde se decanten esos procesos (involución o aceleración de las reformas).

2) En buena parte de las formaciones sociales árabes y también en algunas africanas subsaharianas se dan in crescendo situaciones de tensión entre una relativa disminución de la sustituibilidad de la fuerza de trabajo, por estar ya por encima de la mitad de la población activa asalariada, y la falta de una *opción reformista* firme [capaz de integrar a la población a través de la apertura democrática en la esfera de la circulación, así como mediante el procura de una seguridad social y laboral]: Suráfrica (82 % de asalarización), Seychelles (81 %), Mauricio (79 %), Suazilandia (76 %), Botswana y Namibia (73 %), Santo Tomé y Príncipe (71 %). Igual ocurre en otras formaciones asiáticas: Brunei (95 % de asalarización),

---

9. En cuanto a la integración, y si hay ocasiones en que es forzoso reconocer la importancia del individuo en la historia, ese es el caso de Hugo Chávez, a quien, más allá del análisis de situación arriba expuesto, hago aquí obligado homenaje. Su legado, en ese sentido, no es nada despreciable: ALBA, UNASUR, CELAC, el Sucre, la Universidad del Sur, TeleSur e incluso la propuesta del propio Banco del Sur. Tampoco puede olvidarse su importancia en la propia transformación de Venezuela.

Sin embargo, la decadencia de la correlación de fuerzas en Venezuela después del 14 de abril de 2013 y las tentaciones de vuelta al pactismo o al neodesarrollismo entre los sectores de la «boliburguesa» venezolana, previsiblemente se acentuarán. ¿Se darán en breve batallas entre fracciones chavistas?, si así fuera, y la opción popular y movimientista no saliera fortalecida, sería letal para los procesos de transformación social latinoamericanos, dado que Venezuela es el único país hasta hoy que ejerce un cierto contrapeso al subimperialismo brasileño. No ayudará tampoco mucho el desgaste de la revolución cubana tras la obliteración de la vía socialista en esta formación social.

Macao (91 %), Hong Kong (89 %), Singapur (85 %), Taiwán (75 %), Malasia (74 %), Corea del Sur (68 %), Fiji (59 %), Filipinas (51 %), Sri Lanka (59 %) o Turquía (59 %) e Irán (51 %). Mientras que casi toda América Latina es un polvorín en este sentido. La Gran Depresión del siglo XXI no hace sino acrecentar las posibilidades de que se encienda la mecha social en esos lugares (ver para mayores detalles y explicación de todo ello, Dierckxsens, 2011).

3) En la Europa del Este sigue su curso el desmoronamiento de las estructuras del Estado y la desafección crecientemente generaliza de la población. De hecho hay una gran pérdida de fuerza de trabajo a través de la emigración, compensada sólo parcialmente por la importación de mano de obra de otras periferias.

4) En las semiperiferias europeas se asiste a un rápido deterioro del Estado Social (ver nota 5 *supra*).

5) Hay un paulatino eclipse de la opción reformista en el núcleo duro de las formaciones centrales, con una más lenta descomposición del Estado Social.

El estancamiento o la involución de la *opción socialdemócrata* en estas formaciones sociales con una elevadísima relación salarial de la población activa, será proclive, a pesar de la recurrencia a la fuerza de trabajo exógena inmigrante como factor de reemplazo, a generar en el corto plazo amplia contestación social (por más que la evolución inmediata pueda ir según lo recogido en nota 5 *supra*).<sup>10</sup>

6) De especial importancia resultará la pérdida de hegemonía y rápido declive económico de EE.UU. altamente susceptible de deteriorar el liderazgo integrador intercapitalista (hasta cierto punto supraimperialista —ver nota 18 del cap. 5—) del principal hegemon del siglo XX y primeras dos décadas del XXI.

El consenso integrador del Trabajo en EE.UU. pudo conseguirse una vez que sobre todo durante las tres últimas décadas de siglo XIX y las tres primeras del XX se llevó a cabo una feroz represión de los sujetos de clase. A la pérdida de referencias alternativas que ello supuso hay que sumar el volumen general de riqueza generado en el país y las ventajas que suponía ser parte de la ciudadanía de la primera potencia mundial en el disfrute de una división internacional del trabajo comandada por ella (lo que se ha llamado «renta imperialista» —ver Introducción I—), con la consiguiente apropiación de recursos y riquezas del resto del planeta. Esto es harto proclive a generar una «complicidad con la expropiación ajena», que ha sido propia, a lo largo de la historia, de las sociedades de las formaciones imperiales (en diferente medida esto funcionó también, como es obvio, en los otros centros del sistema —apartado 2.1.2. del cap 2). Es por eso que la integración acrítica de la población estadounidense ha adquirido en esta formación socio-estatal connotaciones superlativas (ver nota 15 del cap. 3).

Todo ello es claramente susceptible de ponerse en peligro con el deterioro económico y el declinar de su posición dominante en el Sistema Mundial, como están empezando a traslucir las calles de sus principales ciudades.

En general, frente a la posible generalización de la tendencia al irreformismo del Sistema, a la pauperización de lo social, a la expansión de la socialización de la producción y dentro de ella la cada vez mayor importancia de la difusión del conocimiento y por tanto la erección de la formación colectiva y de los saberes sociales como elementos

---

10. Quedan abiertos, sin embargo, muchos interrogantes. La Gran Depresión del siglo XXI y la incapacidad de reemplazo generacional de las formaciones sociales centrales, ¿podría favorecer la generación de mecanismos de fidelización del Trabajo migrante, para retenerle o para importarle? ¿podrían abrirse por contra, además de las perspectivas negativas, posibilidades objetivas a la reconstitución del poder social de negociación del Trabajo?

más y más importantes del valor; se abren las posibilidades objetivas para las vías de ruptura o transformación instituyente de un nuevo orden.

Podríamos deducir de ello, como la vieja socialdemocracia alemana decimonónica, que el último capitalismo se identifica en su dinámica objetiva con el primer socialismo, pero sería engañoso tanto por la parcialidad de esa identificación como por la repetición del error de delegar en la Historia la sucesión de procesos sociales y modos de producción.

Sí puede decirse, en cambio, que cuando un modo de producción goza de salud acumulativa, con una dinámica de reproducción ampliada «saludable», y las estructuras de acumulación parece que se desenvuelven solas, su capacidad de reformarse desde dentro (de ofrecer relativo «progreso» y por tanto consenso colectivo en sus centros dinámicos) es notablemente alta. Ir a la contra sistémica en esas coyunturas históricas es una tarea abocada a no tener grandes respaldos populares. Las organizaciones del Trabajo se han configurado, por tanto, de forma moderadamente «ofensiva» durante buena parte del capitalismo histórico (especialmente en sus momentos de acumulación acelerada), en pro de conquistas parciales propiciadas por la capacidad autorreformista del sistema.

Sin embargo, en las encrucijadas históricas, cuando la dinámica estructural se cortocircuita, esa capacidad *autorreformadora* se agota. El peso de las estructuras parece hacerse, con ello, más liviano. La agencia humana, por contra, es susceptible de cobrar mayor importancia. También la vía de ruptura sistémica agranda sus posibilidades (aunque esa «ruptura» puede no darse como sublevación de las clases subordinadas, sino ser llevada a cabo por la propia clase dominante en pro de otro orden de dominación, como pudiera ser el caso en la actualidad).

De cualquier manera, si la dinámica degenerativa del capital se confirmara, aumentarían enormemente las posibilidades de bifurcación sistémica (esto es, de apertura o de transformación de todo el metabolismo sistémico). Eso significaría igualmente un momento propicio para rehacer las formas organizacionales del Trabajo como formas ofensivas. También favorecería que las «desconexiones» con respecto al sistema cobrasen mayor posibilidad tanto de producirse como de mantenerse, e incluso que pudieran ser albaaces de nuevos órdenes. Esas desconexiones se han venido dando hasta ahora en las semiperiferias y periferias, «lugares débiles» del sistema.<sup>11</sup>

Sin embargo, de momento, como se ha dicho, la dinámica degenerativa del capital se combina con la decadencia del Trabajo como sujeto antagónico (con una enorme variedad de formas de ser «Trabajo», y por tanto con amplias y profundas desigualdades dentro de esta condición).

De ahí el impasse histórico que atravesamos, con líneas abiertas o vías de fuga hacia muchas direcciones posibles sin decantación clara.

Las distintas sociedades del Sistema Mundial, *derrotadas* en sus aspiraciones más emancipatorias a lo largo del siglo XX, consiguieron a cambio, en muchos lugares y

---

11. Esta circunstancia y posibilidad ha entrañado una polémica ya clásica. Parece que Marx quiso indicar que la superación universal del sistema capitalista sólo podría ocurrir a partir de la caída de sus centros. Sin embargo no son pocos los autores que han visto la historia de los modos de producción preñada de ejemplos contrarios. Así el proto-feudalismo europeo comenzó en las periferias del imperio romano, donde menos llegaba su influencia. Así, las desconexiones con los imperios tributarios clásicos ocurrían en las regiones más alejadas, donde se desarrollaban otros modos de producción. Así el capitalismo comenzó a hacerse posible en la parte más débil de esos imperios tributarios, en la Europa feudalizada, sin poderes centrales ¿Ocurrirá lo mismo con el modo o modos de producción que sucedan al capitalismo?

sobre todo en las formaciones centrales, potenciar en diferente medida la *opción reformista* del capitalismo. *Buena parte de ellas, y especialmente una vez más las centrales, no han conocido otro ataque de clase igual desde la instauración de los fascismos o la implantación de unas y otras expresiones del despotismo. Aunque esta vez es más grave, pues ese ataque viene coordinado a escala prácticamente planetaria.*

De la capacidad de reacción y reconstitución del Trabajo como sujeto organizado, capaz de articular su heterogeneidad<sup>12</sup> de forma «ofensiva», con modelo alternativo de sociedad, dependerá que haya alguna oportunidad para la Humanidad en su conjunto (más de siete mil millones de seres humanos en la actualidad). La expansión, generalización e intensificación de las protestas sociales y laborales, no sólo pueden ir en la dirección de fusionar las luchas de la «fábrica social» (las esferas de la producción y de la circulación-reproducción), sino que son susceptibles de hacer converger diferentes sectores del Trabajo que hasta ahora se han visto distantes entre sí. Aunque de momento sea en forma de «masa» o «marea», han comenzado al menos a reconocerse en la protesta.

Pero los sujetos que puedan dotar de una dimensión proyectiva a esas «masas» tienen que salir necesariamente de las contradicciones básicas del sistema, esto es, de las luchas de clase fundamentales (Introducción I).

En esa apuesta proyectiva hay que tener presente la necesidad de invertir la conversión que el capitalismo hizo de casi toda la Humanidad en Trabajo, a fin de que el Trabajo se reconozca como Humanidad, precisamente para poder dejar de ser Trabajo.

A este respecto, una consideración más. Hasta ahora ha sido la dimensión globalizadora capitalista la que ha permitido urdir entrelazamientos igualmente universales económicos, políticos, sociales o culturales, que han acompañado a la generalización de la ley del valor. También la paulatina construcción de una única fuerza de trabajo mundial, hasta ahora enfrentada a través de la clave estatal-nacional, a consecuencia de las tasas de explotación, el diferente precio de la fuerza de trabajo y el aprovechamiento por parte de unas poblaciones de una parte de la plusvalía mundial generada en forma de renta imperialista (situación de privilegio de la fuerza de trabajo de los centros del sistema). Con ello se relegó el internacionalismo como guía supraestructural de la intervención del Trabajo, que nunca encontró un eco importante en la realidad del Sistema Mundial capitalista. Pero en cambio, esa globalización capitalista permitía unas posibilidades objetivas de interconexión del Trabajo a escala mundial.<sup>13</sup>

La probable descomposición de la globalización capitalista (a la que ya estamos asistiendo), podría conducir por un lado a la desintegración del imaginario internacionalista, o al menos a la disminución de las posibilidades objetivas de realizarlo. Pero por otro, podría contribuir a su fortalecimiento en cuanto que se eliminaran algunos de los factores objetivos de competencia de la fuerza de trabajo. Una vez más, cómo se diriman

---

12. Esto es, de accionar colectivamente a pesar de ella. He tratado en Piqueras (2011b) los desafíos en ese sentido que provienen de tres planos diferentes de divisiones dentro del Trabajo: vertical, transversal y espacial. Muchas de esas divisiones podrían resumirse en la anulación de la fractura entre *trabajo endógeno* y *trabajo exógeno* o exogeneizado.

Es precisamente la articulación de esas desigualdades internas la que hace tan indispensable como saludable la Política, con mayúsculas.

13. Ello mantuvo cierto aire de alter-globalización en el capitalismo senil que tuvo todavía un vago referente internacionalista. Terno fruto del mismo fueron los intentos de construcción de movimientos de carácter global de las tres últimas décadas (a los que he llamado en otro lugar, *movimientos globales* —Piqueras, 2002—).

esas tendencias dependerá de numerosos factores, entre los que no es menos importante la reconstitución del Trabajo organizado en cada lugar.

En cualquier caso, el inevitable colapso energético y el «shock ecológico» en el que entramos, hacen inviables ciertas pretensiones de crecimiento y progreso basado en el cumplimiento de necesidades crecientes, que fue propio de la Modernidad. Esto modificará también, inobviamente, el curso de las alternativas pensables.<sup>14</sup>

El lento declive de la civilización industrial y del fosilismo energético (a lo largo del siglo XXI y quizá del primer cuarto del XXII)<sup>15</sup> puede conducir por cierto tiempo, en el *in itinere*, bien a otro modo de producción industrial despótico, bien a capitalismo aislados, también de corte decididamente autoritario —al funcionar con muy poco margen de consumo.

Sin embargo, en este punto hay que hacer una advertencia. En el modo de producción capitalista la salida despótica total sólo es posible por algún tiempo y especialmente en sus regiones periféricas. Los diferentes tipos de despotismo no pueden resolver los problemas de acumulación. Para que el capitalismo exista ésta tiene que darse de forma sostenida en algún lugar, véase «centros» del sistema. Esos centros han de ser por fuerza «democráticos», en la medida en que el capital puede serlo (siempre que no se toque su *dinámica despótica estructural* de explotación, desposesión y acumulación), pues están obligados a abrir las opciones de elección de la población en la esfera de la circulación, en función de la propia competencia. Los despotismos fascistas pueden contener por un tiempo la reacción antagónica del Trabajo, pero no dar solución a la obstrucción del mecanismo global de producción y ganancia. Más bien son la reacción de la impotencia ante ese colapso. A la postre, un sistema que necesita acumular a través de la realización

---

14. No quiero dejar pasar la oportunidad de comentar aquí la línea de trabajo epistemológica en busca de la construcción de nuevos paradigmas socioculturales, dado que considera que la Modernidad, y con ella todos los modelos sociales de los dos últimos siglos, han agotado su capacidad de ofrecer respuestas. Así lo expresan dos autores que entiendo que han dedicado buena parte de los últimos años a ese esfuerzo: «...el paradigma que ha inspirado el surgimiento del mundo moderno enfrenta una profunda crisis. Muestra de ello son la imposibilidad hasta ahora de dar cuenta de problemas endémicos de la humanidad que la modernidad ofreció resolver: guerra y violencia (fraternidad); pobreza e inequidad social (igualdad); y opresión (libertad). Más aún, los progresivos estragos sociales y ambientales de la sociedad mercado-céntrica señalan la necesidad de virar hacia formas alternativas de organización social y económica con más urgencia que nunca» (Barkin y Elizalde, 2012: 1).

Esa pérdida de paradigma universal suscita caminos abiertos al etnicismo y formas místico-identitarias, teodiceas de relativa baja intensidad (pero susceptibles de crecer en grado) (nota 38 del cap. 5). Mas también pudiera potenciar posibilidades de desarrollo socio-democrático fuera de la órbita de la «democracia parcial» o «esquizofrénica» capitalista (Introducción I).

Comienza desde ahora, por tanto, la pugna por nuevos paradigmas socioculturales (el ecologismo político en su polifacéticas obras escritas y proyecciones sociales es el que mejor ha lidiado hasta ahora con la complejidad de preparar un futuro postcapitalista y a la vez postcrecimiento).

15. Ver para contrastar las bases de esta afirmación, Fernández Durán (2011a y 2011b), a quien quiero rendir homenaje aquí por su lucidez comprometida, anticipatoria.

Esto quiere decir que cualquier futuro para el socialismo o cualquier socialismo futuro pasa necesariamente por la ruptura respecto de la creencia moderna en el ininterrumpido crecimiento cuantitativo de las fuerzas productivas. Ha de aprender a construirse, por el contrario (como «eco-socialismo»), sin el objetivo ni el presupuesto de la liberación final del trabajo a través del progreso técnico, que daría «a cada quien según sus necesidades». La «liberación» no puede estar depositada más en la ilusión desarrollista, extractiva de recursos, sino en otras formas de interaccionar con los recursos y la naturaleza, que han de ir implicadas en otras formas de interaccionar entre sí que emprendan los seres humanos. Lo cual transforma también, a la vez, «necesidades» y satisfactores de las mismas.

de la ganancia no puede sobrevivir en un estado de «shock» permanente, como tampoco puede hacerlo basándose tan sólo en una permanente dinámica de «desposesión».

El *despotismo*, sin embargo, puede arraigar para quedarse largo tiempo, en modos de producción regidos por otros fundamentos, susceptibles de suceder al capitalismo.

El declive de la civilización industrial-fosilista irá obligando a establecer, en cualquier caso, formas de vida apegadas a lo local, con producción y consumo más o menos autosuficientes y autocentrados. Ese declive ofrece, por tanto, perspectivas objetivas para la existencia de otros modos de producción, quizás semejantes a algunos ya experimentados en el pasado.

La posibilidad de un *eco-socialismo* se mueve entre estas tendencias, concatenándose con las mismas causas que las desatan, pero a diferencia de las de los otros posibles desenlaces, éste sí necesita del elemento subjetivo intencional, esto es, del *factor humano* para concretarse.

## APÉNDICE



Ondas largas	Régimen de producción { Revolución Industrial }	Modelo de crecimiento	Ciudadanía	Pensamiento filosófico - ideológico dominante	Pensamiento económico dominante	Sujetos del trabajo caracterizadores	Forma de dominación centro/periferia	Dimensión del sistema capitalista	Dimensión bélica
1789-1815 ▲ 1816-1848 ▼	Extensivo - Intensivo	CLC	1ª generación de derechos (DD civiles)	M O D E R N I D A D	Clasico Liberal	MO	Colonial	Sistema Paneuropeo Internacional	Guerras de conquista bajo dominio inglés
1849-1873 ▲									
1874-1893 ▼ 1894-1914 ▲	CME	3ª generación de derechos (DD socio-económicos)	Keynesiano		NMS		Neocolonial	Sistema Mundial amputado (desconexión parcial del Bloque Socialista)	Guerra Mundial de acoso contra la URSS y el Bloque Socialista (Guerra Fría)
1915-1945 ▼ 1946-1973 ▲									
1974-1993 ▼ 1994-2007 ▲	¿COG?	Retroseso DD socio-económicos	(Post-modernidad)	Postneoliberal (Caotico)	NNMS NNMS - MG (¿MT-MG?)	Globo-imperialista (auto-colonización)	SM en posible implosión)		
2008- ???								Gatesianista { 4ª R I }	Retroseso DD Políticos

## COMENTARIOS

- Obviamente las referencias a la ciudadanía son deudoras de T.H Marshall y T. Bottomore (1992). Remito a su lectura para mejor comprensión del contenido de las generaciones de derechos.
- Las flechas en las ondas largas indican las fases ascendentes y descendentes
- La reconfiguración del Sistema Mundial, con el fin de la «Guerra Fría» viene de la mano de la «reconexión» del Bloque Socialista y el establecimiento de un capitalismo (oligopólico) global.
- Las referencias del cuadro no son compartimentos estanco, que explican todo dentro de sí mismos, sino inestables expresiones de un contínuum de *luchas de clase*, verticales, horizontales y transversales, dentro de un sistema socioeconómico, a la vez en continua mutación. Cada una de ellas convive con *formas* o expresiones de momentos históricos anteriores (e incluso albergan en su seno los gérmenes de otras posteriores), por lo que en la realidad no existe la discontinuidad que las rayas del cuadro parecen querer indicar. Se trata, más bien, de procesos que se concatenan y a menudo se solapan en cada uno de los órdenes aludidos. De hecho, en ocasiones esto era tan evidente que se prefirió no establecer separaciones claras en el cuadro.
- MT = Movimientos del Trabajo.

## Anexo II

# El drama español

### 1. Radiografía socioeconómica española

La decadencia del ciclo de acumulación de la postguerra europea tiene lugar en el caso español hacia 1974, año en el que se empieza a reducir la masa de ganancia debido al aumento en la composición en valor del capital, que se fue arrastrando desde los años sesenta. La crisis de rentabilidad por sobreacumulación de capital hace que esa masa de ganancia decaiga hasta 1979 (Gráfico 1; Guerrero, 2000 y 2004; Nieto, 2006). A partir de entonces, la tasa de acumulación empieza a descender, se frena la inversión y decae la demanda de fuerza de trabajo (Gráfico 2).

Para recomponer la tasa de ganancia al tiempo que se reestructuraba el sistema de dominación,<sup>1</sup> el aparato franquista, la burguesía española y la geoestrategia estadouni-

---

1. El orden político español actual no parte de un acto constituyente democrático, sino de un golpe de Estado que derivó en guerra civil y que devino en la más larga dictadura fascista del siglo XX, que supuso un auténtico genocidio ideológico-político (entre 120.000 y 200.000 muertos durante el franquismo son las cifras más aceptadas por la represión directa; más entre medio millón y un millón de exiliados). Esa dictadura convertía a España en el Estado con más personas desaparecidas del mundo después de Camboya. La constitución de 1978 es, con sus durísimas imposiciones por parte de la clase dominante, en buena parte heredera de toda esa barbarie.

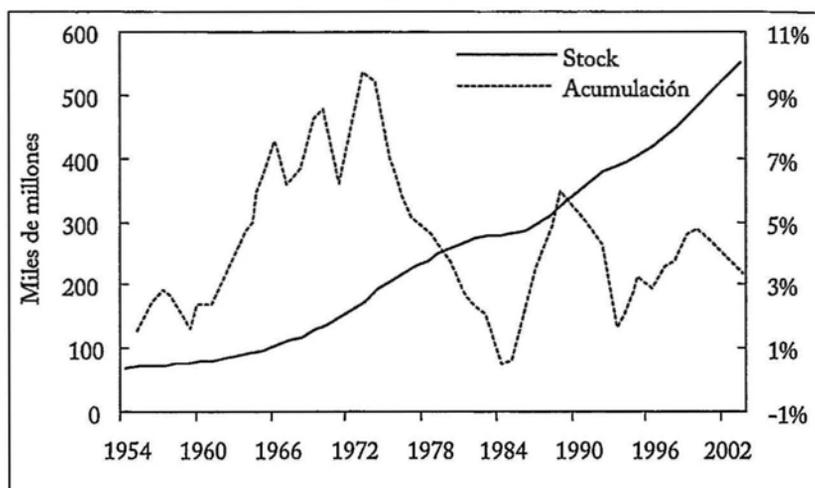
Joan Garcés (1996) es uno de quienes mejor han relatado cómo la reforma del franquismo hacia el modelo liberal-parlamentario de economía capitalista (lo que se conoce como «transición democrática») permitió que los aparatos civiles y militares españoles fueran renovados paulatinamente mientras se creaban partidos políticos («equipos cooptados y estipendiados») dependientes de la *coalición occidental de la Guerra Fría*, y muy especialmente de la RFA.

Esos partidos se convertirían en asociaciones paraestatales (en cuanto que órganos del Estado) distanciados de su base social. Financiados a través de Fundaciones y empresas y otras medidas económicas, y también desde los Presupuestos del Estado.

Ellos contribuyeron a realizar el desplazamiento de la relación Capital / Trabajo hacia la contienda electoral, la cual se redujo a un mercadeo de 'productos' u ofertas con grandes costos de publicidad (sobre todo mediática) que, una vez descartado el órgano partidista de transición inmediata (UCD), limita las posibilidades reales de gobierno a un Duopolio o Bipartido (AP-PSOE; después PP-PSOE).

Garcés detalla también las técnicas de mediatización del ejercicio del sufragio que se llevan a cabo desde entonces: 1) impedir que el ciudadano pueda elegir a la persona en quien confía su representación en la Cámara de Diputados; 2) eliminar la circunscripción electoral unipersonal. En su lugar se instituye la circunscripción provincial, con candidatos en lista cerrada y bloqueada (con una división bicameral burguesa). Como las listas son confeccionadas por las jefaturas partidarias, los candidatos procurarán responder antes a aquéllas que a los electores, y estar a bien con los jefes de partido, que son quienes los cooptan para su elección; 3) suprimir el techo y el control eficaz de los gastos electorales. En principio los partidos de consenso pueden recibir financiación sin límite y sin obligación de explicitar; ni ante la opinión pública ni ante ninguna entidad jurídica o política de control (ni control interno ni externo, público o privado). Incluso se oculta el dinero prestado por la Banca a las cúpulas políticas, y la consiguiente deuda de los partidos.

GRÁFICO 1. Stock de capital y tasa de acumulación



FUENTE: Nieto (2006:198).

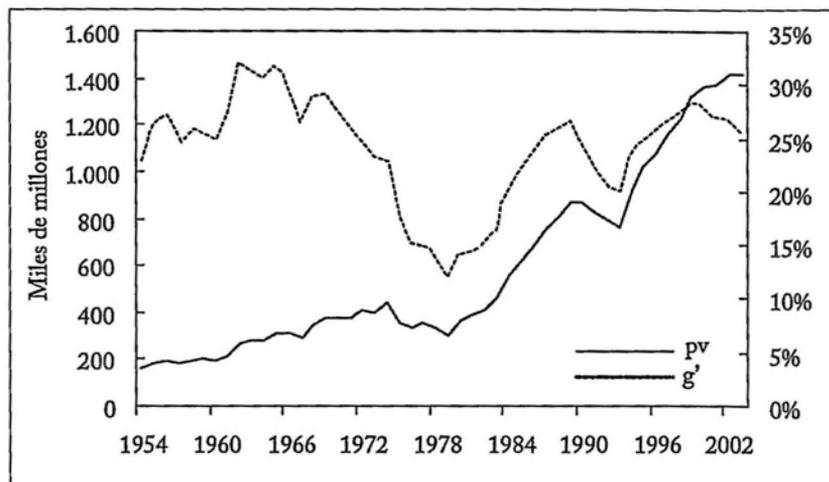
dense y alemana realizan ciertas concesiones ante el ajuste, a cambio de sujetar a las fuerzas del Trabajo en un pacto de Estado. Esto daba tiempo a la mencionada recomposición del poder de clase y a optar por las nuevas vías de ejecución económica.<sup>2</sup>

A pesar de las restricciones que se pondrían al final de los años ochenta al respecto, esta última dinámica tendría fuerza por sí sola para el resto de la andadura del juancarlisto, y será la base de la corrupción institucionalizada que Piqueras, Martínez, Laguna y Alaminos (2011) tan bien describen para el caso del PP valenciano desde 1995.

Hay una buena síntesis de las bases sociológicas de la transición del franquismo al juancarlisto en Ortú (1995 y 1996) y un excelente análisis diacrónico de la onda larga del capitalismo español y su crisis en López y Rodríguez (2010). Una consulta indispensable de ese recorrido hasta comienzo de la década de los noventa, es la obra de Etxezarreta (1991).

2. Es difícil explicarlo mejor de lo que lo hace Albert Recio, por lo que me permito esta extensa cita: «Las élites económicas españolas han mostrado una notable eficacia a la hora de adaptar su situación a un cambio de contexto. Unas élites que en el pasado tenían un control bastante completo de una economía nacional cerrada, en la que la banca ocupaba un papel central en torno al cual se articulaba una parte sustancial del aparato productivo, ha pasado a posicionarse con notable éxito en el nuevo contexto de capitalismo globalizado. Gran parte de esta transformación consistió en desprenderse prácticamente de la mayoría de actividades industriales y concentrarse en sectores específicos: la banca y la gestión de todo tipo de actividades públicas. Un proceso en el que jugaron un papel crucial las políticas de ajustes de la década de 1980 y las privatizaciones de la década posterior. Y un proceso que ha dado lugar a la internacionalización de los grupos que han conseguido consolidarse en esta restructuración. La banca española protagonizó un proceso de concentración, restructuración, resistencia a la competencia exterior e internacionalización que por sí misma merecería un análisis detallado. Las grandes constructoras de obra pública, todas ellas con fuertes conexiones históricas con el poder político, realizaron un proceso paralelo de concentración, diversificación hacia todo tipo de actividades públicas externalizadas (gestión de residuos, limpiezas, servicios sociales) que les ha llevado incluso a tomar posiciones en el sector energético y a optar por una senda parecida de internacionalización. Se trata en gran parte, también, de un negocio financiero y de explotación de nichos de mercado bastante seguros, en parte operados mediante sucesivas subcontratas. En todo caso un modelo donde salvo algunas excepciones (como el de la privatizada Telefónica) el desarrollo tecno-productivo juega un papel secundario y donde lo crucial son los mecanismos

GRÁFICO 2. Tasa y masa de ganancia



g' = tasa de ganancia  
pv = masa de ganancia

FUENTE: Nieto (2006:198)<sup>3</sup>

Objetivos que no parecían resultar especialmente difíciles teniendo en frente una *sociedad derrotada*, es decir, previamente «ablandada» o disciplinada a fuerza de dos siglos (por contar sólo la era capitalista) de cuartelazos, contrarrevoluciones y dictaduras militares, la última de ellas de casi media centuria de duración. Por eso, la nueva regulación Capital/Trabajo tendrá en el caso de la formación socio-estatal española unas características particulares, por más que hunda sus raíces en los mismos lodos que la de otras formaciones socio-estatales semiperiféricas que fueron igualmente derrotadas desde

de control financiero y los elementos de control oligopolístico de unos mercados dependientes de decisiones políticas. Fuera de estos sectores quizás destaca la formación de una nueva élite de empresas distribuidoras que han sabido captar los cambios en la organización de diversos mercados (especialmente de bienes de consumo) situándose en una posición que les permite controlar la actividad de una miríada de productores. Empresas que son ellas mismas agentes directos de la deslocalización productiva (especialmente en el textil) y de una fuerte presión sobre los productores directos. En conjunto los sectores económicos dominantes han optado por una «economía de la intermediación» poco favorable a la adopción de estrategias de producción sofisticada que inevitablemente requieren más gasto social en formación profesional, en investigación, etc.» (Recio, 2010: 205-206).

3. El propio autor comenta cómo en los Gráficos puede verse que, según predice la teoría marxista, la acumulación sigue por algún tiempo «ajena» a la caída de la tasa de ganancia, dado que la cantidad de capital que se destina a la inversión (capitalización del beneficio) continua una inercia ascendente durante cierto lapsus, hasta que el conjunto de la ganancia (la masa de ganancia) comienza a frenarse. Esto supone un deterioro estructural de las condiciones de valorización, que modifica todo el curso económico.

La tendencia decreciente de la rentabilidad del capital hace que la acumulación dependa cada vez más de la plusvalía, de manera que la tasa de ganancia se mantiene a costa del estancamiento y posterior retroceso del salario real promedio. Siempre que aquella tendencia decreciente se mantenga, no son de esperar cambios en la paralela tendencia a aumentar la explotación del Trabajo. Lo que quiere decir que lejos de producirse una base técnica para la parcial recuperación de la tasa de ganancia, ésta se va a dar, como en el conjunto de economías centrales, merced al ajuste distributivo en perjuicio de la mayoría social (Nieto, 2006: 200).

la implantación del Capitalismo Monopolista Corporativo. Para casi todas ellas, además, el *Estado social* de la fase keynesiana fue una referencia lejana, como se explicó en el texto (apartado 4.3., nota 27 del cap. 4).

La particular recomposición de la dominación de clase en el caso español, para acomodarla parcialmente a la *opción reformista* del capitalismo central (la denominada «transición»), coincidió con la primera gran crisis energética y el principio del fin del ciclo keynesiano en esas formaciones centrales.

En esos años se produce el desmantelamiento de las estructuras productivas españolas, centradas en sectores que tendrían en lo sucesivo poco porvenir en el mercado internacional, como el naval, el siderúrgico o el del carbón, y que se habían caracterizado por el monopolismo estatal (y que también compartieron con el resto de la economía el intervencionismo y el proteccionismo). La fuerte reconversión llevada a cabo entre 1975 y 1985, y especialmente a partir de la subida al poder del PSOE (que ha llegado a ser considerada como una de las grandes «desindustrializaciones» habidas en la historia de España), llevó emparejada una gran destrucción de empleo. Precisamente, cuando se producía la entrada en el mercado de trabajo de las generaciones más numerosas de la historia española, las del *baby boom* de los años sesenta. Al tiempo que tenía lugar un considerable retorno de emigrados y exiliados.

Todos estos procesos confluyeron también en la generación de una caída de la inversión, estancamiento del consumo interior y de la Renta Nacional. Sin embargo, es, de forma paradójica, en los años setenta cuando se produce asimismo el mayor crecimiento del gasto público y de la redistribución de la renta en España (aquellos años de incertidumbre política y gran presión popular por la consecución de reivindicaciones elementales implicaban de suyo la construcción tardía del particular *Estado social* español), que no obstante pronto se vería seriamente afectada en sentido inverso, lo que ha marcado el carácter contradictorio de la evolución socioeconómica española en los últimos 40 años. De manera que si por un lado durante la transición se amplió el gasto social como consecuencia de las demandas de la población y de la modernización «tardokeynesiana» de la economía española, por otro enseguida se precarizó el mercado laboral, segmentándose rápidamente al tiempo que se acentuaba la polarización social. Proceso este último que se mantendría en lo sucesivo.

Entre las consecuencias más destacadas de la evolución del mercado laboral hay que mencionar la terciarización de la economía, el paro estructural y la informalización, la creciente regulación unilateral por parte del Capital y la ya mencionada también creciente polarización social.

A partir de los años noventa, y a pesar de la tradicional dependencia de Alemania, la economía española se liga más a las potencias anglosajonas, que ya habían apostado por el crecimiento ficticio a través de la especulación. Procesos que se agrandarían en el caso español por la entrada en el euro y la llegada de capitales de todo el mundo. Esto último debido sobre todo a dos motivos, uno, a que el euro se erige en moneda refugio de capitales de monedas más débiles; y otro, a las oportunidades de inversión especulativa rentable que se abrían en España.

Por si fuera poco, Alemania, para financiar su reconversión industrial de cara a acentuar la exportación y fortalecer su espacio vital europeo para acoger esas exportaciones de su industria (ver en el texto cómo ese espacio había sido arduamente construido por EE.UU. para permitir el despegue alemán —nota 8 del cap. 3, apartado 4.2. y nota 11 del cap. 4, nota 2 del cap 5—), promueve la moneda única y concede grandes cantidades de capital a los países periféricos europeos, para que puedan comprar pro-

ductos alemanes (Cuadro Sinóptico 2). Crédito fácil y barato que inflará el mercado financiero español.<sup>4</sup>

A falta de otras rentabilidades mayores ese crédito se volcaría sobre el sector inmobiliario, con una condicionalidad mínima. En adelante, la dinámica de la construcción arrastrará toda una ola de crecimiento económico derivada. Comienza la gran importación de fuerza de trabajo, que dadas las características del mercado laboral español se requiere mayoritariamente por vía de incorporación «informal», esto es, desprotegida o altamente vulnerable. También desvalorizada, no importa su cualificación, para desarrollar labores de poco o nulo valor añadido, en un marco de utilización intensiva de fuerza de trabajo. Se lleva a cabo, así, la conversión del mercado laboral español en mercado migratorio.<sup>5</sup>

## 2. Algunas características del mercado laboral español

Vamos a repasar brevemente algunos de los escalones más significativos de la evolución descrita, así como los indicadores anejos de la economía y la sociedad españolas.

✓ Terciarización de la economía, paro estructural e informalización del mercado laboral

El proceso de incorporación dependiente de España a lo que es hoy la UE, supuso la apertura sin defensas de una economía más débil, de mucha menor productividad, lo que tuvo como consecuencia además del mencionado desmantelamiento industrial, una profunda reestructuración del agro que acentuó la expulsión de población campesina (la PA agrícola pasó del 23 al 9 % del total, con un agricultor cada 10 personas —porcentaje aún excesivamente elevado para la UE, que pretende que quede reducido a la mitad: 1 cada 20—), la eliminación de la asalarización del trabajo agrícola en el norte y el aumento de la misma especialmente en el sur y este del país.<sup>6</sup> Esos dos procesos convergieron en un vertiginoso aumento del desempleo, que se mantendría para los años sucesivos en cifras muy superiores a las de la media comunitaria (llegando a alcanzar casi el 23 % de la población activa en 1995). Sólo el sector servicios con la construcción (esta última con ciertas intermitencias) creció significativamente hasta la irrupción de la crisis actual, pasando del 40 al 60 % de la PA entre los años ochenta y los años 2000 (la industria descendió del 27 al 21 % en ese lapsus).

Fuentes oficiales señalaban en 1985 que el 30 % de la PA estaba en situación irregular, aunque otras investigaciones elevaban el porcentaje a más del 40 %; y a finales de siglo la Comisión Europea situaba a España en el tercer puesto de la Unión, tras Grecia

---

4. Además, ante la seria decadencia del salario real (ver Gráficos 3 y 4), la economía española, como la estadounidense previamente, no sólo mantuvo sino que disparó el ciclo de consumo a través del crédito.

5. He pormenorizado los pasos de esa conversión en Piqueras (2007). Ese modelo de crecimiento español se tradujo en un salto de 12 millones de ocupados en 1994 a 20,5 millones en 2008. Hasta 2001 el grueso de la aportación de nuevos ocupados lo realizó la población española, que incrementó su población activa sobre todo merced a la mayor incorporación femenina al mercado laboral y por el descenso de la tasa de desempleo. Pero el modelo de utilización intensiva de fuerza de trabajo requeriría en adelante la importación de mano de obra migrante (ver Pajares, 2010).

6. Conforme había aumentado la capitalización del agro español, la población activa (PA) agrícola había ido disminuyendo proporcionalmente. Así, entre 1960 y 1970 la mecanización del campo se sextuplicó, al tiempo que la PA bajó casi a la mitad (de 4 millones y medio a algo menos de 3 millones de personas). En la década siguiente la mecanización aumentaría 1,4 veces mientras que la PA agrícola volvió a disminuir casi a la mitad (1.686.100 personas; Tortella, 1995).

e Italia, en economía oculta: entre el 10 % y el 23 % del PIB (Colectivo IOE, 1999: 103). Las ramas económicas en las que la economía sumergida cobra mayor importancia son la agricultura, la hostelería y los servicios menos cualificados, precisamente en los que se insertará mayoritariamente el segmento secundario del mercado laboral y la creciente fuerza de trabajo importada para nutrir la nueva economía española.

#### ✓ Regulación unilateral del mercado laboral y polarización social

La regulación mercantil, cada vez más unilateral desde el lado de la oferta (esto es, de la patronal), de los mercados laborales, nos permite entender cómo se eliminó la base del mercado de trabajo heredada de la Segunda Postguerra Europea (ya de por sí muy precariamente desarrollada en España debido a las «peculiaridades» de su larga dictadura). Esa base venía dada por el predominio de la contratación fija, niveles de desempleo relativamente bajos, estabilidad laboral y tendencia al estrechamiento del abanico salarial y un crecimiento paralelo de la productividad del trabajo y de los salarios reales.

La mencionada erosión de esta regulación laboral se expresó en un prolongado deterioro de las condiciones laborales, que se fue concretando a través de Pactos y Acuerdos, a menudo tripartitos (Gobierno, patronal y sindicatos mayoritarios).

Entre las disposiciones más significativas cabe destacar la contención de los salarios por debajo de la inflación y de la productividad, la potenciación de las contrataciones eventuales y de la posibilidad de ajuste de plantillas en empresas declaradas en crisis (Pactos de la Moncloa, 1977); nuevas modalidades de contratación temporal y ampliación de los contratos a tiempo parcial y de formación y prácticas, aumento de la oferta de contratos precarios (Acuerdo Interconfederal, 1983); desgravaciones fiscales de las empresas por «inversión y creación de empleo» y reducción de sus cotizaciones a la Seguridad Social, incremento del empleo precario, endurecimiento de las condiciones para acceder a las pensiones de jubilación (Acuerdo Económico y Social —AES— 1984); instauración de las agencias privadas de contratación (Plan de Empleo Juvenil, 1988); aumento al doble del periodo mínimo de cotización con derecho a prestaciones (de 6 a 12 meses), a la par que se rebaja la cuantía de éstas (el llamado «Decretazo» del PSOE, 1992); cambios profundos en la contratación (legalización de las ETT, profusión de contratos a tiempo parcial y de aprendizaje), permanencia (movilidad geográfica y funcional, libertad en la modificación de contrato), salida (se añaden nuevas causas legales de despido al tiempo que en la variante disciplinaria se prescinde de la carta de despido) y negociación colectiva (a favor de la concentración de la representación sindical (Contrarreforma Laboral, 1994); fin de la universalidad del sistema de Seguridad Social y de la garantía de las pensiones, descenso de la aportación empresarial a la Seguridad Social, deterioro de las pensiones al aplicar la base reguladora en función de los años cotizados y ampliar el periodo de cálculo de la base a los últimos 15 años, incentivación de los sistemas privados de pensiones (Pacto de Toledo, 1994); rebaja en la indemnización por despido improcedente a 33 días por año (en lugar de los 45 anteriores), mantenimiento de las ETT y toda la gama de trabajos precarios, mayor abaratamiento del despido para trabajadores indefinidos anteriores a mayo de 1997 (Nueva Reforma Laboral: Acuerdo Interconfederal para la Estabilidad en el Empleo, 1997); se añaden nuevas causas para el despido objetivo («posición competitiva» y «exigencia de la demanda»), reducción del coste de los despidos en un 26,5 % (Pacto Laboral por el Empleo, 1997); supresión del PER y de los salarios de tramitación, al tiempo que se endurecen las condiciones para el

cobro del desempleo supeditadas a la aceptación de una serie de exigencias patronales («Decretazo» del PP, 2002).<sup>7</sup>

En 2006, el gobierno del PSOE (con el mismo ministro de economía del «Decretazo» de 1992) realiza una nueva Reforma Laboral, pactada con la patronal y las cúpulas de los sindicatos CC.OO. y UGT, que profundiza todas las líneas marcadas en las reformas anteriores. Generaliza, así, el contrato de «fomento de ocupación» (que mantiene la compensación por despido de 33 días/año, durante un máximo de 24 mensualidades), a pesar de que desde su aplicación en 1997 ha demostrado su inutilidad para reducir la temporalidad, pero sí su utilización como sustituidor del contrato ordinario. Se vuelven a reducir las cotizaciones empresariales por desocupación, tanto en los contratos indefinidos como en los eventuales, así como también sus cotizaciones al Fondo de Garantía Salarial.<sup>8</sup> También se insiste en legitimar y fomentar la actividad de las ETT, sin que en contrapartida la Reforma disponga ningún dispositivo real para controlar la subcontratación.<sup>9</sup>

En 2010 el mismo partido gobernante profundiza en todas esas contrarreformas.<sup>10</sup>

Durante todo ese tiempo y hasta aquí, se ha tratado de realizar una reestructuración de los procesos productivos, del mercado laboral y de las rentas, en orden a favorecer a las (nuevas) capas dominantes del Capital, y a obtener una sustancial elevación de la tasa de ganancia capitalista, adecuar los comportamientos productivos de la población trabajadora, así como flexibilizar la mano de obra según los cambios que experimentan

---

7. Las prestaciones por desempleo pasan en la práctica de ser un derecho a convertirse en una «gracia» concedida por el gobierno, con un sustancial recorte de los derechos del trabajo. Todo ello dentro del esquema de Maastricht (materializado a lo largo de las sucesivas Cumbres y Tratados europeos hasta la actualidad). En los 10 primeros meses de 2005 el número de trabajadores afectados por Expedientes de Regulación de Empleo aumentó un 12,7 % más que en el mismo periodo del año anterior, hasta 53.944 personas, según el Boletín de Estadísticas Laborales del MTAS. Por otro lado, el coste por despido se rebaja tanto para la patronal, que la diferencia entre contratación temporal o indefinida pierde una parte significativa de su anterior distinción por lo que respecta a la seguridad en el empleo.

Morán (1996) tiene un excelente trabajo sobre esta secuencia de Acuerdos, sus consecuencias y crítica. Aquí tomo prestadas del mismo algunas de esas reflexiones.

8. En este sentido, es conveniente recordar que desde 1998 se bonificó a la patronal con casi 18.000 millones de euros de las cuotas de la Seguridad Social, con una partida adicional para 2006 de otros 2.500 millones de euros, tal como denuncian los sindicatos que se han opuesto también a esta nueva reforma (ver por ejemplo las páginas web de STE-iv y de CGT).

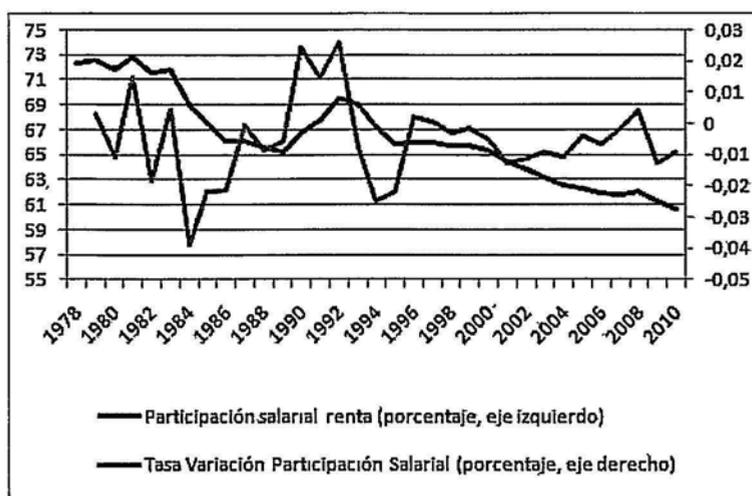
9. Entre los aspectos potencialmente positivos con respecto a anteriores reformas podrían citarse, en cambio, la mayor atención por desempleo a las personas mayores de 45 años, el incremento del fondo de Prestaciones de Garantía Salarial (si bien con cada vez más dinero público), o el crecimiento de las partidas dedicadas al servicio público de ocupación y de Inspección del Trabajo.

10. Mediante la nueva «Reforma Laboral» el Fondo de Garantía Salarial se hace cargo de hasta 8 días de indemnización por despido de cualquier persona que lleve más de un año en la empresa; además la indemnización por despido improcedente se rebaja de 45 a 33 días por año trabajado; mientras que el despido «objetivo» se rebaja a 20 días por año trabajado, con límite en 12 mensualidades en lugar de 42 (de esta forma no sólo el despido se hace más y más barato para el Capital, sino que además el dinero público ahorra al empresariado también ese coste). Se establece el despido preventivo (sin necesidad de justificar pérdidas) e incluso el despido con baja justificada.

Se amplían los contratos precarios, como el de «obra y servicios», el «eventual por circunstancias de la producción». Se agranda la intervención de las ETT e incluso de agencias privadas de colocación (primer ladrillo en la privatización del Servicio Público de Empleo).

Pero sobre todo se desguaza la negociación colectiva, para confinarla cada vez más al ámbito de la empresa, donde l@s trabajador@s tienen mucho menos poder de negociación (no hay que decir que, en cualquier caso, se ensancha la diferencia entre quienes tienen posibilidades de organización y defensa y quienes no, dentro de los sectores del Trabajo). Se da potestad a la empresa para modificar unilateralmente los términos acordados.

GRÁFICO 3. Participación salarial en la renta, España (1978-2010)



FUENTE: Garzón (2011), a partir del Annual Macro-Economic Database of the European Commission.

los propios procesos de trabajo hacia la producción en masa flexible de tipo «postfordista» (ver sobre esto, p.e., Alonso, 1999, Bilbao, 1995 y 2000, Cano, 2000).

Con la subida al poder de nuevo del otro brazo del Bipartido, el PP, se trata en adelante de desarrollar un nuevo derrotero en la guerra de clase del Capital. Si bien la agudización de la misma había empezado ya con la contrarreforma del PSOE de 2010, será ahora cuando se intensifique el definitivo desmontaje de la *opción reformista* en todos los ámbitos, con la destrucción de las formas democráticas del Estado y sus elementos de legitimidad y participación ciudadana (notas 34 del cap. 5 y 7 del Excurso final).

Pero ya antes de eso las consecuencias de los procesos descritos se habían dejado notar en numerosos aspectos laborales, sociales y también políticos, que se explican entre sí. Entre otros resultados se produjo:

1) Una gran transferencia de rentas del Trabajo al Capital y la consiguiente elevación del empobrecimiento relativo (con segmentos de empobrecimiento también absoluto) entre la población. Todo eso, mucho antes de que se atisbara ninguna «crisis» y la economía española pareciera embarcada en una ola de crecimiento venturoso e indefinido (ver Gráfico 3 *supra*).

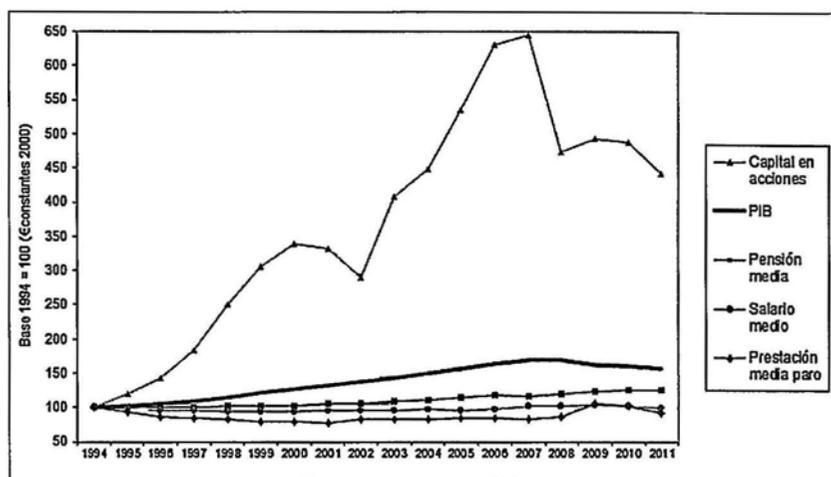
A partir de esos años, el salario relativo (que se mide en función de la riqueza total) no ha hecho sino caer todavía más acusadamente.

Tal caída del salario relativo es todavía más lacerante cuando se tienen en cuenta otros factores, como los del Gráfico 4.

Todo ello tiene su traducción en forma de drama social.

Así, en 1992, 12,5 millones de personas en España estaban por debajo de la mitad de la renta media de la UE, y para mediados de los 90 había alrededor de un millón de hogares en los que todos sus miembros estaban desempleados. En 2004, como una década antes, el 19,9 % de la población española no llegaba a obtener el 60 % de la mediana del ingreso disponible nacional, es decir, unos 369 euros mensuales, según la

**GRÁFICO 4. Evolución de los salarios, las prestaciones de desempleo y las pensiones, comparadas con el PIB y el capital accionario (1994-2011)**



FUENTE: Colectivo IOE (2012).

Encuesta de Condiciones de Vida del INE, de ese año.<sup>11</sup> En 2006 casi 8,5 millones de personas vivían bajo el umbral de la pobreza, según el INE, contando esta formación socio-estatal con el dudoso privilegio de tener la mayor tasa de pobreza infantil de la UE de los 15 (uno de cada 4 menores de 18 años, según Cáritas, en su informe de 28/11/06).<sup>12</sup>

Es decir, que la crisis social ya estaba bien instalada antes de que se patentizara la económica.

No obstante, parece que esos porcentajes de pobreza son aceptados y asimilados con facilidad por las sociedades del capitalismo, que los naturalizan o consideran *inevitables*.

11. En 2007, algo más de 19 millones de personas —más del 40 % de la población— contaba con unos ingresos inferiores a 1.000 euros mensuales brutos. El colectivo más importante lo forman los asalariados y ponen de manifiesto que nada menos que 10.412.147 trabajadores declararon en 2005 a Hacienda unos ingresos inferiores a dos veces el Salario Mínimo Interprofesional (SMI), que ese año quedó fijado en 7.182 euros al año (Agencia Tributaria, Mercado de Trabajo y Pensiones en las Fuentes Tributarias, [http://www.agenciatributaria.es/AEAT/Contenidos\\_Comunes/La\\_Agencia\\_Tributaria\\_Estadisticas/Publicaciones/sites/mercado/2011/home.html](http://www.agenciatributaria.es/AEAT/Contenidos_Comunes/La_Agencia_Tributaria_Estadisticas/Publicaciones/sites/mercado/2011/home.html)).

Ya antes del inicio de la Gran Depresión, según datos del INE para el último trimestre de 2005, más de 400.000 hogares tenían todas sus personas activas en paro, mientras que el 24,4 % de los hogares (3.796.660) no contaban con ninguna persona activa. En el Informe de 2012 de la Fundación Foessa y Cáritas, se indica que la tasa de paro de la persona principal del hogar pasó de 5,9 en 2005, a 17,9 en 2011. Y los hogares con todos los activos en paro pasaron de 2,6 a 9,1 %. Los hogares con dificultad para llegar a fin de mes fueron del 26,2 en 2005 al 30,6 % en 2010. En 2011 la tasa de pobreza era de 21,8.

12. En su informe de 2012, «Exclusión y desarrollo social 2012» elaborado por la Fundación FOESSA, Cáritas señala que la proporción de hogares españoles que viven por debajo del umbral de la pobreza es de casi el 22 % y que otro 25 % está en «situación de riesgo». Además, un tercio de las familias tiene «dificultades serias» para llegar a fin de mes y la tasa de desempleo de los sustentadores principales del hogar es del 19 %, lo que supone «un máximo histórico».

A manera de conclusión Cáritas advierte que España se ha convertido en el país de la Unión Europea en el que más han aumentado las diferencias entre ricos y pobres de 2006 a 2010.

Algo de responsabilidad tiene en ello el que una economía de escala, de una formación con más de 40 millones de habitantes, puede funcionar aceptablemente para las mayorías, aun con un 20 % de su población pobre en términos relativos (ver nota 42 del cap. 5 y Excurso final).

Sin embargo, el proceso de pauperización tiende a hacerse más «indignante» e intolerable según afecta a más y más sectores sociales. Y es precisamente lo que está ocurriendo. La tasa de precariedad en España, que incluye núcleos familiares con ingresos conjuntos iguales o inferiores a 12.000 euros brutos anuales, así como familias sin ingresos, se incrementó hasta llegar al 43,7 % de la población en noviembre de 2012, por lo que al finalizar ese año afectaba a un total de 20,6 millones de personas.<sup>13</sup>

Por su parte, el índice de Gini ha reflejado también la creciente desigualdad. De 0,313 en 2007, a 0,339 en 2010. A partir de 2007 España registró el mayor aumento en la desigualdad de los 27 Estados de la UE.

## 2) Una fuerte segmentación laboral y disgregación de la fuerza de trabajo.

Dualización del mercado laboral, que quedaría segmentado en un menguante núcleo de trabajadores estables (como «capital humano» apreciado por las empresas) del segmento primario, y un heterogéneo y creciente segmento secundario con contrataciones y trabajos precarizados.<sup>14</sup>

Si examinamos esto por sectores económicos, en primer lugar tendremos que hacer referencia a la específica evolución de la agro-industria española, que se ha basado en la adopción de un nuevo orden productivo agrícola devenido de la adaptación a las cambiantes normas de consumo y competencia, que combina economías de escala y de variedad, siguiendo una división interna del trabajo entre los países de la Unión Europea (a imagen de la establecida entre los países centrales y periféricos), por la cual los centros de consumo y las cadenas de distribución se concentran en los países de capitalismo avanzado, mientras que las unidades de producción tienden a implantarse en los países periféricos (como es el caso de España dentro de la división europea del trabajo). Estas unidades de producción basan sus posibilidades de éxito en el uso intensivo de mano de obra barata, un gran derroche de recursos naturales y la relativa concentración y centralización del capital en unidades cada vez mayores, así como la expansión de la fase de manipulación y «confección» del producto agrícola para incorporarle valor añadido al mismo con la condición de «lo fresco», propia de la producción (agrícola) postfordista, gracias al entramado de redes de circulación en la que se insertan.<sup>15</sup>

El sector terciario, y dentro de él muy especialmente el subsector turístico, sufre una importante reestructuración, pues al tiempo que elevó su oferta creó una enorme cantidad

---

13. Informe elaborado por el sindicato de técnicos del Ministerio de Hacienda (Gestha), presentado en noviembre de 2012 en su XII Congreso anual (tras cotejar datos oficiales de diferentes organismos estatales y autonómicos), que lleva por significativo título *Adiós a las clases medias* (*El Público*, 16.11.12). En marzo de 2013 Cáritas vuelve a advertir que la pobreza severa afecta a unos 3 millones de personas (*El Público*, 21.03.13.). Véase la coincidencia de los informes en el tiempo.

14. Es recomendable la lectura de Bilbao (1995: 76) para ver al menos 4 grandes grupos resultantes de la segmentación de la fuerza de trabajo en España.

Todos estos procesos son congruentes con la despolitización de los procesos regulativos de las relaciones de trabajo y la creciente regulación de las relaciones laborales por la empresa. Desde el punto de vista del Derecho, Guamán e Illueca (2012) sintetizan (con una actualizada bibliografía al respecto) esos procesos. Unos y otros no podían sino dejar profundas huellas en la conciencia colectiva de la población.

15. Mayores detalles y bibliografía al respecto en Piqueras (2007, apartado 3.3. del cap. 3).

de empresas de muy reducido tamaño, familiares o semifamiliares, a menudo planteadas como alternativa de vida frente al desempleo, con un gran intrusismo laboral y consecuente creación de multitud de trabajos precarios, con bajos salarios y muy largas jornadas laborales, haciendo acopio de uno de las mayores niveles de flexibilización laboral.

Si mencionamos la construcción, estamos hablando de un subsector que se ha caracterizado por dos grandes lastres: la subcontratación y la eventualidad laboral. La absoluta mayor parte de la subcontratación se realiza a empresas cuya oferta se fundamenta en la reducción de los costos de inversión y de producción, a menudo a través de procedimientos al margen de la legalidad. Las grandes empresas han optado por reducir sus plantillas de trabajadores fijos de cuello azul al mínimo, supliendo el resto de la mano de obra con personal temporal (cada vez más a través de subcontratación), a menudo no profesional. Las consecuencias de ello se evidencian en la devaluación general de las condiciones laborales y el paralelo incremento de las dificultades de ejercer controles administrativos, las frecuentes prácticas irregulares (firma de finiquitos en blanco, cobro de dinero negro, contratación de un alto porcentaje de trabajadores en situación de irregularidad), altísimas tasas de temporalidad laboral, falta de profesionalidad de las plantillas y consecuente elevación de la siniestralidad laboral (indicador objetivo del estado en curso de las relaciones de clase y de las consecuentes condiciones laborales en los diferentes empleos).<sup>16</sup> Todo ello fu adobado con un minifundismo empresarial que la subcontratación hizo proliferar, así como una dinamicidad suscitada por la expectativa de ganancias rápidas, difícil de parangonar por otras ramas de actividad. En 2005 la construcción volvió a ser el motor de arrastre de la economía española, creciendo un 6,78 %, mientras que la industria perdió un 0,37 % (los servicios y la agricultura crecieron un 6,17 y un 2,47 %, respectivamente, según la EPA de 2005). En 2003 la construcción contribuyó con un 22 % al aumento de la riqueza nacional y la inversión extranjera en inmuebles españoles creció cada año (mientras que en el resto de áreas disminuye) como consecuencia de la dinámica especulativa asociada a esta rama de actividad en el conjunto del territorio español, y que llegó a suponer a mitad de la década de los 2000, el 40,5 % del total de la inversión externa directa en España.<sup>17</sup>

Por su parte, el modelo extensivo de crecimiento industrial que ha sido característico del caso español, está basado, como el resto de la economía, en los bajos costos de la fuerza de trabajo.<sup>18</sup> Por lo mismo, presenta también bajos niveles de productividad, siendo además

---

16. En 2004 murieron en España por accidentes de trabajo 1.413 personas (3,8 por día). Un año después, 2005, la siniestralidad mortal aumentó un 14,8 %, hasta situarse en 1.622 personas (prácticamente 4,5 por día). Siniestralidad sobrecogedora que refleja una alta precarización laboral, y que no tiene parangón en las formaciones europeas centrales.

17. Son datos de La Caixa, que figuran en <http://viviendadigna.payns.com/>, «Plataforma por una vivienda digna».

18. Baste decir que los ingresos brutos anuales de la fuerza de trabajo española son un 33,5 % menos que la media de la UE-15 (a pesar de que en España se trabajan 11 horas más al mes y se tienen 2 días menos de vacaciones anuales pagadas), e incluso un 25 % menos que la UE-25, según Eurostat en su informe «Los ingresos brutos en Europa», 2005. En 2004 los costes laborales (remuneraciones salariales) volvieron a crecer por debajo de la inflación (2,7 % y 3,1 % respectivamente), descendiendo del 49,3 % al 47,7 % del PIB en 2004, mientras que la plusvalía empresarial creció dos puntos, hasta el 41,8 % del PIB (INE, 19/05/05).

Durante el primer trimestre de 2006 el salario medio en España todavía bajó un 0,5 % en términos reales, mientras que en el resto de Europa subió un 0,6 %, situando la diferencia con el conjunto de la UE en 15,2 %, según Adecco y el IESE (Instituto de Estudios Empresariales), dependiente de la Universidad de Navarra. En el tercer trimestre de 2006 volvió a descender un 0,7 %, según el IESE. Dentro de la UE sólo polacos y portugueses están por detrás en salarios reales.

altamente energívoro. Así, el elevado crecimiento de la segunda mitad de los años noventa (3,8 % anual entre 1997 y 2001), no ha sido acompañado por un paralelo aumento de la productividad, sino por la elevación del empleo de baja cualificación y reducida productividad (a la cola de Europa). Productividad que en 2004 creció sólo un 0,4 %, y 0,3 % hasta 2006, si bien en industria y agricultura incluso decreció (según INE de 19 de mayo de 2005). Siendo una de las contradicciones del modelo capitalista español que más dificultades de resolución presentan.

\* \* \*

En definitiva, el modelo de crecimiento español es el propio de un «capitalismo parasitario», que es a la vez extremadamente vulnerable a los avatares financieros y bursátiles, o a los movimientos de capital especulativo, como enseguida veremos.

La economía española estuvo siempre muy lejos de asentarse sobre bases sólidas de soberanía productiva, sea industrial o alimentaria. Su «nicho competitivo» de inserción en Europa a costa de bajos costos productivos, más el reclamo de dinero fácil y rápido, ha exigido mercados laborales precarizados con recurrencia a mano de obra barata y un alto porcentaje de economía de temporada y sumergida, entre otros rasgos que están en la base de su más que endeble situación actual.

Da cuenta de la misma la tremenda caída de la actividad y desinversión de la economía española a partir de 2007, sobre todo en industria. El descenso de la capacidad de producción industrial considerada en su conjunto ha sido de casi 28 puntos (Lacalle, 2013).<sup>19</sup>

Entre los sectores en los que más se ha destruido empleo figuran el mueble, la construcción, inmobiliaria y el textil-confección, entre otros.

---

En cuanto al aumento del tiempo de trabajo, para los años 1999 y 2002, según el CIS («Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo»), un 46,4 % de los trabajadores prolonga su jornada laboral más allá de la jornada nominal, y la quinta parte del conjunto de la población asalariada (un 22,3 %) lo hace sin compensación económica.

Los asalariados a tiempo completo, según Eurostat, trabajan un promedio de 8,5 horas extra a la semana, de las cuales 4,7 horas no son pagadas (lo que quiere decir que más del 10 % de la jornada laboral regular acordada por convenio se le regala a la patronal) [ver para los datos citados aquí, Schweiger y Rodríguez, 2007]. No hablemos ya de la temporalidad o en general precariedad laboral del mercado de trabajo español. Éste es uno de sus rasgos más significativos, afectando en 2009 al 30 % de los empleos de baja cualificación, frente al 17 % de media de la Unión Europea; y al 23 % de los trabajos que requieren una formación superior; frente al 11 % europeo. La tasa de temporalidad se dispara entre los ciudadanos inmigrantes con contrato de trabajo. España registra una temporalidad del 44 % en este sector de la población frente al 24 % de media de la población nacional, lo que le desmarca del resto de países.

19. Lacalle analiza la investigación de diferentes autores para Natixis: «Zona euro: ¿Se ven evoluciones favorables de la capacidad de producción en los países de la periferia de Europa?». Se trata de una investigación centrada en la zona euro para cuatro formaciones centrales (Alemania, Bélgica, Francia y Países Bajos) y cuatro periféricas (Grecia, España, Italia y Portugal); analizando el periodo de crisis 2008-2012. Solamente tres sectores de los 11 analizados por el autor han evolucionado positivamente en España: el agroalimentario, el químico y el farmacéutico (agradezco a Pedro Montaña la indicación de la información que aparece en esta nota).

A los resultados que proporciona Lacalle habría que añadir la especialización española en producción de ensamblaje intermedia (nota 2 *supra*), para el acabado final en otro país. La industria armamentística ligera también ha presentado resultados boyantes en todo este tiempo. Según un informe del Servicio de Investigación del Congreso estadounidense (Conventional Arms Transfers to Developing Nations, 2004-2011), España ha sido el décimo exportador mundial de armas a las formaciones periféricas en el periodo 2004-2011. En esos años España ha suscrito acuerdos de suministro a dichos lugares por un total de 4.400 millones de dólares. En 2011 ocupó la sexta posición mundial como suministrador efectivo a estas formaciones y ocupa entre el sexto y el noveno puesto como exportador mundial de material bélico, acaparando en torno al 2,6 % del comercio planetario (*El País*, 04/09/12).

Proceso que contrasta fuertemente con el dinero y crédito rápido que suscitaron afán especulador en amplias capas de la sociedad, aceptando la corrupción intrínseca a esa forma de «crecimiento», o cuanto menos su desentendimiento respecto de lo que estaba pasando (complicidad pasiva con aquélla).

Igualmente dramática está siendo a raíz de la crisis inicio-secular la fuga de capitales, 77.259 millones de euros entre julio de 2011 y mismo mes de 2012, según el Banco de España (Europa Press, 18/09/2012).

En suma, las que otrora fueron ventajas de la economía española: ofrecer costos económicos sustancialmente inferiores a los de otros países, tienen hoy una amplia competencia mundial. Sin embargo, aun así, no se han cambiado las bases que permitieron un altamente dinámico mercado de la precariedad, no sólo de exogeneización de la propia fuerza de trabajo local, sino la que por dos décadas fue una fuerte atracción de fuerza de trabajo exógena y (que convirtió al mercado laboral español en un dinámico mercado migratorio). Hoy ese mercado migratorio se ha vuelto altamente inestable, con bolsas de fuerza de trabajo importada que ya no tiene acceso al empleo ni siquiera en el amplísimo sector informal,<sup>20</sup> pero que en buena parte no han optado por el retorno a formaciones sociales de economía previamente devastada (a pesar de que en 2011 un total de 445.129 personas extranjeras abandonaron el país, según el INE). Las entradas nuevas de inmigración están en franco retroceso, mientras que de nuevo crece la emigración española.

### 3. Otros indicadores socioeconómicos

#### 3.1. *Pobre gasto social*

El porcentaje del gasto social público directo en España con respecto al PIB estaba casi 5 puntos por debajo de la media de la UE al finalizar el siglo XX, y la distancia se agrandó todavía más en 2006.

Ya antes de la crisis de finales de la primera década de los 2000, si miramos los datos de España en protección social, entre 1994 y 2005 se redujeron esos gastos del 22,8 al 20,8 % del PIB (Navarro, 2009). En la UE, a pesar de estar mucho más altos, como promedio también descendieron esos gastos: entre 1993 y 2002 pasaron del 27,4 al 26,9 % del PIB (Colectivo IOE, 2008).

Al momento de inicio de la Gran Depresión, en 2008, España ocupaba a sólo el 12,7 % de la población activa en el sector público (cuando los países nórdicos superan al menos el 24 % de ocupación en él).

#### 3.2. *Desigualdades salariales*

Existe un fuerte grado de dispersión salarial, según las diferencias de salarios percibidos por distintos segmentos de la población. A lo largo de la última década la diferencia de

---

20. Según la patronal de grandes empresas de trabajo temporal (Agett), el número de inmigrantes en paro se había triplicado desde 2007, desde los 380.000 desempleados hasta un total de 1.182.400 a diciembre de 2012 (suponiendo casi el 40 % de su PA en 2011; ¡casi el 50 % si consideramos a fuerza de trabajo subsahariana!). La organización Internacional para las Migraciones señalaba en un informe de 2012 que el salario medio real de la fuerza de trabajo importada en España *había disminuido un 10,6 % entre 2006 y 2010*.

percepciones del 20 % con más altos ingresos superó siempre en 5 veces al 20 % con menor renta y la brecha se incrementó entre 2007 y 2010, de 5,3 a 6,9 veces (Colectivo IOE, 2012).

Hay también una continua concentración de la riqueza a favor de los más ricos entre los ricos (el 1 % de la población: unos 150.000 hogares). La franja de población que incluye entre el 5 % y el 10 % más próspero redujo su participación en el ingreso nacional desde el 11,5 % (en 1981) hasta el 10,7 % (en 2009). Lo mismo ocurre con el segmento que va del 1 % al 5 % más rico, que retrocedió desde un 13,6 % hasta el 12,9 % en el mismo lapso. En cambio, la parte apropiada por el 1 % más próspero aumentó desde 7,8 % en 1981 hasta el 12,6 % en 2006, para retroceder hasta el 9,7 % en 2009 a causa de la crisis.

En los últimos 30 años la evolución de la renta anual media percibida por el 1 % de los hogares de mayores ingresos ha aumentado un 21,5 % mientras que la del 99 % restante ha disminuido un 1,8 % (todos estos datos en la misma fuente del Barómetro Social de España, del Colectivo IOE, 2012).

### 3.3. *Tributación regresiva, evasión y fraude fiscal*

Si en España, en 1995 las rentas del trabajo sufrían una carga impositiva del 16,4 % del PIB, las rentas del capital sólo llegaban al 7,4 %, es decir, menos de la mitad. Trece años después, en 2008, la situación apenas había variado: 16,7 % para las rentas del trabajo, 8,6 % para las del capital. Esto hace que lo recaudado de la población trabajadora sea más de 9 veces el monto total recaudado del mundo del capital. Todo ello amén de la evasión y el fraude fiscal.

Según GESTHA, organismo sindical de los técnicos del Ministerio de Hacienda (<http://www.gestha.es/>), las grandes fortunas y empresas españolas evadieron 42.771 millones de euros sólo en 2010. Si a ello añadimos la evasión de la pequeña y mediana empresa, según esa misma fuente, obtenemos 59.032 millones. Sumando a esto el fraude a la seguridad social que se realiza a través de la economía sumergida, nos da la enorme suma de unos 90.000 millones de euros (aunque hay una posterior rectificación de los datos que sube la primera de aquellas dos sumas a alrededor de 70.000 millones y la total a algo más de 100.000 millones de euros). (Los recortes sociales que venían impuestos por el gobierno del PSOE para el periodo 2010-2013 sumaban 50.000 millones de euros.)

### 3.4. *Especulación inmobiliaria*

Los precios de la vivienda se incrementaron más de un 250 % entre 1987 y 2005 (mientras que los salarios apenas lo han hecho por encima del IPC; lo que implicaba que la compra de una vivienda involucrara cerca del 90 % del salario de una persona joven, todo y que en 2001 había casi 3.100.000 viviendas vacías en España, más otras 3.351.300 secundarias). La población española dedicaba la mayor parte de su sueldo a la vivienda (28,6 % por término medio, mientras que en alimentación destinaba 18,1 %, según el informe de Caixa de Catalunya sobre hábitos de consumo, de 2005). La vivienda es el principal responsable del exceso de deuda de las familias con los Bancos y Cajas de Ahorros, que se cuadruplicó en el primer lustro de los 2000, según datos de la Fundación de Cajas de Ahorros (Funcas). Así en 2005 la deuda de los hogares para la compra de vivienda alcanzó los 474.400 millones de euros, lo que supuso el 52,9 % del PIB, 7,4 puntos más que en 2004 (con el 45,5 %); en el primer trimestre de 2006 el endeudamien-

to de las familias llegó a 730.943 millones de euros, equivaliendo al 79 % del PIB español, según el Banco de España.

La tasa de morosidad del crédito hipotecario (volumen de créditos de dudoso cobro respecto al total del crédito concedido) se incrementó de forma paralela a la del paro. Esta última pasó del 8 % a mediados de 2007 al 24,6 % a mediados de 2012, lo que supone un 210 % de incremento; por su parte la morosidad se multiplicó más rápidamente, desde 0,5 % a 3,2 % (un 528 %) (datos en <http://barometrosocial.es/mas-de-600-000-hogares-han-perdido-su-vivienda-desde-2008/#more-320>. 06.10.12.).

Desde 2008 las viviendas hipotecadas desalojadas por orden de órganos judiciales fueron 203.800. Pero a éstas hay que sumar los lanzamientos ordenados por Juzgados de Primera Instancia, de los cuales sólo conocemos datos para la primera mitad de 2012 (57.400). Por tanto, la cifra registrada de familias que han perdido la vivienda que estaban pagando a crédito es de alrededor de 260.000. A ésta hay que sumar las órdenes dictadas por Juzgados de Primera Instancia en años anteriores y aquellos casos en los que la vivienda ha sido devuelta «voluntariamente» sin necesidad de llegar a recibir una orden de lanzamiento. Con toda probabilidad la cifra total supera las 350.000 familias, y los cálculos indican que de seguir la progresión de desahucios, en 2013 podrían realizarse unos 400.000 desahucios más (en 2012 ya se hacían unos 500 al día).

Hay que recordar que España es líder dentro de la UE en viviendas secundarias y desocupadas. También en destrucción del patrimonio inmobiliario por demolición y ruina.

### CUADRO 1. Aportaciones de la balanza exterior de bienes y servicios al PIB español

Año	%
1996	+0,6
1997	+0.9
1998	-0.3
1999	-1.9
2000	-3.1
2001	-2.6
2002	-2.2
2003	-2.7
2004	-4.0
2005	-5.2
2006	-6.4
2007	-6.8
2008	-5.8

FUENTE: Recio (2010· 201)<sup>21</sup>

21 El mismo autor nos advierte sobre la preocupante *tasa de cobertura* de la balanza española. La tasa de cobertura se calcula dividiendo exportaciones por importaciones y multiplicando por 100 (en valor). Una tasa de cobertura de 100 indica un comercio exterior sectorial equilibrado. La tasa total es la del conjunto de la economía y depende tanto de la situación de cada sector como del peso que cada sector tiene en el conjunto de las transacciones exteriores. Menor de 100 empieza a ser negativa esa cobertura. Pues bien, Recio señala que esa tasa de cobertura total pasó de ser negativa, en un 83 % en 1996, a preocupantemente negativa en 2007, con un 64,9 %.

#### 4. Situación financiera

El vertiginoso ascenso en su posición financiera permite a España convertirse en una importadora neta en todos los órdenes, tras haber sido exportadora primaria de productos agroalimentarios y recursos minerales.

Pero con ese generalizado proceso de importación comenzó parte del que sería su sui generis «modelo de crecimiento» posterior: el gran déficit en la balanza de pagos.

La «industria turística» alcanzó a compensar sólo parcialmente tal déficit hasta los años noventa. Así, el déficit de la balanza de mercancías era en 1996 de 12.000 millones de euros, en 2000, de 38.000 millones; y en 2005, de 71.000 millones de euros. El déficit de la balanza corriente estaba equilibrado en 1996, pero en 2000 ascendía a 21.000 millones de euros; y en 2005 a 72.000 millones de euros (Naredo, 2006).

Vemos, en este sentido, algunos otros datos indicativos en el Cuadro 1 en página anterior.

Sin embargo, de 1995 en adelante, con la consolidación del sistema monetario europeo, la Bolsa española se convierte, como se dijo, en un potente atractor de capitales. Con ello, no sólo se conseguía compensar el creciente déficit corriente de la economía española, sino que se posibilitaba la expansión internacional de sus empresas.

Es decir, que la cuenta financiera permitió seguir ampliando el déficit comercial manteniendo el equilibrio exterior.<sup>22</sup>

Hasta 2010 las únicas formaciones sociales centrales con una deuda de Estado alta eran Japón (casi el 200 % de su PIB), y hasta cierto punto Italia (con algo más del 100 %). La deuda pública española era de las más bajas de Europa, en torno al 30 % del PIB, algo no muy ilógico si tenemos en cuenta el menor peso del Estado Social.

Todavía en 2010 la deuda neta frente al exterior como porcentaje del PIB era de un 44 %.

En cuanto a la deuda privada, la española es de las más altas, y a diferencia de otras formaciones socio-estatales, sólo en España es muy alto el peso de la deuda de las instituciones no financieras (por encima del 140 % del PIB) (estos datos en Santos, 2010). Tal deuda se nutre fundamentalmente de las promotoras y constructoras, así como de la expansión internacional a débito de las transnacionales españolas.

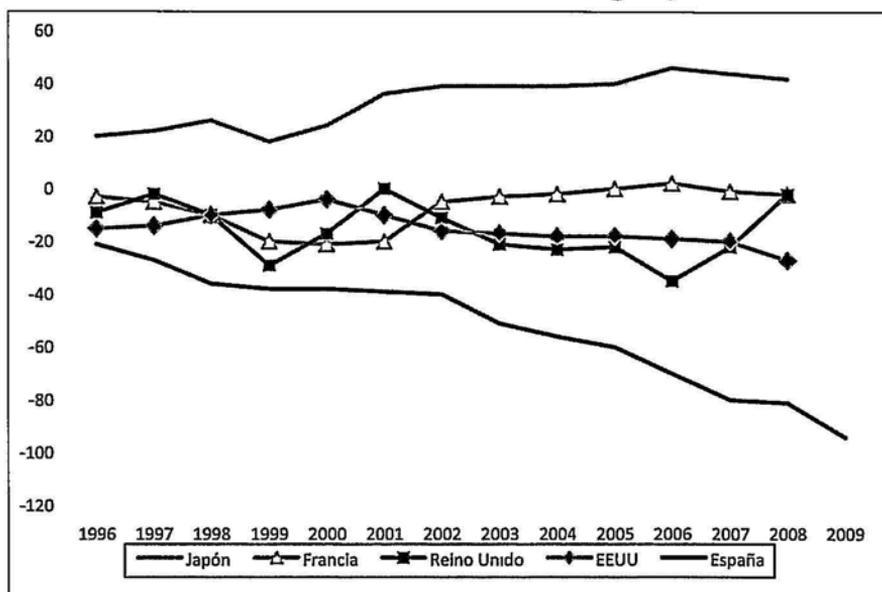
Congruente con ello es que mientras que el crédito a la actividad industrial aumentó entre 2000 y 2007 un 1,8 %, y a la actividad productiva en general un 3,1 %, el destinado a la actividad inmobiliaria lo hizo en 9 %, representando el 45 % del crédito total en 2008 (en 2000 era sólo del 25 %) (Navarro, Torres y Garzón, 2007).

Por otra parte, en España se ha dado una cesión a empresas transnacionales extranjeras de la mayor parte del núcleo central de las empresas industriales. En 2008, el capital extranjero tenía colocados 28 grandes grupos empresariales frente a 22 españoles, siendo abrumadoramente mayoritario en la industria. Dominaban aquél también el sector de la energía. 31 años antes, en 1977, los grupos empresariales extranjeros representaban apenas algo más de la mitad del conjunto de empresas fuertes del país (17 extranjeras frente a 33), y en 2006 todavía eran 18 frente a 32 (Recio, 2010: 207). Es decir, que en dos años se produce la inversión de proporciones, en una acelerada compra de la riqueza española por el capital extranjero. Especialmente preocupante en la esfera industrial.

---

22. Durante los años de mayor apogeo entró más dinero extranjero en forma de depósitos bancarios que el aportado por el turismo. Naredo (2006) explica magistralmente la concatenación de los procesos aquí sólo esbozados (para la vinculación de algunos de ellos con la burbuja inmobiliaria ver también Naredo, 2008).

GRÁFICO 5. IIN de formaciones centrales escogidas, 1996-2009



FUENTE: Santos (2010).

Esto tiene su correlación indicativa en la Inversión Internacional Neta (IIN, diferencia entre los activos en manos de nacionales en el extranjero y los activos en manos de extranjeros en el país de referencia). La IIN era de casi de menos 100 para España en 2009.

Quiere esto decir que, como nos indica Santos (2010), si en ese año España liquidase todos sus activos en el extranjero para «recomprar» todos los activos españoles en manos de no residentes, aún tendría casi el 100 % de PIB como pasivos frente a estos no residentes.<sup>23</sup>

Las razones son prácticamente las mismas que para el mantenimiento de la altísima deuda privada: evolución muy negativa de la cuenta corriente, fuerte inversión realizada en España durante el boom inmobiliario, especulación...

Así pues, la formación socio-estatal española presenta una evolución de la inversión internacional neta claramente negativa, que la convierte en presa fácil de cualquier variación en las expectativas de los inversores no residentes.

23. Esto a pesar de la acentuación del peso del sistema bancario español en la configuración y reparto de la riqueza mundial. Entre 1995 y 2000 el valor del *stock* de acciones del resto del mundo en poder de las empresas no financieras españolas ha crecido a un ritmo del 48 % anual acumulativo.

Pero todavía el valor de la propiedad de las empresas no financieras residentes españolas sobre el resto del mundo no alcanza el valor de las empresas españolas en poder del resto del mundo.

En cambio las empresas financieras ya han invertido esa dinámica desde 1999 [su propiedad de acciones del resto del mundo crece a una tasa del 59 % entre 1995 y 2000, del 23 al 33 % de las acciones de no residentes].

A mediados de 2013, que es cuando acabo estas páginas, con la depresión económica acentuándose, algunos de los indicadores de déficit mencionados en este apartado han mejorado debido a la caída de las importaciones españolas y al menor endeudamiento exterior; lo cual no debe confundirse con recuperación económica.

La balanza de pagos negativa por cuenta corriente como porcentaje del PIB ha sido la mayor de las principales economías (en torno al 6 % del PIB en 2010). Las formaciones estatales que le siguen, EE.UU. e Italia, sólo llegaban en 2010 al 2,7 % del PIB, aproximadamente.

El grave problema es que además las tasas de ahorro son negativas. A partir de 2007 los hogares tienen más pasivos que activos. Lo que supone un grave lastre de cara a la predicada reactivación de la demanda en un futuro (sobre todo si se tienen en cuenta las medidas procíclicas tendentes a rebajar aún más el consumo).

Por si fuera poco, la muy baja productividad<sup>24</sup> hace que no se pueda invertir la negatividad de la IIN. En 2010 el PIB por hora trabajada en España era de 33,42. Casi 10 puntos menos que en Alemania, que fue de 43,39, y casi 7 puntos menos que la media de la UE (40,35).

Se añade a la herida sangrante el hecho que al haberse dado una transferencia de pasivos de los balances privados a los públicos (lo que quiere decir que el proceso de «desapalancamiento» del sector privado se está contrarrestando por el incremento exponencial del apalancamiento del sector público, en gran medida por el salvataje bancario), la deuda pública ya alcanza algo más del 80 % del PIB.

Para 2013 el total de intereses de la deuda que debe pagar el Estado español es de 38.590 millones de euros. Casi tanto como el total de gastos del conjunto de Ministerios, según presupuestos aprobados en 2012: 39.722 millones

Todo ello da como resultado una *situación catastrófica*,<sup>25</sup> de gran debilidad frente a los especuladores, como se está evidenciando en los últimos años con la deuda soberana española.

Pero más allá de lo que muestran esos ataques, lo que está fuera de toda duda es que la deuda es absolutamente impagable. En 2009 ya ascendía en torno al 400 % del PIB. Esto significaba a mediados de 2011 unos 4,25 billones de euros, 4 veces la capacidad de crecimiento y de creación de riqueza de la economía española.

De esa deuda, el Banco de España apuntaba algo menos de 700.000 millones de euros a las Administraciones públicas; la de las familias españolas era algo inferior al billón de euros, y la de las empresas ascendía a 1,3 billones. La deuda total de los Bancos españoles estaba en tona a 1,35 billones de euros. Esto quiere decir que alrededor del 80 % de la deuda ha sido contraída por agentes privados, sobre todo Bancos (32 %) y empresas no financieras (31 %).

La parte total de esa deuda con extranjeros es de 1,7 billones, de los cuales de nuevo el 82 % es del sector privado. En marzo de 2011 el Banco Internacional de Pagos hacía pública la deuda española con Bancos extranjeros, que era de unos 800.000 millones de euros (casi el 80 % del PIB). El 22 % de la misma estaba contraída con Bancos alemanes; el 20 % con Bancos franceses y el 17 % con ingleses (todos estos datos sobre deuda en Gómez-Olivé y Reguant, 2011).

---

24. El porcentaje que destina el Estado a I+D ha vuelto a bajar en 2012, hasta el 1,3 % del PIB (la media de la UE es del 2 %) y la reducción prevista por el gobierno de Rajoy es de un 80 % más para 2013.

25. Situación que no sólo está consiguiendo hacer de la sociedad una población abatida, instalando el desánimo y la tristeza social (¿también la pugna de todos contra todos?), sino que ha dado pábulo a una creciente producción impresa del caos, inocultable a pesar de la «industria del optimismo» que financia la clase dominante española en todo tipo de medios y a través de un sinfín de intermediarios de opinión a sueldo, para crear la ilusión en la recuperación económica. Ver como ilustración del desánimo impreso la obra del periodista Ramón Muñoz (2012), pero hay muchas más semejantes, en cuyos títulos figuran términos como «atraco», «estafa», «fin», etc

Si se aplica un mínimo de sentido común al respecto de estas cifras y teniendo en cuenta todo el resto de indicadores expuestos hasta aquí, para nadie es difícil deducir que la batería de medidas y «ajustes estructurales» hechos en nombre de la deuda no sólo son inútiles por lo que toca a su satisfacción, que es imposible, sino que tratan de que las deudas privadas las pague el conjunto de la población, aun a pesar de la inducida recesión económica, pues las medidas son en realidad procíclicas, esto es, tendentes a deprimir aún más la economía y agravar el ciclo vicioso de recesión-desempleo-caída del consumo.

Y es que, en realidad, esas disposiciones de la economía política del Capital han de tener por fuerza también otros objetivos. Los mismos que los de los ajustes estructurales (PAE) que fueron aplicados en las periferias (apartado 5.2. del cap. 5): extremar la apropiación de la riqueza social por parte de la élite del Capital transnacional y reestructurar substancialmente la dominación de clase hacia un brutal disciplinamiento del Trabajo, con miras a ir abriendo paso a una nueva *forma* de capitalismo.

Tales medidas disciplinarias acentuadoras de la profunda indefensión del Trabajo corren parejas al desechamiento definitivo de la *opción reformista*.

La sociedad española derrotada (sucesión de dictaduras desde el siglo XIX, más juncarlismo o pacto de las clases dominantes para repartirse el conjunto de la riqueza social, más burbuja de riqueza ficticia y consumo a crédito, más corrupción institucionalizada) es según todos los indicios, presa fácil de esta estrategia.

La terrible incentivación del desempleo (por encima del 27 % a la hora de acabar estas páginas), marca un hito histórico en la capacidad de someter a una sociedad sin rebelión (ni siquiera en la Alemania de entreguerras se llegó a tanto).

Frente a ello, y con más del 57 % de paro entre los menores de 25 años, una creciente parte integrante de las generaciones jóvenes sin futuro ha primado de momento la salida individual (la emigración).

Con las estrategias de recesión y asalto a la riqueza social de las clases dominantes y el ciclo de decadencia de la Gran Depresión ahondando su devastación en la sociedad española, es de esperar, sin embargo, una reactivación de las protestas sociales. Máxime según se extiendan los efectos de aquella Depresión también a formaciones centrales hasta ahora importadoras netas de fuerza de trabajo, con lo que se vayan obliterando las salidas individuales de la emigración.

Según se vaya agravando el «problema laboral» y social, y según se desmorone del todo la *opción reformista* y el pacto de las élites que ha dado vida al juncarlismo, se abren forzosamente nuevas perspectivas de relación entre las clases. Ninguna de ellas apunta ya a mantener el «pacto keynesiano» garantizador de la paz social. Las sociedades, por muy golpeadas que hayan sido, se vuelven a levantar si no se les da otra salida.<sup>26</sup> Es decir, las sociedades por lo general no se suicidan.

El problema, una vez más, para una sociedad hasta ahora desestructurada y despolitizada, consiste en ser capaz de ir más allá de la protesta, relativamente fácil de reprimir, hacia la agencialidad proyectiva, organizada en torno a un modelo de sociedad alternativo.

---

26. De hecho, hay signos evidentes de un repunte de la conflictividad laboral en España (como en las otras formaciones estatales más golpeadas por la economía política del Gran Capital europeo). Un acertado análisis sobre ello desde la propia sociedad en movimiento, en Sanz (2013) (para compararse con lo indicado en nota 40 del cap. 5).



# Bibliografía

- ACANDA, Jorge Luis (1997). «La democracia como autoconstrucción de los sujetos. Las funciones de la idea de sociedad civil en la teoría política marxista», en *Recerca*, nº 1, pp. 47-76. Dpto. de Filosofía y Sociología, Universidad Jaume I. Castellón.
- AGLIETTA, Michel (1982 [1976]). *Regulación y crisis del capitalismo*. Siglo XXI. Madrid.
- AIZPURU, Mikel y RIVERA, Antonio (1994). *Manual de historia social del trabajo*. Siglo XXI. Madrid.
- ALONSO, Luis Enrique (1999). *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*. Trotta. Madrid.
- (2005). *La era del consumo*. Siglo XXI. Madrid.
- (2007). *La crisis de la ciudadanía laboral*. Anthropos. Barcelona.
- ALTVATER, Elmar (1994). *El precio del bienestar*. Alfons El Magnànim - IVEI. Valencia.
- (2011). *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. El Viejo Topo. Barcelona.
- AMIN, Samir (2009). *La Crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*. El Viejo Topo. Barcelona.
- (2012). *La ley del valor mundializada. Por un Marx sin fronteras*. El Viejo Topo. Barcelona.
- ANDERSON, Perry (2012 [2009]). *El nuevo viejo mundo*. Akal. Madrid.
- ANISI, David (1995). *Creadores de escasez. Del bienestar al miedo*. Alianza. Madrid.
- ARENAS, Carlos (2003). *Historia económica del trabajo (siglos XIX y XX)*. Tecnos. Madrid.
- ARRIGHI, Giovanni (1999). *El largo siglo XX*. Akal. Madrid.
- y SILVER, Beverly (1999). «Hegemonic Transitions: Past and Present», en *Political Power and Social Theory*, nº 13, pp. 239-275.
- ARZE, Carlos (2011). «¿Garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo o el aumento de la explotación?», en *Control Ciudadano. Boletín de seguimiento a políticas públicas*. Segunda época, nº 16, Cedla. La Paz.
- AUTOR, David, y DORN, David (2011). *The Growth of Low Skill Service Jobs and the Polarization of the U.S Labour Market*, en <http://econ-www.mit.edu/files/1474>
- BALAKRISHNAM, Gopal (2009). «Speculations on the Stationary State», en *New Left Review*, nº 59, pp. 5-26.
- BALIBAR, Etienne y WALLERSTEIN, Immanuel (1991 [1988]). *Raza, nación y clase*. Iepala. Madrid.
- BAÑOS, Antonio (2012). *Posteconomía. Hacia un capitalismo feudal*. Los libros del Lince. Barcelona.
- BARAN, Paul y SWEETZ, Paul (1973). *El Capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. Siglo XXI. México D.F.
- BARKIN, David y ELIZALDE, Antonio (2012). «Hacia la construcción de un nuevo paradigma social», en *Polis* nº 33. Universidad de Los Lagos. Santiago.
- BATCHIKOV, Serguei; IUREVICH, Serguei; y KARA-MURZA, Serguei (2007). *El libro Blanco de Rusia. Las reformas neoliberales (1991-2004)*. El Viejo Topo. Barcelona.
- BAUDELOT, Chirstian y ESTABLET, Roger (2000). *Avoir 30 ans en 1968 et en 1998*. Seuil. París.
- BAUMAN, Zygmunt (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Gedisa. Barcelona.
- BEAUD, Stéphane y PIALOUX, Michel (1999). *Retour sur la condition ouvrière*. Fayard. París.
- BECK, Ulrich (2002). *La sociedad del riesgo global*. Siglo XXI. Madrid.
- BEINSTEIN, Jorge (2009). «En la ruta de la decadencia. Hacia una crisis prolongada de la civilización burguesa», en Observatorio Internacional de la Crisis, *La Gran Depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. DEI. San José.
- BELL, John R. (2009). *Capitalism and the Dialectic. The Uno-Sekine Approach to Marxian Political Economy*. Londres-Nueva York, Pluto-Press.

- BELLAMY FOSTER, John (2013). «Marx, Kalecki, Keynes y la estrategia socialista: la superioridad de la economía política del trabajo sobre la economía política del capital. (El gran debate de la izquierda del siglo XX revisitado)», en <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/foster1.pdf>
- BIHR, Alain (2006). *La préhistoire du capital. Le devenir-monde du capitalisme*. Page Deux. Lausanne.
- BILBAO, Andrés (1995). *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*. Trotta. Madrid.
- (2000). «Modelo laboral, organización de las relaciones laborales y consenso», en VV.AA. *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación*. Germania. Alzira.
- BOLTANSKI, Luc y CHIAPPELLO, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal. Madrid.
- BONEFELD, Werner (2005). «Antiglobalización y socialismo» (segunda parte), en Herramienta, n° 30, <http://www.herramienta.com.ar/revista-impres/revista-herramienta-n-30>
- BOND, Patrick y KHADIJA, Sharife (2013). «Dossier sobre la cumbre de los BRICS», en <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/bond.pdf>
- BOURDIEU, Pierre (2001). *Por un movimiento social europeo*. Anagrama. Barcelona.
- BOYER, Robert (1992 [1987]). *La teoría de la regulación. Un análisis crítico*. Edicions Alfons El Magnànim-IVEI. Valencia.
- y SAILLARD, Yves (2002 [1995]). *Régulation Theory. The State of Art*. Routledge. Londres-Nueva York.
- BRAVERMAN, Henry (1987 [1974]). *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*. Nuestro Tiempo. México D.F.
- BRAUDEL, Fernand (1985). *La dinámica del capitalismo*. Alianza. Madrid.
- BRENNER, Robert (2003). *La expansión económica y la burbuja bursátil*. Akal. Madrid.
- (2009). *La economía de la turbulencia global*. Akal. Madrid.
- y GLICK, Marc (1991). «The Regulation Approach: Theory and History», en *New Left Review*, I/ 188, July-August 1991, pp. 45-119.
- BUJARIN, Nikolái (2002 [1929]). *El testamento político de Lenin. Informe en la sesión recordatoria por el 5to aniversario de la muerte de Lenin*. Marxists Internet Archive, <http://www.marxists.org/espanol/bujarin/obras/21ene1929.htm>
- BUROWAY, Michael (1989 [1979]). *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- CANO, Ernest (2000). «Análisis de los procesos socioeconómicos de precarización laboral», en VV.AA. *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación*. Germania. Alzira.
- CARCANHOLO, Reinaldo (2009). «Capital ficticio y ganancias ficticias. Dos visiones críticas sobre el futuro del capitalismo», en Observatorio Internacional de la Crisis, *La Gran Depresión del Siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. DEI. San José.
- (2011). «Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares» y Apéndice I: «Los gastos militares y la transustanciación de la riqueza», en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.
- y NAKATANI, Paulo (2000). «Capital especulativo parasitario versus capital financiero», en Joaquín Arriola y Diego Guerrero (eds.), *La nueva economía política de la globalización*. Universidad del País Vasco. Bilbao.
- CARRINGTON, Damián (2011). «¿Están llegando los precios de los alimentos al punto de no retorno?», en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=4474>
- CASTEL, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós. Barcelona.
- CHESNAIS, François (2008). «El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera», en *Herramienta*, n° 37. Buenos Aires.
- COLECTIVO IOE (1999). *Inmigrantes, trabajadores, ciudadanos. Una visión de las migraciones desde España*. Universitat de València-Patronat Sud-Nord. València.
- (2008). *Barómetro Social de España. Análisis del periodo 1994-2006*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- (2012). «Caen los salarios por segundo año consecutivo», en Barómetro Social de España, <http://barometrosocial.es/caen-los-salarios-por-segundo-ano-consecutivo/#more-525>
- COMÍN, Francisco (2011). *Historia económica mundial. De los orígenes a la actualidad*. Alianza. Madrid.

- CORLAT, Benjamin (1993a). *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Siglo XXI. Madrid.
- (1993b). *El taller y el robot. Ensayo sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*. Siglo XXI. Madrid.
- DE GAUDEMAR, Jean-Paul (1979). *Movilidad del trabajo y acumulación de capital*. Ediciones Era. México. D.F.
- DEKLE, Robert (1994). «Technological progress and endogenous capital depreciation: evidence from the US and Japan», en <http://www.federalreserve.gov/pubs/ifdp/1994/485/ifdp485.pdf>
- DIERCKXSENS, Wim (1998). *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*. DEI. San José.
- (2003). *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. DEI- Ediciones Desde Abajo. Bogotá.
- (2011). «Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?», en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens, *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.
- (2012). «Horizontes de otra racionalidad económica / Crisis de legitimidad de una civilización», en <http://www.observatoriodelacrisis.org/2012/03/horizontes-de-otra-racionalidad-economica-crisis-de-legitimidad-de-una-civilizacion/> Observatorio internacional de la Crisis.
- y JARQUÍN, Antonio [Observatorio Internacional de la Crisis] (2011). «La economía de guerra ante la Gran Depresión del siglo XXI: keynesianismo militar y complejo industrial militar», en Wim Dierckxsens (ed.), *Siglo XXI: crisis de una civilización. ¿Fin de la historia o comienzo de una nueva historia?* Instituto de Altos Estudios Nacionales. Quito.
- y JARQUÍN, Antonio [Observatorio Internacional de la Crisis] (2012). *Crisis y sobrevivencia. Ante guerreros y banqueros*. DEI. San José.
- DÍEZ, Fernando (2001). «El discurso del trabajo en el Siglo de las Luces», en *Sociología del Trabajo*, nueva época, n° 42, pp. 119-145.
- DOCKÈS, Pièrre y ROSIER, Bernard (1983). *Rythmes économiques. Crises et changement social, une perspective historique*. La Découverte. París.
- DOMÈNECH, Antoni (2004). *El eclipse de la fraternidad*. Crítica. Barcelona.
- DUCHASTEL, Jules (2002). «La ciudadanía en las sociedades contemporáneas: entre la globalización de los mercados y reivindicaciones democráticas». Ponencia presentada en el Taller: Ciudadanía y costos sociales: los nuevos marcos de regulación. Oñate. En <http://www.chaire-med.ca/>
- DUMÉNIL, Gérard y LÉVY, Dominique (2004). «Neoliberal Income Trends. Wealth, Class and Ownership in the USA», en *New Left Review*, n° 30, pp. 105-133.
- y LÉVY, Dominique (2012). *The Crisis of Neoliberalism*. Harvard University Press. Cambridge.
- DURÁN, María Ángeles (1986). *La jornada interminable*. Icaria. Barcelona.
- ELEY, Geoff (2003). *Historia de la izquierda en Europa 1850-2000*. Crítica. Barcelona.
- ELIAS, Norbert (1993 [1939]). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica. México D.F.
- (2000 [1987]). *La sociedad de los individuos*. Península. Barcelona.
- ENGELS, Friedrich (1980 [1845]). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Progreso. Moscú.
- ETXEZARRETA, Miren (coord.) (1991). *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*. Icaria-FUHEM. Barcelona-Madrid.
- (coord.) (2004). *Crítica a la economía ortodoxa*. Seminario de Economía Crítica Taifa. Universitat Autònoma de Barcelona. Bellaterra.
- FAZIO, Hugo (1998). *El 'tigre' chileno y la crisis de los 'dragones' asiáticos*. LOM. Santiago de Chile.
- FEDERICI, Silvia (2011). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón (2010). «La conflictividad político social mundial en el siglo XX. De la lucha de clases al movimiento antiglobalización pasando por el 68 y el auge del feminismo y del ecologismo». En <http://www.rebelion.org/docs/99858.pdf>
- (2011a). *El Antropoceno. La expansión del capitalismo global choca con la biosfera*. Virus. Barcelona.
- (2011b). *Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Preparándonos para el comienzo del colapso de la Civilización Industrial*. Libros en Acción-Virus-Baladre. Madrid.

- FERNER, Anthony y HYMAN, Richard (2002). *La transformación de las relaciones laborales en Europa*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Madrid.
- FISCHBACH, Franck (2012). «De como el capital captura el tiempo», en Franck Fischbach (coord.), *Marx. Releer El Capital*. Akal. Madrid.
- FONSECA, Ronaldo (2002). *Marxismo e globalização*. Campo das letras. Oporto.
- FONTANA, Josep (2011). *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Pasado y Presente. Barcelona.
- FORMENTO, Walter y MERINO, Gabriel (2011). *Crisis financiera global, La lucha por la configuración del Orden Mundial*. Peña Lillo/Ediciones Continente. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (1978 [1975]). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. Madrid.
- FRIEDMANN, Harriet (2005). «Feeding the Empire: The Pathologies of Globalized Agriculture», en Leo Panitch y Colin Leys, *The Empire Reloaded*. Socialist Register. Londres.
- FUMAGALLI, Andrea (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- ; LUCARELLI, Stefano; MARAZZI, Christian; NEGRI, Antoni y VERCELLONE, Carlo (2009). *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- GALCERÁN, Montserrat (1997). *La invención del marxismo*. Iepala. Madrid.
- GARCÉS, Joan (1996). *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*. Siglo XXI. Madrid.
- GARCÍA CALAVIA, Miguel Ángel (2008). «Las huelgas laborales en el Estado español (1976-2005)», en *Arxius de Ciències Socials*, nº 18, pp. 93-117. Universitat de València.
- GARCÍA-DURÁN, Raúl (2006). *Mercancías, androides o personas. Elementos para la comprensión de la sociedad actual*. Tecnos. Madrid.
- GARCÍA LINERA, Álvaro (2008). *La potencia plebeya*. CLACSO-Prometeo Libros. Buenos Aires.
- GARZÓN, Alberto (2011). «Evolución de los salarios en España (1978-2010)», en <http://www.agarzon.net/evolucion-de-los-salarios-en-espana-1978-2010/>
- GOMBEAUD, Jean-Louis y DÉCAILLOT, Maurice (2000). *El regreso de la Gran Depresión*. El Viejo Topo. Barcelona.
- GÓMEZ-OLIVÉ, Dani y REGUANT, Eulàlia (2011). «En el Estado español, ¿cómo hemos llegado a esta situación?», en ¿Quién debe a quién? (coord.), *Vivir en Deudocracia*. Icaria. Barcelona.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (1999). «La explotación global», en *Utopías. Nuestra Bandera*, nº 179, vol. 1, Madrid.
- GORDON, David (1980). «Stages of Accumulation and Long Economic Cycles», en T. Hopkins e I. Wallerstein (eds.), *Processes of the World-System*. Sage Publishers. Londres.
- , EDWARDS, Richard y REICH, Michael (1986 [1982]). *Trabajo segmentado. Trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en los Estados Unidos*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- , EDWARDS, Richard y REICH, Michael (1994). «Long swings and stages of capitalism», en D. Kotz, T. McDonough y M. Reich, *Social Structures of Accumulation*. Cambridge University Press. Cambridge.
- GORZ, André (2003). *L'immatériel*. Galilée. París.
- GOWAN, Peter (2009). «Crisis in the Heartland. Consequences of the New Wall Street System», en *New Left Review*, nº 55.
- , PANICH, Leo y SHAW, Martin (2001). «The State, Globalization and New Imperialism. A Roundtable Discussion», en *Historical Materialism*, vol. 9, pp. 3-38. Londres.
- GPM (2003). «Fuerzas productivas y tasa de ganancia», en [http://www.nodo50.org/gpm/1ff\\_pp\\_tasa\\_ganancia.htm](http://www.nodo50.org/gpm/1ff_pp_tasa_ganancia.htm)
- (2011). «Producción y mercado, ¿qué es lo determinante?», en «Otro Sí Digo en la polémica sobre la Tasa de Ganancia», <http://www.nodo50.org/gpm/OtroSiDigo/00.htm>
- GRAEBER, David (2012). *En deuda. Una historia alternativa de la economía*. Ariel. Barcelona.
- GRAMSCI, Antonio (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión. Madrid.
- GRIMAL, Henri (1989). *Historia de las descolonizaciones del siglo XX*. Iepala. Madrid.

- GROSSMANN, Henryk (1979 [1929]). *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. Siglo XXI. Madrid.
- GUAMÁN, Adoración e ILLUECA, Héctor (2012). *El huracán neoliberal*. Sequitur. Madrid.
- GUERRERO, Diego (2000). «Diez reflexiones polémicas sobre la crisis económica y financiera», en [www.pc1406.cps.ucm.es](http://www.pc1406.cps.ucm.es).
- (2004). «La explotación. Trabajo y capital en España» en [www.pc1406.cps.ucm.es](http://www.pc1406.cps.ucm.es).
- GUNDER FRANK, André (1976). *Capitalismo y genocidio económico. Carta abierta a la escuela económica de Chicago y su intervención en Chile*. Zero. Madrid.
- HARDY, Jane y BUDD, Adrian (2012). «China's capitalism and the crisis», en *International Socialism*, n° 133. <http://www.isj.org.uk/?id=777>
- HARVEY, David (2007a). *El nuevo imperialismo*. Akal. Madrid.
- (2007b). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal. Madrid.
- (2012). *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*. Akal. Madrid.
- HEINRICH, Michael (2008). *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*. Escolar y Mayo. Madrid.
- HERRERA, Rémy (2011). «Sector de la defensa, sociedades militares privadas y poder de las altas finanzas», en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens, *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.
- HILFERDING, Rudolf (1980 [1910]). *Finance Capital*. Routledge. Londres.
- HOBSBAWM, Eric (1995). *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Crítica. Barcelona.
- (2001). *La era de la revolución. 1789-1848*. Crítica. Barcelona.
- HOLLOWAY, John (1994). *Marxismo, Estado y Capital. La crisis como expresión del poder del trabajo*. Tierra del Fuego. Buenos Aires.
- HORNSTEIN, Andreas y KRUSELL, Per (1996): «Can technology Improvements Cause the Productivity Slowdown?», en *NBER Macroeconomics Annual*, pp. 209-275. <http://www.nber.org/chapters/c11030>
- HUDSON, Michael (2003). *Super Imperialism: The Origins and Fundamentals of U.S World Dominance*. Pluto Press. Londres.
- HUSSON, Michel (2008a). «La subida tendencial de la tasa de explotación», en *Viento Sur*, n° 100. Madrid. <http://www.vientosur.info/documentos/Husson.pdf>
- (2008b) «La emergencia de un gigante», en *Viento Sur*, n° 101. Madrid. <http://www.vientosur.info/documentos/Husson.pdf>
- (2009). *Capitalismo puro*. Maia. Madrid.
- (2013). «El capitalismo en el atolladero», en <http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/2Hussonfebrer13.pdf>
- IBÁÑEZ, Eduard (2010). *Campos de batalla. Terrenos, formaciones y tácticas en la lucha social*. Tierradenadie. Madrid.
- INIESTA, Ferrán (2009). «El retorno de las tradiciones africanas», en Kepa Sodupe, Mbuyi Kabunda y Leire Moure (eds.), *África subsahariana. Perspectivas sobre el subcontinente en un Mundo Global*. Universidad del País Vasco. Zarautz.
- ÍNIGO, Juan (2003). *El Capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Ediciones Cooperativas. Buenos Aires.
- JARQUÍN, Antonio y DIERCKXSENS, Wim [Observatorio Internacional de la Crisis] (2009). «La Gran Depresión del siglo XXI: la geopolítica y el lugar de América Latina y el Caribe», en Observatorio Internacional de la Crisis, *La Gran Depresión del siglo XXI. Causas, carácter, perspectivas*. DEI. San José.
- JISI, Wang y LIEBERTHAL, Kenneth (2012). «Addressing US-China Strategic Distrust», en <https://www.brookings.edu/research/papers2012/03/30-us-china-lieberthal>
- JONES, Owen (2012). *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Capitán Swing. Madrid.
- KALECKI, Michal (1972). *The Last Phase in the Transformation of Capitalism*. Monthly Review Press. Nueva York.
- KATZ, Claudio (2004). *El porvenir del socialismo*. Herramienta. Buenos Aires.
- (2010). «Las tres dimensiones de la crisis», en <http://lahistoriadeldia.wordpress.com/2010/05/03/claudio-katz-las-tres-dimensiones-de-la-crisis/>. Argenpress info.

- (2011). *Bajo el imperio del capital*. Ediciones Luxemburg. Buenos Aires.
- KLEIN, Noemi (2011). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós. Barcelona.
- KOTZ, David (2003). «Neoliberalism and the Social Structure of Accumulation Theory of Long-Run Capital Accumulation», en *Review of Radical Political Economics*, nº 35, pp. 263-270. Cornell University. Sage.
- (2009). «Marxist Crisis Theory and the Severity of the Current Economic Crisis», en [http://people.umass.edu/dmkotz/Marxist\\_Cr\\_Th\\_09\\_12.pdf](http://people.umass.edu/dmkotz/Marxist_Cr_Th_09_12.pdf)
- y McDONOUGH, Terrence (2007). *Global Neoliberalism and the Contemporary Social Structure of Accumulation*. Versión 4, en [http://people.umass.edu/dmkotz/Glob\\_NL\\_and\\_Contemp\\_SSA\\_08\\_12.pdf](http://people.umass.edu/dmkotz/Glob_NL_and_Contemp_SSA_08_12.pdf)
- , McDONOUGH, Terrence y REICH, Michael (1994). *Social Structures of Accumulation. The political economy of growth and crisis*. Cambridge University Press. Cambridge.
- KÜHNEL, Reinhard (1982 [1971]). *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués*. Fontanella. Barcelona.
- LACALLE, Daniel (2013). «Crisis y desindustrialización en España (2007-2012)», en *Crónica Popular*, <http://www.cronicapopular.es/2013/01/crisis-y-desindustrializacion-en-espana-2007-2012/>
- LACROIX, Jean-Guy y TREMBLAY, Gaetan (1997). «The 'Information Society' and Cultural Industries Theory», en *Current Sociology*, vol. 45, nº 4. Sage Publications. Londres.
- LAFARGUE, Paul (2010 [1880]). *El derecho a la pereza*. Público. Madrid.
- LAGI, Marco, BERTRAND, Karla Z. y BAR-YAM, Yaneer (2011). «The Food Crises and Political Instability in North Africa and the Middle East», en Cornell University Library, <http://arxiv.org/pdf/1108.2455v1.pdf>
- LENIN, Vladimir (1980 [1916]). «El imperialismo. Fase superior del capitalismo», en Vladimir Lenin, *Obras Escogidas*. Progreso. Moscú.
- LESOURD, Jean-Alain y GERARD, Claude (1966). *Historia económica mundial*. Vicens Vives. Barcelona.
- LIPIETZ, Alain (1986). «Behind the Crisis: The Exhaustion of a Regime of Accumulation. A 'regulation school' perspective on some French empirical works», en *Review of Radical Political Economics*, vol. 18 nº 1 y 2, pp. 13-32. Cornell University. Sage.
- LOONG YU, Au (2009-2010). *China ¿Final de un modelo o nacimiento de un nuevo modelo?*, en *Revista Transversales*, número 17, <http://www.nodo50.org/transversales/>
- LÓPEZ, Isidro (2012). «Die Krisis», en *Diagonal*, nº 188. Madrid.
- y RODRÍGUEZ, Emmanuel (2010). *Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- LUCARELLI, Stefano (2009). «La financiarización como forma de biopoder», en Andrea Fumagalli; Stefano Lucarelli; Christian Marazzi; Antoni Negri y Carlo Vercellone (2009). *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- LUKÁCS, Georg (1958 [1954]). *La destruction de la raison*. L'Arche. París.
- (1985 [1923]). *Historia y conciencia de clase* (2 vols.). Orbis. Barcelona.
- LUXEMBOURG, Rose (1975 [1918]). *La Revolución rusa y otros escritos*. Castellote. Madrid.
- MAGDOFF, Harry (1979 [1977]). *Ensayos sobre el imperialismo: historia y teoría*. Nuestro Tiempo. México D.F.
- y SWEEZY, Paul M. (1988 [1987]). *Estancamiento y explosión financiera en Estados Unidos*. Siglo XXI. México D.F.
- MAGRI, Lucio (2010 [2009]). *El sastre de Ulm. El comunismo del siglo XX. Hechos y reflexiones*. El Viejo Topo. Barcelona.
- MADDISON, Angus (2002). *La economía mundial. Una perspectiva milenaria*. Mundi-Prensa. Madrid.
- MANDEL, Ernest (1979). *El capitalismo tardío*. Ediciones Era. México D.F.
- (1986). *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Siglo XXI. Madrid.
- (2008). «El debate internacional sobre las ondas largas del desarrollo capitalista», en *Mundo Siglo XXI*, nº 14, pp. 5-16 (<http://132.248.9.34/hevila/MundosisgloXXI/2008/no14/1.pdf>). México D.F.
- MARCUSE, Herbert (1993 [1964]). *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Planeta DeAgostini. Barcelona.

- MARINI, Ruy Mauro (1978). «Las razones del neodesarrollismo», en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, n° extra, pp. 57-105.
- (1985). *Subdesarrollo y revolución*. Siglo XXI. México D.F.
- MARSHALL, T.H. y BOTTOMORE, Tom (1992). *Ciudadanía y clase social*. Alianza. Madrid.
- MARTÍNEZ ALIER, Joan y ROCA, J. (1988). «Economía política del corporativismo español», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 88, pp. 25-62.
- MARTINS, Carlos Eduardo (2000). «Superexplotación del trabajo y acumulación de capital: reflexiones teórico-metodológicas para una economía política de la dependencia», en *Problemas del Desarrollo*, vol. 31, n° 123, pp. 33-54. UNAM. México D.F.
- (2009). «A teoria da conjuntura e a crise contemporânea», en *Polis*, n° 24, pp. 385-401. Universidad Bolivariana. Santiago.
- MARX, Karl (1972 [1857]). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Siglo XXI. Madrid.
- (1981 [1867]). *El Capital* (Tomo 1). Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- (1989 [1932]). *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Progreso. Moscú.
- MASDEU, Carles (2012). «Estrategias para Eurasia: el retorno de Mackinder», en Francisco Veiga y Andrés Mourenza (coord.), *El retorno de Eurasia. 1991-2011*. Península. Barcelona.
- MATTICK, Paul (1969). *Marx and Keynes. The Limits of the Mixed Economy. Extending Horizons*. Books/Porter Sargent. Boston.
- (2009 [1934]). «The Permanent Crisis. Henryk Grossman's Interpretation of Marx's Theory of Capitalist Accumulation», en *The Council Communist Archive*, <http://web.archive.org/web/20090221055640/www.kurasje.org>.
- MCDONOUGH, Terrence (1995). «Lenin, Imperialism, and the Stages of Capitalist Development», en *Science & Society*, vol. 59, n° 3, pp. 339-367. Nueva York.
- (1998). «Gordons Accumulation Theory: The Highest Stage of Stadial Theory», en *Review of Radical Political Economics*, n° 31, pp. 153-173. Cornell University. Sage.
- (2003). «What Does Long Wave Theory Have to Contribute to the Debate on Globalization», en *Review of Radical Political Economics*, vol. 35 n° 3, pp. 280-286. Cornell University. Sage.
- (2008). «Social Structures of Accumulation Theory: The State of Art», en *Review of Radical Political Economics*, n° 40, pp. 153-173. Cornell University. Sage.
- , REICH, Michael y KOTZ, David (2010). *Contemporary Capitalism and Its Crisis. Social Structure of Accumulation Theory for the 21<sup>st</sup> Century*. Cambridge University Press. Cambridge.
- MÉSZÁROS, István (2003). *El siglo XXI ¿socialismo o barbarie?* Herramienta. Buenos Aires.
- (2009). *La crisis estructural del capital*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información. Caracas.
- (2011). *Actualidad histórica de la ofensiva socialista. Alternativa al parlamentarismo*. El Viejo Topo. Barcelona.
- MICHÉA, Jean-Claude (2009). «La escuela de la ignorancia», en <http://ecodiario.economista.es/investigacion-universitaria/noticias/1724666/11/09/La-escuela-de-ignorancia-y-la-manipulacion-de-la-ciudadania-.html>
- MIDNIGHT NOTES COLLECTIVE (1990). «The New Enclosures», en *Midnight Notes* 10, <http://midnightnotes.org/newenclos.html>
- (2009). «Promissory Notes. From Crisis to Commons», en <http://www.midnightnotes.org/Promissory%20Notes.pdf>
- MIES, Maria (1986). *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*. Zed Books. Londres.
- MILLET, Damien; MOUNEVAR, Daniel y TOUSSAINT, Eric (2012). *Las cifras de la deuda 2012*. <http://www.alainet.org/active/60279>
- MORÁN, Agustín (1996). «Auge y crisis de los grandes acuerdos de los 80. De la clase obrera al mercado de trabajo», en *Cuadernos de Relaciones Laborales*, n° 9. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- MOULIER-BOUTANG, Yann (2006). *De la esclavitud al trabajo asalariado. Economía histórica del trabajo asalariado embridado*. Akal. Madrid.

- MUÑOZ, Ramón (2012). *España destino Tercer Mundo*. Ediciones Deusto-PAPF (Grupo Planeta). Barcelona.
- NAREDO, José Manuel (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Siglo XXI. Madrid.
- (2008). *Patrimonio inmobiliario y balance nacional de la economía española (1995-2007)*. Fund. Cajas Ahorros Confederada. Madrid.
- NAVARRO, Vicenç (2009). *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*. Diario Público. Madrid.
- ; TORRES, Juan y GARZÓN, Alberto (2007). *Hay alternativas*. Sequitur. Madrid.
- NEGRI, Antonio (1980). *Del obrero masa al obrero social*. Anagrama. Barcelona.
- NIETO, Maximiliano (2003). «Tendencias de la rentabilidad y la acumulación en el capitalismo español (1954-2003)», en *Revista de Economía Institucional*, vol. 8, nº 15, pp. 185-206.
- NOGUERA, Albert (2012). *Utopía y poder constituyente. Los ciudadanos ante los tres monismos del Estado neoliberal*. Sequitur. Madrid.
- NOVACK, George (2012 [1957]). «La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad», en Marxists Internet Archive, <http://www.marxists.org/espanol/novack/1957/desigual.htm>
- NÚÑEZ, Rafael (1993). *Sociedad y política en el siglo XX. Viejos y nuevos movimientos sociales*. Síntesis. Madrid.
- O'HARA, Phillip Anthony (2004). «A New Transnational Corporate Social Structure of Accumulation for Long-Wave Upswing in the World Economy?», en *Review of Radical Political Economics*, nº 36, pp. 328-335. Cornell University. Sage.
- ORTI, Alfonso (1995). «Del franquismo al juancarismo sociológico: apología televisiva de la transición desde la pizarra real», en *Viento Sur*, nº 24, pp. 76-87.
- (1996). «Las bases sociales del juancarismo», en *Página Abierta*, nº 64, pp. 18-23.
- PAJARES, Miguel (2010). *Inmigración y mercado de trabajo. Informe 2010*. Documentos del Observatorio Permanente de la Inmigración. Ministerio de Trabajo e Inmigración. Madrid.
- PALAZUELOS, Enrique (1986). «La estructura económica de las formaciones capitalistas desarrolladas», en Enrique Palazuelos (ed.), *Las economías capitalistas durante el periodo de expansión 1945-1970*. Akal. Madrid.
- PANITCH, Leo y GINDIN, Sam (2005). «Finance and American Empire», en L. Panitch y C. Leys, *The Empire Reloaded*. Socialist Register. Londres.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1987). *El obrero consciente*. Alianza. Madrid.
- PIQUERAS, Andrés (1997). *Conciencia, sujetos colectivos y praxis transformadoras en el mundo actual*. Sodepaz. Madrid.
- (2001). «Oenegeismo y política. Paradojas de una sociedad muy poco civil», en *Témpora*, nº 4, pp. 149-169. Universidad de La Laguna. Santa Cruz de Tenerife.
- (2002). *Movimientos sociales y capitalismo. Historia de una mutua influencia*. Germania. Alzira.
- (2005). «La mutua conformación del Capital y el Trabajo desde el capitalismo maduro al capitalismo senil, y las formas sociales a que da lugar», en *Polis*, vol. 4, nº 12, pp. 413-446. Universidad Bolivariana. Santiago.
- (2007). *Capital, migraciones e identidades*. Universitat Jaume I. Castellón.
- (2008). «De la colonización al desarrollo. Del paralelo devenir del Sistema Mundial, la desigualdad, el desarrollo y la cooperación», en Andrés Piqueras (coord.) *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico*. Tirant lo Blanch. Valencia.
- (2011a). «Desafíos del Trabajo como sujeto histórico en el capitalismo tardío declinante», en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.
- (2011b). «Significado de las migraciones internacionales de fuerza de trabajo en el capitalismo histórico», en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.
- (2011c). «De las crisis del capital al capital en crisis. Agotamiento de las posibilidades de reformismo en el capitalismo tardío», en *Actual Marx. Intervenciones*, nº 10, pp. 151-175. Santiago.
- PIQUERAS, José Antonio; MARTÍNEZ, Francesc; LAGUNA, Antonio y ALAMINOS, Antonio (2011). *El secuestro de la democracia. Corrupción y dominación política en la España actual*. Akal. Madrid.

- PISARELLO, Gerardo (2011). *Un largo Termidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*. Trotta. Madrid.
- POLANYI, Karl (1989). *La Gran transformación: crítica del liberalismo económico*. La Piqueta. Madrid.
- POSTONE, Moishe (1996). *Time, Labor, and Social Domination: a Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. Cambridge University Press. Cambridge.
- (2007). *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- POULANTZAS, Nicos (1987 [1978]). *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI. Madrid.
- RABILOTTA, Alberto (2011). «El gran problema estructural del capitalismo», en [http://www.socialismo-o-barbarie.org/economia/110929\\_n\\_elgranproblemaestructural.htm](http://www.socialismo-o-barbarie.org/economia/110929_n_elgranproblemaestructural.htm)
- RECIO, Albert (2010). «Capitalismo Español: La inevitable crisis de un modelo insostenible», en *Revista de Economía Crítica*, nº 9, pp. 198-222.
- REICH, Michael, GORDON, David y EDWARDS, Richard (1973). «Dual Labor Markets: A Theory of Labor Market Segmentation», en *American Economic Review*, nº 62, pp. 359-365.
- RESNICK, Stephen y WOLFF, Richard (1989). *Knowledge and Class. A Marxian Critique of Political Economy*. The University of Chicago Press. Chicago.
- RÍOS, Xulio (2013). «Una China más rica con trabajadores más empobrecidos», en *Diagonal*, nº 190, p. 16.
- RODRÍGUEZ GUERRA, Jorge (2002). *Globalización y Estado de Bienestar*. Ediciones La Marea. Santa Cruz de Tenerife-Las Palmas de Gran Canaria.
- ROJO, José Luis (2011). «Los problemas estructurales no resueltos en la economía mundial llevan a una recaída (Parte II). El ascenso de los países BRIC y los problemas en la acumulación capitalista», en [http://www.socialismo-o-barbarie.org/economia/110929\\_a2\\_problemasestructuralesnoresueltos.htm](http://www.socialismo-o-barbarie.org/economia/110929_a2_problemasestructuralesnoresueltos.htm)
- ROSE, Nikolas (1997). «El gobierno en las democracias liberales “avanzadas”: del liberalismo al neoliberalismo», en *Archipiélago*, nº 29. Madrid.
- (1996). «The death of the social? Re-figuring the territory of government», en *Economy and Society*, vol. 25, nº 3. Routledge. Londres.
- ROSENBERG, Arthur (1981 [1938]). *Democracia y Socialismo. Historia y política de los últimos ciento cincuenta años (1789-1937)*. Cuadernos de Pasado y Presente. México D.F.
- RUDÉ, G. (1971). *La multitud en la historia*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- SALORT I VIVES, S. (2012). *Revoluciones industriales, trabajo y Estado de Bienestar. La gran ruptura mundial contemporánea*. Sílex. Madrid.
- SAMARY, Catherine (2008). «Enjeux sociaux de la Grande Transformation capitaliste à l'Est...», en *Theomai*, nº 17, pp. 109-138. Buenos Aires.
- SANTOS, Tano (2010). «Deuda, ¿qué deuda? El apalancamiento de España en el contexto internacional», en <http://www.fedeablogs.net/economia/?p=3308>
- SANZ, Miguel (2013). «Análisis del nivel de huelgas en el Estado español en el periodo 2007-2012», en <http://marxismocritico.com/2013/04/24/analisis-del-nivel-de-huelgas-en-el-estado-espanol/>
- SAXE-FERNÁNDEZ, J., PETRAS, J., VELTMEYER, H. y OMAR, N. (2001). *Globalización, imperialismo y clase social*. Lumen. Buenos Aires.
- SCHWEIGER, Hans y RODRÍGUEZ, Antonio (2007). «La participación de los salarios», en *Taifa, seminari d'economia crítica*, nº 4. Barcelona.
- SEWEL, William H. (1994). «Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E.P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», en *Historia Social*, nº 18, pp. 77-102.
- SILVER, Beverly (2005). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Akal. Madrid.
- SOBOUL, Albert (1994). *La Revolución Francesa*. Tecnos. Madrid.
- SUÁREZ, Luis (2001). *Los rostros de Abel. América Latina y El Caribe. Medio siglo de crimen e impunidad (1948-1988)*. Editorial José Martí - Zambón Iberoamericana. Tafalla - La Habana.
- SUNDARAM, Jomo y POPOV, Vladimir (2013). «Widening Global Income Inequality», en *Economic & Political Weekly*, vol. XLVIII, nº 17, pp. 21-22.
- SUTHERLAND, Manuel (2009a). «Plan “anticrisis mundial” de Chávez. ¿Medidas económicas para trascender el capitalismo o para defenderlo?», en [http://www.socialismo-o-barbarie.org/venezuela/090517\\_b\\_plananticrisismundialdechavez.htm](http://www.socialismo-o-barbarie.org/venezuela/090517_b_plananticrisismundialdechavez.htm)

- (2009b). «El capitalismo rentístico, análisis empírico de la renta petrolera y el “intento” de construcción del socialismo del siglo XXI en medio de la crisis del sistema capitalista», en [http://www.socialismo-o-barbarie.org/venezuela/091206\\_a\\_ponencia\\_renta\\_sutherland.doc](http://www.socialismo-o-barbarie.org/venezuela/091206_a_ponencia_renta_sutherland.doc)
- (2011). «La economía venezolana o cómo la burguesía hurta la renta petrolera y es dueña del 71 % del PIB», en <http://www.aporrea.org/actualidad/a130027.html>
- SWEETZ, Paul M. (1977). *Teoría del desarrollo capitalista*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- THOMPSON, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica. Barcelona.
- TORTELLA, Gabriel (1995). *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid: Alianza Universidad.
- TROTSKY, Lev (1933). «Desarrollo desigual y combinado y el papel del imperialismo yanqui». Boletín Interno del Comité Nacional de la Liga Comunista de Norteamérica s/n, en file:///C:/Users/Andr%C3%A9s%20API/Documents/Art%C3%ADculos,%20Documentos/EL%20DESARROLLO%20DESIGUAL%20Y%20COMBINADO.htm
- VAROUFAKIS, Yanis (2012a). *El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía global*. Capitán Swing. Madrid.
- (2012b). *¿Por qué la economía global no se recupera? Un mundo sin el minotauro global*, en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5394>
- VÁZQUEZ, Francisco (2009). *La invención del racismo. Nacimiento de la Biopolítica en España 1600-1940*. Akal. Madrid.
- VERCELLONE, Carlo (2004). «Las políticas de desarrollo en tiempos del capitalismo cognitivo», en Antonella Corsani, Maurizio Lazzarato y Yan Moulier-Boutang, *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Traficantes de Sueños. Madrid.
- (2010). «La loi de la valeur dans le passage du capitalisme industriel au capitalisme cognitif », en *European Journal of Economic and Social Systems*, vol. 23/2, pp. 75-88, en <http://ejess.revuesonline.com/article.jsp?articleId=17019> [versión traducida en <https://n-1.cc/blog/view/1537077/la-ley-del-valor-en-el-paso-del-capitalismo-industrial-al-nuevo-capitalismo>].
- (2011). *Capitalismo cognitivo, renta, saber y valor en la época posfordista*. Prometeo. Buenos Aires.
- VILLEZCA, Pedro (2008). «Las reformas en China y su éxito económico: una breve descripción», en *Observatorio de la Economía y la Sociedad China*, n° 7, <http://www.eumed.net/rev/china/07/pavb.htm>
- WALLERSTEIN, Immanuel (1997). *El futuro de la civilización capitalista*. Icaria. Barcelona.
- WILSON, Edmund (2010). *Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia*. RBA. Barcelona.
- ZERMEÑO, Sergio (1996). *La sociedad derrotada. El desorden mexicano de fin de siglo. Siglo XXI*. México D.F.
- ZINOVIEV, Alexandr (2000). *La caída del imperio del mal*. Edicions Bellaterra. Barcelona.

## Otras fuentes de consulta citadas

- Agencia Tributaria (Mercado de Trabajo y Pensiones en las Fuentes Tributarias) [http://www.agenciatributaria.es/AEAT/Contenidos\\_Comunes/La\\_Agencia\\_Tributaria/Estadisticas/Publicaciones/sites/mercado/2011/home.html](http://www.agenciatributaria.es/AEAT/Contenidos_Comunes/La_Agencia_Tributaria/Estadisticas/Publicaciones/sites/mercado/2011/home.html)
- Annual Report on World Progress in Hydrogen. A Report by the Partnership for Advancing the Transition to Hydrogen (PATH) June, 2011. <http://hpath.org/> [www.hpath.org/WorldReport.asp](http://www.hpath.org/WorldReport.asp)
- Banco de España.
- Barómetro Social de España (Colectivo IOE) <http://barometrosocial.es/mas-de-600-000-hogares-han-perdido-su-vivienda-desde-2008/#more-320>
- CIS («Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo»).
- Diagonal*. <https://www.facebook.com/diagonalperiodico>
- El País*.
- El Público*.

Encuesta de Condiciones de Vida del INE. <http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=/t25/p453&file=inebase>

Eurostat «Los ingresos brutos en Europa», 2005.

Encuesta Salarial y Encuesta Trimestral de Salarios Medios, para salarios, IPC para el índice de precios. Ambos casos publicaciones del INE (<http://www.ine.es/>) y MTAS para el SMI (<http://www.mtas.es/estadisticas/BEL/ANE/smi.htm>). [http://www.bolsalibre.es/articulos/view/patron\\_oro](http://www.bolsalibre.es/articulos/view/patron_oro)

Europa Press, <http://www.europapress.es/>

Federal Reserve Publications, <http://www.federalreserve.gov/pubs>

Fundación de Cajas de Ahorros (Funcas), <http://www.funcas.es/>

Fundación Foessa - Cáritas. Exclusión y Desarrollo Social. Análisis y perspectivas. 2012. GESTHA. <http://www.gestha.es/>

Global Europe Anticipation Bulletin (GEAB).

Global Financial Development Report <http://econ.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/EXTDEC/EXTGLOBALFINREPORT/0,,menuPK:8816192~pagePK:64168176~piPK:64168140~theSitePK:8816097,00.html> <http://econ.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/EXTDEC/EXTGLOBALFINREPORT/0,,menuPK:8816192~pagePK:64168176~piPK:64168140~theSitePK:8816097,00.html>

*Global Footprint Network* (<http://www.footprintnetwork.org/press/LPR2010.pdf>). <http://www.hyrrreg.eu/>

IESE (Instituto de Estudios Empresariales). Universidad de Navarra.

Informe de Caixa de Catalunya sobre hábitos de consumo.

Informe Cáritas «Exclusión y desarrollo social 2012» elaborado por la Fundación FOESSA.

Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial (INTA), [www.inta.es](http://www.inta.es)

International Energy Agency: <http://iea.org/>

OIM [Organización Internacional para las Migraciones], <http://www.iom.int/cms/es/sites/iom/home.html>

OIT [Organización Internacional del Trabajo] (2012). «Tendencias mundiales del empleo 2012. Prevenir una crisis mayor del empleo», en <http://www.ilo.org/public/spanish/region/eurpro/madrid/download/tendenciasmundiales2012.pdf>

OIT (2013). «Informe mundial sobre salarios 2012/13. Los salarios y el crecimiento equitativo», en [http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/publication/wcms\\_195244.pdf](http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/publication/wcms_195244.pdf)

«Plataforma por una vivienda digna» (<http://viviendadigna.payns.com/>).

The Economist, <http://www.economist.com/>

The World Top Income Database. <http://topincomes.g-mond.parisschoolofeconomics.eu/>

World Bank. [worldbank.org/financialdevelopment&data.worldbank.org/data-catalog/global-financial-development](http://worldbank.org/financialdevelopment&data.worldbank.org/data-catalog/global-financial-development)



# Índice

PREFACIO .....	5
ABREVIATURAS MÁS EMPLEADAS EN EL TEXTO .....	8
INTRODUCCIÓN TEÓRICA I. Las razones de posibilidad de la <i>opción reformista</i> o <i>socialdemócrata</i> en el capitalismo histórico .....	9
Opción reformista .....	14
Acumulación y colonización .....	22
Consideración final .....	24
INTRODUCCIÓN TEÓRICA II. Algunos apuntes sobre ondas largas, modos de regulación, estructuras sociales de acumulación y <i>luchas de clase</i> .....	27
1. Las ondas largas .....	27
2. Teoría regulacionista .....	28
3. Las teorías de los estadios capitalistas y las Estructuras Sociales de Acumulación (ESA) .....	29
4. Posicionamientos teóricos que sustentan los capítulos del texto .....	31
4.A. Sobre las ondas largas .....	31
4.B. Sobre la teoría regulacionista .....	33
4.C. Sobre las ESA y el entramado social capitalista .....	33
4.D. Sobre las crisis .....	38
CAPÍTULO 1. Capitalismo de libre competencia (CLC). Primer modelo de acumulación- regulación .....	45
1.1. La dinámica de reproducción del capital .....	45
1.2. La dinámica interestatal .....	50
1.3. La dinámica Capital/Trabajo .....	51
CAPÍTULO 2. Capitalismo de libre competencia. Segundo modelo de acumulación- regulación .....	59
2.1. Fase 1. Del Capitalismo Liberal Competitivo al Capitalismo Monopolista Privado (CMP). De los años cincuenta a los años setenta del siglo XIX .....	60
2.1.1. La dinámica de reproducción del capital y la dinámica interestatal .....	60
2.1.2. La dinámica Capital/Trabajo .....	62
2.2. Fase 2. Se abre paso el Capitalismo Monopolista Privado (Segunda Revolución Industrial). Final de los años setenta hasta mediados de la última década del siglo XIX .....	68
2.2.1. La dinámica de reproducción del capital .....	68
2.2.2. La dinámica Capital/Trabajo .....	72
CAPÍTULO 3. Capitalismo Monopolista Corporativo (CMC): confluencia de los capitales monopólicos privados y el Estado. Tercer modelo de acumulación-regulación .....	75
3.1. La dinámica de reproducción del capital y la dinámica interestatal .....	76
3.2. La dinámica Capital/Trabajo .....	79

CAPÍTULO 4. Capitalismo Monopolista de Estado (CME). Cuarto modelo de acumulación-regulación .....	87
4.1. La dinámica de reproducción del capital .....	88
4.2. La dinámica interestatal .....	94
4.3. La dinámica Capital/Trabajo .....	98
4.4. El nuevo gran cortocircuito en la dinámica de reproducción del capital .....	105
 CAPÍTULO 5. Capitalismo Monopolista Transnacional (CMT). Quinto modelo de acumulación-regulación .....	 109
5.1. La dinámica de reproducción del capital .....	110
5.2. La dinámica interestatal .....	122
5.3. La dinámica Capital/Trabajo .....	126
 CAPÍTULO 6. <i>Impasse</i> actual: ¿hacia una nueva mutación del capitalismo? .....	 137
6.1. La dinámica de reproducción del capital .....	141
6.2. La dinámica Capital/Trabajo .....	152
6.3. Crisis y líneas de apertura del capitalismo histórico .....	158
6.3.1. Apuntes sobre tendencias de la relación de clase global .....	161
6.3.2. Apuntes sobre tendencias económico-estratégicas y geoestratégicas (político-militares) .....	165
 EXCURSO FINAL .....	 173
 <b>APÉNDICE</b> 	
ANEXO I. Cuadro sinóptico general .....	187
 ANEXO II. El drama español .....	 189
1. Radiografía socioeconómica española .....	189
2. Algunas características del mercado laboral español .....	193
3. Otros indicadores socioeconómicos .....	201
4. Situación financiera .....	204
 BIBLIOGRAFÍA .....	 209





Entre los objetivos de este libro está ofrecer un entendimiento profundo de las fases que ha atravesado el capitalismo histórico, de sus regímenes de acumulación y modos de regulación del orden social, de sus bases energéticas, sus grandes mutaciones y las diferentes formas de dominación resultantes. Dedicamos especial atención a las periódicas crisis capitalistas y particularmente a la Gran Depresión del siglo XXI, así como a la actual militarización sistémica, al tiempo que explica también el cambiante significado de la ciudadanía y la sociedad civil, las diferentes generaciones de derechos y de movimientos sociales, la puesta en escena de la cooperación, las claves básicas del desarrollo y subdesarrollo, así como las distintas formas de ser *Trabajo y Capital*.

Esta obra proporciona una pormenorizada razón de las diferentes plasmaciones históricas de la relación antagónica mantenida por estos dos agentes y de cómo la integración del Trabajo al orden capitalista ha sido el principal desafío para mantener la acumulación y la regulación de este modo de producción. Apunta a la *opción reformista* como la mayor expresión de esa capacidad de integración y, en consecuencia, como el más potente factor para evitar la revolución sin recurrir al despotismo. Por eso mismo, se analizan en el texto las perspectivas de futuro inmediato que provienen del acelerado deterioro actual del reformismo en las formaciones centrales del Sistema Mundial capitalista.

*Andrés Piqueras es profesor titular de Sociología en la Universitat Jaume I de Castellón, donde fue creador y director del Observatori Permanent de la Immigració. Actualmente es miembro del Observatorio Internacional de la Crisis (OIC). Ha realizado numerosas publicaciones sobre identidad, así como sobre mundialización y migraciones. También respecto a la formación e intervención de sujetos colectivos en el ámbito social y político. Entre ellas cabe destacar «Sobre culturas e identidades en la mundialización capitalista» (2004), «Capital, migraciones e identidades» (2007) y la obra colectiva del OIC «El colapso de la globalización» (2011).*

ISBN: 978-84-15260-81-3



9 788415 260813



A

S

O

N

R

E

D

A

C

Temas de Innovación Social